
LENA
VALENTI
Dulce y
caliente
Navidad
Grijalbo

LENA VALENTI

Dulce y caliente Navidad

Grijalbo

Siempre he creído que hay muchos tipos de Navidades según cómo nos sintamos y el momento en el que estemos. Esta historia va dedicada a todos los que buscan reconciliarse con aspectos de ellos con los que se sienten incómodos, con heridas de su pasado, con deseos no concedidos y con esa niña interior que en algún momento dejó de creer en la Navidad como lo que siempre ha sido: un regalo para unir, para empezar y para compartir.

Nunca dejéis de creer en lo bonito

SIETE AÑOS ATRÁS

1

Dicen que no importa cómo se empieza, sino cómo se acaba.

Lía Castellanos se lo repetía mucho. Se lo repetía como quien reza un mantra que, en este caso, no era empezar el verano empapada, furiosa y con el ego calado hasta las bragas.

Porque sí, a pesar de que su plan era iniciar las vacaciones de forma cinematográfica —una entrada triunfal en la bahía, con vestido blanco vaporoso, gafas de sol de pasta y ese andar despreocupado de anuncio de tónica—, el universo tenía otros planes para ella. Y eran más bien del tipo *sketch* de comedia costumbrista rodada con un móvil de gama media.

La bahía, eso sí, era preciosa. Una de esas pequeñas joyas con casitas blancas que colgaban de la ladera como si fueran flores silvestres salidas de una acuarela, y barcas amarradas al muelle que parecían haberse quedado allí solo para decorar postales. El agua era de ese azul que no existe en los catálogos de pintura. Las gaviotas chillaban con entusiasmo sindicalista y el aire olía a sal, a crema solar cara y a coco.

Era un sitio donde cualquiera se sentiría en paz, excepto si pasaba un energúmeno montado en una Ducati negra como la conciencia de Judas y decidía reventarte la tarde.

El tipo apareció como salido de una película de acción de bajo presupuesto. Con un rugido del motor, gafas de sol oscuras, actitud de chico malo reciclado de un catálogo de perfumes y, lo más importante, cero respeto por los charcos. Porque sí: pasó a toda velocidad por un charco inmenso que Lía, por puro milagro, no había pisado. Pero él no tuvo tanta piedad. La rueda levantó una ola traicionera y la empapó de arriba abajo en una fracción de segundo. Todo su look de «ninfa de verano despreocupada» quedó reducido a un vestido blanco transparente, una coleta mojada y una cara de: «No me jodas, esto no me está pasando».

Y lo peor no fue el agua. Fue su indiferencia.

—¡¿Qué haces, so animal?! —gritó, más escandalizada que una señora que se hubiera topado con una influencer en biquini dentro de una iglesia. Se miró de la cabeza a los pies, estupefacta, y entonces hizo lo que cualquier persona equilibrada y emocionalmente madura haría: le lanzó una piedra. No era grande, pero tenía una puntería que haría llorar de orgullo a su profesora de educación física.

Atravesó el aire directa al casco. Sonó seco. Hueco, obvio. Satisfactorio y casi musical para Lía.

El tipo frenó. Dio media vuelta con una calma escalofriante, como quien va a preguntar por qué no le han puesto servilletas con la comida. Se quitó el casco con una teatralidad innecesaria y miró el lugar del impacto con fingido dolor. Entonces levantó la vista.

Y ella…, bueno. Dejó de respirar un segundo.

Porque tenía la cara más increíble que había visto en su vida. Cejas negras arqueadas, ojos de color gris, mandíbula afilada, labios carnosos y esa mirada entre arrogante y desganada que te dan

tentaciones de abofetearlo… o de besarlo. Pero luego lo vio bien y entendió la magnitud del problema: era guapísimo, sí, pero tenía de gilipollas lo mismo que de atractivo. O sea, mucho.

—¿Y a ti qué te pasa, orangután? ¡Me has roto el casco! —se quejó, señalando la abolladura como si hubiera perdido un órgano vital.

«Que me ha llamado orangután, el hijo de la gran…», pensó.

Pero lo cierto era que ya no le escuchaba del todo. Seguía intentando procesar el conjunto: la moto, la mirada, el torso bajo la cazadora, al tiempo que tomaba conciencia de que claramente se le veía el biquini negro bajo el vestido mojado. Genial. Ahora además de enfadada, estaba en modo transparencias.

—¿Dónde te crees que estás? ¿En Montmeló? ¡Mira cómo me has puesto! —le espetó con furia contenida.

Él la miró y sus cejas negras se alzaron aún más al fijarse en su ropa.

—Bonita ropa interior.

Lía le dirigió una mirada que en otro contexto habría derretido metales pesados.

—Puedo denunciarte por ese comentario, imbécil.

—Y yo por intento de homicidio. Este casco vale un dineral. Me lo tendrás que pagar —respondió con una sorna que le provocó a la chica un leve tic en el párpado izquierdo.

—Lo que te voy a pagar va a ser un cerebro —soltó, sin filtro ni anestesia.

Y ahí, para su desgracia, el tipejo se rio. No solo eso: la miró de arriba abajo con detenimiento, como si el agua con la que la había mojado fuera parte de un ritual de cortejo ancestral.

Sonrió. Una sonrisa peligrosa. De esas que vienen con instrucciones de uso y advertencia de incendios.

—No he visto el charco —dijo con la voz grave.

—Ya…, claro. Y tampoco a mí —le soltó, y se cruzó de brazos con la dignidad recogida del suelo a paletadas.

No dijo nada, pero se la quedó mirando de un modo muy pensativo, como si la estuviera catalogando para una colección privada de cosas que le habían sorprendido. Luego, de nuevo, esbozó una sonrisa.

—Tienes buena puntería. No pasa nada, te perdono que hayas intentado agredirme.

¿Perdonarla? En ese momento, dudó seriamente si tenía algún tipo de problema neurológico y supo que le estaban saliendo serpientes en el pelo.

—Mira, chulito, tú me has regado a propósito. —Lo señaló con el dedo.

—Las flores tienen que regarse —respondió, como si estuviera soltando una frase profunda.

—¿Eh? —Se le frieron las neuronas, no supo qué replicar.

El tío le guiñó un ojo, se puso el casco con toda la lentitud posible y añadió:

—Supongo que nos veremos por aquí…

—No creo —masculló ella, aún con el agua chorreándole por las pantorrillas.

—Yo sí —dijo, y se despidió con la mano, como si fueran viejos amigos de la universidad.

Con eso, dio la vuelta con la moto y se fue, otra vez con un rugido de motor, en dirección a la parte alta de la bahía, como si la escena

no hubiera sido una completa ridiculez y no la hubiera empapado, provocándola para luego desaparecer tan campante.

Lo observó alejarse, con el vestido pegado a cada curva de su cuerpo, y todavía sintiendo el escozor en la piel de esa mezcla explosiva de rabia y adrenalina.

Estaba segura: lo había hecho a propósito.

«Pijo gilipollas», pensó. Aunque una sonrisa, traidora y muy poco feminista, se le escapó al mirar su reflejo en el escaparate de una tienda cerrada: había algo cómico y sexy en lo accidentado de todo aquello.

Sí. El verano había empezado fatal.

Pero Lía aún creía en que lo importante es cómo acaban las cosas, y no cómo empiezan. Tuvo la sensación de que sería un verano inolvidable.

Se llamaba Derek.

Era hijo de los propietarios de la mansión más imponente de toda la bahía —una construcción blanca, de líneas perfectas, rodeada de limoneros y ventanales que daban al mar, como si el océano fuera de su propiedad— y heredero directo de un negocio tan próspero como impersonal al que tarde o temprano se vería atado por contrato familiar y expectativas con membrete.

Llevaba años preparándose para ocupar su sitio en el imperio y ofrecer sus ideas, pero la verdad era que lo único que le resultaba estimulante, por el momento, era acelerar con la Ducati, escaparse al mar y coleccionar experiencias que le hicieran olvidar, aunque

fuese durante unas horas, el traje a medida que le habían diseñado desde la cuna.

Y había empezado fatal con la única chica que, hasta la fecha, había tenido los ovarios de insultarlo con verdadera convicción.

No estaba acostumbrado a eso. Lo habitual era que le rieran las gracias, incluso cuando no la tenía. Que lo miraran como si fuera un escaparate bonito: con deseo contenido y una pizca de envidia ajena. Pero esa furia empapada con el vestido blanco, la melena revuelta y la mirada afilada le había lanzado una piedra al casco. Y le había dado con una puntería admirable.

No se lo quitaba de la cabeza. Ni a ella ni al impacto.

Y sí, vale, quizá se merecía la pedrada. Porque se había distraído por culpa de sus piernas, su culo… y esa forma de andar como si la playa le perteneciera y el verano se hubiera inventado para seguirla a ella.

Así que hizo lo que haría cualquier tipo bien educado con un toque de soberbia redimida: buscarla para disculparse. Pero no con flores ni tampoco con un discurso. Él era más… práctico. La había visto comer helado de chocolate días antes con tal entusiasmo que deseó ser una de esas bolas derretidas entre sus labios. Ridículo, sí. Pero inevitable. Así que fue al chiringuito, pidió uno —el mejor que tenían — y se lo llevó.

La encontró tumbada sobre una toalla deshilachada, con las gafas de sol puestas y las piernas cruzadas en el aire, moviéndolas despacio, como si le marcara el ritmo a alguna canción que solo ella podía oír. El biquini negro, las uñas pintadas de rojo carmesí y ese aire de «me da igual todo, pero no me toques los cojones» de las

rebeldes adolescentes hacían de ella algo peligroso, atractivo y, por extraño que parezca, reconfortante.

Derek se acercó con paso contenido, sin hacer sombra ni querer invadir. Solo con el cucurucho en la mano y una pizca de nervios que hasta se sorprendió de sentir. Ella alzó la cabeza al notarlo cerca, lo miró a través de los cristales oscuros sin moverse del todo, como una gata que aún no ha decidido si merece la pena prestarle atención.

Y entonces fue cuando metió la pata. No lo dijo con maldad ni con doble intención, pero el desastre se produjo en tiempo real.

—Parece que te gusta comer helados de chocolate. Te traigo uno para hacer las paces contigo…

La tensión fue inmediata.

—¿Me estás llamando gorda?

Derek sintió cómo el alma se le caía por una trampilla invisible. Palideció, abrió la boca y no salió nada útil de ella. Ni una justificación decente.

—¿Qué? No…, no, por favor. Es que…

—Las flores no comen cucuruchos —le soltó ella con una ceja arqueada que era puro arte dramático. Burlona e inmisericorde, le estaba echando en cara lo que le había dicho cuando la empapó con la moto—. Primero me dejas hecha una sopa, ¿y ahora me cebas?

Por un segundo, Derek pensó que era una psicópata o un genio del sarcasmo. Tal vez ambas.

Pero entonces vio que le temblaba la comisura del labio. Estaba jugando con él para ver hasta dónde llegaba, si se arrugaba o si aguantaba. Derek frunció el ceño, desconcertado pero fascinado.

La chica leía entre líneas y sabía utilizar el silencio como un recurso narrativo.

Hasta que, de pronto, su mirada se desplazó a su camiseta. Él, aún con el cucurucho a medio ofrecer, la siguió con los ojos.

—Los animes de antes eran los mejores…

Se miró el pecho y sonrió. *Orange Road*. Una camiseta que le había costado una barbaridad en un mercado de coleccionismo en Tokio y que solo se ponía cuando quería sentirse un poco más él y menos el producto de sus padres.

—¿Qué edad tienes? ¿Noventa?

—¿Qué? —contestó Lía entretenida.

—Hablas como Rose de *Titanic*…

Ella dejó escapar una risa breve y rápida, de las que derrumban trincheras. Y él sintió que la tensión se evaporaba como el helado entre sus dedos.

—Me gusta ver reposiciones de animes. Y esa camiseta es de *Orange Road*. Me encanta.

Derek la observó un momento, sorprendido. Por primera vez en mucho tiempo se sintió desarmado, pero en el buen sentido. Como si no hiciera falta posar, como si pudiera sentarse ahí, tal cual, y no fingir nada.

—¿Te gusta la serie o la camiseta?

—Ambas —contestó ella, y, esa vez, le quitó el helado de la mano sin pedir más explicaciones. Se hizo a un lado y le dejó hueco—. Está bien. Te perdono. Y te dejo un cacho de toalla… —lo invitó y lo miró de reojo.

Él se sentó con cierta torpeza que le costó disimular. Sentía que estaba entrando en una dimensión desconocida, porque ella no era

como las chicas con las que solía tratar.

No lo adulaba, no se preocupaba por parecer perfecta ni lo necesitaba. Muchas se cubrían el vientre desnudo con la toalla por miedo a que se les vieran los michelines, y ella, que los tenía y eran adorables, no los escondía. Todo lo que la rodeaba le parecía magnético.

—¿Dónde has aprendido a lanzar piedras así?

—Vivo en un barrio donde roban mucho… Y hay que tener puntería para lanzar latas y derrotar a los malos.

Derek se echó a reír por lo bajo y se llevó una mano al cuello. Su sonrisa apareció sin necesidad de esfuerzo.

La chica era ocurrente y salvaje. Y a él, que estaba acostumbrado a lo impecable, a lo caro y lo predecible…, esa forma de hablar con descaro le resultaba un soplo de aire con olor a mar y a caos.

—Me llamo Derek. —Le ofreció la mano.

—Y yo Lía —respondió, tomándosela con decisión.

Ese fue el principio de tardes compartidas en la misma toalla, de conversaciones salpicadas de helado, de risas que dejaban poso y de la certeza —cada vez más clara para él— de que esa chica le daría la vuelta al mundo entero.

Y a su vida también.

La feria de la bahía rugía con risas y música ese atardecer de julio. Los toldos de colores ondeaban al ritmo de la brisa marina y el aire olía a algodón de azúcar, crema solar y sal. En la explanada central, justo al lado de la caseta del tren fantasma, se había formado un pequeño corro en torno al futbolín más antiguo del paseo, ese de

madera desgastada y palancas chirriantes que llevaba años presidiendo las competiciones informales del verano. Y esa tarde se celebraba la final más esperada.

—¡Vamos, chicas! —gritó alguien desde el público mientras Debi, morena y de melena lisa, se recogía el pelo en una coleta alta con gesto guerrero. Todos decían que estaba muy buena. Y Lía no podía quitarles la razón.

Debi y ella eran las mejores amigas desde la escuela y también veraneaban juntas en la bahía, porque sus padres tenían un apartamento en el mismo edificio.

A su lado, Lía respiraba hondo, concentrada. Sus dedos finos ya estaban en posición, y sus ojos —verdes con partículas de fuego— no se apartaban del balón. Vestía un short de mezclilla gastado y una camiseta blanca anudada a la cintura. A sus dieciocho años estaba pasando las mejores vacaciones de su vida gracias a él, en parte. Derek. Ese moreno de casi veintitrés años, de ojos grises como el acero y sonrisa torcida, estaba en el centro de aquel increíble verano. Y en ese momento, al otro lado del futbolín, no le quitaba los ojos de encima. Fingía observar el campo de juego, pero su mirada siempre acababa donde lo hacía la camiseta de Lía, en el nudo flojo que dejaba al descubierto una franja mínima de su vientre. Como si esa línea de piel fuera un imán y él un idiota sin voluntad propia.

Lo suyo había sido uno de esos encuentros que ocurren una sola vez en la vida y que ni siquiera la juventud podía disimular. Lía y Derek encajaban como dos piezas que no sabían que estaban incompletas hasta el momento exacto en que se rozaron. No hacía falta que se tocaran. Ni que se lo dijeran. Bastaba con verlos juntos

o con oír cómo se reían el uno con el otro. Esa risa que compartían no era solo divertida, era una complicidad especial y antigua, como si su química hubiera estado escrita en alguna parte antes de que ellos la entendieran.

Congeniaban en todo. Les gustaban los mismos grupos de música y las mismas películas absurdas y de anime que solo a ellos les hacían gracia. Discutían de tonterías con una ligereza encantadora, como si fuera un juego, un modo más de seguir hablando sin parar. Les gustaba provocarse, pincharse, ver cómo el otro respondía. Cada encuentro era una especie de duelo, pero también un baile. Ella lo desafiaba sin miedo, y él la miraba como quien no puede decidir si quiere besarla o rendirse.

Y sí, se gustaban. Se gustaban mucho. Con ese deseo inconfesado que no hace falta expresar en voz alta porque se nota en cada gesto. En la forma en que Lía se mordía el labio cuando él se le acercaba demasiado. En cómo Derek bajaba el tono cuando le hablaba solo a ella, aunque hubiera más gente alrededor, o en las miradas que duraban medio segundo de más. También en el silencio que se creaba cuando se quedaban solos, uno frente al otro, como si el mundo se contuviera a la espera de que pasara algo.

Aún no se habían besado, pero todo en ellos anunciaba que ese beso era inevitable. Que el verano tenía una fecha marcada para ese momento y la bahía estaba siendo testigo de una historia que, aunque aún no había comenzado del todo, ya era irremediablemente suya.

—¿Preparados para perder? —los provocó Debi al tiempo que le daba un codazo a Lía.

—Voy a romperle las gafas a tu amigo si sigue sonriendo así —respondió ella entre dientes refiriéndose a Brenan, que les sacaba brillo a su orgullo y a las Ray-Ban mientras murmuraba estrategias con Derek, su mejor amigo. Era rubio, con el pelo ondulado y repeinado hacia atrás, y unos clarísimos ojos azules.

—No va a hacer falta. Les vamos a dar una paliza —dijo Debi, decidida.

La partida empezó y con ella el duelo. El balón rodaba con rapidez de una punta a la otra, y cada gol era celebrado como un mundial improvisado. Las chicas se entendían sin hablar y las risas se mezclaban con gritos y algún que otro taco. Lía jugaba como si la partida fuera a vida o muerte. Derek, por su parte, no paraba de robarle miradas entre jugada y jugada, cada vez más descarado y fascinado. Era la primera vez que deseaba perder. Y sabía que iba a hacerlo.

—¡Y GOOOOOOL! —gritó Debi, levantando los brazos cuando el marcador anotó el punto final.

—¡Siete a cinco! —cantó Lía, girándose con los ojos verdes y brillantes.

—¡Reinas del futbolín! —bramó un chico del público, y ambas hicieron una reverencia sarcástica.

—Oh, joder… Odio perder, pero lo acepto… Esto merece un premio —dijo Brenan, que se quitó las gafas con teatralidad—. Invito yo. Helados y mojitos para todos.

—Yo quiero una piruleta gigante —dijo Debi, guiñándole un ojo a Lía—. Pero antes necesito algo frío. ¿Me acompañas, Brenan?

—Claro. Voy a por los mejores cucuruchos de toda la bahía —se ofreció el rubio, encantado de haber encontrado una excusa para

quedarse a solas con la amiga de Lía.

Y así, como si lo hubieran orquestado entre ambos, Debi y Brenan desaparecieron entre la gente.

Lía se quedó sola junto al futbolín, con el corazón golpeándole el pecho como una pelota loca y, entonces, Derek se le acercó.

—Yo también quiero cobrarme mi premio —murmuró, con una media sonrisa que no alcanzaba a esconder lo que de verdad ardía en sus pupilas.

Lía tragó saliva. El verano entero parecía contener el aliento.

—Tú no tienes premio. Has perdido, cateto.

—Bueno, es verdad —empezó a decir Derek, muy quedo—. Pero… ¿sabes? Creo que estas vacaciones ya son un premio de por sí.

—¿Y eso?

—Me lo estoy pasando genial desde que llegué a la bahía.

—Yo también lo estoy pasando muy bien —susurró ella.

Derek dio medio paso más, y ahora sí que estaba muy cerca. Tanto que distinguió una peca diminuta en la comisura de los labios de Lía, y ella, sin querer, se mordió el interior de la mejilla de los nervios. Él levantó una mano lentamente, como con cautela, y la apoyó en su brazo desnudo. Apenas la rozó con los dedos. Era un gesto simple, pero la hizo sentir como si tuviera la piel cargada de chispas.

—Lía… —dijo su nombre despacio, degustándolo. Bajó la mirada un instante a sus labios y volvió a subirla hasta sus ojos. La feria bullía a su alrededor; en su estómago los nervios daban vueltas como un carrusel desbocado.

Y, al fin, sucedió.

Sin avisar y sin necesidad de palabras.

Derek se inclinó hacia ella en un gesto tan natural como respirar. Como si llevara semanas conteniéndose y, por fin, se hubiera rendido a la evidencia de lo inevitable. Le tomó el rostro con una ternura inesperada en alguien como él —tan seguro, tan desafiante, tan insolente a veces— y rozó la mejilla de Lía con los dedos, como si estos ya la conocieran. La miró una última vez, buscándola, pidiéndole algo que ni él mismo sabía cómo explicar. Y, sin más demora, la besó.

Fue un beso lento y cuidadoso. Como si el tiempo se hubiese estirado a propósito para que durara más. Sus labios apenas la tocaron, tratando de no asustarla ni apresurar nada. Lía se quedó quieta, con el corazón latiéndole en las sienes, y luego, poco a poco, se dejó llevar y se rindió al calor que le nacía en el pecho y le subía por la garganta.

Entonces, igual que si una chispa invisible encendiera todo lo que intentaban contener, el beso cambió.

Derek la sujetó con más fuerza, y ella respondió con el mismo ardor. Los labios se buscaron con hambre, como si se hubieran estado esperando desde siempre. Fue urgente y apasionado. Lía le enredó los dedos en la camiseta, sin pensar, solo sintiendo. El mundo desapareció a su alrededor y ya no había feria, ni luces, ni música de fondo. Solo ellos dos, besándose como si ese instante fuera el único que les perteneciera.

Y en cierto modo, lo era. Ese beso era suyo.

—Por fin… —susurró él, apoyando su frente con suavidad contra la de ella—. Llevaba todo el verano queriendo hacer eso.

Sus palabras la derritieron más que el calor de julio. Sintió que iba a deshacerse como un helado al sol, y ya no le importaba.

—Yo también —confesó Lía en voz baja, con una sonrisa que no consiguió borrar—. Y, créeme, ganaros al futbolín ha sido la guinda del pastel.

Él rio con suavidad y le rozó la nariz con la suya en un gesto cariñoso que le pareció lo más tierno del mundo.

—¿Así que este beso es mi premio de consolación? —dijo en broma.

—No, es el mío por ganar —replicó ella, y le sacó la lengua apenas un instante en gesto juguetón—. Pero si quieres uno de consolación…, quizá me apiade de ti.

Derek arqueó las cejas, divertido.

—Oh, por mí no te cortes. Estoy desolado por la derrota, necesito muchos ánimos.

Volvió a reír y, antes de responder nada, lo besó de nuevo porque sí, porque quería, porque la noche era joven y luminosa y su boca era su lugar favorito del mundo. Fue breve pero lleno de promesas, y al separarse él la envolvió en un abrazo efusivo que la levantó un par de centímetros del suelo mientras giraba sobre sus talones para dar una vuelta, como si bailaran sin música.

Lía soltó un gritito ahogado de sorpresa y agarró sus hombros riendo.

—¡Eh, que me mareas! —dijo entre risas.

Él la bajó con cuidado, pero no la soltó del todo; su brazo quedó alrededor de su cintura. Hasta que, a lo lejos, escucharon que Debi y Brenan los llamaban.

—¡Tortolitos! —gritó Debi con voz cantarina desde el puesto de helados, levantando dos cucuruchos en alto—. ¡Tenemos helado de chocolate y menta por aquí! ¡Venid antes de que me los coma!

Derek y Lía se miraron con una última risa cómplice. Él hizo un gesto de «vamos» con la cabeza, pero no le soltó la mano mientras caminaban hacia sus amigos. Entrelazaron los dedos con naturalidad, como si llevaran haciéndolo desde siempre.

Se quedaron compartiendo sonrisas tontas entre lametones a los helados. A su alrededor, la feria de verano seguía siendo un carnaval de risas, música y colores, pero Lía sentía una paz interior extraña, como la noche de Navidad después de abrir los regalos, cuando todo es brillo y calma.

Miró a Derek de reojo; él hizo lo mismo y sus miradas se encontraron, provocando que, sin querer, ambos sonrieran otra vez a la par, sincronizados.

Y en ese gesto, bajo las guirnaldas de bombillas que tintineaban sobre ellos como si fuesen estrellas navideñas en pleno julio, Lía supo que esas vacaciones en la bahía —con sus ferias, sus futbolines y sus besos robados— serían un recuerdo cálido que la acompañaría toda la vida. Como un regalo navideño envuelto en papel de verano, guardado para abrirlo una y otra vez en su memoria cuando necesitase sentir esa felicidad chispeante que en ese momento la iluminaba.

2

Algunos atardeceres parecen diseñados exclusivamente para que una se enamore. Este era uno de ellos. El cielo estaba teñido de naranja, rosa y un poco de ese violeta que parece el último suspiro del día antes de rendirse a la noche. La brisa del mar los envolvía con la dulzura tibia de quien no quiere interrumpir, y el sonido de las olas era un arrullo de fondo, casi cómplice. El chiringuito, de madera desvencijada y farolillos colgantes, era un refugio informal donde el tiempo parecía detenerse a descansar un rato con ellos.

Derek y Lía estaban sentados en una mesa baja, sobre un banco de esos con cojines desteñidos y arena acumulada en las esquinas. Cada uno con una cerveza en la mano, las botellas sudando gotitas frías que les mojaban los dedos sin que les importara en absoluto.

Tenía el brazo de él tan cerca que podía sentir el calor de su piel a través de la camiseta de tirantes. Y no hacía falta más: su proximidad tenía un magnetismo silencioso que la mantenía en una especie de trance sereno, como si él fuese el epicentro de la calma que la rodeaba.

Sin decir una palabra, Derek tomó su mano y empezó a besarle, uno a uno, los dedos. Con una lentitud reverente, casi igual que si descifrase un mapa en braille. El pulgar, el índice, el corazón… Cada

beso era un segundo más largo que el anterior, hasta que se olvidó de cómo se hablaba sin tartamudear.

—Eres guapísima, Lía.

Lo dijo así, sin previo aviso y sin contexto, como quien simplemente enuncia una verdad objetiva, igual que si dijera «el mar está ahí» o «hay nubes en el cielo». Solo que esta verdad iba dirigida a ella, con la voz ronca y la mirada fija en su cara, del mismo modo que si sus ojos fueran una especie de faro.

La respuesta de Lía fue un silencio torpe y una combustión espontánea de mejillas. Se quedó quieta, como si moverse pudiese deshacer el momento. Tenía espejos en su casa, y sí, se sabía de memoria cada curva que no encajaba en los moldes de Zara, pero había algo en cómo la miraba Derek que hacía que se olvidase de todo. Aunque solo por un ratito.

—Cuando me hablas así, me lo creo.

Y sonrió. No porque quisiera parecer coqueta, sino porque no podía evitarlo. Porque él la había desmontado con una frase y no tenía más remedio que rendirse con una sonrisa tonta. Derek la imitó —esa sonrisa suya, ladeada y tranquila— y, sin decir nada, alzó las piernas de Lía con cuidado y las puso sobre sus muslos, buscándola, como siempre, como si no pudiera estar sin tocarla.

—Tienes que creértelo, porque eres la chica más guapa de la bahía —dijo, mirando al horizonte como si declarara algo ante un jurado celestial.

—Eso es una mentira gigante. —Lía dejó ir una risotada, de esas que se escapan cuando una no sabe si está emocionada o a punto de llorar—. Mira qué cuerpazos…

Señaló con la botella hacia un grupo de chicas que jugaban al vóley en la arena, altas, delgadas y tan perfectas que hasta el viento las peinaba bien.

Él las observó con una indiferencia absoluta, como si le hubieran enseñado un catálogo de estanterías.

—Solo tienen cuerpos esbeltos y proporcionados que les cuesta felicidad, dinero y tiempo mantener, pero no tienen tu cara… ¿Te has visto bien?

—Todos los días —respondió, sin pensar. No como quien alardea, sino como quien sobrevive.

—Es imposible que me canse de mirarte… Tus facciones, tus cejas, tus labios…

Y entonces le pasó el pulgar por la boca. Fue un roce leve, pero tan íntimo que sintió que se le deshacía la columna vertebral. Sus ojos grises estaban fijos en los de ella, y su gesto era tan tierno y firme al mismo tiempo que le dieron ganas de besarlo o de echar a correr.

—Derek… tú has tenido muchas novias, ¿verdad?

Él miró el mar, como eligiendo una respuesta entre las olas.

—Nah…

—Tienes veintitrés años… y se nota que tienes más experiencia que yo… Eres muy guapo, y alto… No soy tonta. Veo cómo te miran las chicas…

La voz le salió más tranquila de lo que se sentía. Él era de esos que parecen esculpidos por algún dios distraído que se pasó de generoso con la mandíbula. Lía lo sabía, y también que no era la única que lo había notado. El problema era que, a veces, querer a alguien tan deseado daba miedo. Igual que adoptar un tigre

siberiano: majestuoso, sí, pero sabes que podría desgarrarte de una caricia.

—¿Te pone celosa?

No contestó. Solo de dio un trago largo a la cerveza, como si la respuesta estuviera en el fondo de la botella.

—Me divierte… Eres igual que una especie de atracción, de dios pagano, como un escaparate de donuts con patas… Las chicas nos ponemos muy tontas con esas cosas…

Él se inclinó hacia ella con una expresión medio risueña, medio inquisitiva.

—Pero… ¿te molesta?

Lo tomó de la barbilla y lo atrajo hacia ella sin pensarlo. Le plantó un beso como quien firma un contrato. Con una claridad cristalina. Cuando se separó, él tenía los ojos ligeramente entrecerrados.

—Si ellas también te hacen esto, por supuesto que me molesta. Que miren, no me importa. Tengo amigos que tienen relaciones tóxicas y se enrollan con unos y otros para hacerse daño, dar lecciones y demás, y yo ni lo entiendo ni quiero eso…

Derek la miró con esa expresión suya, medio socarrona y enamorada. Su claridad le hacía gracia y, a la vez, lo desarmaba.

—Lía…, eres una romántica. ¿Crees en los «para siempre»?

—Por supuesto que sí. Mis padres lo tienen. Yo también lo quiero.

—Pues qué suerte…

Su voz se llenó de una pena ajena y antigua. Ella se volvió hacia él al notar que su tono había cambiado. Se le habían tensado los hombros y la mirada le pesaba más que antes.

—¿Tus padres no están juntos?

—¿Mis padres? A duras penas. Duermen separados desde hace mucho, aunque viven en la misma casa. Supongo que porque el divorcio le saldría por un ojo de la cara a mi padre…

Ella sintió que algo se le descolocaba adentro. Derek hablaba con una mezcla de resignación y burla que le rompía un poco el corazón.

—Oh…, vaya, pues lo siento mucho…

—No pasa nada. Creo que han aprendido a vivir así. En la más absoluta indiferencia. Mi padre gana cantidades insultantes de dinero con su negocio… y mi madre se lo gasta. Hacen buena pareja y trabajan en equipo, ¿no crees?

La risa que soltó sonó hueca. Y dolió.

Lía le acarició la nuca con suavidad, pasándole los dedos por el pelo negro; intentó que esa caricia le dijera lo que no encontraba palabras para expresar. Que le importaba y que lo veía.

—Te duele, por mucho que hables así. Eres un chico bueno, noble, generoso… No tienes nada que ver con ellos. Y no te convertirás en ellos, Derek.

Él la miró como si le hubiera abierto una ventana que llevaba años cerrada. Como si sus palabras se colaran con una brisa limpia que le despeinara los pensamientos. Se le quedó una sonrisa boba, vulnerable y preciosa. Y en ese gesto se le afianzó la certeza de que estaba cayendo —no, volando— dentro de algo muy grande.

—Me gustas mucho, Lía.

La voz le salió grave y suave, como si fuese un secreto que necesitaba compartir. Y ella se lo creyó. Por la forma en que lo había dicho, por cómo la miró después, como si el mundo se acabara en sus ojos verdes oscuros.

No le respondió. No podía, así que lo besó lenta y profundamente. Se sentó sobre sus piernas, rodeándolo con las suyas, buscando su cuerpo como si necesitara recordarle que ella también estaba ahí, entera y vulnerable. Sus labios se encontraron otra vez, y el sol se escondió sin hacer ruido, dándoles permiso para quedarse allí, fundidos en la penumbra cálida del chiringuito, mientras el mar guardaba silencio y aplaudía por dentro.

El verano avanzaba como los amores de verdad: aparentemente despacio, pero a velocidad de vértigo para quien lo vivía. Cada día tenía el sabor de lo irrepetible, y cada noche, la textura de un sueño del que no querían despertar. Derek y Lía se habían ido acercando sin darse tregua, como dos enredaderas que se buscan a ciegas y se encuentran siempre, aunque parezca imposible. Era absurdo lo fácil que les salía tocarse sin decirse nada, entenderse con miradas y provocar pequeños incendios con gestos tan mínimos como el roce de una mano en la cintura cuando pensaban que nadie los miraba.

Una tarde se escaparon a una cala escondida que solo conocían los lugareños —y ellos, por supuesto, porque Brenan tenía la lengua floja y Debi, una capacidad cartográfica innata para localizar sitios donde el 4G apenas respiraba—. El sol empezaba a ponerse y el agua los recibía con esa tibieza sospechosa de las cosas que parecen tranquilas pero esconden movimiento. Lía se metió en el mar riéndose, con la camiseta atada a la cintura y el pelo hecho un desastre glorioso, y Derek la siguió con esa sonrisa que ya no intentaba disimular y que le hacía perder la compostura y las bragas del alma al mismo tiempo, si el alma tuviese bragas, claro.

Avanzaron hasta que el agua les cubrió el pecho. Las olas eran pequeñas y los empujaban con suavidad, como si quisieran colocarlos en el sitio exacto. Lía flotaba un poco de puntillas, y él se acercó hasta poner las manos en sus caderas. Ella sintió el calor de sus dedos incluso bajo el agua. La sostuvo como si el mar no existiera. Y luego, sin pedirle permiso —porque ya sabía que lo tenía todo—, la besó.

Ese beso no tuvo nada de prudente. Era hambre contenida, risa y mucha necesidad. El cuerpo de Lía respondió con un sobresalto eléctrico. Ella le devolvió el beso como quien dice sí, lo quiero, sin firma ni papeles. Y entre beso y beso, por supuesto, Lía bromeó, porque aunque el momento fuera sublime y de película francesa, la realidad era que Derek, entre las piernas, tenía algo que estaba claro que no era una boya flotante, y le hizo soltar una risita que interrumpió el encuentro como un punto y coma travieso.

No dijo nada, pero él la entendió. La miró con esa expresión suya que mezclaba picardía con seriedad absoluta.

—¿Te pasa algo?

—No sé, dímelo tú…, pero pareces muy contento.

—¿Y si no soy yo?

—No, claro, será Nemo, que se ha perdido.

Él dejó ir una carcajada y entonces, sin previo aviso, movió las caderas contra ella con lentitud.

—¿Este es Nemo? —susurró con los ojos grises entrecerrados y llenos de gusto. Sus cuerpos se pegaron bajo el agua, que de pronto pareció mucho más caliente.

Fue un gesto mínimo y devastador, porque era la primera vez que ella rozaba su entrepierna así contra la ingle de nadie, un pequeño

empujón que derribó cualquier muro que pudiera quedarle. Le temblaron las piernas, literalmente. Ya no sabía si el mar la mecía o si era él, pero daba igual, porque lo besó de nuevo. Esa vez sin risas, sin respiro, sin ninguna parte de ella en modo observador.

Sus lenguas se encontraron con ansia y con ganas mientras Lía se abrazaba a él y le rodeaba las caderas con las piernas.

No importaba si era virgen o no, si sabía más o menos, si lo que hacía era demasiado atrevido o si era demasiado pronto.

—Lía…, me lías.

Ella se aguantó la risa pegada a su boca y gimió un poco al sentir cómo su pene duro y grueso se frotaba contra ella.

Lo único que importaba era que él la hacía sentir deseada y segura al mismo tiempo, como si pudiera quemarse sin perderse. Derek le recorrió la espalda con las manos, se coló bajo su biquini y le acarició con ternura y deseo el trasero mientras la sujetaba para ubicarse en la posición correcta y que sintiera su erección con plenitud, con esa especie de urgencia suave que te hace olvidar el lugar y el tiempo. Sintió sus dedos en la piel como una promesa, su boca bajó a su cuello y le pasó la lengua por el canalillo… Eso no lo habían hecho antes.

Ella le clavó las uñas en los hombros. Y entonces… oyeron un chillido.

No uno romántico ni de esos que inspiran canciones. No. Un chillido real, con tono de: «Estoy a punto de morir, pero también me estoy riendo».

Era Debi.

Giraron la cabeza a la vez, y ahí estaba: braceando con una pierna medio encogida, soltando carcajadas histéricas entrecortadas con

pequeñas toses acuáticas.

—¡Un calambre, joder, un calambreee!

Salieron disparados hacia ella como dos socorristas de telenovela cutre. Derek la agarró por debajo de los brazos y Lía le sujetó el pie acalambrado mientras ella no paraba de reír. Les costó llevarla a la orilla, porque se retorcía entre risas y quejas, diciendo que ya podía imaginar la esquela: «Debi muere ahogada por entrometida». Lía temblaba, pero ya no sabía si por la adrenalina del rescate, por la escena interrumpida o por las dos cosas. Derek se agachó junto a ella, le sujetó la pierna y le masajeó el gemelo con paciencia de enfermero sexy.

Y Lía, mientras tanto, trataba de recomponerse. Seguía con el corazón galopando, el biquini desplazado y la sensación muy clara de que estaba en un lío constante con él. Un lío delicioso del que no quería salir.

Otro día, tal vez el más cálido de la semana, Derek la acompañó de vuelta a casa. Subieron los peldaños en silencio, riéndose por lo bajo de algo absurdo, y se pararon justo debajo de la escalera, en ese hueco de sombra y eco donde a los catorce te escondías para llorar o hacer novillos y a los dieciocho para besar a alguien con la espalda contra la pared.

No supieron quién dio el primer paso, pero en cuestión de segundos tenían los cuerpos pegados, la boca de Derek en su cuello, las manos de ella debajo de su camiseta y los dedos de él jugaban en la parte baja de su espalda. Se estaban dando el tipo de beso que no se da en público ni se cuenta por WhatsApp.

Lía separó las piernas por instinto y lo sintió entre ellas una vez más, y una parte de su ser —una que no sabía que existía— se volvió adicta a esa sensación. Se mordió el labio para no gemir y él sonrió contra su piel como si lo hubiera oído.

Y justo entonces, irrumpió la voz de su madre, que hablaba con su padre sobre sacar la basura.

Derek y Lía se quedaron congelados igual que estatuas culpables. Derek la bajó despacio, como quien desactiva una bomba, y se pegó contra la pared. Lía se agachó con el corazón galopando y vio los pies de sus padres pasar tras la barandilla, tranquilos y felices, con dos bolsas de basura. Inconscientes de que, a menos de dos metros, su hija estaba medio desnuda y completamente enamorada.

Cuando se fueron, Derek la miró con esa mezcla de susto y deseo que la hizo reír como una loca. Se llevó la mano al pecho, tratando de controlar los latidos, y lo único que pensó fue que con él no había punto medio. O le besaba el alma o se la desordenaba. Y, sinceramente, le gustaban las dos cosas.

3

Unas semanas más tarde, Lía entró por primera vez en la mansión de los padres de Derek. La fiesta que habían organizado tenía algo de final de cuento, de epílogo dorado antes de que el verano se deshiciera en el calendario. Era la típica celebración de revista organizada con precisión por una familia que no concebía los eventos sin invitaciones impresas y copas que nunca se vaciaban.

La mansión de los Alemany se alzaba sobre la colina como un castillo lujoso y moderno con terrazas escalonadas, esculturas contemporáneas dispersas que parecía que alguien las hubiera olvidado ahí a propósito y unas vistas a la bahía tan espectaculares que dolía mirarlas de frente.

Había tardado una hora entera en arreglarse. Se había puesto su mejor vestido, uno rojo con vuelo, sencillo pero impecable, que resaltaba el tono tostado de su piel y contrastaba con sus ojos verdes. Se había recogido el pelo de leona en un moño imperfecto que dejaba escapar algunos mechones estratégicos y se había perfumado con una colonia que solo usaba para los días en los que quería sentirse especial. Porque lo era. Porque esa noche iba a conocer a los padres de Derek y, aunque había intentado convencerse de que no le importaba, que era una formalidad sin más…, lo cierto es que tenía el estómago encogido.

Derek la recibió en la entrada con una sonrisa que parecía querer abrazarla entera. Iba guapísimo, con una camisa blanca remangada, sin corbata y el pelo revuelto como si acabara de bajarse de un coche descapotable. Se cogieron de la mano y durante horas fueron la viva imagen de la felicidad veraniega.

Comieron del catering —bocaditos imposibles servidos por camareros con pajarita—, bebieron un vino afrutado que sabía a verano embotellado y bailaron entre bromas y caricias veladas. Brenan y Debi estaban allí también, aportando su dosis de sarcasmo, risas y miradas cómplices, y por momentos Lía pensó que aquello podía durar para siempre. Que el verano no se acababa si nadie lo nombraba y que quizá, solo quizá, la vida podía quedarse en ese instante suspendido.

Derek la presentó a sus padres, Marisa y Levi, justo antes del anochecer. Se mostró educado, cariñoso y orgulloso, y ella sintió que se le doblaban las rodillas al oírlo decir: «Ella es Lía, mi chica». Los padres, impecables, guapos, con esa clase de belleza que cuesta dinero y disciplina, le dedicaron sonrisas cordiales y frases amables. El padre tenía el pelo rasurado, de color negro y cano, una barba espesa y bien recortada, y ojos grises, como los de Derek. Su madre era rubia, de ojos de color azul hielo. Guapísima, pero también distante y estirada. Todo en su justa medida. Lía agradeció su amabilidad y el buen hacer de ambos, aunque no supiera por qué algo dentro de sí se le apretaba de forma imperceptible, como si su instinto le susurrara que había algo bajo aquella amabilidad que no terminaba de entender.

En un momento dado, Derek necesitó ir al baño, así que se inclinó hacia ella, le rozó la sien con los labios y le pidió que lo esperara en

la terraza mientras iba un momento dentro.

—No tardo —le había dicho.

Pero tardó.

Tanto que la copa que Lía sujetaba se le calentó en la mano y las luces de la terraza se encendieron automáticamente.

El murmullo de la música flotaba entre las conversaciones; Brenan y Debi estaban distraídos bromeando con unos desconocidos cerca de la piscina.

Entonces Lía, inquieta por la tardanza de Derek, cruzó el umbral de la casa. Sintió que se había colado en un mundo que no le pertenecía, con el corazón latiéndole en la garganta. Las estancias eran amplias y frías, decoradas en tonos neutros, con arte moderno y superficies tan pulidas que veía su propio reflejo. Lo buscó primero con los ojos y luego con el instinto. No sabía qué esperaba encontrar.

Hasta que lo oyó.

La voz de Derek sonó elevada, crispada e inconfundible.

Lía se detuvo. No quería escuchar, pero no pudo evitarlo y se apoyó contra la pared junto al pasillo, sin moverse ni respirar.

—Esa chica no es de nuestra clase, y las noticias vuelan —decía su padre con voz grave y seca, como quien dicta una sentencia.

—No será de la tuya, pero de la mía sí —respondió Derek, sin vacilar.

—No puedes darle ilusiones. Estás haciendo el tonto con ella, sabes que no vais a ir a ningún lado juntos. Tienes una reputación y un apellido, Derek. Y tus planes no son esos.

Lía sintió cómo se le helaba algo por dentro. Era como si el vestido rojo se le apagara de golpe. Como si alguien le hubiese volcado un

cubo helado de realidad encima.

—Para ser un entretenimiento, no es de tu tipo… Te gustan más esbeltas, más… —dijo la madre con una voz aterciopelada que escondía cuchillas.

—Lía está bien tal y como es. No es un entretenimiento.

—Sabes que sí —dijo ella de forma velada.

—Ya sé que todo lo que no sea una sílfide de alta cuna no vale para tus estándares, mamá… Pero a mí ella me gusta mucho.

Lía cerró los ojos. No sabía si llorar, si reír, si salir corriendo o entrar gritando.

—Te aburrirás… —aseguró Levi—. Y te entiendo, hijo, puedes permitirte aventuras y escarceos de verano, pero solo estás así porque te gusta seducir, te gusta el juego. Eres un seductor y cuando la pruebes, entonces…

—Se parece a ti —respondió la madre con acidez. Era obvio que no se tenían mucho respeto.

—Sé que tenéis muy claro lo que es para mí y que creéis que podéis controlar mi vida. Soy tu hijo, pero no nos parecemos en mucho, papá. Yo no hago lo mismo que tú con las mujeres. Y mamá, yo no permitiría que nadie me tratase así, como te trata papá.

Después, hubo un largo silencio y el ruido de unos pasos apresurados. Derek salió de la sala con el rostro desencajado, parecía que acabara de pelearse con un recuerdo que no quería desempolvar. Lía se apartó justo a tiempo, se escondió tras un arco de piedra, como si fuera una sombra, y lo siguió con el corazón pequeñito.

Lo encontró en el jardín, con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en las luces lejanas del puerto de la bahía.

—Derek —lo llamó, sin saber si quería que se girara o desapareciera.

Y cuando él se volteó, cuando la vio con la cara descompuesta y el alma temblando, supo que lo había oído todo.

—Quiero largarme de aquí —le dijo él.

—Pero es vuestra fiesta…

—No. Esto es solo un nuevo arrebato de mi padre para mostrar que tiene la polla más grande. Pero yo prefiero estar contigo, Lía. Vámonos juntos.

Su apuesto Derek le ofreció la mano y ella, aún emocionada y turbada por lo que había oído, pensó que lo mejor era huir de allí y fingir que nada de eso había pasado.

Solo quería estar con él. Sentía su dolor, su ofuscación y también su vergüenza.

—Sí, vámonos —asintió ella. Lo agarró de la mano y permitió que Derek la guiase hasta su moto.

Acto seguido, le dio un casco y después arrancó sin ni siquiera despedirse de Debi o de Brenan.

No importaba nada ni nadie en ese momento. Solo querían reafirmarse ante sí mismos, porque ellos sí se querían y se tomaban en serio.

No dijeron nada durante el trayecto. El viento les robaba las palabras y, en cierto modo, también se las devolvía transformadas. Con la cabeza apoyada contra su espalda y los brazos envueltos en su cintura, Lía se dejó llevar. El rugido constante de la moto era un murmullo grave y reconfortante, como el latido de algo más grande.

Como el pulso exacto del deseo y la decisión. Dejaron atrás la casa, la fiesta, los rostros estirados y las frases cortantes, como quien se sacude la arena antes de doblar la toalla. Era otro capítulo. Uno nuevo y solo de ellos.

Derek aparcó en un mirador donde el mundo parecía inclinarse hacia el mar. Desde allí, se veían las luces de la bahía titilar como luciérnagas domésticas, y el cielo, sin una sola nube, les regalaba un manto de estrellas indecentes, descaradas, demasiado hermosas como para ignorarlas. Se quitaron el casco sin hablar. Él se bajó de la moto y se recolocó sobre ella para mirarla de frente. Tenía el rostro tenso, la mandíbula apretada y los ojos heridos. No por ella, sino por sus padres. Por lo que habían dicho y por haberla expuesto a eso.

Lía se acercó a él sin pensarlo. Se quedó a horcajadas sobre la moto, frente a su cuerpo, y se encajó entre sus piernas, el único lugar en el mundo donde quería y podía estar. Le acarició la barba incipiente con la yema de los dedos, rozándole la piel como quien intenta apagar un incendio desde la ternura.

—Derek…, no importa lo que te haya dicho tu padre… No importa lo que piensen —susurró—. Soy una chica de clase media tirando a baja y tú estás a otro nivel, eso es evidente, pero… —Lo miró con compasión—. Nuestro amor es de la misma clase, y lo sentimos igual.

Él cerró los ojos, como si su voz doliera un poco menos que todo lo demás.

—Odio que los hayas oído hablar así. Me avergüenza tener unos padres tan clasistas.

—No pasa nada —le aseguró; le besó la mejilla, la nariz y la comisura del labio—. Mis padres también me avergüenzan. No quiero ni imaginarme una cena navideña de consuegros con ellos y mi padre tocando la zambomba sin parar mientras canta «alegría y placer que esta noche nace el niño en el portal de Belén»…

Derek se echó a reír y contestó:

—Ni siquiera sé lo que es una zambomba…

—Pobre niño rico —le hizo una carantoña—, que no ha tenido nunca una Navidad como es debido, con tíos borrachos, abuelos que escupen la dentadura por culpa del turrón duro como una piedra y un primo que se cree gitano tocando la caja de percusión. —Derek empezó a reírse más fuerte y eso hizo suspirar a Lía y la tranquilizó. Necesitaba que él estuviera bien—. Les demostraremos que vamos en serio. Y cuando vean que pasa el tiempo y seguimos juntos, tendrán que tragarse sus palabras.

Él la miró, no podía creer que existiera alguien como ella. Era como si en mitad del naufragio, se encontrara con una balsa cálida que, además, le ofrecía besos.

—Quiero hacerlo contigo —dijo Lía, contra sus labios. Su voz era baja, clara y decidida. Se sorprendió a sí misma por lo segura que sonó.

Las pupilas de Derek se dilataron, su respiración se detuvo un segundo. Lo vio tensarse entero, con cada músculo en alerta.

—¿Quieres? No ofrezcas agua a un hombre sediento… —le advirtió.

Lía asintió y se mordió el labio sin dejar de mirarlo.

—Me muero de ganas. ¿Y tú?

Él bajó las manos por sus costados hasta acariciarle las nalgas por encima del vestido. Fue un toque firme, amoroso, lleno de deseo y promesa. Asintió con la cabeza, con una media sonrisa torcida.

—Llevo medio verano con dolor de huevos por tu culpa, Lianta.

Ella soltó una risa nerviosa, de esas que no se pueden contener aunque el momento sea especial.

—Eres muy bruto para ser de clase alta…, vas a matar a tus padres de un disgusto.

Él apoyó la frente sobre la de Lía, cerrando los ojos por un instante. El silencio entre ellos era tibio e inmejorable.

—Quiero que esta noche sea perfecta para ti —murmuró—. Déjame que me encargue de todo.

Lía no necesitó más. Solo asintió.

Derek le ofreció el casco con un gesto suave y luego se puso el suyo. Volvió a arrancar la moto y el rugido del motor sonó distinto. Más íntimo y eléctrico. Como si supiera que aquella noche no era una más, sino la de los dos.

Se fueron a paso decidido, al ritmo del primer amor.

En la vida hay que saber cuándo soltar las riendas y dejar que alguien más las tome. No por debilidad, sino por sabiduría. Porque a veces hay quien conoce mejor el camino o, al menos, está dispuesto a recorrerlo con más firmeza. Y eso hizo ella con Derek. Le entregó el control de esa noche sin miedo. Confió en él porque lo conocía. Porque lo quería.

Fue rápido, eficaz, decidido. Como solo él sabía serlo. En menos de una hora había reservado una habitación preciosa en un hotel

con vistas a la bahía, una de esas con ventanales enormes que enmarcan la noche como si fuera un cuadro. Desde la cama se veían el brillo del mar bajo la luna, los puentes de madera que cruzaban la orilla como suspiros de arquitectura y las luces de los barcos que flotaban a lo lejos como faroles de papel navegando en silencio.

Cuando entraron, Derek le rodeó la cintura con ambas manos y su mirada se volvió suave pero intensa. Le estudió la cara con detenimiento; aún no se creía que estuviera allí con ella. Parecía memorizarla.

Lía se sintió desnuda antes de estarlo, pero no de una forma incómoda, sino íntima. Él la miraba con reverencia.

La atrajo con lentitud, con una de esas maniobras suyas, silenciosas y rotundas, y la besó con una intensidad que no conocía. Su erección era evidente, y al acercarse a él, la sintió presionarse con claridad a través de su pantalón. Fue un escalofrío de deseo. Un «sí» rotundo que se instaló en el centro de su cuerpo, justo donde lo reclamaba.

Los besos se volvieron más húmedos y exigentes. La desnudó poco a poco, sin prisas, entre caricias y palabras susurradas. Como si cada botón y cada tirante fuera un secreto que él quería descubrir por sí mismo.

Lía lo imitó y le quitó la camiseta, exploró su espalda, su pecho y sintió que ya no había marcha atrás. Que no quería que la hubiera.

Se quedaron en ropa interior, abrazándose, tocándose y besándose como si fueran la primera historia de amor que alguien contara en la Tierra. Sintió sus dedos recorrerle la espalda, su lengua jugar con la de ella y su cuerpo arder con una mezcla extraña de nervios y entrega.

Derek la tendió sobre la cama con una delicadeza que la desarmó. Se colocó encima de ella, con su cuerpo cálido y hermoso, una promesa firme y ansiosa, y la miró con intensidad.

—¿Estás asustada?

No. No lo estaba.

Alzó la mano y la apoyó en su mejilla. Sintió la textura de su piel bajo los dedos, su barba incipiente y su mandíbula definida y masculina. Pero lo que más la conmovía era todo lo que no era palpable, como su nobleza, su bondad y su manera de cuidar de todo el mundo sin pedir nada a cambio.

No tenía nada que ver con sus padres. No era clasista. No era frío. Era… bueno.

—No. Contigo todo está bien —le susurró.

Él sonrió. Y la besó como quien agradece un regalo que no esperaba.

Con ternura, le quitó el sujetador y después las braguitas, dejándola completamente desnuda bajo él, sintiendo el rubor del pudor mezclado con el vértigo del deseo. Pero Lía no se cubrió. No tenía por qué. Derek la miraba como si fuera una obra de arte y él, el único capaz de entenderla.

Él se desnudó también, con las manos temblando por el deseo. Se puso el preservativo con cuidado y respiró hondo, como quien trata de controlarse antes de algo importante.

Lía lo miró y pensó que debía de apretarle mucho, pero no pensaba mencionar nada.

Después, Derek se acomodó entre sus piernas y, al sentir su piel contra la de ella, se estremeció. Encajaron con una naturalidad que la asustó un poco.

Su cuerpo era firme, perfecto, caliente. Le acarició los muslos, le besó el vientre y los pechos y se entregó al rito más antiguo de todos.

Poco a poco, empezó a penetrarla. El calor fue intenso y lleno de sensaciones nuevas, y el cuerpo de ella se tensó por instinto cuando un pequeño dolor le robó el aliento. No era insoportable, pero sí lo suficiente para obligarlo a detenerse.

—Para… —le pidió, con los ojos húmedos y un nudo en la garganta.

Él se quedó quieto. La miró con una preocupación tan real, tan inmediata, que Lía sintió ternura en medio de la incomodidad.

—Coge aire, Lía. Tienes que acostumbrarte. Cuando tú me digas, me moveré —le dijo, con la voz ronca, temblorosa.

Y la besó. Le llenó la cara de besos suaves, de susurros dulces y de caricias que no buscaban acelerar nada, solo acompañarla.

—Me gustas tanto… —dijo, sin parar de besarla.

Entonces Lía lo supo. Que no había elegido mal, que esperar había valido la pena y que no podía haber sido con otro. Que tenía que ser él.

Lo besó con todo lo que tenía dentro y le susurró:

—Te quiero, Derek. Me alegra haberte esperado. Solo podías ser tú.

Una emoción sin nombre la inundó. Algo parecido a unas ganas de llorar y reír al mismo tiempo. Él cerró los ojos, asintió y, entonces, empezó a moverse con lentitud y cuidado. Ella sintió cómo la llenaba, cómo se fundían y cómo su cuerpo se abría para él, lo reconocía y lo aceptaba. Dolía, pero menos. Y luego esa sensación desapareció y fue perfecto. Después sintió calor, ritmo y un placer

tímido que iba creciendo, que se instalaba y se desplegaba en su interior.

Sus caderas empezaron a encontrarse y a buscarse, dejándose llevar, hasta que el placer se acumuló despacio, como una ola que se forma lejos, pero sabes que va a romper. Y cuando lo hizo, fue como una supernova. Como si todo en ellos se encendiera y se liberara.

Lía gritó su nombre en voz baja, entre jadeos y el alma abierta.

Y él la miró fascinado. Como si ver su orgasmo fuera su mayor logro.

Poco después, lo sintió tensarse, oyó su respiración agitada y su cuerpo se estremeció, y supo que él también se corría. Que estaban ahí juntos, hasta el final.

Derek se dejó caer sobre ella con cuidado, sin aplastarla, como si aún no pudiera creer lo que acababan de compartir. Le acarició el rostro, le apartó los largos mechones sudados de la frente y la besó con una dulzura que la partió en dos.

—Te quiero, Lía —susurró.

Y ella cerró los ojos, con lágrimas silenciosas en las pestañas y una certeza dentro del pecho: ella también lo quería. Y ya no había vuelta atrás.

En alguna ley escrita, de esas que no aparecen en los libros, pero que la gente repite como si fueran dogmas inquebrantables, se dice que todo lo bueno tiene su fin. Que la dicha es breve, que la felicidad caduca y que el amor de verano se evapora como el salitre en la piel después de septiembre.

Y Lía, por naturaleza y por terquedad, nunca había creído en eso, porque, si algo era bueno —no útil ni conveniente, sino bueno de verdad, con alma y sentido—, ¿por qué habría de acabar? ¿Por qué la belleza de algo pleno no podía, simplemente, sostenerse en el tiempo? ¿Qué tenía el universo en contra de lo que se sentía como el principio de una historia infinita?

Había aprendido demasiado pronto que las cosas no dependían solo de una voluntad. Que por mucho que uno pusiera todas las piezas en orden y jugara con honestidad, el tablero era gigante, incontrolable, y estaba plagado de trampas y movimientos inesperados. El amor, incluso el más sincero, tenía enemigos invisibles: la distancia, el miedo, los prejuicios, la familia… y los silencios no hablados también eran escollos. Y no siempre ganaba el mejor ni el más noble. A veces, tan solo ganaba el azar, el desgaste o la mala suerte.

Aquella noche en el hotel fue perfecta. Tanto que no pudieron quedarse. No porque no quisieran —que sí querían, con el cuerpo y con el alma—, sino porque la vida, con sus horarios y sus responsabilidades, les recordó que el tiempo no se detenía para nadie.

Lía no había avisado de que no volvería a dormir al apartamento. Y habían dejado tirados a Debi y a Brenan en mitad de una fiesta llena de adultos aburridos. Así que recogieron la ropa, apagaron la lámpara con vistas al mar y se fueron como si no acabaran de vivir uno de los momentos más importantes de sus vidas.

El camino de vuelta fue tranquilo e íntimo. Los dos abrazados sobre la moto, en silencio. Parecía que aún estaban dentro de aquella habitación, aunque ya no se encontrasen bajo las sábanas. Y

cuando Derek la dejó frente al portal, con el motor apagado y el casco en la mano, tardaron una eternidad en despedirse.

Los besos eran lentos, prolongados, cargados de esa melancolía anticipada que solo se siente cuando uno sabe que algo perfecto no va a repetirse con exactitud. Se besaron como si fuera una forma de quedarse.

—Duerme bien, Lianta —murmuró él, y la miró de arriba abajo para memorizarla. El vestido rojo ya estaba otra vez en su sitio, pero su pelo… su pelo era un mapa salvaje de lo que había sucedido.

Ella, sin darse la vuelta del todo, lo miró por encima del hombro con una media sonrisa y el corazón todavía latiéndole entre las piernas.

—Vete ya.

Y él lo hizo.

El día siguiente fue una nube. Una nube de verdad, no de esas tormentosas que amenazan desde lejos, sino de las dulces, blancas y flotantes. Lía caminaba por el apartamento como si pesara menos, como si la gravedad hubiera perdido eficacia desde que él la había tocado. Obviamente, Debi exigió una narración punto por punto, con interrogatorio incluido.

Y Lía, entre risas y sonrojos, se lo contó todo. Incluso aquello que no sabía. Sí, estaba un poco dolorida —y lo dijo con esa mezcla de timidez y orgullo que acompaña a las primeras veces que importan —, pero todo había valido la pena. Porque había sido con él. Y porque no había sido solo sexo. También había sido amor. Y eso era un verdadero triunfo a tenor de lo que experimentaban otras de su edad.

Por la tarde, Derek y ella iban a verse de nuevo. Habían quedado a las seis. Y Lía estaba más nerviosa y ansiosa por verlo que nunca, porque quería confirmar que todo lo de la noche anterior había sido real. Que él se sentía como ella.

Bajó a la portería con veinte minutos de antelación, emocionada, con el móvil en la mano y el vestido claro que él había dicho que le gustaba, el mismo que llevaba cuando la salpicó nada más conocerse.

Al principio, miraba con una sonrisa nerviosa cada moto que pasaba. Luego empezó a revisar el teléfono y cuando pasó más tiempo de la cuenta dejó de sonreír. Entonces empezó a preocuparse.

Una hora y media después, aún estaba allí. De pie. Esperando.

Llamó a Debi, que bajó las escaleras en cinco minutos, con el pelo negro recogido en un moño mal hecho, las llaves en la mano y las gafas de sol puestas. Se montaron en el Clío de Debi con aire tenso. Ninguna dijo nada durante los primeros minutos del trayecto, pero ambas sabían que algo no cuadraba. Algo olía mal.

—¿A ti te dijo Brenan si Derek tenía algo hoy?

Debí negó con la cabeza mientras miraba al frente con el ceño fruncido; se esperaba lo peor, porque Lía sí tenía intuición para esas cosas y se olía los desastres.

Cuando llegaron a la casa de los padres de Derek, lo que encontraron fue un cuadro absurdo: cajas de cartón, puertas abiertas, transportistas subiendo y bajando con muebles protegidos por mantas gruesas: el escenario de una mudanza en curso. Se marchaban antes de lo previsto. Como si para ellos el verano ya se

hubiese acabado del todo. La familia había llegado por sorpresa a la bahía y se iba como había venido, o eso parecía.

Debi frenó de golpe delante de la entrada. Se quitó las gafas con un movimiento mecánico y miró hacia la casa con incredulidad.

—¿Qué coño pasa? ¿Se largan? ¿En serio?

Lía sintió un frío brutal expandirse en el pecho, como una grieta que se abre en una pared ya cuarteada. Se desabrochó el cinturón despacio, asegurándose de que estaba despierta.

—Derek me lo habría dicho… —murmuró, pero la voz le salió ahogada.

Bajó del coche y caminó hasta la entrada. Marisa estaba junto a la baranda, hablando con uno de los de la mudanza. Llevaba una blusa blanca impecable, el moño rubio alto y unos tacones imposibles para un día de mudanza. Sus ojos azules, fríos como la porcelana vieja, se clavaron en Lía sin sorpresa, afecto ni disimulo.

Lía la saludó con respeto y con educación, con esa elegancia natural que tenía incluso cuando el alma le temblaba. Pero la madre de Derek no hizo ademán de abrir la puerta ni la invitó a entrar. Mantuvo la distancia como si eso bastara para borrar todo lo que había pasado.

No parecía mala mujer ni era cruel. Pero había algo dolorido en ella, algo rencoroso. Se le antojaba una mujer que ha vivido demasiado tiempo entre pactos sin amor y relojes de lujo que marcan siempre la hora equivocada.

Lía sintió que la escena se disolvía a su alrededor. Las cajas, el perfume caro, el coche en marcha de Debi de fondo… Nada parecía real. Y sin embargo, lo era.

—Señorita Castellanos, buenas tardes. —La llamó por el apellido, como una militar o como si Lía fuese una trabajadora cualquiera.

La voz de Marisa era suave y educada, casi cálida. No había maldad en su mirada, pero sí una especie de frialdad en la lengua que no necesitaba gritar para herir. Sabía usar las palabras como un bisturí, sin mancharse, pero capaz de abrir a cualquiera en canal.

—Hola, señora Marisa… —contestó Lía con una cortesía que se le enredó en la garganta—. ¿Está aquí Derek? Habíamos quedado…

—No. Él y su padre se han ido de madrugada. El padre de mi marido ha muerto de forma repentina.

Shock. Una palabra insuficiente para describir lo que sintió la chica. Alfred. El abuelo Alfred. Derek le había hablado tanto de él… Era robusto, enérgico, un león de negocios que a sus setenta y cinco años aún se negaba a retirarse. Un hombre imponente, casi mítico. Y él le tenía cariño.

Y sí, parecía que era cierto: se había mantenido en pie hasta el último segundo. Hasta el último aliento. Derek debía de sentirse mal y muy apenado, y Lía quería abrazarlo.

—Lo siento mucho… —dijo sincera, aunque en su pecho empezaba a asomar una grieta nueva, más punzante: «¿Por qué Derek no me lo dijo?»—. ¿Le ha dejado su hijo algún mensaje para mí? Lo estoy llamando y no me lo coge.

Por un instante, Marisa la miró con algo semejante a la compasión. Fue un destello, un parpadeo que la hizo parecer humana. Pero desapareció enseguida, sepultado bajo una media sonrisa maternal que apestaba a condescendencia.

—Querida, entiendo cómo te sientes… El primer amor es muy apasionado, pero siempre es efímero. Derek es un hombre. Ya no es

un niño, y tiene responsabilidades. No puede jugar eternamente con sus amiguitas de verano en la playa.

La bofetada fue tan elegante, tan medida, que dolió el triple. Porque ni siquiera era una ofensa explícita, era algo peor: una humillación disfrazada de lección. Como si Lía tuviera que agradecer el aprendizaje.

Jodida Kim Basinger inmortal.

—¿Eso se lo ha dicho él? —preguntó con la voz rota, el alma hecha trizas y los ojos llenos de lágrimas—. Él nunca ha hablado así conmigo.

Derek… Derek no estaba.

No estaba allí para explicarle ni para detener aquello. Y eso dolía más que cualquier despedida. Solo había silencio y ausencia, y ella no se lo merecía.

Marisa inclinó la cabeza con una sonrisa de resignación.

—Eso es porque los hombres nunca nos hablan así, chiquilla. Juegan hasta que se aburren, pero para eso nos tienen que ilusionar, ¿comprendes?

¿Hablaba de su experiencia con su marido? Eso no podía extrapolarlo a todos.

Lía apretó los puños, enrojecida de rabia y de humillación. Se le estaba escapando el control y aquello le deshacía el corazón al mismo tiempo.

—Su hijo no es así —replicó, con voz temblorosa pero firme.

—¿Ah, no? ¿Te dijo mi hijo que tiene novia y que está comprometido?

Silencio.

El golpe final fue seco. Irreparable. Algo dentro de Lía se quebró como un cristal mal embalado, y sintió que se quedaba sin aire. Tuvo que sujetarse a la baranda porque las piernas ya no le respondían.

—Se llama Prudence. Es de una familia importante. Muy adinerada. Tiene veinte años. Solemos pasar una temporada juntos en los Alpes cada verano. Hace ya un tiempo que tienen la idea de casarse.

Oh, por Dios. Se le abrió el abismo bajo los pies.

—Derek nunca… Él no…

—Si te lo hubiera dicho —la interrumpió Marisa con calma—, no te habrías acostado con él como seguro ya has hecho. —Y entonces llegó el veneno más suave y el más cruel—: Pero el juego ya ha acabado. Y el verano también. Derek ahora tiene compromisos que atender, una vida que edificar y una empresa que ayudar a liderar. La muerte del abuelo lo ha precipitado todo y ahora está en la línea de salida. Y tú, Lía… —La miró con pena real, como quien lamenta un desperdicio—. Tú no estás en sus planes. Sois de mundos distintos. Aunque eres muy guapa —añadió, evaluándola de arriba abajo—, y si perdieras algo más de peso, seguramente podrías meterte a cualquiera en el bolsillo. Porque, al final, en este mundo —le dio un golpecito en la mano, como si fuera una niña pequeña—, la belleza y la seducción lo son todo. —La pausa fue letal—. El problema es que mi hijo no es cualquiera. Olvídate de él.

Lía no sabía si estaba despierta, si eso que estaba viviendo era un sueño o si de verdad había pasado todo lo que acababa de oír.

¿La había utilizado? ¿Había sido un entretenimiento? ¿Una historia que él nunca tuvo intención de contar después del verano?

Ahora rememoraba lo que sus padres le habían dicho en la cocina y entendía sus reticencias. Aceptaban que ella solo fuera un ligue de verano lejos de su futura pareja y de sus responsabilidades, solo eso.

Y después recordó las palabras de Derek mientras hacían el amor: «Quiero que esta noche sea perfecta para ti».

Rememoró cómo le temblaban las manos cuando se desnudó.

Reprodujo su voz cuando le dijo: «Te quiero, Lía».

¿Todo había sido una mentira?

El mundo se desdibujó. El sabor a sangre en la boca del alma junto a la vergüenza, el dolor y el ridículo le hizo ver que su historia con Derek había sido un amor descalabrado contra una puerta que nunca se abrió.

Derek se había ido. Sin un mensaje. Ni una explicación. Solo un abandono limpio, medido y brutal que la dejó desnuda ante su madre, sin derecho para poder decirle nada.

—No tengo nada contra ti, Lía —aseguró Marisa más suavemente —. Y espero que la vida te vaya muy bien; te he dado un consejo que seguro que te servirá en un futuro.

—Yo no le he pedido ningún consejo, señora —contestó ella humillada—. Pero también espero que tenga la vida que se merece. Igual que su hijo.

Se pasó el antebrazo por los ojos para secarse las lágrimas y regresó al coche como una autómata.

A sus espaldas, Marisa, en silencio, cerró la puerta con la dignidad de una reina que despide con honores mínimos a una plebeya.

El sol de la tarde caía, pero Lía no sentía nada. Solo vacío y un ruido blanco en el pecho.

Debi, desde el asiento del conductor, la miró volver con el ceño fruncido. En cuanto su amiga abrió la puerta, se sentó y cerró con fuerza, la observó de reojo. No hizo falta preguntar.

Lía se rompió.

El llanto no fue manso ni bonito. Fue una crisis de ansiedad con todas sus letras: la respiración entrecortada, el pecho encogido, las manos temblorosas, los sollozos ahogados entre sus propios brazos… Todo lo malo pasaba por el cuerpo y la mente de Lía en ese momento.

Se tapó la cara, se hundió en el asiento y no pudo hacer más que llorar. Y llorar. Y llorar.

—Derek es… es un hi-hijo de puta… ¡Me ha mentido! ¡Tiene no-novia y se va a casar! —Se estaba ahogando con sus sollozos.

—Lía… —Debi se inclinó sobre ella y la abrazó fuerte, como si con sus brazos pudiera contener la avalancha. La besó en el pelo, le acarició la espalda y le dijo cosas que no entendió—. Esa puta burguesa clasista de los cojones… —murmuró entre dientes—. Qué familia más enferma, por Dios. Qué gentuza. Te juro que, si lo vuelvo a ver, le rompo las piernas. O la cara. O ambas.

Pero Lía no podía ni reír ni hablar. Solo apretaba los dientes y se dejaba sostener.

Y entonces supo, no de manera racional ni como una conclusión, sino en la verdad de su pecho, que las cosas buenas no son para toda la vida.

A veces, ni siquiera son para todo un verano.

SIETE AÑOS DESPUÉS

4

Habían pasado siete años. No siete días, ni siete estaciones, ni siete versos de una canción mal cerrada. Siete años completos, con sus lunas nuevas, sus cumpleaños, sus vacaciones, sus Navidades y sus silencios.

La vida había seguido después de aquel aciago verano, por supuesto. No porque tuviera ganas de que siguiera, sino porque no había más remedio.

El mundo no se detiene por nadie, y mucho menos por una chica con el corazón vapuleado.

Lía Castellanos se estaba mirando en un espejo de cuerpo entero. Su reflejo le mostraba ahora unas formas más de mujer, más sinuosas y delineadas que cuando era adolescente. Con veinticinco años, se observaba con la atención de quien ha aprendido a conocerse y a entenderse.

Ya no era la misma de hacía siete años, y tampoco quería serlo. Al otro lado del cristal, una mujer joven, espectacular, segura de sí misma le devolvía la mirada. Llevaba una camiseta blanca impoluta, de tejido fino, metida por dentro de unos jeans oscuros de corte clásico y caída impecable, y, sobre los hombros, una americana negra que le daba ese punto sobrio y la hacía parecer más dueña que modelo de escaparate. Calzaba unos tacones finos, dorados, con

puntera cerrada, todo de marca. Discreta, elegante, como debía ser. Y en la muñeca derecha tenía un reloj digital Bulgari de oro rosa, una pieza que concordaba mucho con su presente.

Iba maquillada a la perfección, con ese lápiz de ojos que le enmarcaba los ojos verdes como un trazo artístico. Los mismos que la habían delatado siempre aún brillaban igual y todavía eran capaces de recordar.

Mientras terminaba el delineado, ladeando un poco el rostro para lograr la simetría perfecta, pensó en él. Otra vez. Porque no había un solo día, ni uno solo, en el que no pensara en Derek.

Su mente era así de inevitable e injusta, y la realidad también, porque él le había cambiado la vida. Aunque no en el sentido romántico de las novelas ni como esos amores que florecen y lo transforman todo en belleza.

Derek había sido el Katrina. Había llegado con todo y la había dejado sin nada. La desbarató, le rompió el cuerpo y el alma, y ella tuvo que reconstruirse desde cero, como un edificio con las vigas retorcidas por el fuego.

Pero la reconstrucción que había llevado a cabo también era una forma de victoria. Ese verano lo cambió todo y le dejó las cosas claras.

Lo que vivió antes había sido ilusión, inocencia y una especie de felicidad sencilla.

Lo que vino después fue guerra, lucha y aceptación.

Se ajustó bien el reloj en la muñeca y se puso un bálsamo labial con un leve aroma a menta, nada escandaloso y con el brillo justo, como todo en su vida ahora: contenido, preciso y digno.

Salió de su ático dúplex y cerró la puerta con esa satisfacción que solo se tiene cuando se ha ganado algo sin atajos. Vivía en el centro de la ciudad, frente al jardín metropolitano que salía en todas las postales. Lleno de árboles altos, de ardillas descaradas, de turistas con cámaras al cuello y de niños con helados. Aquel paisaje era una estampa viva de un presente que se había ganado a fuerza de levantarse temprano, de negociar sin miedo y de no llorar delante de nadie.

Ese día era importante. Firmaba un nuevo contrato de colaboración con uno de los clubes deportivos más exclusivos del país y del continente. No solo representaba una inyección económica considerable, sino una visibilidad estratégica para SanaSana, su empresa, su criatura y su lugar en el mundo.

SanaSana ofrecía un servicio de comida saludable, sofisticado y estudiado con minuciosidad. Nada de ensaladitas tristes ni de dietas sin alma. Su cocina estaba basada en ciencia, sabor y belleza, con platos sin azúcares ni carbohidratos vacíos, pensados para quienes buscaban sanar el cuerpo sin castigar el alma. Sus recetas eran únicas. Había creado cada una desde el conocimiento, la formación y el hambre real de transformar los hábitos de alimentación.

Estudió Nutrición Clínica y Ciencias Gastronómicas Aplicadas a la Salud —una doble titulación compleja y muy exigente—, y mientras los demás salían de fiesta, ella experimentaba con harinas sin gluten, grasas buenas y la proporción exacta de zinc en una crema de calabaza.

Empezó sola. Con la cocina de casa de sus padres como laboratorio y su coche pequeño como repartidora improvisada.

Ella cocinaba. Ella entregaba. Ella respondía mensajes y diseñaba las etiquetas. Hasta que contrató a dos ayudantes. Después, con el tiempo, llegaron los hornos industriales, la agencia de transportes, la inversión en influencers y por último… el reconocimiento y su oficina en el centro.

Ahora, su empresa tenía identidad, tenía estructura e impacto. Sus padres, Bel y Pedro, la admiraban profundamente. Estaban orgullosos. Sin ellos, sin su apoyo emocional, económico y logístico en los años más difíciles, nada habría sido posible. Pedro arreglaba los envíos al principio, Bel cocinaba con ella los domingos. Habían puesto las manos, la casa y el alma, y, entre todos, la habían ayudado. Y costó muchísimo, pero valió la pena.

Sin embargo, incluso en medio del éxito, seguía viviendo con el eco de una herida bien cerrada, pero no olvidada. Porque Derek le enseñó muchas cosas. Le enseñó a no fiarse, a no regalar el corazón como si no costara nada y a no enamorarse de una cara bonita ni de unas palabras suaves. Le enseñó, también, a levantarse, a cuidarse y a quererse.

Y por eso, a pesar del daño, no le deseaba mal. Lo habría preferido, habría sido más fácil. Pero no podía.

La vida le había dejado secuelas. Algunas más visibles, otras… imposibles de contar a nadie. No todavía.

Aquel verano la había transformado por completo. Y aunque cada paso la alejaba más de aquella bahía, de aquella fiesta, de aquella moto que rugía entre luces y risas, la verdad era que no pasaba ni un solo día en que no pensara en él. No por amor, quizá. No por deseo. Sino porque Derek había sido el punto de inflexión.

El antes y el después. El chico que rompió su mundo.

Y también, por paradójico que suene, el que sin saberlo la obligó a construir otro mejor.

Y ni siquiera podía odiarlo por ello.

La primera semana de diciembre había caído sobre la ciudad como una nevada que no cesaba, aunque sin nieve. Bastaba el frío cortante, el aliento que salía hecho vaho al caminar por las avenidas y el perfume a castañas asadas en cada esquina para saber que el invierno había entrado con los nudillos por delante. Todo estaba decorado como si la Navidad fuera una obra de teatro en la que cada calle tuviera un papel protagonista: luces colgadas entre farolas como guirnaldas celestiales, árboles con esferas tan grandes que parecían planetas y belenes vivientes en plazas donde los niños —con gorros de lana y la nariz roja— señalaban a los camellos como si fueran unicornios medievales.

Pero cada año había más elfos. Más Papá Noel con abrigos rojos y gruesos que parecían hechos de terciopelo industrial y menos Reyes Magos de toda la vida. En los escaparates de las calles principales, había trineos falsos, muñecos de nieve sin nieve y renos con luces LED en el hocico y ojos animatrónicos que parpadeaban con un entusiasmo inquietante. Un centro comercial había montado una pista de hielo artificial junto a una fuente barroca, y en una cafetería decorada como un salón victoriano, un Papá Noel sin barba repartía galletas veganas a niños con iPads. Era evidente que el espíritu anglosajón se imponía a base de jerséis feos y gorros con pompón.

A Lía, sin embargo, le encantaba la Navidad. Siempre le había gustado. Era todo lo contrario al verano: este traía calor, cuerpos

expuestos y recuerdos agridulces que no podía borrar. El invierno, en cambio, llevaba consigo abrigo, calidez interna, luces suaves y cierto recogimiento elegante que la reconfortaba. Y aunque dentro de sí llevaba aún cicatrices que no se veían —porque el cuerpo sana, pero el alma a veces no tanto—, diciembre siempre tenía el poder de suavizarlo todo un poco, al menos, para los que no tenían que echar de menos y lamentar duras pérdidas.

Caminó entre escaparates hasta llegar a su destino: al lado de una joyería Tous, de vitrina impecable y llena de ositos de oro ridículamente caros, y de una boutique de bolsos de precios prohibitivos con nombres en francés que nadie pronunciaba bien, se alzaba el local de su mejor amiga, Debi.

Era una fachada negra brillante con detalles en fucsia intenso, letras metalizadas con efecto espejo y una cortina de terciopelo oscuro detrás del cristal. El letrero decía, en neón travieso y elegante: TIÉNTATE.

Lía empujó la puerta con decisión, con una botella de champán bajo el brazo y dos copas envueltas en una servilleta de lino.

—¡Mira lo que traigo! —anunció al entrar como una estrella de Broadway.

Debi apareció de la trastienda con el pelo negro recogido en dos trenzas, gafas de ver estilo bibliotecaria muy perversa y un vestido ajustado de encaje negro que parecía diseñado para provocar un incendio.

—¿Tenemos al Metropolitan? —preguntó alzando el puño en alto, vibrador de alcachofa en mano, como si fuera un micrófono de karaoke para una diva del burlesque.

—¡Por supuesto! ¡Ya está firmado! Y vengo a celebrarlo contigo.

Debi soltó un grito y rodeó el mostrador rosa —sí, rosa— con rapidez felina. Abrazó a Lía con fuerza, haciendo que la botella de champán tintineara peligrosamente entre sus cuerpos.

—¡Mi querida amiga empresaria que me va a sacar de la pobreza!

—Exagerada —rio Lía, dándole un tirón cariñoso a una trenza—. A ti te va muy bien. No me engañes.

Y era cierto. Tiéntate era un fenómeno en redes, una mina de oro en forma de boutique erótica de diseño. Vendía de todo: vibradores con formas que desafiaban la ingeniería, lubricantes comestibles con sabores de cóctel, velas de masaje que se convertían en aceite tibio, bolas chinas de diseño nórdico, consoladores que simulaban succión y pulsación simultáneas, látigos de cuero vegano y hasta un rincón de juguetes *gender neutral* con instrucciones en verso. Nada era vulgar. Todo era provocador y precioso. Como Debi.

Lía dejó la botella sobre la superficie rosa, la descorchó con un pequeño «pop» alegre y sirvió las copas con destreza.

—Brindamos por el éxito, ¿no?

—Brindamos por todo, gorda —dijo Debi, mirándola de arriba abajo—. Y por el culazo que te hacen esos pantalones.

Le dio una palmada sonora que hizo que Lía pusiera los ojos en blanco con una sonrisa inevitable.

—Gracias. Pero lo mío me cuesta.

—Te lo mereces —dijo Debi, y chocó su copa con la de ella.

Bebieron un primer sorbo mientras miraban a su alrededor con la satisfacción compartida de quienes se han construido desde la nada. Habían crecido y madurado. Bueno, lo justo. Porque lo esencial —la risa, la complicidad y la irreverencia— seguía intacto.

Entonces Debi puso esa cara. Esa expresión suya, la de: «Voy a darte una sorpresa que te va a quitar el aliento».

—Tengo un regalo para ti, gorda.

Lía resopló y volteó los ojos, sabiendo a la perfección por dónde iban los tiros.

—No quiero más bolas chinas, consoladores que succionan y pellizcan el clítoris ni penes con forma de alienígenas…

—Eres muy aburrida —espetó Debi mientras cogía algo tras el mostrador y dejaba un sobre encima de la mesa, con un aire de misterio teatral que no pegaba con nada del local… Precisamente por eso destacaba tanto.

—¿Qué es y por qué no tiene forma de berenjena o de calabacín? —preguntó Lía. Lo tomó con un gesto entre escéptico y divertido.

—Habló la que no es vegana. Es para ti, que, además de meterte cosas entre las piernas, también sabes leer.

Lía dejó ir una carcajada. Su amiga a veces era una ordinaria.

Sostuvo el sobre entre los dedos como si acabara de recibir una carta de Hogwarts o una citación judicial —ese tipo de sobres que no sabías si te iban a cambiar la vida o a complicártela de manera irremediable—. Era negro, mate, de un grosor impecable y estaba sellado con cera roja. En el centro, había un emblema en bajorrelieve: un copo de nieve con una pluma cruzada en diagonal.

—Debi…, ¿qué demonios es esto?

—Lee, lee, amiga. Que para una vez que no te traigo algo con motor… —Le guiñó un ojo y se llevó la copa a los labios con gesto triunfal.

Lía arqueó una ceja, rompió con cuidado la cera y desplegó la tarjeta que había dentro. El papel era grueso, de esos que no se

doblan con el viento, y estaba escrito con una tipografía dorada en relieve que parecía susurrar secretos al roce de los dedos. Olía una pizca a canela. Lo cual, y hablando con franqueza, le parecía un toque innecesario y sospechosamente místico.

Leyó en voz baja, moviendo los labios como si así pudiera conjurar el verdadero significado:

Invitación oficial al retiro navideño de la Ley de la Atracción.
Edición limitada. Cupo cerrado. Plazas exclusivas.
Ubicación secreta: resort privado Nieve Serena, Montes Blancos.
Duración: 7 días, 6 noches.
Fecha de entrada: 15 de diciembre.

Querida alma magnética:

Has sido seleccionada para formar parte del retiro más revelador y transformador de la temporada. Una experiencia navideña de alta vibración diseñada para reconectar contigo misma, activar tus deseos más íntimos y descubrir el verdadero poder de tu magnetismo interior.

A lo largo de esta travesía espiritual y sensorial, aprenderás a visualizar sin límites, a manifestar sin miedo y a atraer no solo abundancia, sino también presencias irresistibles hacia tu campo energético. Porque lo que deseas, te desea. Y lo que proyectas…, se presenta.

Este retiro no es solo para quienes creen. Es para quienes están listas para comprobar.

Incluye sesiones privadas de reprogramación del deseo, rituales al calor de la chimenea, afirmaciones nocturnas, juegos, entrenamiento físico consciente y dinámicas de atracción mutua guiadas por nuestros facilitadores navideños más… carismáticos.

No necesitas traer nada, excepto tu apertura, tu intención… y tus ganas de manifestación.

Prepárate para recibir.

Y para dar.

Con el espíritu más elevado y la energía más traviesa,
Ernie Elfo,

Director del Club de Atracción Polar
Asistente personal del mismísimo Papá Noel
(y otros renos mayores)

Lía parpadeó.

Volvió a leer.

Volvió a parpadear.

—¿Qué… demonios… es esto?

Debi ya se estaba riendo con la copa en la mano.

—¿No te encanta? ¡Es un taller de La Ley de la Atracción! Manifestaciones, visualizaciones, empoderamiento femenino… con jerséis navideños. ¿No te parece divino?

Lía volvió a mirar la tarjeta. Las palabras «reprogramación del deseo» y «dinámicas de atracción mutua» aún bailaban frente a sus ojos.

—¿Y Ernie Elfo es real o esto es parte de una película porno que has financiado?

—¡Ernie es un elfo profesional, gracias! Da conferencias, tiene un pódcast y un club de fans. Ya te pasaré el enlace.

Lía se quedó mirando la invitación, aún desconcertada y divertida. Esa carta olía a canela y a trampa.

—La entrada para el retiro iba a ser para mí —aclaró Debi—, pero resulta que no puedo ir en esas fechas porque es cuando la gente

compra más guarradas y juguetes eróticos, y tengo que estar en la tienda —lamentó.

—Pero ¿de dónde has sacado esto? —Lía no se lo podía creer.

—En una de las conferencias del poder de la manifestación a los que suelo ir. Tuve suerte. Lo sortearon y me tocó. —Se encogió de hombros.

A Debi le encantaba esa tendencia espiritual sobre el poder de las palabras y el pensamiento. Estaba como una cabra y era una salida en potencia, pero tenía un lado espiritual.

—Nunca he ido a cosas de estas …

—Y esa es la gracia. Piensa: necesitas unas vacaciones, has trabajado muy duro este año y tienes que hacer un *reset*. Gastos pagados, comida gratis, música, talleres para relajarte y activar el cuerpo… —Lo movió como si bailara.

Lía sostenía la invitación entre los dedos como si pesara más de lo que debía. El papel, tan grueso, tan solemne, parecía haber absorbido toda su atención de golpe. Aún no había decidido si se sentía seducida… o atraída por ella. La miró un instante más y luego la volvió a meter en el sobre negro con la delicadeza de quien guarda una bomba de relojería.

—No puedo irme tantos días, Debi. No soy ese tipo de mujer que se toma un retiro espiritual en Navidad —dijo; se cruzó de brazos con gesto resuelto.

—Sí puedes —replicó su amiga al instante, alzando una ceja negra con autoridad luminosa—. Tienen un espacio entero para actividades. Cuentan con talleres, juegos, monitores… Hasta un pequeño cine de Navidad. Estos retiros piensan en todo. Saben que muchos hombres y mujeres tienen responsabilidades y,

precisamente por eso, diseñan el programa para que no haya excusas y pueda ir todo el mundo. Lía —la miró con seriedad detrás de sus gafas provocadoras—, lo necesitas. Te cambiará la vida.

Y lo dijo como solo ella sabía decir las cosas importantes: como quien no deja margen a que la otra persona se autosabotee.

Lía suspiró, bajó la mirada y, sin pensarlo demasiado, estiró la mano hacia un estante cercano, agarró un lubricante de olor afrutado y lo destapó. Se llevó el frasco a la nariz y aspiró. El aroma a higo era intenso, demasiado dulce, como un caramelo húmedo con intenciones ocultas.

Frunció la nariz.

—¿Quién demonios compra esto?

—Gente con imaginación —respondió Debi con una sonrisa ladeada—. Y a la que le encanta que les coman el higo.

Lía volvió a dejarlo en su sitio, aún pensativa. ¿Quién decía que no a unas vacaciones pagadas?

—¿Cuándo tengo que responderte? —preguntó al fin, dándose por vencida, pero no del todo.

—Esta noche. Mañana hay que enviar la solicitud. Es exclusivo y no aceptan inscripciones de última hora. Hay que rellenar un contrato de confidencialidad, porque estos sitios —explicó Debi, y alzó los hombros como quien habla de cosas ya sabidas— son muy celosos con su privacidad. Si me dices que sí, te lo relleno, firmas electrónicamente y lo enviamos por email. En dos días deberías estar allí. En el paraíso, con sauna y mantas de borrego.

—¿Solo una semana?

—Solo una semana. Y luego empalmas con las vacaciones de Navidad. Es perfecto. Piensa en ello como una inversión emocional.

—Le lanzó una mirada esperanzada, de esas que en otra vida habrían servido para vender Biblias a satanistas—. Además, los regalos de tu mejor amiga no se rechazan.

Lía se quedó en silencio un segundo más. Miró el reloj, como si el tiempo pudiera decidir por ella.

—Bueno…, luego te contesto. Me tengo que ir ya.

—¿Adónde?

Lía se bebió de un solo trago lo que quedaba de la copa, dejó el vaso sobre el mostrador y le plantó un beso rápido y cálido en la mejilla.

—A por mi responsabilidad. Hoy sale más tarde.

—Pensaba que iba tu madre. Dale un beso a mi gnomo.

—Claro.

Y, con eso, se marchó. Salió de Tiéntate con la misma seguridad con la que entraba a una reunión, taconeando por las baldosas frías con el abrigo arrebujado sobre los hombros, dejando tras de sí una estela de perfume, determinación y secretos no dichos.

Debi se la quedó mirando hasta que la vio cruzar la calle.

Luego, cogió de nuevo el sobre negro, lo sopesó como si pudiera absorber algo de su energía y susurró al aire de la tienda vacía:

—Di que sí, Lía. Di que sí.

Porque ella sí creía en la manifestación. Porque sabía que, cuando una mujer poderosa se alineaba con su deseo, el universo conspiraba a su favor.

Visualizó a Lía en ese retiro, bajo las luces cálidas del resort, rodeada de nieve, elfos y otras cosas, de energía nueva y de posibilidades abiertas como las puertas de un calendario de adviento.

Pensó en ello como si ya estuviera hecho.

Porque, para Debi, lo estaba.

Era su responsabilidad.

Su miedo.

Su dolor perenne.

Y también, su recuerdo presente y su alegría más inexplicable.

Porque Arón lo era todo. Incluso lo que ella no había pedido. Incluso lo que nunca se atrevió a imaginar.

Las posibilidades de quedarse embarazada en la primera vez, usando preservativo y con la bendición de los astros alineados, eran bajísimas. Casi imposibles. Cero sobre cien, decían. Cero con asterisco, quizá. Pero Lía, por lo visto, era la excepción que la estadística necesitaba para seguir teniendo sentido.

Aquel verano aciago —así lo llamaba ahora, con una mezcla de sorna y resignación—, se llevó la palma.

Una sola vez. Una. La única. La gran escena con la bahía salpicada de estrellas de fondo y promesas en los labios. Y, claro, con ese preservativo que, desde el principio, ya había pensado que le parecía sospechosamente tenso. «Eso parece pequeño para él», había cavilado con una risa nerviosa. Pero Derek, como en casi todo, se mostró confiado. Demasiado.

Y claro. El preservativo se rompió.

Y el espermatozoide —un solo valiente olímpico— emprendió su travesía como si llevara un mapa dibujado. Atravesó obstáculos como si tuviera propulsión propia, burló defensas naturales con agilidad de espía internacional y, en una carrera contra miles de

hermanos, se abrió paso hasta el premio mayor: el óvulo. Que, por lo visto, también había decidido que aquel era su día de suerte.

Resultado: embarazo.

Premio de consolación: un futuro completamente diferente al que alguna vez se había imaginado.

La familia del Infierno —porque así la llamaba Lía ahora, sin ninguna ironía sobrante—, desapareció del mapa. Se fueron de la bahía como si el verano no hubiese sucedido y ella hubiese sido un error administrativo.

Ningún mensaje. Ninguna llamada. Ni siquiera un «¿Cómo estás?» hipócrita. Silencio absoluto. El *ghosting* más elegante y cruel que recordaba. Y ella había intentado encontrarlos, claro. No por debilidad, sino por necesidad de entender.

Pero no hubo manera. Tenían casas en varios países, empresas invisibles, amigos que hablaban con nombres genéricos, y el apellido, «Alemany», no respondía a ninguno. Era como buscar a alguien que solo había existido en un sueño.

Brenan, muy a su pesar y muy enfadado con su amigo, le dijo que no había estado bien que le ocultara que tenía novia. Pero que, por mucho que insistía, Derek, por lo que fuera, no quería hablar con ella. Una semana después él también se fue, y ni unos ni otros volvieron a veranear en la bahía, o sea que nunca más los volvió a ver.

Lo único que dejaron atrás fue el ADN. En concreto, en su útero.

Después vino el miedo. El pánico sordo de las dos rayitas en el test, el llanto en el baño y el silencio atroz en su habitación con las luces apagadas.

Tenía dieciocho años. Dieciocho.

Apenas sabía cocinar arroz sin que se le pasara y, de pronto, iba a ser madre. Hubo un instante en que pensó en abortar, por supuesto, lo pensó muy seriamente. No por vergüenza ni por presión social, solo por no sentirse capaz de la que se le venía encima.

Pero luego sintió algo, una certeza pequeña que, como una voz interior, alimentaba la necesidad visceral de no dejar que aquello también se borrase.

Porque si algo bueno podía salir de aquel verano mentiroso, tenía que ser eso.

El bebé no era una prueba de amor, pero sí era de realidad. Una prueba de que todo había ocurrido y, quizá, la única parte del cuento que merecía ser contada.

Sus padres, Pedro y Bel, fueron su red. Sin juzgarla ni recriminarle nada, le dieron comprensión, ternura y tiempo, y le ofrecieron su casa y su ayuda. Y después estaba Debi, por supuesto, que se convirtió en la escudera del caos y en la mejor madrina de todos los tiempos. Le llevaba vitaminas, revistas para embarazadas y consoladores, para recordarle que la maternidad no mataba el placer.

Y así fue como nació Arón. Y, con él, también nació otra Lía.

Una que no tenía tiempo para sentimentalismos baratos. Una que se levantaba temprano, que planificaba menús mientras estudiaba, que negociaba con proveedores mientras sujetaba biberones. Una que también lloraba a veces por las noches, pero que nunca dudó si estaba haciendo lo correcto.

Ahora Arón tenía seis años.

Y Lía lo esperaba en la puerta del colegio como todas las tardes, puntual, con las manos en los bolsillos del abrigo y el cuerpo

envuelto en ese frío seco de diciembre que dolía pero no calaba.

Frente a ella, el jardín tenía luces navideñas colgadas en forma de renos y estrellas. Los árboles estaban adornados con dibujos hechos por los niños y había una especie de trineo de cartón en la entrada, con un Papá Noel inflable que se tambaleaba con el viento.

Eran las seis en punto. Y ese día era especial. Había firmado un contrato importante, su negocio crecía y todo iba bien.

Pero nada era tan emocionante como verlo salir.

Y ahí estaba.

Arón.

Pelo negro, rapado por los lados con un pequeño dibujo de rayo en la sien —cortesía del peluquero moderno del barrio—, ojos grises, idénticos a los de su padre desaparecido, y una paleta caída que le daba un aire de ratoncito en proceso de metamorfosis. Llevaba una mochila con dinosaurios y una sonrisa que podía derretir el hielo de las aceras.

Lía sintió ese nudo conocido, ese remolino de emoción que la recorría cada día desde que él existía.

Después de todo el dolor, el abandono y el *ghosting* emocional y literal, Arón había sido un regalo inesperado. El más improbable, pero también el más irremplazable.

La prueba de que, incluso en las historias mal cerradas, pueden nacer milagros.

Abrió los brazos y Arón corrió hacia ella con ese entusiasmo que solo tienen los niños que saben que hay cine y palomitas esperándolos.

—¡Mamá! ¿Vamos ya? Dijiste que hoy sí, ¿eh?

—Por supuesto que sí. —Le sonrió y lo abrazó fuerte; sintió su cuerpecito cálido y lleno de vida pegado al suyo—. Hoy celebramos que mamá va a ganar mucho dinero.

—¡Y vamos a ver *Las crónicas de Navidad*!

Y así era. Porque los pactos con Arón eran inquebrantables.

Y porque, a veces —aunque vinieran de una mentira o de una historia rota—, los milagros corrían con la mochila a cuestas para abrazarte como si fueras todo su mundo.

Y, a veces, lo eras.

5

14 de diciembre
Dos días después

En ocasiones, aceptar un regalo es un acto de fe.

Y otras, como en este caso, un acto de locura, con una bufanda térmica y un niño entusiasmado que no dejaba de repetir «¡Mamá, esto es como el Polo Norte de verdad!» cada tres minutos.

No había querido ser egoísta ni encasquetar al crío toda una semana a sus padres. Eso no era justo para nadie. Además, Arón y ella nunca habían estado separados tantos días. Pero tampoco quería decir que no a un regalo así de Debi.

Por eso estaba ahí. Plantada frente al resort del retiro navideño más impresionante que había visto en su vida, y eso que, por su trabajo, había pasado por bodas en viñedos, *brunches* en azoteas con DJ en directo y spas con fuentes de agua con memoria celular. Pero aquello… Aquello era otra cosa.

El resort privado Nieve Serena era un pueblo entero de Navidad, como si alguien hubiera abierto una bola de nieve, y Lía, con su maleta de ruedas y su abrigo parca tres cuartos de color beige, hubiera quedado atrapada dentro.

Era un espectáculo visual lleno de cabañas de madera humeantes con chimeneas reales, tejados blancos como pasteles de merengue, faroles encendidos con luz cálida, caminos de adoquines entre la nieve pulida, árboles iluminados con miles de lucecitas doradas… y música. «Jingle Bells» sonaba por unos altavoces ocultos entre las ramas, como si la propia montaña cantase en bucle alegre.

Y no era solo la escenografía.

A los invitados los recibían con trineos. O sea, trineos auténticos de madera barnizada, con cojines de terciopelo rojo y campanillas que tintineaban al menor movimiento. Y de ellos tiraban… renos. Renos de verdad. Con cornamentas amplias, pezuñas bien cuidadas y una actitud sorprendentemente profesional.

Al frente de ellos había hombres. No hombres cualesquiera, sino disfrazados de Papá Noel, sí, pero no del tipo barrigón y torpe que uno encuentra en los centros comerciales. No. Estos eran de pasarela, de gimnasio, de mirada intensa y mandíbula cincelada. De esos que uno espera ver en un anuncio de colonia cara y no a las riendas de Rudolph.

Lía estaba cortocircuitando… Pero ¿cómo podían estar todos tan buenos? ¿Sería que venían de Laponia así?

No sabía si había aceptado unas vacaciones o una intervención divina. Porque, aunque su interés sexual y romántico era nulo, tenía ojos en la cara y sabía reconocer lo atractivo y lo bello. Allí debía de haber gato encerrado, porque eso no era nada normal.

Pero claro, los regalos de Debi no se rechazaban. Nunca. Porque su mejor amiga era como el karma disfrazado de mujer: si le decías que no, el universo te lo cobraba con creces. Así que sí. Lo había aceptado, porque tenía derecho a divertirse y porque llevaba seis

años trabajando como una bestia para tener la libertad de tomarse una semana en paz.

Estaba esperando junto a su trineo y Lía, móvil en mano, mostró el código QR que le habían enviado por correo. El Papá Noel asignado —uno de barba perfectamente blanca, pero cejas oscuras y sonrisa que podría derretir el hielo alpino— escaneó el código con un pequeño dispositivo y luego la miró con una expresión entre cómplice y encantado.

—Bienvenida al Polo Magnético. Estás en la Aldea Norte —anunció.

—¿Aldea Norte? —repitió ella, y parpadeó ante aquel despliegue de escenificación y nomenclatura temática. Pensaba que estarían en una habitación de hotel.

—Sí. Es nuestra zona de alojamiento. Cada huésped tiene su propia cabaña, con todas las comodidades, por supuesto —añadió con voz profunda y pausada, mientras le echaba un vistazo de arriba abajo. No fue grosero, pero tampoco discreto.

Ella fingió no darse cuenta y se subió al trineo con dignidad.

Cuando colocó la maleta a sus pies, el Papá Noel taxista les dio una ligera sacudida a las riendas.

—Arre, Rudolph —dijo con voz teatral.

Y entonces se pusieron en marcha con un tirón que casi la lanzó hacia atrás. Lía se aferró al borde y soltó una carcajada inesperada.

El camino hacia la cabaña serpenteaba entre árboles cubiertos de nieve, pasarelas de madera iluminadas con farolillos y otras parejas en trineos que saludaban como si aquello fuera un desfile navideño de alta gama.

Y Lía, mientras acariciaba su bufanda para que no se le volara, pensó que quizá esa locura navideña no había sido tan mala idea después de todo.

La cabaña en la que se hospedaba parecía sacada de un catálogo de invierno escandinavo, pero con presupuesto de película navideña de alto nivel. No era solo encantadora: era perfecta. Madera clara, techos inclinados con vigas a la vista, mantas de lana gruesa dobladas con precisión, una chimenea eléctrica que simulaba llamas con una verosimilitud insultante y un leve aroma a vainilla y pino que flotaba en el aire.

Sonrió y se permitió respirar hondo y pensar: «Vale, esto no está tan mal».

Sobre la cama principal, cuidadosamente plegada sobre una manta roja bordada con copos de nieve, encontró una carta.

La abrió con curiosidad y la leyó en voz alta, en tono teatral:

> Bienvenida, alma magnética:
>
> Esta será tu casa durante el retiro de la Ley de la Atracción en el Polo Magnético.
>
> Por favor, colócate la pulsera personalizada que encontrarás en la mesita de noche. Esta lleva tu QR personal para acceder a todas las actividades, formaciones, talleres, comidas y fiestas.
>
> No debes quitártela durante toda la estancia.
>
> Sobre las once, te esperamos para el *briefing* de bienvenida en la sala central. Allí conocerás a tus compañeros de retiro, a nuestros facilitadores y el programa de actividades que hemos preparado con mimo… y chispa.

Con afecto brillante y navideño,
el equipo del Club de Atracción Polar

—¿Mimo y chispa? —murmuró Lía, alzando una ceja.

Aun así, se puso la pulsera. Tenía un dije de corazón que tintineó con suavidad al rozar otro con forma de campanilla, y la sensación de llevar un abalorio infantil en la muñeca la hizo reír en silencio.

Había dejado a Arón en un campamento navideño no muy lejos del retiro. Consideraba injusto que, mientras ella se lo pasaba bien, sus padres tuvieran que hacerse cargo de su hijo. Así que pensó que Arón disfrutaría más allí, con niños de su edad y a las puertas de las fiestas de Navidad, que estando en casa. Además, así lo sentía más cerquita y podía ir a verlo siempre que quisiera.

Recordaba el momento de la despedida, cuando su sonrisa se había vuelto más nerviosa que divertida. Le ajustó el gorro, le acomodó la bufanda y le dio una lista de normas que probablemente ambos olvidarían a los cinco minutos:

—¿Tienes a Mike Wazowski contigo?

—Sí, mami —le había dicho él. Mike y él eran inseparables, y así debía ser, sobre todo cuando el pequeño se iba fuera varios días.

—Nada de comerte la comida de otros. Nada de pegarle a nadie. Y, por favor, Arón…, nada de escupir.

—¡Fue una vez! —protestó él con cara de indignación.

—Y le diste en el ojo a tu profesora. No olvides que mamá tiene una reputación.

Arón rio. Y ella también.

—Ya sabes que mamá va a estar haciendo cursos y estudiando mientras tú te lo pasas bien y te conviertes en un salvaje, ¿eh, suertudo?

—Sí, mamá. —Miró alrededor ansioso y se frotó la nariz—. Estudia mucho, que yo me lo pasaré muy bien.

Lo abrazó fuerte, como si en vez de dejarlo en un campamento infantil, fuera a cruzar el Atlántico. Desde que nació, Arón había crecido rodeado de amor, pero con figuras femeninas muy marcadas. Su abuelo Pedro era su faro, sí, pero su abuela Bel y Debi —sobre todo Debi— le habían enseñado a tener carácter, respuestas afiladas y un sentido de la justicia que lo convertía en un pequeño abogado con bufanda.

De repente, llamaron a la puerta y una mujer vestida de elfa surgió de la nada. Le sonrió con la palma de la mano hacia arriba.

—¿Qué? —quiso saber Lía.

—¡Hola! Soy la elfa Sabri. Necesito que me des tu móvil. Los requisamos y los guardamos en la caja fuerte para que no se filtre información al exterior.

Lía frunció el ceño, sorprendida.

—Pero… ¿si quiero llamar a alguien o pasa algo?

—Es la primera regla al llegar al Polo Magnético. Apagar el móvil y guardarlo en la caja fuerte. Nosotros nos encargamos y, en caso de urgencia, te lo damos, obvio. Pero esas son las reglas.

Lía no estaba nada segura de querer aceptarla. Una semana sin móvil y sin poder hablar con su familia para explicarles qué tal iba por allí era excesivo. Además, ¿cómo iba a llamar a Arón? Estaba empezando a hiperventilar.

—No te preocupes —la tranquilizó Sabri—. No es que vayas a estar aislada. Tenéis un teléfono fijo en el edificio central para llamar en caso de urgencia o extrema necesidad, pero siempre bajo

supervisión. Para el éxito de este retiro, la desconexión del exterior es básica.

Al final, Lía cedió, no sin reticencias, pero fue a buscar el móvil y lo apagó. La chica lo tomó y le enseñó la caja de seguridad del salón, detrás del cuadro de Papá Noel.

—Te lo guardaré aquí. Se abre con un código que os daremos cuando acabe la experiencia.

Lía asintió, con esa mezcla de alivio y desconfianza que traen los años de maternidad. Bueno…, intentaría dejarse llevar. Para eso había ido.

Cinco minutos después, otro trineo apareció frente a la cabaña. Este con campanas más grandes, madera barnizada y cojines aún más pomposos. Al frente, un Papá Noel negro, altísimo, con barba blanca, pómulos afilados y un abrigo rojo que parecía hecho a medida por una casa de moda francesa.

Lía lo miró con fijeza.

—¿En serio? —murmuró para sí misma.

Intentó no juzgar. Intentó abrirse a la experiencia. Pero era demasiado. El Polo, las pulseras, los trineos… Papá Noel sacados de editoriales de moda…

Aun así, subió. Porque ya estaba allí y no era momento de echarse atrás.

Se acomodó en el asiento y el trineo se desplazó por la nieve hacia la sala central.

Lía se sujetó con ambas manos y pensó: «Esto o es una secta o una telenovela nórdica».

Y aunque quería relajarse y vivir la experiencia, lo cierto era que no estaba segura de que fuera a lograrlo.

Era lord Krampus. Se miró en el espejo con la calma de quien sabe con exactitud lo que proyecta.

El reflejo le devolvía una imagen poderosa: ropa negra ajustada, de tejido técnico y corte impecable, que perfilaba cada músculo con elegancia. Tenía el torso firme, la espalda ancha y las caderas marcadas sin exceso. Sobre los hombros, una capa larga de terciopelo pesado, negra como la medianoche sin luna, se agitaba con cada paso que daba por la habitación, como si tuviera voluntad propia. El broche metálico brillaba bajo la luz cálida, y el bastón —de madera oscura, con una bola de nieve navideña en la empuñadura, como un Gandalf del Ártico— completaba una figura que oscilaba entre un príncipe de las tinieblas y un CEO de otro mundo.

Esbozó una sonrisa breve, sin ternura. Muy medida.

El heredero von Austerlitz estaba listo. No cualquiera aceptaría disfrazarse así, ni siquiera a cambio de millones. Su padre, por ejemplo, jamás se habría prestado a algo semejante. Jamás habría salido en capa ni habría aceptado una puesta en escena como aquella para sus primeros retiros corporativos. Aquel hombre creía en la intimidación, en los márgenes, en el dinero por encima de cualquier experiencia humana. Hacía negocios como se construían los imperios antiguos: con esclavos invisibles y castillos sin ventanas.

Pero él no. Él tenía otra visión más moderna y brillante, aunque también más peligrosa. Nadie en absoluto sabía quién era el dueño de Tiéntate, y así debía ser. Mientras tanto, él jugaría al despiste entre máscaras y juguetes, porque su intención era preservar el anonimato, porque el misterio funcionaba siempre.

Sabía que el secreto para mantener una marca viva no estaba en el producto, sino en lo que este hacía sentir. Que para que los socios

apostaran, para que los vendedores vendieran, para que los clientes compraran había que ofrecerles algo que no se pudiera copiar: una experiencia y una puerta a un mundo nuevo.

Y este retiro, esta semana diseñada al detalle, no era solo un espectáculo navideño con trineos y luces: era una prueba de fuego. Una inmersión total.

Siete días de tentación, de conexión, de provocación, para que se hablase de ello durante años y posicionase a Tiéntate como la mejor marca, no solo de juguetes eróticos, sino de experiencias con las que volver a seducir el cuerpo y el alma. Siete días para que los potenciales inversores —algunos llegados desde el otro lado del mundo— sintieran en la piel aquello que la empresa prometía: seducción, atracción y deseo real: puro magnetismo. Por eso supuestamente todo tenía lugar en el Polo Magnético, porque la vida se trataba de fuerzas polares y polarizadas, y el deseo era lo único sincero de verdad que tenía el ser humano, porque no se disfrazaba ni se fingía.

Lord Krampus ya tenía treinta años. Y cada uno vivido era una lección más en su propia guerra contra la ingenuidad. Aprendió a no repetir errores y a no exponerse ni dejar que el corazón dictara los movimientos del tablero, porque había perdido una vez al confiar y porque el amor, tal como su padre le había advertido —con esa crueldad que solo tienen los hombres que no aman—, era una debilidad.

Este sentimiento no tenía lugar en los negocios del placer ni en la estrategia. Solo el deseo y el impulso eran auténticos y descarnados. Y aprender a jugar con eso era el verdadero poder.

En aquel retiro, la Ley de la Atracción, no habría «te quiero», ni promesas ni nombres verdaderos.

Solo cuerpos. Energía. Visualización. Atracción.

Sin máscaras.

Y, por paradójico que suene, con más verdad que cualquier relación maquillada de futuro.

Se ajustó el broche de la capa, giró sobre los talones con teatralidad —porque el impacto visual también era un lenguaje— y salió de su cabaña de lujo, esa que lo diferenciaba del resto sin que hiciera falta decirlo.

El aire de la montaña era frío y limpio.

Y al fondo, la sala de conferencias iluminaba la nieve como si el destino tuviera escenógrafo. A cada paso, su bastón golpeaba la tierra nevada con firmeza y dentro de él, un único pensamiento palpitaba bajo la calma férrea de su rostro:

Que empiece el juego.

6

La sala del *briefing* parecía una fantasía gótica salida de una novela de Edgar Allan Poe en colaboración con Charles Dickens y decorada por Tim Burton en su fase más sobria.

Era… preciosa, por supuesto, pero muy inquietante.

Las paredes, altas y cubiertas de paneles de madera oscura, estaban adornadas con guirnaldas de acebo y luces y velas en candelabros de hierro forjado. Del techo colgaban racimos de bolas de cristal que flotaban con la leve corriente de aire, y un coro suave de villancicos antiguos, en latín, se oía de fondo. En un rincón, un árbol de Navidad altísimo —con adornos en negro, burdeos y dorado — dominaba la estancia como si fuera un tótem. Todo olía a canela, cuero, incienso y, literalmente, a todo lo que se puede desear y manifestar.

El escenario era lo que más llamaba la atención. Elevado, con un trono de piedra tallado con símbolos que Lía no identificó, con cabezas de ciervo, lenguas en espiral, patas de cabra y ramas entrelazadas, parecía preparado para un personaje de otra época o de otro plano.

Un trono para alguien que no era de este mundo.

Tragó saliva.

A su alrededor había un grupo considerable de asistentes. Hombres, mujeres, de cuerpos diversos y edades variadas, con atuendos informales y cómodos. Aunque todos parecían saber a lo que habían ido o, al menos, lo fingían. Ella, por su parte, no conocía a nadie y no tenía muy claro si debía presentarse o quedarse en una esquina en modo florero reflexivo.

Hasta que la oyó a su espalda.

—Qué misterioso todo, ¿verdad?

Giró la cabeza y se encontró con una mujer de pelo rojo corto y ondulado, piel clarísima, mejillas rojísimas y rollizas, y una sonrisa encantadora. A su lado, un hombre moreno, con bigote fino y mirada chispeante, sostenía una copa de cava como si se la estuviera ligando.

—La verdad es que sí —respondió Lía, con simpatía. Se alegró de que alguien le hablara—. Nunca he venido a un taller de este tipo.

—¡Nosotros tampoco! —exclamó la pelirroja—. Es la primera vez, ¿verdad, cariño? Yo soy Clarita y él es Piter, mi marido.

—Encantada.

—Totalmente cierto que es nuestra primera vez aquí —asintió él, y bebió un sorbo—. Aunque yo ya manifesté lo que quería antes de llegar. Y parece que el universo me escuchó.

—¿Ah, sí? —preguntó Lía interesada—. ¿Tan claro tienes todo lo que te gustaría manifestar?

—Pfff…, por supuesto. Ha traído muchos condones en la maleta —soltó ella, como si hablara del tiempo.

Lía parpadeó. ¿Había oído bien?

—Ah…, bueno. Muy… previsor, sí.

—Es que cuando uno viene a atraer, debe estar abierto a recibir, ¿no? —añadió Piter, guiñando un ojo.

—Por supuesto —respondió Lía, intentando seguir el hilo—. Yo me apunté para trabajar mi energía interna, eso de alinear mis pensamientos con mis metas y mis objetivos y atraer lo que deseo…

—¡Exacto! —Clarita asintió con entusiasmo—. Yo igual. Menos mal que me depilé con cera caliente antes de venir. —Le dio golpecitos con el codo y mucha complicidad—. Los deseos tienen que llegar al retiro sin bloqueos.

Lía tragó aire con dificultad, pero sonrió.

—Ah…, sí. Los bloqueos… energéticos.

—Sí, sí —asintió Clarita—. Yo tengo un mantra: lo que deseas, se humedece.

—¿Perdón?

—Manifiesta, pero bien preparada, muchacha —intervino Piter, y brindó al aire—. Eso dice nuestra *coach*.

—Qué… ¿*coach*?

—Una señora divina de Valencia. Muy sabia. Hace círculos de tantra con música de Shakira. Dice que el alma atrae más si el cuerpo está suelto.

Lía se quedó en silencio. No sabía si aquello era una metáfora complejísima o si estaba metida en un error colosal. ¿Por qué hablaban así?

—¿Y vosotros habéis venido por la parte más… física del retiro? —intentó tantear para comprenderlos mejor.

—Todos estamos aquí para conectar con nuestro cuerpo. ¿Tú no? —preguntó Clarita, y arqueó una ceja—. ¿No leíste la carta de invitación?

—Bueno, sí… Leí algo de «reprogramación del deseo» y «estar abierta para atraer»…

—Eso —asintió Piter—. No todo el mundo se deja atraer, ¿sabes?

—Ajá… —Lía dudaba de si estaban hablando de química emocional o de orgías con horario.

—De todos modos, tú tienes pinta de manifestadora natural —dijo Clarita, y le sonrió con dulzura—. Tienes esa energía de «yo no sé qué hago aquí», que es justo lo que más atrae. Cuando insistes y luchas por atraer, lo haces desde un punto de carencia e invocas justo lo contrario, que es nada. Tienes que asumir que esa atracción ya la posees, y así manifestarás mejor lo que quieres. Aunque con esa carita no tendrás muchos problemas, digo yo.

En ese momento Lía se echó a reír por dentro. Ni puta idea tenía Clarita.

—Gracias…, creo.

—Nosotros vamos a por todas —siguió Piter—. Mentalidad abierta, chakras relajados y muchas ganas de jugar. Porque el universo ayuda a quien se autoestimula.

Lía soltó una carcajada sin poder evitarlo.

—Creo que me he perdido.

—Tengo curiosidad por ver al maestro de ceremonias ese que va a venir —dijo Clarita, y señaló al escenario—. ¿Has visto el trono? ¿Tú crees que vibra?

—Pero… si es de piedra. No tengo ni idea —dijo Lía con una risa nerviosa.

—¿Has venido sola al retiro? —preguntó ella con interés—. Dijeron que se podía traer una pareja, en caso de que se tuviera.

—No tengo pareja.

—Entonces, si has venido sola, entras en la puja…

—¿En qué puja?

—Las mujeres solteras que vienen pueden tener el acompañante que deseen para trabajar las partes del taller en el que necesiten compañero o compañera. Y lo mismo sucede con los hombres que vengan solos.

—Porque hay… ¿ejercicio físico que no podemos hacer nosotros mismos? —trató de entender.

Clarita la miró como si le estuviera tomando el pelo.

—Cariño…, eres muy graciosa. Luego hay una que solo la puede elegir lord Krampus.

—¿Quién? —Puso cara de no haber oído bien.

Clarita la estudió con los ojos entornados.

—¿Te has leído todas las reglas y el compendio de normas que había que firmar antes de acceder?

La verdad era que no. Debi se había ocupado de todo el papeleo y ella solo había firmado para aceptar la invitación. Por otra parte, ¿cuántas normas podía haber en un retiro como aquel? Lía había imaginado que harían algo de yoga y meditación, quizá una dieta detox… Pero nada de lo que aquella pareja le contaba se acercaba a la idea que tenía en mente.

Y mientras hablaban, las luces se atenuaron con lentitud y los villancicos se desvanecieron para dar paso a un sonido más grave, tribal y ceremonial.

Lía estaba nerviosa y, aunque lo disimulaba bien, por dentro tenía el estómago encogido.

Clarita y Piter eran encantadores, sí, pero también estaban a una distancia galáctica de lo que ella entendía por «gente normal».

Hablaban con una libertad que rozaba lo indecente —y lo hacían con la frescura de quien pide una de cuarto en la panadería—. Ni siquiera en sus noches más desinhibidas, con una copa de más y la *playlist* sensual de fondo, se había atrevido a hablar con tanta soltura de condones, partes rasuradas, placer y chakras sincronizados.

A ella le gustaba el sexo, como a cualquiera. Pero lo de ellos… era otro nivel.

—¿Y cómo habéis accedido a este retiro? —preguntó intentando recabar información sin parecer demasiado perdida.

—La empresa nos ha invitado por tener buenas ventas en el negocio —respondió Clarita con orgullo.

—Ah… —Lía frunció los labios con cara de ameba perpleja—. Pues… es una buena manera de teneros motivados. Al menos, os lo reconocen. Qué detalle pagaros un retiro así.

Clarita la miró con una mezcla de ternura y sorpresa, como quien escucha a alguien decir que cree que los bebés vienen de una cigüeña.

—¿Acaso tú no has venido igual? ¿O vienes por la parte de los influencers y los ricos anónimos con ganas de experimentar?

A Lía le entró un tic en el ojo. Literalmente. Una contracción mínima en el párpado derecho.

—A mí… me lo regaló mi amiga —respondió con sinceridad.

Piter y Clarita se miraron con asombro.

—Debe de quererte mucho —dijo él, bajando la copa—. Esto es algo único y exclusivo. Es un bombazo. Nunca nadie ha hecho nada parecido. Nosotros estábamos deseando una experiencia así.

Lía asintió; empezaba a sospechar que había entrado en una dimensión paralela de la espiritualidad.

—Pero mi amiga Debi… ha ido a muchos retiros de la Ley de la Atracción, y de la visualización y manifestación de los deseos… Ya sabéis: pide y se te dará, y esas cosas…

Clarita soltó una carcajada deliciosa, abierta y nada malintencionada.

—Cariño…, como este, lo dudo.

—Aquí, si pides…, te darán —intervino Piter, con una sonrisa peligrosa—. Pero bien —añadió, y esa vez ocultó una carcajada detrás de la copa, como si acabara de contarse un chiste privado con el universo.

Lía los miró como quien empieza a atar cabos, pero aún tiene los hilos sueltos.

Y entonces… las luces se apagaron.

Toda la sala quedó sumida en una oscuridad cargada de expectativa. Un silencio flotante se instaló entre las copas y las respiraciones contenidas. De fondo, una música grave comenzó a ascender con una mezcla entre campanas lejanas y tambores tribales, como si alguien hubiera hecho una versión oscura de un villancico con una orquesta del inframundo.

Y entonces lo vio.

Entró desde el fondo de la sala, solo, y avanzó entre las columnas como una sombra tangible. Llevaba una capa negra larga que se movía tras él como si tuviera voluntad propia. Su cuerpo era musculoso, alto e imponente. Llevaba una máscara —negra, brillante y sin ornamentos— que le cubría media cara, y sujetaba un bastón

rematado con una bola de nieve, dentro de la cual caían copos eternos sobre una figura del Krampus.

Parecía un mago oscuro salido de un cuento nórdico que alguien había erotizado con éxito.

La sala estalló en vítores y aplausos. Algunos se pusieron en pie y otros lanzaron pequeños silbidos, como si no acabara de entrar un instructor de retiro, sino una estrella de rock o un mesías sensual.

Lía no entendía nada, pero tampoco podía apartar la mirada. Y lo único que pudo hacer fue callar y escuchar.

El silencio se volvió absoluto, las sombras danzaban sobre las paredes y, en lo alto del escenario, el trono de piedra pareció acogerlo como si lo hubiera estado esperando desde siempre.

Lord Krampus se detuvo ante él, apoyó el bastón en el suelo, con un leve golpe seco, y alzó el rostro.

La máscara brillaba bajo la luz tenue y su voz grave, como un hechizo bien pronunciado, llenó la sala con la calma de quien sabe que todos van a escucharlo… y obedecer.

—Sed bienvenidos a la Aldea de las Siete Sombras, capital del Polo Magnético. —Un murmullo reverente se deslizó entre los presentes —. Todos los que estáis aquí habéis aceptado, voluntariamente, dejar atrás vuestros miedos y vergüenzas… para abrazar las leyes más básicas y verdaderas de la atracción. Las normas invisibles del deseo, la seducción sin máscaras y el placer sin filtros. —Caminó lentamente por el escenario, cada paso acompañado con el leve tintinear del bastón—. Durante siete días y seis noches esta aldea será vuestro santuario… y vuestro laberinto. Un lugar donde vais a

enfrentaros a vosotros mismos, a lo que habéis reprimido, ignorado o postergado todo este tiempo. Y lo haréis a través de juegos, de encuentros, de pruebas y experiencias que, os lo aseguro, no olvidaréis jamás. —Se detuvo de nuevo frente al trono—. Aquí conoceréis a las siete sombras que gobiernan esta aldea. Seres antiguos, nacidos del folclore oscuro de la Navidad, reimaginados no como castigadores…, sino como despertadores del deseo. Ellos os guiarán y os retarán para daros aquello que no sabíais que necesitabais.

Hubo un suspiro general, mezcla de nervios y anticipación.

—Este retiro no es un capricho. Es un regalo que quiere homenajear a todos los que habéis hecho posible el éxito de la marca Tiéntate. Sois vendedores, distribuidores, colaboradores, simpatizantes y…, tal vez, futuros socios e inversores. Y hoy, en nombre de los dueños de este imperio, os doy las gracias. —La intensidad de su mirada negra, aún tras la máscara, atravesaba—. Tiéntate se ha convertido en un gigante del comercio erótico europeo, es la primera marca del sector que cotiza en bolsa, y lo hace muy al alza gracias a todos vosotros. Gracias a vuestro trabajo. A vuestra confianza. Y a vuestro deseo de ir más allá. El mundo aún no sabe quién está detrás de este tiburón… Mantienen el anonimato, pero me han pedido a mí, lord Krampus, que os dé lo que os merecéis. —Hizo una pausa. Los corazones en la sala latían como tambores tribales—. Una experiencia que os transforme con una semana inolvidable. —El tono de su voz bajó, más íntimo, más grave —. Siete días sin móviles para preservar lo más sagrado: la intimidad. Siete días donde aprenderéis cómo funciona el deseo verdadero. Cómo se puede revivir la pasión dormida, manifestar lo

que deseas, seducir… Aprenderéis que los juguetes no son objetos…, sino llaves a mundos internos y al reencuentro con uno mismo. Con el otro. Será —sonrió malignamente— un subidón de dopamina, una reconexión con la piel. —Se pasó la mano por el brazo y fingió un estremecimiento—. Un pacto con el goce. —Se volvió hacia el centro, abrió los brazos y proclamó con voz firme—: Ahora estáis aquí y ya no podéis escapar. Porque habéis cruzado la puerta y el Krampus… os ha visto. —Los señaló con el bastón. Las risas excitadas recorrieron la sala—. Preparaos. Esto no es un campamento, lo habéis firmado y aceptado todo. No es un espectáculo ni tampoco una fiesta. Esta será la mayor experiencia de vuestras vidas. Y no la olvidaréis jamás.

La música, de repente, volvió a sonar, oscura e hipnótica, y lord Krampus… sonrió, un chispazo de sus dientes blancos y rectos.

Y entonces, de repente, Lía, que estaba hipnotizada por aquel poderío, vio que él la miraba con fijeza durante largos segundos…

—Uy, parece que le gustas al Krampus. Si te elige…, serás suya hasta que él decida —dijo Clarita acercando su cabeza a la de ella—. ¡Qué emoción!

—¿Qué? —dijo Lía paralizada. «¡La madre que me parió!», pensó, y se echó a temblar por los nervios y la revelación. Ella no quería gustar a ningún tarado de esa sala, por bueno que estuviera.

Acababa de descubrir que aquello no era un simple retiro de espiritualidad, sino un experimento perfectamente orquestado, una experiencia piloto diseñada al milímetro para convertirse en el nuevo producto estrella de Tiéntate: una experiencia inmersiva de placer, poder y atracción, lista para ponerla a la venta en el futuro como

una fórmula cerrada, exportable, multiplicable… y muy muy lucrativa.

¡Debi lo sabía! ¡Tenía que saberlo, porque tenía una tienda de la marca, y la muy tarada le había tendido una trampa! ¡La iba a despellejar cuando la viera!

Ahora sabía la verdad: estaba en un viaje sensorial *premium*, donde el cuerpo era el templo; el deseo, la brújula…, y los juguetes, la llave.

Todo lo que se viviera allí lo iban a estudiar, registrar, mejorar y empaquetar.

—Debi…, loca del coño —gruñó decidida a arreglar aquella confusión.

La Aldea de las Siete Sombras no era solo un lugar, era el futuro del erotismo de lujo, y Lía…, la pobre Lía, estaba justo en el corazón del experimento.

Lord Krampus descendió un par de escalones del escenario mientras subían de nuevo la intensidad de las luces. La sala entera seguía vibrando con la reverberación de su voz y las connotaciones de todo lo dicho, y los aplausos aún retumbaban entre las paredes cubiertas de acebo y terciopelo, pero él ya no los oía.

Solo tenía ojos para ella. La había visto entre el público, a medio discurso tras una mirada fugaz, de esas que te perforan sin permiso.

Y era la cara de Lía. No podía ser.

Y, sin embargo, lo era.

Se había quedado inmóvil unos segundos más de lo previsto, justo cuando mencionó que iba a ser la mejor experiencia de sus vidas,

como si el universo, en un acto de sadismo escénico, hubiera decidido colocarla allí, en la primera fila de su proyecto más importante, como una aparición.

Era una herida abierta que vestía vaqueros caros y sonreía con esa mezcla de incredulidad y encanto que él conocía demasiado bien, y no podía estar allí.

Pero lo estaba, joder.

¿Lo habría reconocido?

Sacudió la capa con un gesto preciso, elegante, y dio la orden final con firmeza:

—Ahora, disfrutad de la cena que se va a servir. Socializad con vuestros compañeros, pasadlo bien… Id a los talleres y… esta noche… comienza la primera fiesta.

Dirigió una última mirada al público y los asistentes emitieron un último suspiro que no se oyó por el eco de los aplausos.

Y después desapareció por uno de los pasillos laterales, con la figura envuelta en tela negra y misterio.

Una vez fuera, agradeció el aire exterior, que era puro y afilado. La nieve crujía bajo sus botas y las ramas de los abetos se inclinaban con ligereza por el peso del hielo.

Se detuvo a unos cincuenta metros de la sala, donde nadie pudiera verle, y apoyó un brazo en el tronco de un árbol robusto. El bastón quedó clavado en la nieve, a su lado. Despacio, se llevó la otra mano al rostro y tocó la máscara negra con los dedos, que, sin querer, le temblaban.

No era por miedo, porque él no lo sentía; tampoco pánico escénico ni vergüenza desde hacía años. Pero eso… Ese rostro que había aparecido entre la multitud no era solo una cara que pudiera

admirar de manera momentánea. Era la cara. La única que nunca había logrado borrar de su mente.

Dios mío… Lía Castellanos.

¿Era una alucinación?

¿Un error del subconsciente?

No. Imposible. No olvidaría ese rostro ni aunque perdiera la memoria. Sus ojos verde claro, esa boca que sabía insultar y besar con la misma intensidad… La forma en que se reía, como si todo y nada le importara a la vez.

Ella estaba ahí, en su aldea, metida en su juego y, de nuevo, en su mundo.

Se quedó unos segundos respirando el frío helado, para templar el caos interior que lo subyugaba.

¿Qué hacía ella allí? ¿Quién la había invitado? ¿Cómo había conseguido una plaza?

Tampoco sabía si lo había reconocido. Había alterado, medido y entrenado su voz para que sonara más grave, y la máscara cubría lo suficiente… ¿o no?

Pero ella no era idiota, nunca lo fue. Se inclinó hacia delante y cerró los ojos.

Temblaba, pero no por el frío. Oh, joder… Parecía un pelele, un chaval de veinte años que aún no sabía lo que era encajar un golpe.

Y es que ella… Le seguía provocando aquello después de todo ese tiempo, del silencio, del peso y del dolor. Pensar en Lía aún le retorcía el estómago y lo hacía vulnerable.

Aún lo hacía humano.

Y entonces, la voz que no esperaba oír sonó a su espalda:

—Perdone, lord Krampus, pero creo que ha habido un error…

Él se quedó congelado.

Y la nieve siguió cayendo.

Lord Krampus se giró con lentitud, como si la inercia del terciopelo de su capa obedeciera a un tempo dramático propio, y la miró de frente con esa fijeza que no permitía huida. Su cuerpo, recto, anclado al suelo como una escultura, contrastaba con el temblor apenas perceptible de su mano derecha, aún cerca del antifaz, que ya había vuelto a colocarse en su sitio como si nada en él hubiera perdido el control.

Pero dentro, por supuesto, hervía. Porque la tenía ahí. De pie ante él. De carne, hueso y rabia, con su pelo largo recogido de cualquier manera, el abrigo demasiado ajustado para un sitio tan frío y esos ojos verdes tan brillantes como aquella última noche en la bahía, cuando aún creía que él sería su futuro. Se mordió por dentro todo lo que no podía decirle y, en su lugar, respondió con voz neutra, casi condescendiente, como si ella no le estuviera desgarrando por dentro con solo estar allí:

—¿Un error? —repitió, entonando cada palabra como si probara su sabor—. ¿Qué error?

Lía dio un pequeño paso hacia atrás justo cuando una piña nevada, gorda y húmeda, cayó desde lo alto de un abeto cercano y golpeó el suelo con la precisión de un efecto dramático de película. Si le hubiera dado en el pie, habría tenido una excusa para maldecir en voz alta y largarse de allí con un portazo a la nieve, pero el universo, tan dado a lo teatral, parecía haber decidido que no se lo pondría fácil.

—Que yo no debería estar aquí —dijo ella al fin, con un tono defensivo que rozaba lo indignado, mientras se alejaba del árbol traicionero—. Resulta que una amiga me invitó a venir en su lugar. Yo… yo creía que esto se basaba en el poder de la manifestación y de la atracción. Pensaba que era un retiro emocional. Espiritual. De esos de pedir cosas bonitas al universo, ¿sabe?

—Así es —respondió él, sin mover un solo músculo más que los labios. Ni pestañeó.

—No —replicó ella, cada vez más nerviosa—. Esto no va de eso. Este retiro va de guarrear y de explorar el sexo como os dé la gana. Y yo… no estoy dispuesta a ello.

Él no bajó la mirada ni reculó. No hizo gesto alguno que pudiera interpretarse como concesión. Solo habló con un tono suave, peligrosamente educado, que decía más de lo que ocultaba:

—Señorita…

—Lía —lo cortó ella, con firmeza—. Me llamo Lía.

El nombre salió de sus labios como un disparo. Como si necesitara volver a ocupar su espacio, a decirle que tenía identidad, que era alguien y no solo una visitante más de su circo navideño depravado.

—Usted firmó el contrato —dijo él sin alterar la voz.

—Yo no firmé ningún contrato —se defendió de inmediato, y alzó un tanto la barbilla—. Yo firmé la solicitud para venir en lugar de mi amiga Debi, la del Tiéntate de la Sierra. Eso fue todo. No firmé nada más. Y quiero irme porque yo no he venido a esto.

Entonces él la miró de arriba abajo con descaro, sin ocultar que la estaba escaneando. Era la primera vez que la veía después de tanto tiempo y, aunque todo en su cuerpo le pedía acercarse, tocarle la cara, preguntarle por qué demonios seguía tan preciosa, tan fuerte,

tan ella… Lo que hizo fue cruzar los brazos con lentitud sobre su pecho, con el bastón aún apoyado contra la pierna, como si se preparara para interrogarla o, tal vez, para vencerla.

—Acompáñeme a mi oficina —dijo, con un deje autoritario que no admitía réplica—. Vamos a solucionar esto.

Lía lo miró como si acabara de decirle que creía en los Reyes Magos y que trabajaba para ellos. Lo vio tan altivo, tan metido en su personaje de príncipe oscuro de la Navidad, que lo único que pensó fue que el tío era un gilipollas de manual, de esos que se creen irresistibles solo por hablar con voz grave y llevar una capa de terciopelo con un bastón como si fueran Gandalf versión Tinder.

Pero algo en ella, algo visceral e inexplicable, le impidió marcharse. Y aunque en su mente lo etiquetaba ya como una caricatura del ego masculino, algo más profundo, una punzada antigua, incómoda, casi olvidada, empezó a agitarse bajo su piel.

Y lo siguió.

Lía lo siguió sin saber aún que él, Derek von Austerlitz —escondido tras la máscara de lord Krampus—, no estaba dispuesto a dejarla marchar.

No ahora que, al fin, la tenía tan cerca que podía oler su perfume, que aún recordaba. El mismo que, joder, nunca había dejado de perseguirlo.

7

Durante el breve trayecto entre la sala de actos y la cabaña corporativa, Lía no dejó de observar la espalda de lord Krampus. Su andar era sereno, medido, porque no necesitaba apurarse para hacerse notar. La capa ondeaba a cada paso como si la nieve misma se apartara para no molestarlo, y la figura entera, erguida, fuerte, enfundada en ese negro impecable que absorbía la luz, resultaba tan imponente como incómodamente familiar.

Era absurdo y, aun así, algo en ese cuerpo le estremecía los recuerdos. Lo había visto antes o puede que no. Quizá su mente le estaba jugando una mala pasada, condicionada por las emociones de estar en un lugar tan extraño, tan fuera de su zona de confort. Pero el corazón… el corazón le latía con una sospecha que no sabía cómo clasificar.

La cabaña corporativa era pequeña, funcional, y era evidente que estaba pensada para recibir clientes, solucionar contratiempos o, en su caso, apagar incendios con la elegancia de quien no piensa mancharse las manos. En recepción, las dos chicas vestidas de elfa, con estética impecable y aire profesional, saludaron con una leve reverencia que no parecía forzada. Él respondió con una inclinación mínima de la cabeza, sin detenerse. Luego abrió una puerta al fondo y la sostuvo sin mirarla.

—Que no me molesten —dijo con tono seco a las chicas—. Tengo un asunto que atender.

Lía entró detrás de él. La sala, aunque austera, tenía detalles cuidados: muebles de madera, una chimenea eléctrica encendida, una pequeña cafetera automática y, por supuesto, adornos navideños colocados con buen gusto, como un par de piñas doradas en una bandeja de cristal, una guirnalda de luces blancas sobre la repisa y una estrella metálica colgada del techo. Al fondo, un ventanal mostraba los árboles nevados que rodeaban la aldea. Y en el centro, una gran mesa de escritorio, tras la cual lord Krampus tomó asiento.

—Siéntese —indicó, y le señaló la silla de enfrente con un leve gesto.

Lía obedeció con recelo, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si necesitara protegerse de su tono, de su mirada y de todo lo que representaba aquel retiro absurdo.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba su amiga?

Él ya lo sabía, claro. El nombre era inolvidable. Desde hacía poco más de un año, él tenía el control absoluto de la compañía, pero apenas había comenzado a revisar perfiles, sedes y relaciones internas. Este retiro era su excusa perfecta para conocer en persona a quienes impulsaban la marca, para ponerles cara, para ver cómo vivían Tiéntate desde dentro.

—Debi Lamela —dijo Lía con voz firme.

—Debi Lámela —repitió él con una precisión burlona que la hizo apretar los labios.

—No —corrigió ella, en seco, con una ceja arqueada—. Ella no va a lamer nada. No es esdrújula. Sin tilde. Lamela.

Él sonrió. No abiertamente, sino con esa mueca ladeada y casi imperceptible que le subía solo un lado de la boca. A Lía se le puso la piel de gallina. Esa sonrisa… No. No podía ser.

—Sí. Aquí está —dijo mientras escribía algo en el teclado, y luego giró el monitor para mostrárselo—. La invitación de Debi Lamela y el contrato que envió. ¿Es esta su firma?

—Sí —afirmó Lía sin dudar. Reconocía su trazo.

—Fíjese bien —insistió él mientras hacía *scroll* con calma—. ¿Es esta su firma, añadida después de… cinco folios de reglas que seguir, advertencias y cláusulas en las que se deja claro que hay un contrato de confidencialidad inviolable?

Lía se inclinó ligeramente hacia delante, pestañeó con rapidez y se cruzó de piernas mientras asimilaba lo que veía.

—Sí…, lo firmé —reconoció, aunque el nudo en su estómago comenzaba a apretarse.

—¿Su nombre en el retiro es Dama Blanca?

—¿Qué? —Leyó por encima para comprobar que era cierto—. Por supuesto que no. Mi nombre es Lía, ya se lo he dicho.

Derek tenía ganas de reírse, pero no podía. Allí todos se registraban con un apodo para entrar mejor en ese juego inmersivo con sus *alter ego*. Por eso no sabía que ella estaría allí, porque primaban los apodos y no el nombre real de los participantes.

—Pues así es como la han registrado.

—Todo eso lo hizo mi amiga, no yo.

—Eso es irrelevante. Lo importante es que añadió sus datos, le puso el apodo y usted firmó que participaría en todas las pruebas, que asistiría a las actividades y a las noches temáticas. Que estaba de acuerdo en permitir que se le empujara (si era necesario) a

hacerlo. Y que, en caso de negarse de manera rotunda, aceptaba una multa por la infracción de las normas del retiro.

—¿Una multa? ¿Cómo puede ser…? A mí nadie…

—En el futuro —interrumpió él, suave pero firme—, debería asegurarse de leer lo que firma.

—No puede obligarme a hacer nada que no quiera —protestó; sintió que el enojo le subía a las mejillas.

—Lo siento, pero su firma dice lo contrario. Yo no la voy a obligar. Ahora bien…, si decide no hacer nada, deberá pagar por ello.

—¿Y de cuánto estamos hablando? —preguntó con los dientes apretados, convencida de que si la cosa era pagar una suma razonable, lo haría y se largaría en el primer Uber trineo que encontrara.

Él hizo una pausa teatral. Se acomodó en la silla, se estiró el cuello de la camiseta bajo la capa y la miró con complacencia.

—Un millón de euros.

Lía palideció. Abrió tanto los ojos que por un momento pareció que toda la cara se le retraía del susto. Dio un respingo tan exagerado que casi se cae de la silla.

—¡La madre que me parió! —exclamó, con una mano en el pecho —. ¡Está extorsionando a esta gente!

—Para nada —replicó él, con la serenidad de un juez—. Todos los que están aquí lo saben. Todos lo firmaron. Y, créame, nadie va a pagar esa cantidad… porque nadie piensa echarse atrás. Esta experiencia es única y muy valiosa. Y no se construyó con luces y renos de saldo. La inversión ha sido descomunal, porque esto es el buque insignia de la nueva fase de Tiéntate, un producto vivo y un universo. Y vamos a cuidarlo. —Apoyó los codos sobre los brazos de

la silla y la miró con intensidad—. Y todos —remarcó con claridad— saben a lo que han venido. Todos… menos usted.

—¿Y cómo harán para ver si participo o no? ¿Me van a espiar?

—La pulsera —explicó él, y señaló con el bastón—. El QR registra su entrada a cada actividad, a cada zona del retiro. Por cada ausencia no justificada, por cada omisión de participación, se acumula una infracción.

—¿Y cuánto son esas infracciones?

—Cien mil euros por cada día que no disfrutas.

—Qué salvajada. —Se pinzó el puente de la nariz mientras negaba con la cabeza. Estaba jodida.

—Las actividades se hacen… o se hacen —zanjó él, como si no hubiera remedio.

—Esto tiene que ser ilegal —murmuró para sí misma.

—Al firmar, usted mostró su conformidad con todo —concluyó él, sin un atisbo de compasión.

Lía se inclinó sobre la mesa, lo señaló con el dedo índice, como si acabara de perder la paciencia, y lo miró a los ojos con esa energía que lo había hecho temblar siete años atrás.

—Mira, Batman —le soltó, indignada, y dejó entrever su vena más rebelde y macarra—. No puedes hacer esto.

Él, sin inmutarse, le sostuvo la mirada. Y aunque por dentro se moría por agarrarla y decirle quién era, por sacarse la máscara y acabar con aquella pantomima, hizo todo lo contrario: se atrincheró tras la ley del juego, se cubrió con la armadura de los contratos y se preparó para el próximo movimiento.

Porque ella había entrado en su tablero. Y él, Derek von Austerlitz…, no pensaba dejarla salir.

—La ley me ampara. Su rúbrica también. Y es demasiado arriesgado hacer concesiones. Las reglas son las mismas para todos. Lo siento.

Aquellas palabras flotaron en la estancia como una sentencia. Frías, inamovibles y legales. Lía se llevó las manos al pelo con un gesto de exasperación genuina. Sus dedos se perdieron entre los mechones castaños con reflejos rojizos que, bajo la luz cálida del despacho, se movieron con una gracia casi teatral. Se mesó las ondas como si necesitara reorganizar algo más que su peinado y pretendiera ordenarse el alma.

—Esto no me puede estar pasando… —murmuró. Cerró los ojos un instante, como si eso bastara para reiniciar la realidad. Después volvió a abrirlos con furia y susurró entre dientes—: ¿Cómo se ha atrevido Debi a hacerme esto?

Lord Krampus se apoyó en el respaldo y entrelazó los dedos con calma. Su voz era una mezcla perfecta entre diplomacia y sarcasmo, esa tonalidad que suele usarse cuando uno disfruta al observar que el otro se revuelve sin escapatoria.

—No es nada malo. Tiene una buena amiga, le ha hecho un regalo increíble.

Lía lo fulminó con la mirada, pero él apenas parpadeó. Se limitó a abrir un tanto los brazos, como si presentara pruebas irrefutables.

—Es como un secuestro —declaró ella con firmeza—. Batman me ha secuestrado —dijo malhumorada a la par que incrédula.

—No es ningún secuestro —respondió él, con los ojos en blanco, como si hablara con una adolescente malcriada—. Deje de decir tonterías. Y soy lord Krampus —la corrigió—. Como yo lo veo, tiene tres opciones. Pagar la multa, largarse y guardar silencio el resto de

su vida sobre cualquier cosa que haya visto aquí. No pagarla y que la demande por incumplir el contrato, con las consecuencias que eso conlleve.

Lía arqueó una ceja, sin creérselo del todo.

—O evitar todo eso —dijo él, con una sonrisa apenas contenida—, liarse la manta a la cabeza y jugar. No hay nada de malo. Participar, respirar hondo, dejarse llevar… Disfrutar de este retiro sin prejuicios, sin miedos, sin dudas ni inseguridades. Piense que hay personas aquí —añadió con una pausa dramática— que han pagado por voluntad propia lo que a usted le parece una multa solo por el privilegio de vivir esta experiencia.

—La gente tiene mucho dinero. Es evidente que esto les gusta a los millonarios con sus fetiches morbosos y su falta de moral y ética, ¿verdad?

—Esto les gusta a todos —corrigió él con firmeza, como si hablara de una verdad universal—. No va de clases ni de dinero, se trata de quererse y de disfrutarse. De seducir y dejar que la seduzcan. La sensualidad no tiene bandera ni categoría social porque es un idioma y una forma de estar en el mundo. Y este retiro no va de guarradas —remarcó con un deje de ironía—, va de manifestar deseos sin censura. La sensualidad es un mundo de manifestaciones libres, y todo deseo, del color que sea, puede cumplirse con respeto y consenso. Eso es lo que va a pasar aquí, en la Aldea de las Siete Sombras, en pleno Polo Magnético. Debería dejar de reprimirse.

Abrió los brazos con una teatralidad medida y elegante, como si ofreciera no solo un discurso, sino un nuevo evangelio.

Lía lo miró como si acabara de proponerle una suscripción vitalicia a un culto.

—¿Y usted qué sabe si estoy reprimida? —espetó, sin esconder el sarcasmo.

—Intuición —respondió, y alzó la barbilla con una seriedad casi insultante.

Hubo un momento de silencio. Lía lo miraba con los labios apretados, la mandíbula tensa y los ojos cargados de todo aquello que no estaba dispuesta a decir. Y él la observaba con la calma de quien sabe que ya ha ganado, aunque aún no lo haya dicho en voz alta.

—Decida, señorita Lía —dijo por fin, con la voz modulada a la perfección—. ¿Pongo su participación en rojo y queda a deber un millón de euros según contrato… o aprovecha este parque temático para jugar y aprender algo de sí misma?

La pregunta quedó flotando como una amenaza vestida de terciopelo.

Lía bajó la vista. Pensó en sus opciones. En la firma que la condenaba. Pensó en su empresa, en el contrato con el Metropolitan, en los años de trabajo a destajo, en las noches sin dormir, en las terapias y en su hijo.

No podría pagar un millón de euros ni aunque vendiera sus órganos por catálogo. Y no estaba dispuesta a permitir que ese retiro ridículo, por más sofisticado que se pintara, arruinara todo lo que había construido con tanto esfuerzo.

No. No iba a permitirlo. No sería la primera vez que salía de un infierno con la cabeza alta. Ya había sobrevivido al abandono, al desamor, al desprecio y al embarazo inesperado. Había cruzado desiertos peores. En cambio, ese retiro, comparado con todo lo demás, era nieve blanda.

Solo eso. Podía superarlo. Se tragó el orgullo, inspiró hondo y dijo:

—¿Si accedo a participar en este retiro, se supone que acepto cualquier cosa? —preguntó Lía con la voz crispada, al borde del colapso emocional, pero aún erguida como una torre que no piensa derrumbarse sin guerrear—. No quiero hacer nada que no me apetezca. Creo que eso vulneraría mi esencia y mis derechos más íntimos.

Lord Krampus, que hasta entonces había mantenido un aire de cortesía templada, frunció apenas los labios. Lo justo para parecer irritado, harto de tener que explicar lo evidente a una criatura que llega tarde a todo.

—Aquí nadie tiene que sentirse violado ni vulnerado, señorita —replicó con escasa paciencia, como quien recita el protocolo por décima vez—. Todos están aquí porque saben a la perfección a qué vienen. Cada experiencia es personal y nadie va a obligarla a hacer nada que no quiera, pero no confunda esto con un local de *swingers*, un club de BDSM o un *remake* de Sodoma y Gomorra —añadió, ya abiertamente malhumorado—. No se practican orgías colectivas ni se obliga a nadie a desnudarse ni a dejarse tocar. Solo enseñamos a la gente a liberarse. A sentir, a sacar provecho real de su ley de la atracción y de la seducción… mediante la inmersión en un mundo diseñado para cumplir fantasías que, en cualquier otra parte, serían imposibles de materializar.

Lía apretó los dientes. Haría lo que fuera —lo que fuera— con tal de no tener que pagar esa cantidad ridícula. Un millón de euros. Solo de pensarlo se le revolvía el estómago. Sería su ruina y la de Arón. Y además, esa gente parecía estar muy preparada en cuanto a

abogados y leyes… Un pleito con ellos sería interminable y resultaría en un fracaso.

—Si su amiga le ha ofrecido esto es porque cree que es bueno para usted y que lo necesita.

Lía le clavó una mirada que, en cualquier otra parte del mundo, se habría considerado una amenaza formal. Pero a él le importó un comino, porque la recordaba y sabía de qué era capaz cuando se enfadaba. Aún conservaba en la memoria aquella vez que le estampó una piedra en el casco como saludo estival. No, no le asustaba. Pero el placer de verla rabiosa era como vino añejo: se saboreaba mejor con los años.

—La Navidad nunca fue una fantasía perversa y sucia —dijo ella con desprecio, como si quisiera limpiar el aire con la frase.

Él sonrió, condescendiente. Con ese gesto medio enterrado en la sombra de su máscara, una elegante burla educada.

—La Navidad es lo que cada uno quiera que sea. No es solo lo que usted dice. Entonces… —dijo, sin apurarse—, ¿cuál es su decisión definitiva? ¿Paga o se queda? No tenemos todo el día.

Lía bajó la cabeza un segundo. Cuando volvió a alzar el rostro, la decisión ya estaba tomada.

—¿Tiene usted un millón de euros para darme?

—No.

—Entonces, me quedo —dijo.

Él asintió con satisfacción y se levantó con gesto elegante, como si quisiera zanjar el asunto de una vez.

—Le facilitaré la planificación del retiro —anunció, y se acercó a un mueble auxiliar donde reposaban varios dosieres encuadernados—

con todo lo que se va a ofrecer. Entiendo que no ha leído nada en absoluto.

—No —admitió Lía con voz seca—. Mi amiga Debi tuvo la brillante idea de no explicarme nada, porque sabía que me negaría.

Lord Krampus le tendió el dosier. La portada era roja, con grabados dorados que recordaban a los antiguos grimorios de leyendas nórdicas. En letras elegantes se leía: *La Aldea de las Siete Sombras. Manual de Experiencia Inmersiva.* Lía lo tomó como quien sostiene una bomba a punto de explotar.

—Léalo —le aconsejó él—. Así estará preparada, respetará las normas de etiqueta, no romperá la inmersión del retiro y no nos perjudicará. Espero verla pronto y… que cambie su parecer respecto a esta experiencia.

Ella no contestó. Le lanzó una última mirada furiosa a sabiendas de que había caído en una trampa, indecisa todavía sobre si arañar al cazador o reventar la jaula. Después dio media vuelta con la dignidad herida y salió de la oficina con pasos firmes, directa a su cabaña, mientras se tragaba un cabreo monumental y un odio creciente por el hombre con capa que la había enjaulado en una fantasía ajena que ella nunca había pedido.

Lord Krampus se acomodó de nuevo en su silla. El cuero crujió con suavidad bajo su peso y, durante un instante, no hizo nada más que contemplar la puerta por la que ella había salido. Después bajó la vista hacia el dosier duplicado que tenía entre las manos y lo deslizó con lentitud sobre la mesa.

Su sonrisa, esa vez, fue distinta.

No era de satisfacción ni de victoria. Era más oscura, el gesto de alguien que no olvida. Porque, aunque nadie lo sabía, lord Krampus

tenía su propia cláusula interna, que no estaba escrita en el contrato.

Una que decía que el deseo no siempre nace del amor…, que a veces nace del dolor.

Y ese retiro, ese experimento cuidadosamente elaborado, tenía muchas finalidades. Una era corporativa; otra, mediática. Pero había surgido una tercera, la más personal —la más íntima—, y tenía nombre y apellido.

Lía no lo sabía aún, pero lord Krampus perseguía a los que despreciaban la Navidad, y lo peor era que él, Derek von Austerlitz, no había olvidado nada.

De repente, aquel retiro experimental se había convertido no solo en un juego de deseos y de reencuentros, sino también en uno de venganza.

La cabaña parecía demasiado cálida para lo helada que Lía se sentía por dentro.

No era solo que la temperatura estuviera alta gracias al calefactor central escondido bajo el suelo de madera barnizada, ni la luz tenue que proyectaban las guirnaldas navideñas, ni siquiera el vapor dulzón que salía de la tetera automática que alguien, para recibirla, había tenido la cortesía de dejar encendida. Era la certeza de que, al cruzar aquella puerta, solo deseaba una cosa: estar en su casa, con Arón, con su cuerpecito, sus mejillas frías, su lengua inquieta y su manita segura buscando la suya como un ancla que nada podía igualar. Solo quería abrazarlo y largarse de ahí. Pero no podía.

Necesitaba sentir el calor de su hijo entre los brazos, como una confirmación de que el mundo aún podía tener lógica, aún albergaba ternura y sentido en medio de ese desvarío navideño de seducción temática y juegos con más cuero que ética.

Se quitó el abrigo con rabia y lo lanzó sobre la banqueta. Luego se desplomó en la cama con la teatralidad de quien ha sobrevivido a un apocalipsis erótico. Miró de reojo el dosier como si fuera una amenaza impresa y, entonces, lo recordó. Ya no tenía el móvil, pero en el interior de su bolso tenía su herramienta favorita y, tal vez, la única amiga que no la juzgaría.

Sacó la pequeña grabadora de voz que siempre llevaba consigo. Era discreta, fina, de esas que podía activar con facilidad mientras cocinaba, ideaba nuevas recetas o se le ocurría cómo sustituir la harina por una mezcla improbable de semillas de chía o de lino.

La encendió, se aclaró la garganta y, sin más preámbulo, pulsó el botón de grabar.

—Querida Debi… —empezó con una dulzura venenosa, entre dientes—. Acabo de tener una reunión con el demonio de la Navidad. Sí. Un señor vestido de negro, con capa, bastón y todo, que, si no fuera porque no me ha soltado un latigazo, podría haber confundido con Batman en un especial navideño dirigido por Lars von Trier —Hizo una pausa, tragó aire con sarcasmo y continuó—: Cuando he descubierto lo que es este retiro, me he negado a continuar y resulta que, por querer irme, Debi…, tendría que pagar una compensación, una multa de un millón de euros. ¡Un millón de euros! ¿Qué clase de retiro espiritual es este, zorra traicionera? ¡Esto no es la Ley de la Atracción! Me dijiste que era para visualizar metas, manifestar sueños y alinear chakras… ¡y resulta que hay hombres

disfrazados de Krampus con bíceps como jamones y ojos como puñales! Que, por cierto, están buenísimos, pero ¡no vienen en el menú de Navidad tradicional! —Se levantó de la cama solo para caminar de un lado al otro, como un león enjaulado—. ¿Y sabes qué más hay? Un Papá Noel afrodescendiente con cara de supermodelo que me ha subido en un trineo sin avisar de que esto era el Expreso Polar con clasificación R. Y hay gente aquí… ¡que se ha traído juguetes! ¡Y no de madera! ¡No, Debi, no del tipo que tiene ruedas y se empuja con la mano, no! ¡Sino de los que se cargan por USB y que dan más placer que una subida viral en Instagram, como los que tú vendes! —Abrió el dosier y lo hojeó con violencia. Solo echar un simple vistazo la ponía más nerviosa, así que lo volvió a lanzar sobre la cama—. ¿Y tú? Pues tú, mientras tanto, en tu tienda erótica, vendes arneses con olor a vainilla y confías en que yo venga aquí a sanar mis traumas con elfos en lencería. ¡Eres tú la que debería estar aquí, Debi Lamela, sí, sin tilde! ¡Y no yo! ¡Perra de las nieves! —Miró al techo exasperada—. Estoy rodeada de gente guapa, ruidosa y extraña, de música sensual y de villancicos malintencionados. Y lo peor… —resopló— es que hay algo en este tal Krampus que me pone los pelos de punta. ¡Es un chulo arrogante! —Tomó aire por última vez, ya al borde de la histeria, y lo soltó con resignación—. ¿Cómo te has atrevido a meterme aquí? Mira, solo quiero abrazar a mi hijo y fingir que esto es un parque temático para familias. Pero me has metido en algo… que no me atrevo ni a nombrar, Debi. Me siento como la única vegetariana en una barbacoa sadomasoquista. Y no tengo escapatoria.

Sin más, pulsó el botón de apagado. La grabadora cayó como un proyectil sobre la colcha, rebotó una vez y quedó junto al dosier, al

lado de ese testigo mudo de una mujer al borde de un ataque de nervios… y del principio de algo mucho más complejo.

Lía se dejó caer en la cama, boca arriba, y contempló el techo de vigas decorado con estrellas navideñas que brillaban en la penumbra. Y por primera vez, se permitió no saber qué sentir. Ni hacia ese sitio, ni hacia ella misma, y mucho menos… hacia el hombre del bastón y la sonrisa que le revolvía las entrañas.

Hacía años que había decidido que lo mejor para ser feliz y estar bien era mantener siempre el control. Bueno, gracias a su mejor amiga, acababa de perderlo.

8

La única manera de recuperar el control —o al menos de fingir que lo tenía— era saber con exactitud dónde estaba metida y qué demonios le iban a exigir. Así que, resignada, se colocó en la cama, con las piernas cruzadas, el dosier sobre los muslos, una taza de infusión de frutos rojos en la mesilla y su dignidad hecha trizas, pero, al menos, bien sentada. Iba a leerlo todo. Iba a empaparse de esa experiencia como una profesional. Porque lo que no iba a hacer era ser la tonta del retiro que no se entera de las reglas y acaba vestida de reno en una orgía con luces LED.

Una hora más tarde, había leído, subrayado y marcado veinte folios con mentalidad de estudiante aplicada en plena selectividad emocional. Y lo que encontró la dejó, cuando menos, perturbada.

Durante el día, explicaba el dosier, los participantes podían hacer vida libre en el complejo navideño: recorrer los senderos nevados, asistir a talleres temáticos organizados por instructores o elfos especializados —sí, allí nadie se tomaba a broma la inmersión escénica—, visitar los chiringuitos de chocolate afrodisiaco o participar en actividades formativas de lo más variado. Había clases de cocina erótica, donde enseñaban a preparar menús saludables para seducir sin hinchar al otro como un pavo relleno; sesiones de autocuidado, de autotoque consciente, de empoderamiento sexual

para personas que aún se disculpaban al gemir. Había también terapias grupales sobre bloqueos íntimos, sobre cómo limpiar, guardar y bendecir un juguete erótico como si fuera una reliquia familiar, y meriendas de sanación sexual, física y emocional acompañadas de *smoothies* de frutos secos, mantras de autocompasión y lubricantes de sabores.

Todo eso, a su modo extraño, le pareció incluso interesante. Tenía su gracia. Había creatividad, humor, una libertad desacomplejada que hacía que le picara la curiosidad, a pesar de que ella se había inscrito a regañadientes. Algunas ideas le resultaban hasta útiles. Y si bien era cierto que pensaba asistir por obligación, para que el QR no activara la penalización de los cien mil o el millón de euros, también era verdad que la chef y nutricionista que llevaba dentro estaba tomando notas mentales a velocidad industrial.

Pero entonces leyó la parte nocturna.

Y ahí… Ahí sí que su mandíbula hizo clic.

Según el dosier, cada noche estaba reservada para un evento especial, una celebración tematizada en torno a los seres mitológicos, legendarios o traviesos vinculados con la Navidad. Cada fiesta se desarrollaría en una zona específica del retiro, marcadas en un mapa bellamente ilustrado con dibujos que parecían sacados de un libro infantil, si no fuera porque una de las casitas tenía forma de látigo enroscado y otra parecía una mazmorra. Lo más inquietante, sin embargo, era el detalle de que cada noche, un elfo aparecería en la cabaña con el atuendo obligatorio que debía portar cada participante para asistir a dicho evento y se lo dejaría sobre la cama. La ropa, obviamente, no era de abrigo.

Las reglas del juego eran claras: quien aceptaba asistir debía respetar la ambientación y las dinámicas propuestas por el ente anfitrión. Si el Krampus mandaba, se obedecía al Krampus. Que si era el turno de Frau Perchta o Belsnickel, pues se aceptaban sus normas. Y así vivirían cada noche: un nuevo personaje, un nuevo escenario y una nueva provocación.

A Lía todo eso le parecía una locura monumental, un despropósito tan elaborado que rozaba la genialidad. Era como una mezcla de cuento navideño distorsionado y convención de erotismo pagano con sabor a canela. Más increíble aún era pensar que alguien había diseñado aquello desde cero, con una precisión envidiable en los detalles, con su inversión, equipo, visión… y, por qué no decirlo, con una mente digna de estudio psiquiátrico con presupuesto de Hollywood.

Porque quien hubiera concebido esa fantasía envolvente y coreografiada, en la que se cruzaban la psicología emocional, el erotismo escénico y la iconografía navideña, no era solo un diseñador de retiros.

Era un genio.

Un genio con tendencias algo maquiavélicas, probablemente adicto al control, con espíritu empresarial voraz y una imaginación digna de alguien que ha leído demasiado a los Hermanos Grimm después de tres copas de vino y una sesión de tantra.

Tiéntate, pensó Lía mientras cerraba el dosier, no era una marca.

Era un imperio.

Y quien estuviera detrás, fuera ese tal lord Krampus o el mismísimo Papá Noel renegado, era un tiburón de esos que se comen a los demás sin dejar ni el gorro rojo.

Por primera vez desde que entró en esa aldea imposible, Lía bajó la guardia. Solo un poco, lo justo para que el aire templado de la habitación alcanzara su verdadero centro, ese lugar del pecho donde una suele esconder las cosas que no quiere mirar demasiado seguido. Dejó el manual a un lado de la cama, con la gravedad de quien guarda una caja de Pandora bien documentada, y se quedó unos minutos sentada, en silencio, sin necesidad de fingir nada.

Esa vez no se burló ni hizo metáforas. Pensó, de verdad, que si Debi la había metido en esa tesitura, no era solo porque fuera una entrometida compulsiva con una tienda de juguetes sexuales y obsesionada por su vida amorosa inexistente, sino porque la había visto. Porque la conocía mejor que nadie. Y la había observado apagarse en silencio, como una vela que arde por responsabilidad y no por deseo. Porque, aunque se hiciera la fuerte, hacía años que el sexo se le había atragantado como un idioma extranjero que antes hablaba con fluidez y ahora temía balbucear.

No era fácil abrirse a la intimidad cuando todo lo que uno ha vivido en torno a ella ha sido abandono, decepción y soledad. Para Lía, el sexo ya no era un terreno fértil, sino un campo minado que le recordaba demasiado a Derek, al primer amor, al primer golpe. Todo estaba conectado. Su corazón roto, la huida, el silencio y Arón, claro. El milagro que lo cambió todo.

Su cuerpo fue territorio ocupado durante meses. Su mente, durante años. Porque criar sola, reconstruirse y recuperarse no era un proceso lineal ni agradecido. Era una batalla. Y ella había librado todas las suyas con los dientes apretados y la espalda recta.

Se levantó de la cama despacio, como si el suelo pudiera hundirse en cualquier momento, y fue hasta el espejo de la pared. Apoyó

ambas manos en la cómoda y se miró con franqueza. Pequeñas luces blancas titilaban en las esquinas como estrellas discretas. Lía se vio reflejada como si fuera otra, más mujer de lo que recordaba, más fuerte y guapa, incluso. Porque le había costado años, pero su cuerpo —ese que sentía prestado tras el embarazo, ese cuerpo que pasó de ser casa a una ruina— había vuelto a ser suyo.

Y no solo lo había recuperado: lo había mejorado. Estaba firme y vivo, como nunca había estado. Pero ella no lo habitaba del todo.

Se preguntó con un nudo en la garganta: «¿Estoy rota para siempre? ¿Estoy tullida para el deseo?».

La respuesta no fue inmediata, pero no le pareció justa. Porque no estaba rota. Estaba en pausa. Y porque la maternidad no le había robado la sexualidad, simplemente se la había desplazado, como si durante años hubiese quedado guardada en una caja con una etiqueta que decía «Luego». Solo que ese «luego» se había ido estirando con la prisa de pagar facturas, con la exigencia de un negocio incipiente, con la necesidad de ser madre y padre, empleada, jefa, estratega y proveedora de afecto sin margen de error. Follar por follar nunca le había gustado y, aunque lo había hecho, ahora, después de todo, no solo no le interesaba: le parecía ajeno.

Y sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no estaba en modo supervivencia. Su empresa empezaba a funcionar sola. Su negocio SanaSana era tendencia. Firmaba contratos con cifras de seis ceros. La cocina ya no era solo una pasión, era una red de estabilidad. Arón era un niño alegre, sano y querido. Y ella… Ella estaba empezando a vislumbrar algo parecido a un margen.

A una posibilidad.

¿Podía —se preguntó mientras observaba su propio reflejo— recordarse que también era mujer? ¿Podía disfrutar de aquel lugar y tomárselo como si fuera un regalo de verdad?

Pensó en su hijo, en lo feliz que estaría en aquel entorno delirante. Un Polo Infantil con elfos, películas, chocolate caliente, juegos, nieve artificial, camas blanditas y niñeras vestidas de cuento. Arón estaba más que cubierto. Iba a tener la mejor semana de su vida. Él sí. Él iba a reír y a disfrutar.

¿Y ella?

¿No podía ella también, al menos por una vez, entregarse a algo que no fuera sacrificio?

No lo tenía claro. Pero tampoco tenía nada que perder. Ya no era una adolescente ingenua, era una mujer hecha de cicatrices bien cosidas. Había sobrevivido al abandono más cruel, había parido sola y visto cómo su mundo se hundía y luego se lo había reconstruido a mano. A conciencia. Con lágrimas y noches sin dormir.

Y si había sobrevivido a eso, pensó mientras se mordía con suavidad el labio inferior, con los dedos aún apoyados en la madera…, ¿qué podía temer de una semana de luces, talleres y elfos con trajes ceñidos?

Suspiró.

No iba a enamorarse. No iba a exponerse. No iba a rendirse. Solo iba a jugar.

Eso, pensó con una sonrisa torcida, se le daba muy bien. Además, tenía mucho que descubrir y aprender de sí misma, porque llevaba demasiados años olvidándose de su propia atracción y de sus deseos.

—Juguemos —se dijo—. Ya que estoy aquí, pues disfrutemos de esto.

Justo cuando Lía empezaba a reconciliarse con su reflejo en el espejo y con la idea de no hacer la maleta a escondidas y fingir que la había secuestrado un oso polar feminista, el altavoz de la cabaña —camuflado entre las molduras de madera, como si fuera parte de la decoración— emitió un pitido suave, y una voz grave, sensual y sorprendentemente cinematográfica llenó la estancia.

Una voz de esas que podrían narrar un documental sobre el apareamiento de los felinos en la sabana y conseguir que sonara erótico.

«Bienvenidos a la tarde en el Polo Magnético. Les recordamos que sus pulseras ya están activas para registrar su asistencia a las actividades. A continuación, pueden elegir entre tres propuestas sensoriales en la Aldea de las Siete Sombras.

»Primera opción: "Dulce tentación: afrodisiacos y cacao", donde aprenderán a preparar postres que elevan el deseo… y la serotonina. Segunda opción: "Entre lenguas: el arte de comer con intención", una masterclass sobre sensualidad alimentaria, con degustaciones guiadas y contacto visual obligatorio.

»Tercera opción: "Pan, deseo y mantequilla", taller de bocadillos artesanos diseñados para despertar la libido sin perder la compostura ni el equilibrio nutricional. En todas ellas hay un cupo limitado. Y las plazas vuelan, como las ganas».

El pitido regresó. Y el altavoz murió.

Lía se quedó unos segundos en silencio mientras procesaba la información con una ceja arqueada y los labios torcidos en algo que podía ser asombro o incredulidad. Lo único de lo que sí tenía certeza

era de que no había comido nada en absoluto desde el desayuno, porque la tensión mata el apetito, pero no lo borra, y que, más allá del contenido sugerente de los talleres, su estómago rugía con la fuerza de un motor de trineo diésel.

Sin pensárselo, fue directa al perchero, se puso el abrigo largo y el gorro con un Labubu estampado y salió a la calle con paso firme.

No sabía qué le esperaba exactamente en aquel taller de bocadillos afrodisiacos —¿tal vez panes con feromonas?—, pero sí sabía algo con total certeza: no iba a pasar hambre.

Y no iba a seguir con cara de susto.

Había llegado el momento de comerse ese retiro a bocados. Aunque fueran de pan de masa madre untado con libido.

La cabaña de «Pan, deseo y mantequilla» estaba construida en madera clara y cristal doble, con techos altos, vigas vistas y una de esas chimeneas modernas que calientan las ideas. Había algo reconfortante en el interior, una mezcla de rusticidad chic y cocina de alto *standing* disfrazada de taller lúdico. Todo olía a pan recién hecho, a mantequilla tostada, a especias dulces y calientes y a un montón de cosas que se pegaban al paladar y te acariciaban desde dentro. Había hornos encendidos, parrillas abiertas, tostadoras doradas que parecían importadas de un catálogo escandinavo del futuro y una gran isla central con tablones de madera y platos de cerámica donde ya esperaban los ingredientes, colocados con mimo: panes de centeno, de cúrcuma y semillas; mantequillas batidas con hierbas; quesos con nombres impronunciables, y *toppings* que parecían decoraciones de joyería comestible.

Y en medio de ese paraíso hipercalórico disfrazado de experiencia *wellness*… apareció ella.

La profesora.

Una mujer que parecía recién salida de un musical psicodélico de los años setenta, vestida de elfa chef con mandil rosa fucsia con bordados de corazones, un gorro verde con cascabeles y un par de Converse cubiertas de purpurina. Era el cruce improbable entre Diane Keaton y una terapeuta holística que se había tomado un café con ketamina. Su mirada era vivaz, y su energía, ilimitada. Y su nombre… bueno, también lo llevaba bordado en el delantal: Albahaca Moonfire.

—¡Mis criaturas del pan y la pasión! —gritó al entrar, como si el techo se le viniera encima—. Bienvenidas, bienvenidos, bienvenides… ¡a la clase que cambiará vuestra manera de untar para siempre!

Un murmullo mezcla de diversión y alarma recorrió la sala.

—Primero, os emparejáis. ¡Venga, venga! Porque cocinar para uno es nutrición, pero cocinar para dos… es pura lubricación emocional. ¡Vamos, cruce de feromonas culinarias!

El caos fue inmediato. Como en los bailes del colegio, los que habían ido solos se miraban con disimulo mientras intentaban no parecer desesperados. Lía, por supuesto, ya había asumido su inevitable destino: juntarse con el primero que se atreviera a acercarse sin decir una burrada.

—¿Puedo? —preguntó una voz masculina a su lado, educada y cálida.

Giró la cabeza y se encontró con un tipo alto, rubio, guapo, con ese encanto casual que no molesta y una sonrisa que decía «soy

amable, no un ligón», lo cual era un alivio. Se inclinó levemente y se presentó:

—Eltroll.

Lía soltó una carcajada que resultó tan natural que hasta le dio gusto.

—¿Trol… o el Trol?

—Eltroll. Tal cual. Lo sé, es ridículo —respondió él, divertido—. Pensaba que sonaba más élfico, del tipo *Señor de los anillos*… Largo de explicar. Solo te pido que no me obligues a repetirlo en voz alta más veces.

—Encantada. Yo Dama Blanca —dijo con tono solemne, y le devolvió los dos besos mientras el calor de la cocina y la risa ligera se colaban entre ellos como un buen aperitivo.

—El tuyo suena más a leyenda artúrica.

—O la mujer vestida de coca…

Eltroll se echó a reír.

—¿Y tú por qué has venido al taller del pan con deseo?

—Porque estoy muerta de hambre. Me apuntaría a una cata de piedras si supiera que están untadas con hummus —respondió Lía con sinceridad.

—Entonces somos almas gemelas —dijo él con una sonrisa que valía más que cien aplicaciones de citas.

En ese momento, Albahaca Moonfire recibió una descarga de una tostadora traicionera, lanzó un improperio digno de un pirata de cuento y, después, sin alterar la energía arcoíris que la envolvía, gritó:

—¡El sexo comienza en la boca! Pero ¡también el deseo! ¡Y si no os lo tomáis en serio, os quedaréis con los bocadillos de gasolinera

emocional de vuestra vida anterior! ¡Este retiro os da panes con propósito! —El murmullo se convirtió en una carcajada general. Ella no se inmutó porque no creía que tuviera gracia, pero la tenía—. Hoy vamos a preparar un bocadillo del despertar. Una creación única pensada para estimular el deseo sin hinchar la barriga. Lo he diseñado yo misma tras un retiro de ayahuasca y siete talleres de tantra con panarras de Gerona. Atención a los ingredientes: pan integral de centeno templado, untable de aguacate y albahaca fresca, virutas de mango caramelizado con jengibre, láminas finas de queso de cabra trufado, granitos de pistacho y un toque de miel con polen. Todo rematado con una flor comestible: la viola tricolor, que estimula los sentidos y equilibra los chacras de la pelvis.

Lía parpadeó dos veces.

—¿En serio? —murmuró.

—Esto es lo mejor que me ha pasado desde que me equivoqué de tren y acabé en Nápoles —dijo Eltroll con reverencia.

—Replicadlo con amor y con intención. Porque un bocadillo no es solo comida, es una promesa. Un puente entre el estómago y el alma —prosiguió Albahaca—. Y si sabéis hacer esto…, podéis hacer lo que queráis. Así que os voy a decir paso a paso cómo prepararlo. Y después quiero que se lo deis de comer a vuestro compañero.

Lía sonrió. Eso le gustaba. Cocinar e idear nuevas recetas era maravilloso. Y pensaba tomar apuntes mentales de todo aquello. Se le abrió el apetito mientras veía a Albahaca prepararlo todo.

Albahaca Moonfire se paseaba entre las mesas como una directora de orquesta en pleno éxtasis sinfónico. Su energía no había decaído ni un ápice desde que habían empezado, y ahora, con un cuchillo en una mano y un mango caramelizado en la otra, parecía poseída por

los espíritus de Cupido y Julia Child a partes iguales. Sus ojos brillaban como si cada ingrediente fuese una chispa de deseo, y su voz se volvió suave, casi reverente, al comenzar a hablarles como si les confiara una verdad ancestral.

—Cocinar para la persona que deseamos —dijo mientras cortaba el pan con una precisión muy litúrgica— es un privilegio. Un acto íntimo y profundo. Y la seducción, queridos míos, no está en el resultado, sino en el proceso y en la elección de cada elemento. Porque hemos olvidado —se volteó para mirarlos a todos como si fueran sus discípulos más amados— lo que es seducirnos a nosotros mismos con comidas sencillas. Hemos olvidado que un aguacate bien aliñado puede ser más afrodisiaco que una ostra tibia. Que un queso de cabra trufado, en el pan correcto, puede desatar más pasiones que una declaración de amor bajo la lluvia. Y sobre todo…, hemos olvidado lo poderoso que es cuidar al otro con lo que hacemos con nuestras manos. Sin prisa. Sin atajos. Seducción, criaturas. Se-duc-ción. Esa fuerza sutil que no exige ni mendiga, pero que deja huella.

Un silencio reverencial flotó sobre las parejas, como si hubieran entrado en un trance colectivo. El único sonido era el crepitar suave de las tostadoras, el chisporroteo tímido de un grill y el tintinear de los cuchillos.

—En la vida —continuó ella, bajando un poco la voz mientras se paseaba entre ellos como una elfa iluminada por una epifanía sensual— todo es seducción. Absolutamente todo. Desde cómo caminas hasta cómo sirves el té. Seduzcamos hoy a nuestros compañeros, desconocidos o no. Pensad que seducir no es solo querer llevarse a alguien a la cama, aunque, oye, si pasa, no me

opongo. Es querer dar lo mejor de uno. Es ofrecer algo inolvidable. Hasta un bocadillo puede ser un recuerdo imborrable.

Albahaca, por supuesto, tenía su anécdota preparada, y cuando volvió al frente con una teatralidad medida, la lanzó como quien revela un secreto de Estado.

—Os cuento —dijo; dejó los ingredientes sobre la encimera—. Una vez preparé este mismo bocadillo para un productor musical sueco que conocí en un retiro de meditación tántrica. Lo hicimos juntos, entre risas, con las manos sucias de aguacate y miel. Y bueno…, digamos que no vimos la puesta de sol porque nos distrajimos con un masaje de pies, con mermelada de mango. Por cierto, os recomiendo que os coman los pies un día. Es altamente gustoso y afrodisiaco. Ay —suspiró complacida, y miró al techo—. Lo mío y lo de Simon fue hermoso pero breve, y ahora cuando como pistacho me acuerdo de él. La cocina sensual también crea recuerdos inolvidables.

Lía, que hasta ese momento se había limitado a sonreír con discreción y a evitar pensar en la palabra «pistacho» con connotaciones sexuales, empezó a preparar el bocadillo con la concentración de quien diseña una obra de arte. Siguió los pasos de Albahaca casi al pie de la letra. Partió el pan de centeno templado con manos firmes. Extendió la crema de aguacate y albahaca con movimientos largos, casi meditativos. Añadió el mango caramelizado con queso trufado con delicadeza. Pero lo hizo con Eltroll al lado y eso… lo cambiaba todo.

Porque Eltroll tenía una forma de acercarse que no era invasiva, pero sí intencionada. Le ofrecía los ingredientes antes de que ella los pidiera. Le sostenía el cuenco con una mano y rozaba la suya con la

otra fingiendo que era por casualidad. Y ella, aunque ya no tenía dieciocho años ni ilusiones frescas, sentía que intentaba atraerla. No con palabras, sino con presencia. Como esos pavos reales que despliegan las plumas con disimulo y se quedan ahí, muy quietos, esperando a que el otro se dé cuenta de su colorido.

Lo miró de reojo, en uno de esos instantes robados que dicen más que cualquier frase bien dicha.

Y pensó, casi con alivio: «Bueno…, al menos no tengo el radar estropeado del todo».

Quizá el bocadillo del despertar no solo iba a calmarle el hambre.

Quizá iba a recordarle que también sabía mirar.

Y que aún podían mirarla.

9

—Y dime, Dama Blanca… —dijo Eltroll mientras colocaba la flor comestible con una reverencia casi poética sobre la cima del bocadillo—. ¿Cómo has llegado aquí?

Lía se detuvo un segundo. Sopesó su respuesta con la misma precisión con la que acababa de extender el queso de cabra. No iba a decirle que había sido víctima de una trampa elaborada por su mejor amiga ni que había firmado un contrato de participación en una orgía gourmet sin leer la letra pequeña. No. Lo último que necesitaba era parecer la pringada emocional del retiro.

—Por la parte comercial —respondió con naturalidad. Giró ligeramente la muñeca para poner el plato en el centro de la mesa, como si presentar su bocadillo fuera lo más importante del mundo—. Estoy interesada en los productos de Tiéntate. Ya sabes…, colaboraciones, ideas, sinergias… Me dedico al sector del bienestar y la alimentación saludable. Este retiro… me parecía una oportunidad para explorar su enfoque desde dentro.

No mentía del todo. Solo omitía el secuestro contractual.

—Tiene sentido —asintió él, y le dio un mordisco al borde de trufa y mango con la concentración de un catador de vinos.

—¿Y tú? —preguntó ella con una ceja en alto—. ¿Eres parte del equipo creativo de los bocadillos que despiertan las pasiones más

bajas o también has venido por… interés profesional?

Él se rio con suavidad, como quien disfruta de que lo piquen sin exceso.

—Estoy interesado en invertir —respondió con sinceridad— en el producto inmersivo de Tiéntate. No en los juguetes —añadió, aunque no parecía tenerle ninguna vergüenza al tema—, sino en la experiencia completa. Esto —señaló con un movimiento amplio la cabaña, el ambiente, el entorno nevado fuera del ventanal y la energía embriagadora del lugar— es el futuro. Terapias experienciales, turismo emocional, retiros sensoriales… Es oro. Dentro de unos años, la inteligencia artificial arrasará con todo, y lo único que marcará la diferencia será el trato humano, el cuerpo a cuerpo…, el mirar a los ojos a alguien con alma. Y esto es lo que más acerca a unos y a otros. Por eso es un éxito. Si saben mantenerlo exclusivo, claro.

Lía lo miró un poco más en serio. Ese tipo de discurso la tocaba, la atraía, porque era la parte de su cerebro que no se había apagado nunca: la empresarial, la que proyecta y la que siempre busca la grieta por donde crecer.

—¿Sabes algo sobre los dueños? —preguntó con aparente inocencia.

Eltroll hizo una mueca divertida, como si acabara de oírle preguntar por el Santo Grial.

—Ese es el secreto mejor guardado desde la verdadera edad de Cher.

Lía se rio.

—No puede ser que una empresa tan grande y posicionada no tenga una cara visible.

—Puede ser, y lo es —dijo él con un encogimiento de hombros—. La marca funciona con un modelo de anonimato muy medido. La parte visible la sostienen sus embajadores, sus campañas y sus colaboradores. Pero el alma… El alma del negocio está en una cúpula cerrada que nadie ha visto. Algunos dicen que son dos hermanos millonarios. Otros, que es una mujer que se retiró del porno y se hizo empresaria. Incluso oí a alguien decir que es un grupo de intelectuales franceses que se cansaron del mundo espiritual y decidieron convertir la libido en moneda de cambio.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Lía, intrigada.

—Yo creo que hay una mente detrás de todo esto. Una sola. Que no es casual que todo esté tan hilado. Que no es solo marketing, es visión y un ego con el tamaño suficiente para diseñar un mundo y esconderse dentro.

—¿Esconderse? ¿De qué?

—No sé… ¿De qué nos escondemos? Tal vez del miedo a sufrir y de que nos hagan daño. Por eso creamos hábitats seguros, porque el deseo y la atracción son fáciles de controlar y de asumir…, pero hay emociones que son menos seguras. Tal vez se crean mundos como este para ocultarse del que nos hace daño.

Lía se quedó callada y observó cómo él le daba otro bocado a su creación. Por un momento, sintió que alguien le había quitado la silla de seguridad del mundo y que estaba, otra vez, en un parque temático de placeres, verdades a medias y personas que no eran del todo quienes parecían ser.

Pero sonrió. Porque, por increíble que pareciera, estaba disfrutando.

Una palmada sobre la madera sacó a Lía de su ensoñación como un trueno en medio de una meditación guiada. El corazón le dio un vuelco tan violento que casi mandó el bocadillo a la estratosfera.

—¡Coño, qué susto! —espetó, y se llevó una mano al pecho.

—¡No me asustes tú con ese lenguaje tan limitado, alma de cacao! —dijo Albahaca Moonfire, plantada frente a su mesa con una sonrisa triunfal, como si hubiera aparecido allí por arte de magia—. He venido a inspeccionar vuestra obra maestra de "Pan, deseo y mantequilla". Veamos…

Miró el bocadillo como quien examina una escultura barroca. Lo olió, lo inclinó y lo levantó como si pudiera escuchar sus secretos. Al asentir con intensidad, los pendientes de estrella polar que colgaban de sus orejas se balancearon.

—No está nada mal. ¡Nada mal! ¡Prometedor! Pero —alzó el dedo con la solemnidad de quien revela una clave ancestral— para saber si de verdad funciona, tenéis que probarlo como se debe. Que uno se lo dé al otro. Y con seducción, claro. Porque uno puede seducir incluso ofreciendo un bocadillo. Una mirada y una miga bien colocada. Todo cuenta. ¡Todo!

Lía se quedó observando a Albahaca con una mezcla de terror escénico y sarcasmo. Luego posó la vista en Eltroll, que le devolvió la mirada con una sonrisa torcida, sin presión. Y eso, por alguna razón, la desarmó más que si le hubiese dicho cualquier frase de manual.

Jugar, se recordó. Había ido a eso. No tenía por qué hacer de sí misma un drama encarnado.

—Vale —dijo con gesto digno; alargó la mano hacia el bocadillo como una actriz dispuesta a interpretar a una *femme fatale* en la

escena de su vida—. Pero voy a hacerlo a mi manera.

Cortó un trocito con una lentitud teatral, exagerando cada movimiento con una gracia innata que nacía más de la risa que de la seducción.

—Bien —añadió con un brillo travieso en los ojos—. Vas a abrir la boca como un campeón y vas a decir «aaah», como si fueras un paciente del dentista más sexy de la historia.

Eltroll dejó ir una risa ronca.

Lía alzó la mano con el trozo entre los dedos, con los labios fruncidos y una mirada entre felina y burlona.

—Aaaaaah… —susurró.

Eltroll obedeció sin rechistar, como un buen hombre entregado a la voluntad de una mujer con queso fundido entre las manos. Abrió la boca justo cuando el calor del pan —con esa combinación peligrosa de trufa, mango y queso de cabra— subió como una ola invisible. El vapor le empañó las gafas de golpe.

Lía tuvo que apretar los labios para no reventar en carcajadas. Pero no lo consiguió del todo. Soltó un bufido silencioso mientras se cubría la boca con la otra mano.

Albahaca dio una palmada, encantada con el espectáculo.

—¡Eso es! ¡Seducción práctica! ¡Textura! ¡Juego! ¡Y ese vaho de pasión quesera en las gafas! ¡Ese! ¡Ese es el punto exacto en el que uno se pregunta si está comiendo o enamorándose!

La risa en la sala fue inmediata. Albahaca agitó las manos en el aire como una directora de tráfico celestial.

—¡Así se despierta el apetito y se genera serotonina! ¡Que las endorfinas bailen, que el paladar cante, que los labios recuerden! ¡Bravo! ¡Pasión panera! ¡Comedia afrodisiaca!

Lía dejó caer el trozo de pan sobrante en el plato y se cruzó de brazos, fingiendo estar agotada por el esfuerzo.

—Si lo llego a saber, me presento a *MasterChef Edición Sexy* —murmuró.

Eltroll, que se secaba los cristales con una servilleta, le lanzó una mirada cómplice.

—Si eres capaz de provocar tanto con un bocadillo, no quiero ni imaginarte con…

Eltroll parecía a punto de lanzarse a una frase peligrosa justo cuando Lía, sin pensar, le pasaba la servilleta por las comisuras de los labios con un gesto de camaradería cargado de migas de pan y electricidad.

Pero no terminó. Porque en ese instante el aire de la cabaña se densificó como en los momentos previos a una tormenta o a un drama innecesario. Y entonces… sonó.

Una música gótica, lenta y sensual, como si Mariah Carey se hubiera unido a Evanescence para versionar «All I Want for Christmas Is You» con órgano de tubos y suspiros de ultratumba. El ritmo era hipnótico y oscuro. Tenía campanillas, sí, pero también bajos retumbantes y acordes de misa negra. Un villancico salido del Polo Norte de los condenados.

Lía parpadeó.

—¿Qué coño…?

Albahaca Moonfire se llevó las manos al pecho como si acabaran de anunciar la Segunda Venida… de un ex tóxico.

—¡El Krampus ha elegido a su víctima! —exclamó con una mezcla de terror teatral y entusiasmo de fanática religiosa.

Lía recordó, como si un rayo le recorriera el lóbulo frontal, lo que había leído en el dosier y lo que le había dicho Clarita. Cuando sonaba esa música —esa versión maldita y seductora del himno navideño pop—, significaba que lord Krampus, en su infinita teatralidad, había elegido a la mujer a la que atormentar con su presencia y con sus juegos durante todo el retiro.

Y, por lo que se veía en las caras extasiadas a su alrededor, todo el mundo quería ser ella.

Un grupo de chicas a su izquierda empezó a dar pequeños saltitos, como si anunciaran los finalistas de *Operación Triunfo*. O como si fueran crías de reno emocionadas porque les tocó ver a Papá Noel en calzoncillos. Todo fueron risitas nerviosas y ojos que se dirigían hacia la puerta.

«Por favor, no. Por favor, no a mí. Por favor, que el murciélago ese elija a otra con menos problemas emocionales y más tiempo libre».

Pero entonces… el silencio se hizo espeso. Y sintió algo, un frío repentino sobre el hombro y un roce sutil. Fue como el toque de una pluma helada o el aviso de que el karma acababa de pagarle una visita con capa.

—Mierda… —susurró—. Mierda. Mierda. Mierda.

Giró la cabeza con la lentitud de quien no quiere confirmar lo que ya sabe. Y allí estaba.

Lord Krampus.

Estaba majestuoso con su atuendo negro como un eclipse, la capa que ondeaba con una brisa que no existía, los guantes brillantes, el bastón coronado con una bola de nieve que, al tocar su hombro, se iluminó con un resplandor azul blanquecino y un tanto satánico. Y los ojos…, oh, los ojos. Llevaba lentillas que le cubrían el iris, lo cual

explicaba ese aire de murciélago ciego que tan bien sabía interpretar.

Y, sin embargo…, algo en esa sonrisa. Algo en esa curva de los labios… le resultó peligrosamente familiar.

—Por las especias de mi infusión con cardamomo y salvia bendita —susurró Albahaca, llevándose las manos a la boca.

Lord Krampus ladeó la cabeza. Sonrió. Y, con un tono de voz modulada a la perfección entre lo teatral y lo íntimo, dijo:

—Dama Blanca…, vas a ser mi compañera de juegos.

A Lía se le secó la boca.

Y no precisamente por el pan de centeno.

Había algo perverso en lo que estaba haciendo. Y Derek lo sabía. Lo sabía con la misma claridad con la que sabía que el fuego quemaba, que el deseo consume y que Lía Castellanos seguía siendo su maldita debilidad, su criptonita.

Desde que la había visto entrar en la sala del *briefing*, se había sentido como un hilo eléctrico mal empalmado que chisporroteaba por dentro, sacudido por una conmoción que ni todo el autocontrol cultivado durante años de disciplina empresarial y terapia cara había logrado contener.

Porque, después de tanto tiempo, de tanto silencio, de tantas verdades nunca dichas y tantas preguntas sin respuesta, el destino —o el Krampus, que en ese momento era prácticamente lo mismo— se la había devuelto.

Al ver a Lía allí, lo primero había sido el shock.

Lo segundo, el enfado, una punzada rabiosa en el pecho que le recordó todo lo que no se había permitido sentir desde hacía años.

Pero lo tercero —y eso era lo que más le dolía admitir— fue la fascinación al volver a mirarla, al ver cómo se movía y escucharla reír con ese rubio con cara de ángel y de pan recién horneado. Y pensar: «Joder, sigue siendo ella y sigue provocándome lo mismo que hace años».

Había cambiado, claro. Su cuerpo, su forma de hablar, la manera en que se colocaba el pelo detrás de la oreja… Era más mujer, más segura y hermosa. Y también parecía algo más inalcanzable y distante: marcaba límites sin que resultara obvio.

Pero su cuerpo…, su cuerpo aún recordaba la manera en que Lía lo había mirado aquella última noche, antes de que todo se deshiciera.

Él no había dejado de pensar en ella. Por mucho que lo quiso y que jurase hasta el agotamiento que era parte del pasado. A pesar de que hubiese cultivado un desprecio lógico durante años, alimentado por el silencio, la falta de respuestas y el orgullo.

Porque sí, sabía que ella lo había dejado tirado. Que no quiso saber más de él. Que no lo buscó. Que no merecía ni una explicación. Pero entonces… la vio allí, como una aparición, y todo, lo bueno y lo malo, volvió.

Lía no lo había reconocido. O eso creía. El disfraz, la máscara, las lentillas negras, la voz modulada, la teatralidad… Todo estaba a su favor, pensado para mantener el anonimato. Pero Derek sabía leer esos ojos como quien lee un diario íntimo que escribió con sangre. Lía estaba incómoda. Tensa. Lo intuía. Y eso, en cierto modo, le

hacía sonreír. Porque si no lo reconocía, al menos lo sentía. Y eso significaba que algo aún vibraba dentro de ella.

El deseo de castigarla se mezclaba con el de tenerla cerca y jugar con sus nervios. Necesitaba recuperar la ventaja. Porque nunca la había tenido, no del todo. Porque con ella siempre se sintió al borde de un acantilado.

—Eres la elegida… —dijo, con la voz envuelta en misterio.

Lía no se agitó ni fingió. Solo lo miró como una profesional de la ironía que no pensaba ceder ni un milímetro de terreno.

—No soy la mejor opción —contestó sin apenas mover la boca, como si fuera una ventrílocua experta en lanzar cuchillos en forma de sílabas.

Derek le sostuvo la mirada unos segundos más de lo que debía. Y entonces, se inclinó solo lo justo, con esa gravedad de predador que tan bien había ensayado.

—Lo eres. Nos vemos esta noche, Dama Blanca.

Y con eso, giró sobre sus talones, haciendo que la capa ondeara con dramatismo operístico. Porque sí, todo allí era teatral, pero él también. Siempre lo había sido. Y porque necesitaba que todos lo aclamaran mientras se alejaba, con la bola de nieve brillando sobre su bastón…, como si fuera un dios oscuro con una misión inconfesable.

Lo que nadie sabía era que esa bola no era lo único que ardía.

Él también ardía, pero por dentro.

Como solo se arde cuando lo que deseas es, también, lo que te hizo pedazos.

Después de darse un apacible baño en la cabaña, decidió que era momento de oír la voz de su duendecillo particular.

Lo que más impresionaba a Lía de aquella experiencia era el altísimo grado de seguridad que adoptaban con las llamadas telefónicas. Era cierto que había un teléfono rojo para llamadas al exterior, y también que un elfo de músculos gigantes y orejas agudas y puntiagudas para oír mejor vigilaba las conversaciones de los usuarios.

No querían filtraciones de ningún tipo, por eso lo controlaban todo, aunque pareciese invasivo. Como fuera, Lía no pensaba cometer errores ni contarle nada a nadie, y menos a su hijo, con quien estaba deseando hablar.

—¡Mamá! ¿Sabes qué? ¡Tienen una pista de carreras para trineos que se controla con mandos de la Play! ¡Y puedes lanzar bolas de nieve a los muñecos para ganar puntos! ¡Hay una tienda de chuches que no es de verdad, pero si aciertas las preguntas sobre Papá Noel, te dan chocolate! —Arón hablaba tan rápido que parecía haber absorbido cafeína por ósmosis, hasta salpicaba el agua mientras levantaba los bracitos cual pose de superhéroe—. ¡Y gané el concurso de dibujo de renos con gafas! Me dieron un gorro de elfo… ¡con luces!

Lía sonrió mientras se dejaba mecer y abrazar por la alegría en su voz; no había placer mayor que sentirlo tan feliz. Ojalá estuviera con ella, porque tenía unas ganas locas de abrazarlo.

—¿Y has jugado al fútbol también?

—¡Claro! ¡Hay un campo de césped falso y está cubierto, porque así cuando llueve no te mojas, pero los goles valen igual! He hecho un amigo que se llama Luis. Tiene seis, como yo. Y otro que se

llama Martín, pero ese tiene cinco y es un poco llorón… —contestó con tono de sabio mayor al tiempo que se tumbaba y se dejaba enjuagar como si estuviera en un spa. Suspiró y dejó ir una sonrisa —. Mamá, me gustan estas vacaciones. Gracias.

Esa última palabra, tan sencilla, directa y tan poco habitual en la boca de los niños, se le clavó a Lía con dulzura y cierto desgarro. Porque no era fácil equilibrar el amor, el trabajo, la responsabilidad y las ganas de simplemente existir sin tantas cargas. Pero oírlo, tan feliz, justificaba cada receta contada a cámara. Cada noche sin dormir, cada paso en falso y cada victoria.

—De nada, enano —dijo con la voz algo bajita. Ojalá pudiera pasarle los dedos por el pelo, porque eso siempre calmaba sus propias tormentas internas—. Te lo mereces todo. Pásame con tu niñera del campamento.

—Sí, mami.

Al cabo de unos segundos, se puso al teléfono una chica. Se llamaba Sonia y atendía y vigilaba a los niños de la edad de Arón.

—Arón es un niño muy bueno y responsable —dijo la joven; era imposible no adorar al crío—. Quédate tranquila porque se porta muy bien. Cenará con todos y luego toca cine navideño con chocolatada.

—Sonia es la mejor —gritó Arón, con convicción absoluta.

Después de charlar un rato con ella y asegurarse de que todo iba bien, Lía se despidió de Arón.

—Pórtate bien, cariño. Mañana te vuelvo a llamar —le dijo, como si pudiera retenerlo unos segundos más y protegerlo de un mundo que, por mucho que tuviera luces de colores, siempre estaba listo para oscurecerse si una no se mantenía firme.

—Te quiero, mami.

Y ahí fue. Esa frase directa al corazón.

Lía colgó y se dio la vuelta para mirar al elfo con algo de rabia por no haberle dado intimidad.

Cuando llegó a su cabaña, cerró la puerta con suavidad.

La casa quedó silenciosa. La humedad del baño se disipaba y el aire nocturno se colaba con una sutileza que le ponía la piel de gallina.

Suspiró.

Y entonces, volvió a verlo.

Sobre su cama, una bolsa de tela negra esperaba paciente a que la abriera. La había dejado allí con una pulcritud casi simbólica, como si contuviera algo sagrado o peligroso. O ambas cosas.

Lía la observó con la sospecha de que había algo con encaje, cuero y algo de humillación.

El *dress code*. El maldito vestuario de la noche. El que, según el dosier y la tradición no escrita de la Aldea de las Siete Sombras, debía llevar para asistir al primer evento nocturno. Un Papá Noel buenorro en trineo se lo había llevado con una sonrisa ladeada. Ella lo había recibido con una mezcla de pánico y resignación, pero no lo había abierto. Hasta ese momento.

Con el corazón dividido entre la ternura de haber hablado con Arón y la incredulidad de saber lo que iba a pasar esa noche, se armó de valor. Cogió la cremallera. Tiró. Y miró dentro.

—Joder…

No había palabras para lo que vio. No hicieron falta. Fue suficiente con su cara, con ese instante de pasmo y carcajada reprimida. Lo

que sea que la esperaba ahí dentro no era ropa, era una declaración de guerra textil a su vergüenza.

Se quedó un momento en silencio. Después, se cruzó de brazos, respiró hondo y se empezó a desnudar.

«Jugaremos», se dijo a sí misma.

Pasara lo que pasara.

Y con eso, comenzó a meterse en el papel. Aunque no supiera aún si iba a salir viva de él.

10

El Refugio de Grýla estaba enclavado en el corazón de la aldea como un templo prohibido dedicado a los placeres oscuros y a los mitos que no se cuentan en los cuentos para niños. Tenía la forma de una caverna tallada en madera ennegrecida y piedra volcánica, con techos altos como bóvedas de iglesia, coronados por lámparas de hierro forjado que colgaban igual que las garras de un dragón dormido. La luz era cálida, titilante, alimentada por miles de velas repartidas entre estanterías, chimeneas y esculturas navideñas que no habrían superado ningún comité de moralidad cristiana. Una mezcla de incienso, humo de pino y especias dulces flotaba en el aire, densa, embriagadora. En todo el lugar se respiraba un erotismo ancestral que se colaba por los poros y por las dudas.

Las paredes estaban decoradas con representaciones de Grýla, la ogresa islandesa que devoraba a los niños traviesos durante la Navidad, pero que en esa versión se había transformado en una figura maternal y dominante, una diosa del deseo indomable. Las mujeres llevaban coronas de ramas secas, pequeñas máscaras con astas o cintas rojas que caían sobre la frente: ofrendas simbólicas en su honor. Se habían repartido capas rojas para ellas, con texturas suaves y forro de seda; para los hombres, cuero oscuro, ajustado, brillante y casi animal.

Derek se movía por el refugio con una quietud felina, con el cuerpo envuelto en cuero negro desde el cuello hasta las muñecas, y las costuras marcándole los músculos del torso como un mapa táctico de seducción. Su máscara era una pieza artesanal de terciopelo negro y líneas sobrias que mantenía ocultas las emociones, pero el gesto del ceño fruncido bordado a mano añadía una sombra de amenaza que lo hacía parecer aún más inaccesible. Su bastón, coronado con la bola de nieve luminosa, reposaba apoyado contra su muslo como un cetro que nadie se atrevía a tocar.

Lana del Rey sonaba de fondo, melancólica y decadente. Un remix ralentizado de «Born to Die» flotaba en el aire como un eco de fatalidad hermosa. La voz de Lana se entrelazaba con el chisporroteo de las velas y los murmullos de los invitados. Todo se movía como en una coreografía de deseo contenido. Era su mundo. Su escenario. Y él era el director.

Pero entonces pensó en su madre. Marisa. La imagen de su madre viendo aquello le provocó una carcajada interior que no llegó a sus labios. ¿Qué pensaría si supiera que Lía Castellanos estaba allí, bajo su control? ¿Que él era lord Krampus y que tenía a la misma chica a la que detestaba desfilando por sus dominios vestida para jugar con los elfos perversos de la Navidad y con él?

Y Brenan… Ah, el bueno de Brenan. La reconocería. Seguro. Porque aunque su cuerpo hubiera cambiado, sus curvas se hubiesen afinado y sus caderas fueran ahora armas de destrucción masiva, su cara seguía siendo la misma. Inolvidable. Tanto que lo incomodaba.

La odiaba por eso.

Por esa forma suya de haberse quedado clavada en su sistema nervioso como una astilla que, cuanto más se ignora, más supura.

Y justo entonces, la vio.

Atravesaba el umbral.

Y la música, que obedeció a su tensión interna, bajó un tono. Lana susurraba algo sobre ruinas bellas y la imagen de Lía Castellanos se desplegó ante él como una aparición que no tenía derecho a ser tan real.

Llevaba un vestido de terciopelo color borgoña ajustado al torso, con un escote sutil pero sugerente, como quien sabe perfectamente hasta dónde puede llegar sin parecer que lo intenta demasiado. Las mangas eran largas, acabadas en puntilla, y una abertura lateral dejaba ver una pierna firme, de piel blanca y paso seguro. En la cabeza llevaba una diadema hecha con ramas finas pintadas en blanco plateado, salpicadas de pequeñas flores rojas secas, como un tributo elegante a Grýla. No era un disfraz. Era una declaración de estilo que decía: yo también puedo jugar a esto, pero con mis reglas.

Su melena castaña ondulaba a fuego lento. Y cuando ella lo vio —porque lo vio—, se detuvo.

Sus ojos se encontraron.

Y durante unos segundos no hubo nadie más.

Ni el cuero, ni las luces, ni las canciones ralentizadas.

Solo ese choque de historia, rabia y deseo.

Derek tragó saliva; no por el calor ni por el miedo. Por algo más primitivo.

Ansiedad.

Porque por primera vez desde que había decidido usar el juego para recuperar el control, se dio cuenta de que no había tal cosa.

Ella estaba allí, vestida como una reina de los cuentos oscuros, tan jodidamente guapa que dolía.

Lía intentaba mantener la compostura, pero esta se escurría entre las manos como arena tibia. ¿Cómo era posible que un solo hombre lograse alterarla tanto? El cuero, el bastón, la voz modulada, la altura intimidante… El muy cabrón sabía con exactitud lo que hacía.

Y ella, que llevaba años sin coquetear con nadie más allá del panadero del barrio —que le regalaba un cruasán de avena sin mirarla a los ojos—, de repente se sentía como una adolescente frente al protagonista de una novela oscura de esas que su amiga Debi solía devorar con nocturnidad y lujuria.

Se llevó la copa a los labios mientras los sirvientes de Grýla, ataviados con cadenas decorativas, máscaras de ciervo y músculos bien marcados, pasaban como sombras deseadas por la sala. A su lado, Clarita y Piter, impecables con sus atuendos temáticos (ella, como una matrona vikinga sensual; él, como un cazador de leyendas nórdicas con pestañas de escándalo), se acercaron con entusiasmo.

—¿Estás nerviosa? —quiso saber Clarita, y le dio un suave pellizco el brazo.

—Quiero haceros una pregunta —dijo Lía alzando la copa y apurándola de un trago mientras miraba de reojo cómo lord Krampus comenzaba a abrirse paso entre la multitud. Su paso era lento. Estudiado. Como si supiera que cada movimiento se hacía eco en su estómago.

—¡Oh, vaya…! —exclamó Clarita, con los ojos brillantes, y se bebió la suya de golpe, de un hidalgo, como ella—. Pues yo también.

—¿Qué consejo le daríais a una mujer soltera que hace tiempo que olvidó lo que era atraer o sentirse atraída, cuando de pronto se ve en una situación como esta…?

—Hazlo —dijo Piter, sin pestañear.

—Lo que mi marido quiere decir —continuó Clarita, tomando el relevo con tacto— es que a veces, cariño, pensar demasiado solo sirve para aplastar lo que sentimos. Los bloqueos no se rompen con lógica, sino con vértigo y sacudidas. Y esta experiencia… es eso. Sacudida pura. Nos merecemos sentir que nuestros cuerpos aún pueden responder. Que aún estamos vivas. No somos monjas ni estamos obligadas a renunciar a lo sensual. Y ese Krampus… está aquí para algo. Haz con él lo que necesites para no volver a esconderte nunca más.

—Que viene, que viene… —la interrumpió Piter antes de alejar a Clarita de la escena justo cuando el cuero oscuro y la máscara implacable de lord Krampus emergían frente a Lía.

Joder. Qué alto era.

Y qué firme ese gesto, con esa mirada y ese porte de villano bien armado con el ego inflado y voz de locutor de radio nocturna que le hablaba directamente al útero.

Él la miró de arriba abajo, sin una pizca de vergüenza. Como quien examina su próxima obsesión. Lía tuvo que apretar la mandíbula para no decir algo del todo inadecuado. La tensión en su cuerpo podía cortarse con un cuchillo de postre.

—He leído en el dosier lo que significa ser la compañera del Krampus —dijo, sin titubear.

—Bien. ¿Alguna objeción?

—Siento que es como una maldición.

Él esbozó ese tipo de sonrisa que debería ir acompañada de una cláusula de advertencia legal.

—Debes de ser la única mujer que lo piensa.

—Es posible.

—Pero si te niegas…

Ella levantó la mano. En seco. Como solía hacer cuando no quería que nadie más le interrumpiera una frase, como cuando tenía dieciocho años y él la sacaba de quicio con su voz de chico guapo y sus silencios calculados.

Él contuvo el gesto. Aun así, por dentro, esa manía le hervía la sangre. No había cambiado ni un ápice.

—No me voy a negar. Aunque quiero dejar claro algo: estoy dispuesta a abrirme a la experiencia y a disfrutar lo que pueda de este secuestro…

—No es un secuest…

—Pero como hagas algo que me haga sentir mal, me vulneres o me humilles, te juro que no habrá trineo suficiente para esconderte de mí. A mí me arruinas con tu contrato, pero yo a ti te elimino. Literalmente. Así que… no juegues con fuego, Krampusito.

Derek sintió respeto. Y una oleada de algo parecido a orgullo. Lía tenía más agallas que la mayoría de los empresarios con los que había hecho negocios. Y verla tan segura, tan plantada, tan dispuesta a no dejarse caer, lo excitaba en una forma que no sabía si era odio o deseo. Es probable que ambas.

—No soy ese tipo de hombre que vaya a obligarte a hacer nada que no quieras —dijo con voz baja y profunda—. Y este tampoco es

ese tipo de lugar.

Le ofreció una mano enguantada mientras con la otra sujetaba el bastón. Lía la miró. Dudó un instante y, luego, tomó una decisión.

No iba a negarse a jugar. Él encarnaba al Krampus, un demonio que no existía fuera de ese mundo; no importaba qué hombre fuera lejos de esa realidad. Esa era la ventaja de esconder la identidad y jugar con un enmascarado. Para ella sería más fácil abrirse a los juegos así, y era una habilidad sacar algo positivo de las desventajas.

Tomó su mano.

Y él la arrastró con paso lento, casi ceremonial, a través de la multitud.

La música subía. Las velas parpadeaban y los susurros seguían a aquella pareja de protagonistas malditos.

Y entonces un foco iluminó el altar. Allí, entre columnas de humo de incienso y ramas secas colgando del techo, apareció Grýla.

Majestuosa.

Inquietante.

Su voz retumbó en toda la sala:

—Bienvenidos a mi refugio, donde cada deseo es escuchado y cada miedo… probado.

No había espectáculo, ni fuegos artificiales, ni una música triunfal que acompañara la aparición de Grýla. Solo el silencio expectante de las parejas formadas y el sonido lento de su caminar firme.

Avanzó hasta el centro con la cadencia de un animal sagrado. Llevaba una túnica hecha de capas de lino y lana natural, con pieles colgando sobre los hombros, como una guerrera del bosque ártico. La corona no era de oro, sino de ramas secas, líquenes y cristales de

nieve petrificados. Su mirada, aunque dura y antigua, contenía una ternura que se percibía más fuerte que cualquier seducción.

Se detuvo y los observó en círculo, con el humo del incienso flotando a su alrededor, como si estuviese en trance.

—Hace mucho tiempo —dijo con voz áspera y poderosa— fui una mujer. Una simple humana, como muchas de vosotras. Una que creía que tocar a alguien era un gesto reservado solo para el placer de otro. Una que confundía la intimidad con el deber…, el deseo con el sacrificio. Me olvidé de mí. De mi cuerpo. De lo que me gustaba, de lo que me dolía o lo que me sanaba. —Paseó la mirada por la congregación. Algunos bajaron los ojos y otros contuvieron el aliento —. Y entonces… un día desperté. Pero ya no sabía cómo volver a tocar o rozar sin miedo. ¿Cómo dejarme acariciar sin contar mentalmente cuántos minutos quedaban para que terminara? Me sentía como una sombra que había perdido su cuerpo. Una carcasa… complaciente. Abierta, sí. Pero vacía. —Su voz no tembló—. Esta sala…, este refugio… existe para eso. Para recordaros que estáis aquí. —Se tocó el pecho—. En carne y hueso. Que vuestro cuerpo no es un intermediario para complacer, sino una herramienta para sentir, vivir y sanar. Habéis venido a esta aldea por muchas razones, pero esta noche… solo tenéis una tarea: reconectar con el placer de existir dentro de vuestra piel.

Hizo una pausa. El fuego de las chimeneas crepitó con puntualidad dramática.

—Aquí se masajea con ternura, se respira con el otro y se mira hasta que los ojos tiemblan. Esta noche no hay vergüenza, pretensiones ni espectáculos. Solo vosotros y lo que habéis olvidado. —Se inclinó ligeramente hacia el público—. Yo, Grýla, veré a vuestras

parejas. Y con el don que la vida me dio —sonrió con gravedad— sabré lo que cada uno necesita. Os daré los instrumentos, las instrucciones y el espacio. Pero el viaje es vuestro. —Se enderezó. Dio un paso atrás. Levantó ambas manos al aire y, con una palmada que resonó entre las paredes con el eco de una bruma antigua, exclamó—: ¡Que empiece la noche de la reconexión!

La luz bajó un grado más.

Las colchonetas brillaban a la luz de velas rodeadas de cuencos con aceites esenciales, y los cuerpos comenzaron a moverse.

El discurso de Gryla había sido hermoso. Inquietante en su crudeza, pero profundamente humano.

Lía la había escuchado en silencio, con los ojos clavados en la mujer de corona vegetal y voz de ser antiguo, y sintió que, durante un momento, el bullicio mental que la acompañaba desde su llegada se había detenido. Esa mujer, con sus palabras tan simples y su herida expuesta como cicatriz sagrada, había pulsado un resorte en ella que hacía tiempo no reconocía: el cuerpo no como obligación, sino como un hogar.

Sabía a la perfección lo que esa noche implicaba. Lo recordaba con claridad, porque había leído el dosier de arriba abajo con un bolígrafo en la mano para subrayar los conceptos que más la intimidaban y luego tacharlos en su propia carne.

Zona: Una sala cálida, circular, con colchonetas, mantas y luces muy tenues.

Dinámica: «El retorno al cuerpo».

Juego: Masajes en pareja, juegos de contacto lento, trabajo de respiración y miradas prolongadas.

Juguetes: Vibradores tipo *wand*, masajeadores térmicos, anillos para parejas.

Fetiche clave: Placidez corporal, plenitud sensorial.

Objetivo: Recuperar la ternura erótica, sanar a través del contacto.

Sanar.

Lía no sabía si estaba rota del todo o solo un poco. Tampoco sabía si sanar era lo que necesitaba en realidad o si, simplemente, buscaba recordar que su cuerpo seguía siendo capaz de dejarse tocar sin juicio ni expectativa. Lo que sí tenía claro era que el hombre que tenía al lado, en silencio, sin apretarle los dedos, sin reclamar su atención, sin invadir su espacio, sí la hacía sentir presente. No amada. No deseada. Solo… real.

El Krampus tenía una forma de sujetarle la mano que no parecía parte de una seducción estudiada. Era una presencia firme, contenida y serena que, por un rato, le hizo pensar que él también había soltado al personaje.

El calor de la sala la envolvía.

Las colchonetas parecían invitarlas a todas a caer rendidas.

Y sin embargo, algo en el ambiente la inquietaba.

Se fijó en que algunas personas a su alrededor, no muchas, tenían pintado un pequeño círculo oscuro en el centro de la frente. Un símbolo sencillo que intuyó que los marcaba con una suerte de destino diferente. No tardó en ver cómo uno de los asistentes —un hombre de cuerpo escultural, disfrazado de una mezcla entre esclavo y guardián ritual, con el torso descubierto y una máscara plateada— se les acercaba, les ofrecía la mano con suavidad y, sin mediar palabra, se los llevaba fuera de la sala.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Lía, en voz muy baja—. Los de la frente pintada.

Derek no la miró. Pero contestó, como si le hubiera leído la mente.

—Ellos tienen una experiencia diferente a la tuya. Por eso llevan el círculo.

—¿Qué tipo de experiencia?

Él se giró ligeramente hacia ella.

La observó sin fingir y sin justificarse.

—Una sin límites. Donde puedan ver a otros. Y también… experimentar con otros.

Lía sintió una punzada tibia recorrerle la columna. No era miedo. Era la consciencia de que, por mucho que se creyera de mentalidad abierta, había lugares dentro de sí que aún estaban cerrados a cal y canto.

Y tal vez eso estaba bien. Porque ni le interesaba ni le llamaba la atención jugar con más de una persona a la vez, ni que nadie la viera en momentos vulnerables.

11

Lía no podía dejar de mirar a su alrededor.

Era como haberse colado en un sueño diseñado por un escenógrafo con exceso de talento, demasiado presupuesto y una ligera obsesión con el erotismo más escandinavo. Todo parecía cuidadosamente pensado para crear una atmósfera que flotaba entre lo ceremonial y lo íntimo: las luces tenues parpadeaban con discreción, sin atreverse a interrumpir lo que estuviese sucediendo en las colchonetas; las bandejas de madera tallada, con uvas heladas, nueces caramelizadas, bombones de canela y quesos fundentes, descansaban sobre mantas como ofrendas a dioses dormidos; la música, una mezcla de cuerdas suaves y tambores bajos, se deslizaba como un animal sigiloso entre los cuerpos, que comenzaban a explorarse con lentitud.

Era demasiado.

Demasiado perfecto.

Y, sin embargo, todo funcionaba.

A su lado, lord Krampus —que ya no parecía un personaje, sino un fragmento de aquella atmósfera— permanecía en silencio, observando también el panorama. Lía no sabía cómo, pero había aprendido a reconocer cuándo la miraba de reojo sin mover un

músculo del rostro. Parecía medir su nivel de tensión por el rabillo del ojo.

—Las personas para las que trabajas deben de tener un mundo interior increíble —comentó Lía en voz baja, como si aquella reflexión necesitara privacidad—. Y una imaginación fuera de lo común… —Hizo una pausa breve; se tragó la parte en la que iba a decir: «casi tanto como un trastorno diagnosticable»—. Aunque, a decir verdad… —añadió con tono medido mientras recorría el conjunto con los ojos verdes—, creo que la experiencia vale lo que se pide por ella. Es un dineral, sí, pero no parece injustificado.

Derek, detrás de la máscara, no parpadeó. Solo ladeó un poco la cabeza, lo justo para que la luz de una antorcha se reflejara en el bastón que sostenía.

—Otros dirían que ser generoso es regalarlo todo a los demás.

Lía alzó una ceja y giró la cara hacia él con gesto tranquilo, pero lleno de determinación.

—Eso no es ser generoso. Eso es ser tonto y vivir en la carencia de los demás.

Él la miró entonces. Con atención, como si no esperara esa respuesta y no recordara lo mucho que ella odiaba las limosnas disfrazadas de virtud.

—Lo exclusivo y lo hermoso debe tener un valor —continuó ella, con esa firmeza que solo tenían las personas que se habían construido a sí mismas desde la ruina—. De lo contrario, nadie lo valoraría ni lo apreciaría. Cuando das las cosas gratis, la gente asume que valen lo mismo que el aire. Nada. Les da igual tu intención, tu esfuerzo y tu visión. Si no les cuesta, no les importa. Así que sí, hay que darles a las cosas el valor que tienen. Crear

mundos como este… no está al alcance de todos. Y por eso mismo, no puede ser para todos.

Derek sintió una punzada de reconocimiento en el pecho. No porque lo dijera ella, que también, sino porque esas eran exactamente las palabras que él se había repetido a sí mismo mientras se negaba a convertir su empresa en un parque temático barato para el consumo masivo. Tiéntate no era vulgar. No vendía por vender. Ofrecía algo íntimo. Algo de lo que la gente no hablaba en voz alta, pero deseaba en silencio.

Y ahora ella, sin saberlo, estaba defendiendo ese mismo principio con la naturalidad de quien ha tenido que mirar muchas veces el precio de su libertad.

La contempló en silencio. La tela borgoña del vestido le marcaba la cintura con delicadeza. La diadema roja con flores y ramas que llevaba sobre la cabeza la hacía parecer una especie de ninfa ceremonial escapada de un cuento. Y sus ojos… seguían diciendo la verdad antes que sus labios.

Él sonrió bajo la máscara, dándole la razón a sus palabras.

—Oficialmente, no valdrá un millón de euros; ese es el precio que les hemos puesto a los millonarios por asistir a algo exclusivo. Sin embargo, cuando el producto de Tiéntate salga a la venta y esté disponible al público, el precio de las experiencias inmersivas será excesivo para muchos.

Lía alzó la vista con serenidad y clavó los ojos en él; sus palabras se le antojaban escritas en piedra.

—Pues que lo sea. Nadie está obligado a consumirlas. —Hizo una pausa breve, cargada de intención—. He aprendido que las cosas

valen lo que cualquiera que reconozca lo hermoso y lo único esté dispuesto a pagar por ellas.

Lord Krampus la miró; sintió que acababa de escuchar la confirmación de una vieja teoría. Con el bastón descansando a su lado y la mano enguantada en un gesto de apertura, le ofreció la palma con una sonrisa cómplice, medio contenida bajo la sombra de la máscara.

—Déjame enseñarte, Dama Blanca, cuánto valor puede tener este mundo. Y averigüemos cuál es el precio que tú le pondrías.

Lía ladeó la cabeza, con una ceja levantada y la ironía afilada entre los labios.

—Supongo que vamos a jugar ya, ¿no?

—¡Exacto! —La voz inconfundible de Gryla irrumpió justo detrás de ella, como una aparición que llevaba siglos esperando ese momento.

Lía se dio la vuelta con un leve respingo y ahí estaba, imponente, envuelta en su corona de ramas y telas rústicas, una deidad antigua que bajaba de la montaña para profetizar el destino de los mortales.

—Krampus —dijo, con una reverencia teatral y perfecta—. Él es nuestro rey —añadió, mirándola a ella con intención de dejárselo claro—. Y tengo entendido que tú eres su elegida.

—Por desgracia —contestó Lía, entre dientes, sin poder evitar la sonrisita nerviosa que la traicionaba.

Gryla se inclinó apenas, con ese aire de mujer sabia que se permite la indulgencia.

—Se trata de reconectar con vuestro cuerpo. Mi refugio es para vosotras, almas desconectadas, para que os recordéis que existís…,

que estáis presentes aquí, ahora, más allá del ruido, del juicio y de la carga.

Entonces, se acercó a Lía y le susurró con voz grave, pero dulce, como si fuera un hechizo:

—Déjate hacer. Deja que te toquen con respeto y con deseo. Él no tomará nada que tú no le entregues. Pero si se lo das, puede devolverte algo que creías perdido. —Y con una sonrisa enigmática, casi maternal, dio media vuelta para marcharse. Tras de sí dejó un aroma a incienso y la certeza de que algo importante estaba a punto de comenzar—. Te dejo en buenas manos, mujer.

Y se fue.

Derek, o el Krampus, aún dentro del papel que tanto lo protegía de sí mismo, no dijo nada. Solo la miró durante varios segundos. Como si necesitara ese espacio para que las máscaras, aunque no cayeran, al menos se desvanecieran un poco.

Después, con un leve gesto de cabeza, la guio con paso tranquilo hacia un rincón más retirado. Allí, entre las cortinas de terciopelo oscuro, las mantas cálidas y el murmullo suave de la música, el mundo parecía haberse ralentizado.

Nadie los miraría porque estaban solos. Y era hora de tocar sin palabras.

El rincón al que la condujo parecía diseñado por algún dios antiguo que había leído demasiada poesía sensual en sus días de gloria. Una colchoneta de terciopelo burdeos gruesa, mullida, rodeada de cojines suaves y de velas altas que creaban un círculo de luz dorada y sombras sugerentes. El olor era embriagador. Lía miró a su

alrededor y por un momento sintió que entraba en una dimensión desconocida.

Krampus se detuvo detrás de ella, todavía de pie. No la tocó ni la forzó. Solo la invitó.

—Este —dijo con voz profunda y esa sonrisa que solo podía intuirse por el tono de su humor— es el rincón donde traigo a todos los que no creen en la Navidad.

Lía volvió el rostro hacia él, divertida, y levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Y después los encierro para siempre en una bola de nieve de coleccionista —añadió, con gravedad fingida.

A Lía se le escapó la risa. Y aquello la desarmó un poco, porque rara vez se reía en voz alta y de manera espontánea con los hombres. No solía sentirse libre como para hacerlo.

—Oh…, eres bueno… Tus jefes tienen que pagarte mucho dinero.

Él pensó que ni se lo imaginaba, porque el jefe era él.

—Cierra los ojos, Dama Blanca.

Ella obedeció y, al hacerlo, sintió que le cambiaba la respiración.

—¿Estás dispuesta a que te dé un masaje sensual y te toque?

Él no se movió. Solo habló detrás de ella. Sabía que la verdadera entrega no empieza en la piel, sino en la decisión de rendirse al momento.

Lía tragó saliva. El corazón le golpeaba las costillas.

—¿Eres consciente de lo raro que es esto después de la reunión que he tenido contigo esta mañana? —dijo, apenas en un susurro.

—Sí. Pero ¿estás lista?

—Sí —admitió sin fisuras.

Entonces, él deslizó los dedos enguantados por sus brazos, muy despacio, para despertarlos de su letargo. Se inclinó hacia ella y, con esa voz de demonio culto y paciente, le susurró un conjuro al oído:

—No tienes que hacer nada. Esta noche es para ti. Para que recuerdes cómo se siente tu cuerpo… cuando no le debes nada a nadie. Cuando no es para otro, sino solo para ti.

Ella cerró los ojos con más fuerza.

Sabía que no era su voz de verdad.

Pero era perfecta para esa ficción.

Se le colaba por la columna y descendía por donde no llegaban los pensamientos racionales, hasta pulsar entre las piernas.

Una voz que sabía seducir sin empujar.

Seguía detrás de ella, como una sombra tibia que no invadía, solo sugería. Lía sentía su respiración perfectamente medida; pensó que había nacido para permanecer en el papel de Krampus con una sutileza que la descolocaba. No era un hombre agresivo ni seguro de sí mismo en exceso, pero había en sus gestos esa especie de autoridad tranquila de quien sabe lo que hace y no tiene ninguna prisa por demostrarlo.

Se quitó los guantes y comenzó el recorrido sobre el vestido con los dedos, suaves, lentos, casi ceremoniales.

Le acarició primero las palmas, como si leyera las líneas de su historia en silencio y supiera que ahí se escondían muchos de sus secretos. Después subió por los antebrazos hasta los hombros y bajó por los costados con una cadencia que no parecía buscar nada más que… presencia.

Sus yemas se deslizaron con ternura por la parte baja de su espalda y el contorno de sus caderas, y luego descendieron, lentas y

seguras, por el lateral de sus muslos. La dibujaba sin lápiz, memorizaba su forma antes de siquiera pensar en deshacerla.

Lía se quedó muy quieta.

Tensa, sí, pero también consciente de que su cuerpo respondía sin pedirle permiso.

Sentía que su piel, que tenía olvidada, estaba despertando.

—Necesito tocarte la piel para el masaje —le dijo él entonces, en ese tono bajo, gutural y suave de terciopelo mojado.

Lía tragó saliva.

—Me quedo con la ropa interior puesta —respondió con firmeza—. Ese es mi límite.

Él no se lo discutió ni se ofendió. Al contrario. Lo notó algo más rígido, casi agradecido. La claridad era excitante.

—Entendido.

Y entonces, con una reverencia que parecía casi una oración, le desabrochó el vestido con dedos seguros. Lía sintió que descendía por su cuerpo como si no fuera tela, sino agua. Ella misma lo empujó hacia abajo, con una mezcla de decisión y vértigo, y se quedó con las braguitas y el sujetador sin tirantes que llevaba debajo, desnuda y expuesta al calor amable de la sala y a la mirada cubierta del demonio más elegante del Polo.

—Túmbate —le pidió él, con la voz más honda, casi templada.

Ella obedeció. Sintió la textura lujosa de la colchoneta borgoña bajo la espalda mientras su respiración empezaba a descompasarse.

Él tomó el cuenco del aceite, calentó el líquido entre las manos y, antes de empezar, preguntó con el mismo tono inquisitivo que se le pondría a un juez de etiqueta:

—El masaje es solo con las manos… —Hizo una pausa cargada de intención—. ¿Puedo usar algo más que no sean estas?

Lía abrió un ojo como un felino desconfiado. Se le erizó el pelo con el susto de oír algo que no esperaba.

Él, con toda la calma del mundo, casi divertido, añadió:

—Tengo plumas, rodillos…, labios.

Por un instante, se sintió un ratón frente a un gato. Uno con capa, antifaz y una voz capaz de convencer a una virgen de que el pecado era una vacuna.

Ella parpadeó, le lanzó una mirada que cortaba diamantes y dijo con una dignidad que la salvaría de sí misma:

—Manos. Gracias.

No sonó a súplica. Ni siquiera a advertencia. Sonaba como una reina que sabía a la perfección lo que quería.

Y eso… le gustó más que cualquier jadeo.

Las palmas del Krampus, bañadas en aceite cálido y especiado, no eran salvajes ni torpes. Tampoco eran suaves en el sentido clásico. Eran… maliciosas. Porque obraban sin violencia, pero con una intención que Lía no sabía si agradecer o maldecir. Aquellas manos no querían conquistarla. Querían hacerle sentir, y eso era mucho más peligroso.

No supo en qué momento exacto se despojó de las zapatillas, pero notó su ausencia cuando sus pies quedaron expuestos al aire templado del refugio. Siempre había tenido unos pies bonitos —las uñas cuidadas, pintadas de un tono perla discreto a juego con el esmalte de sus manos—, pero no recordaba la última vez que alguien se detuviera a contemplarlos… y mucho menos a tocarlos como si fueran dignos de una devoción antigua.

Él se los masajeó despacio; le hundió los pulgares entre los tendones y la piel mientras recordaba cada curva, cada hueso, cada rincón donde el verano de aquel entonces le permitió aprenderla.

Y luego subió por las pantorrillas, los muslos y las caderas…

Cuando sus dedos se acercaron al interior de sus muslos, y los pulgares, en un gesto casi inocente pero cargado de dinamita, rozaron varias veces la línea invisible del pubis, Lía se incorporó, jadeante, y le tomó las muñecas con firmeza.

—No.

Una sola palabra. Seca. Clara. Irrefutable.

Él asintió sin decir nada. Con respeto y aceptación.

Desvió entonces sus caricias hacia el vientre. Allí donde descansaba un pequeño piercing que ella no llevaba antes, una joyita mínima que relucía como un guiño. A él le habría encantado inclinarse y hundir la boca allí, pero se contuvo. Porque el deseo también era cuestión de paciencia.

Ese cuerpo, se dijo, no lo habían saboreado ni venerado. No como merecía.

Aquella única vez no contaba. No había sido justo ni suficiente.

Y ahora, mientras la erección le tensaba los pantalones y se le aceleraba la respiración contra la máscara, sus manos la mapeaban al tiempo que le enseñaban un idioma olvidado.

Pasó las palmas, tibias, por encima de sus senos aún cubiertos por el sujetador sin tirantes. Notó cómo los pezones se le endurecían, cómo ella se removía apenas. Y ahí, Lía repitió otra vez:

—No —dijo con la voz entrecortada tras humedecerse los labios.

Él sonrió por dentro. Porque nadie en ese refugio decía «no» a nada.

Pero a él le supo al desafío que se cocina a fuego lento.

Le acarició los hombros, el cuello, el hueco detrás de la oreja. Después le pidió con una mirada que se diera la vuelta. Y ella obedeció.

Y ahí comenzó otra danza.

Pasó de nuevo por los pies, después los tobillos y subió despacio, reverente, a lo largo de la espalda. En las nalgas trabajó con dedicación, y utilizó el aceite para calentarle la piel y moldearla con precisión. Ella no se quejó cuando le colocó las braguitas entre las nalgas, y eso fue más que un permiso: fue una invitación implícita a continuar. Siempre sin tocar el centro y siempre bordeando, como quien enciende una hoguera con cuidado a sabiendas de que lo peor que puede hacerse es encenderla de golpe.

Cuando al fin volvió a darle la vuelta, Lía tenía las mejillas encendidas, los labios entreabiertos y la respiración desigual.

Estaba borracha de deseo. Y aún no la había besado. Ni una vez.

Él sabía que no le dejaría besarla.

Lo deseaba, sí. Su cuerpo lo gritaba, su respiración lo delataba y su lengua, al humedecer unos labios ya demasiado secos, lo confirmaba.

Pero no era el momento.

El beso era otro juego. Uno demasiado simbólico, demasiado emocional, y Krampus no quería llevarla allí.

Su plan era más sencillo y, a la vez, infinitamente más complejo: jugar con su límite hasta que ella se olvidase de dónde estaba.

Y lo había hecho.

Durante una hora y media. Ese es el tiempo que había pasado con ella masajeándola, tocándola con reverencia y con la paciencia

meticulosa de quien afila una daga antes del primer corte. Había recorrido su piel y se había perdido en ella a propósito, había respirado su jadeo sin rozarle los labios. Había explorado cada zona permitida con el respeto de un devoto y la intención de un pecador.

Lía no podía más.

No entendía nada.

¿Cómo podía ser que un completo desconocido —porque eso era lo que era— activara en su cuerpo unas teclas oxidadas que nadie, nadie, había logrado tocar en años?

¿Cómo era posible que unas caricias, sin más propósito que el tacto, hubiesen despertado más humedad y deseo que cualquier intento descarado de sus amantes esporádicos?

No tenía lógica ni sentido. Y lo que era peor: no tenía freno.

Entonces, él, con esa naturalidad maldita, tomó una de sus manos entre las suyas y empezó a masajearla. Pulgar contra palma. Dedo por dedo.

Y luego, sin decir nada, sin pedir permiso porque sabía lo que hacía, se llevó uno de ellos a la boca.

Lía sintió un corrientazo de puro fuego líquido bajarle por la espalda.

Porque esa lengua —Dios bendito— lamía con una lentitud deliberada. Como si aquel dedo suyo fuera una golosina que no podía tragarse todavía.

Luego lo succionó, probó su ternura y lo mordisqueó, como si rememorase algo. Y entonces ella también recordó.

La escena.

El gesto.

La manera exacta en la que alguien la había tocado así una vez.

Solo una.

Y su cuerpo respondió, a la espera de ese momento desde que aquel verano terminó.

—Basta —susurró, pero no con dureza, sino con el miedo de quien se ha acercado demasiado a una hoguera y acaba de acordarse de que puede quemarse.

Se incorporó como pudo y se cubrió el torso con el vestido arrugado. Tenía el cabello desordenado, el rostro sonrojado, la respiración irregular y un descontrol emocional que no sabía cómo clasificar.

Él seguía ahí, de rodillas, con esa máscara negra que solo dejaba ver los ojos oscuros como la tinta. La mandíbula firme, el cuerpo tenso. El demonio elegante que la había devorado sin tocarla donde más lo deseaba.

—Me… me quiero ir —dijo ella mientras buscaba con torpeza la abertura del vestido para pasárselo por la cabeza.

Krampus no se movió.

—¿Puedo?

Él asintió despacio, sin ironía esta vez, como si respetara la ceremonia de su retirada.

—Sí. Has jugado —dijo, casi grave—. Esta noche no hay multa para ti.

Ella apretó los labios, se pasó una mano por el pelo alborotado y, por un segundo, pensó en lanzarle el cuenco de aceite a la cabeza. Pero estaba tan alterada, tan húmeda y contrariada, que supo que sería una escena más ridícula que victoriosa.

Así que alzó la barbilla con la dignidad solamente atolondrada.

—Me voy. Buenas noches, lord Krampus —y añadió, con un rastro de ironía—. Y gracias por el masaje.

Él, aún en el suelo, sonrió con esa boca que no se podía ver bien del todo, pero que se intuía afilada.

—Buenas noches, Dama Blanca —murmuró con una reverencia apenas perceptible—. Mañana, más.

Cuando ella desapareció entre las cortinas, dejó tras de sí el aroma de su piel y la huella invisible del deseo no satisfecho. Derek exhaló por la nariz con violencia.

Estaba empalmado como un adolescente y no sabía si quería golpearse contra una pared o buscar alivio con la urgencia de un adicto.

Pero eso era lo de menos porque ahora, por fin, la tenía en sus manos, en su bola de cristal, y ya no saldría de allí hasta que él quisiera.

12

Lía no había pegado ojo.

El cuerpo seguía demasiado vivo, demasiado presente, como si cada músculo hubiese despertado tras años de hibernación. Pero su mente no dejaba de jugarle una mala pasada. Porque no era solo el deseo físico, no. Era esa maldita forma de chuparle los dedos.

Esa succión lenta, ese modo de envolverlos con los labios como si fueran reliquias.

Esa lengua…

Esa lengua que se movía exactamente igual que la de Derek siete años atrás.

Se había despertado tan mal e inestable que había hecho otra llamada al campamento. Pensarían que era una madre loca y controladora, pero lo que no imaginaban era que necesitaba paz mental y algo de la vida real que tenía fuera.

Y ahí estaba ella, en bata, con el moño hecho un nido de cuervos, las botas de nieve puestas y los ojos como dos puntos finales mal colocados, con el teléfono rojo fijo en mano y el elfo indiscreto detrás.

—Hoy vamos a hacer galletas —dijo Arón con la boca llena.

—¡Qué bien, cariño!

—Me he traído a Mike.

—Perfecto, pero no lo pierdas, ¿vale?

—No. Y después hay una competición de carreras de trineo. Me han dicho que si ganas, te dan un trofeo de chocolate. De chocolate, mamá. ¿Te imaginas?

Lía asintió sin responder, con la mirada perdida entre el teclado del teléfono y el fuego cruzado de sus recuerdos.

—Y por la tarde nos ponen la segunda parte de *Crónicas de Navidad*. Esa es la que te gusta, ¿no?

—¿Mmm? Sí, sí, claro. Me encanta esa. —Salió de su nube y carraspeó—. Qué listo eres. Lo sabes todo.

—Lo sé todo —confirmó Arón muy serio—. Soy como Santa, pero sin barriga.

—Y sin barba.

—Y sin renos. Pero tengo a mamá, que vale por nueve.

—Nueve renos y medio —corrigió ella con una sonrisa fatigada—. Cariño, sigue portándote bien y no hagas trastadas de las tuyas…

—Soy un ángel —contestó, pero Lía podía imaginárselo sonriendo con cara de demonio.

—Sí, hijo mío, te vas a ganar el cielo —murmuró—. No como otros…

—¿Otros quiénes?

—Nadie, nada. Cosas de adultos.

Pero, aunque estaba más centrada, mientras regresaba a la cabaña no pudo evitar sentirse abrumada.

Porque el Krampus no era Derek, no podía serlo.

Y, sin embargo, algo dentro de ella empezaba a tamborilear con una sospecha que le erizaba la nuca:

¿Y si lo era?

¿Y si estaba jugando con fuego sin saber cuán viejo era ese incendio? No. Era imposible. Su voz no era la misma, sus ojos tampoco, aunque parecían lentillas, y solo le veía la barbilla, que era igual de masculina pero más ancha que la de Derek. Además, que no, joder.

Que solo estaba agitada y confusa por volver a sentir esas emociones y esas mariposas que solo había experimentado con él.

Suspiró mientras pensaba en Arón.

Él sí era real y era suyo. Era la única verdad indiscutible que había salido de toda esa locura.

Debía sobrevivir a este día sin que se le notara que una parte de su ser jugaba a no encapricharse de una voz que le rompía los esquemas.

Todas las cabañas de la aldea estaban tan surtidas de comida que cualquiera habría pensado que los elfos tenían acciones en una cadena de alimentación gourmet. No faltaba de nada. Fruta fresca, panes artesanos de masa madre que parecían esculpidos en lugar de horneados, mantequillas infusionadas con flores alpinas, mermeladas caseras, zumos prensados en frío, yogures con la textura exacta entre la indulgencia y la salud, y leche de todos los animales, frutos y alternativas posibles. Aquello no era un retiro, era un catálogo navideño de alta gama.

Por eso Lía había optado por desayunar en su cabaña. Porque, por muy bien que oliera la cafetería central de la Aldea, con sus ventanales empañados y su música de jazz navideño de fondo, no estaba mentalmente preparada para enfrentarse a nadie que la hubiese visto la noche anterior suplicando dignidad en bragas de

encaje mientras lord Krampus le masajeaba las vértebras como quien afina un violonchelo.

Una vez que cerró la puerta tras ella, pensó en la caja fuerte. Su móvil estaba allí adentro, durmiendo como un traidor encapsulado. ¡Qué no daría por llamar a Debi! No ya para gritarle, que también, sino para contárselo todo. Porque el masaje con el Krampus había sido un mix de aparición mariana y posesión demoniaca.

Todo a la vez.

Pensaba en él y le subía la temperatura como si estuviera incubando fiebre.

Y luego pensaba en la multa por vulnerar el contrato de confidencialidad y se le bajaba todo, el deseo, la tensión y hasta el colesterol.

Así que decidió hacer lo que le salía mejor: sobrevivir con humor y respirar hondo.

El día apenas había comenzado, y en el retiro no existía el concepto de «descanso». Las actividades eran constantes y estimulantes. Intrusivas, incluso. Pero tenía que registrar la participación con la pulsera si no quería que el contador de multas empezara a parpadear en rojo.

—Hoy volvemos a jugar —murmuró para sí, se ajustó la coleta y miró el dosier con gesto decidido.

Eligió asistir a dos talleres.

Uno, por pura hambre: «Batidos afrodisiacos».

El otro, por pura necesidad: «Devuélveme mi cuerpo».

Aunque no lo dijera en voz alta, tenía que recuperar la sensación de que su cuerpo no era solo un templo invadido por fantasmas,

sino también un terreno fértil donde podía sembrar algo más que culpa.

Y, de paso, sacar ideas culinarias. Podía sacar contenido de todo si lo miraba desde el ángulo correcto.

Así que salió de la cabaña con la cabeza alta y se mentalizó de que no estaba allí para enamorarse ni para volver a perderse.

Estaba allí para vivir y experimentar.

Y si había que saborear un batido de jengibre con guaraná y chocolate negro mientras reconstruía su autoestima…

Pues que así fuera.

Derek no había pegado ojo.

El sueño, cuando aparecía, se disfrazaba de insomnio productivo. Y por eso estaba allí, frente al panel de control del sistema de localización de la Aldea de las Siete Sombras, mientras los monitores proyectaban una sinfonía de puntitos verdes y rojos sobre el mapa digital.

Verlos moverse le daba cierta calma. Los verdes eran participantes activos, ya inmersos en algún taller. Los rojos eran los que aún estaban recorriendo la aldea, entre la curiosidad y la indecisión. Nada que se saliera de lo previsto.

Pero la realidad era que no lograba concentrarse.

La puerta se abrió con el sonido suave de unas botas sobre la madera barnizada cuando entró Brenan, su amigo, su socio más leal, el hombre que le había salvado el pellejo más de una vez y que también lo había insultado como ningún enemigo sabría hacer.

Un tipo inigualable, con el cerebro de un tiburón de Wall Street y la actitud de un surfista profesional que se niega a jubilarse. Rubísimo, carismático y encantador hasta decir basta.

Y más listo que el hambre.

—¿Qué tal, amigo? —preguntó mientras le rodeaba los hombros en un abrazo efusivo—. ¿Ya se te están yendo los ojos con las elfas?

Derek sonrió con cansancio, volvió a sentarse y negó con la cabeza.

—Ya sabes que no estoy aquí para eso. Mi trabajo es asegurarme de que todo funcione y que la experiencia sea auténtica.

—Oh, por favor —resopló Brenan; se dejó caer en el sillón junto a él como quien aterriza en la gloria—. Yo estoy aquí para asegurarme de que los peces gordos muerdan el anzuelo y se traguen hasta la caña. Lo he dejado todo listo para nuestra salida a bolsa en cuanto termine el retiro. Si esto va como tiene que ir —lo miró con una sonrisa de zorro viejo—, nos vamos a hacer de oro.

Y Derek lo sabía.

Porque si había alguien en quien confiaba ciegamente en el mundo de los negocios, era su amigo.

Él había convertido Tiéntate en un monstruo empresarial sin perder la esencia provocadora ni la elegancia cuidada de la marca.

Tenía un talento especial para la seducción corporativa: sabía con exactitud cuánto enseñar, cuánto insinuar, cuánto prometer… y cuándo desaparecer para generar deseo; por eso era el jefe de ventas europeo y su brazo derecho.

Y por esa razón estaba allí, dispuesto a pulir la puesta en escena ante inversores que venían a comprar no solo productos, sino fantasías.

—Mañana deberíamos cerrar una comida con los estadounidenses y los suizos —añadió con tono más serio—. Mueven mucho capital y vienen en son de paz…, pero hay que darles espectáculo.

Derek asintió.

—Organízalo como quieras. Confío en ti —dijo frotándose los párpados. Esa vez no iba disfrazado porque aún no había salido a escena. Y se había quitado las lentillas porque le irritaban los ojos.

—Solo es el segundo día y ya pareces agotado —se rio de él.

—Ayer fue un día… duro. —No encontraba otra palabra mejor para describirlo.

Brenan se estiró como un gato satisfecho y luego lo miró de reojo, con esa sonrisa que siempre precedía a la pulla.

—¿Me tengo que cambiar ya?

—Los juegos son por la noche. Ahora se hacen talleres. Si quieres ir a alguno, te los recomiendo.

—Mmm… No, soy más de fiestas. ¿Hay alguna clienta interesante en el radar? ¿Ya has fichado a alguna elegida, lord Krampus?

Derek no contestó enseguida. Solo bebió un sorbo de su café frío y volvió la vista al monitor.

—Todas las clientas son interesantes. Y sí, ya fiché a alguien ayer noche.

—Debe de estar buenísima —bromeó Brenan, y se puso a juguetear con el lapicero que descansaba junto al teclado—. A estas alturas, puedes elegir cada noche a quien quieras, ¿no?

—Así es —respondió Derek sin levantar la mirada.

Y sí, había elegido a una. Desde el primer día.

Pero no pensaba decirle a Brenan de quién se trataba.

Porque su amigo, con su falta absoluta de filtros y su facilidad para meter la pata hasta el fondo, podría reconocerla… y eso arruinaría todo el juego.

—Vas a hartarte de coleccionar bolitas de cristal, colega… Todas esas chicas encerradas en tu prisión invernal… —Exhaló como si imaginarlo fuera un orgullo.

—Solo quiero que se lo pasen bien —murmuró Derek—. Que se vayan de aquí pensando que vivieron algo irrepetible.

—Eso está más que garantizado —dijo Brenan, y se puso en pie—. Este sitio es el Disneyland para adultos. Entre lo que han montado nuestros creativos y lo que tú has hecho con la inmersión…, es imposible que no funcione. Bueno, voy a mis aposentos a dormir un poco, si me lo permites, amo y señor de las sombras. Llevo una media de sueño que haría llorar a un murciélago.

—Descansa, amigo. Te veo luego.

Brenan le guiñó un ojo y salió de la sala con paso desenfadado.

Derek se quedó solo, otra vez frente a los monitores, con los puntos verdes y rojos moviéndose por la pantalla como si fueran piezas de un tablero que él conocía de memoria. Pero solo uno de esos puntos lo tenía atrapado.

Uno.

La sala del taller estaba impregnada de un olor incierto entre frutas tropicales y promesas. Tenía techos altos de madera, plantas colgantes decorativas (la mayoría falsas, pero muy realistas), luces cálidas y una barra central repleta de batidoras industriales que rugían como dragones domésticos. Todo en ella decía: «Aquí no se

juega con licuadoras, aquí se desata el deseo con cuchillas de titanio».

Lía había llegado puntual. Llevaba unos vaqueros ajustados que le sentaban como un guante, porque, ya que una iba a experimentar, al menos que no la pillaran con los pantalones mal puestos. El jersey negro de cuello cisne era un intento de elegancia sobria, aunque a esas alturas ya no sabía si estaba en una especie de Hogwarts para adultos calientes o en un resort psicosexual sin retorno.

La encargada del taller se presentó con la teatralidad de una diva sin micrófono.

—Yo soy Zulema del Higo —anunció con voz grave, poderosa y deliciosamente sarcástica—. Licenciada en nutrición hormonal y en decir la verdad aunque escueza. Si esperabais batidos con nombres cucos, os equivocasteis de taller. Aquí licuamos tabúes y espolvoreamos afrodisiaco con guasa, de pitahaya, maca y plátano, que, si no te despiertan, al menos te dan mano.

Lía disimuló una sonrisa. La mujer era una mezcla entre Cher y una pitonisa desencantada. Tenía el pelo negro azabache, perfectamente liso hasta el pecho, gafas doradas y una chaqueta de lentejuelas que no se sabía si brillaba por la tela o por la historia que arrastraba.

—Cada uno tendrá su batidora, su cesta de ingredientes y su conciencia. Si os explota el deseo, no os quejéis. Yo solo soy la mensajera.

Lía se colocó en su puesto. A su lado, una señora de al menos ochenta años —eso si no era una excelente actriz de teatro aficionado— le dedicó una sonrisa amplia y descarada.

—¿Te importa si echo esto? —preguntó con voz afilada y alegre mientras agitaba una petaca plateada.

Sin esperar respuesta, vertió un generoso chorro de chinchón en la batidora. El olor viajó hasta las raíces del alma de Lía, que no pudo evitar reírse. Dios mío, era alcohol…, al menos, irlandés.

—¿A tu edad hay reglas? —le preguntó Lía y le dio manga ancha para hacer lo que quisiera,

—Querida —replicó la señora mientras removía la mezcla con un estilo de barra de bar—, a mi edad el tiempo mejor invertido es el que se bebe.

—Soy Lía —se presentó educada con una sonrisa.

—Llámame Clotilde. ¿Tú también vienes por la parte comercial de Tiéntate o has venido a recuperar la fe en la carne?

—Solo por trabajo. Bueno, solo trabajaba. Ahora estoy aquí porque me han secuestrado con una escenografía muy buena.

Clotilde le lanzó una mirada que reflejaba todas las historias que había vivido.

—Supongo que a tu edad ya lo tienes todo resuelto. Esa cara tuya te abre más puertas que una tarjeta *black*. A ti nadie te puede trampear.

Lía suspiró.

—Ojalá. Lo único que me abre últimamente es el apetito. El resto…, bastante más cerrado. Y sí, me han tendido una trampa. Navideña, además.

Clotilde le ofreció la petaca como si fuera la abuela buena de un *western* feminista.

—Tú necesitas esto más que yo. Vamos, un chorrito en el batido. Llámalo elixir para mujeres con mucha carga.

Lía no dijo que no. Le parecía un gesto demasiado honesto para rechazarlo.

—¿Y a ti también te han traído a la fuerza, Clotilde?

—Yo vengo por voluntad propia. Me interesa la experiencia. Quiero ver cómo puede servirles esto a mujeres de la sexta dimensión, que es donde ya me ubico. Porque yo ya no soy de la tercera edad, querida. Yo soy poshumana. Pero aún tengo la libido más activa que mis nietas, que con tanto filtro de Instagram han perdido la capacidad de sentir atracción verdadera por nadie.

Zulema se acercó en ese momento con una tabla de madera en los brazos.

—Aquí tenéis los ingredientes finales: cardamomo, higos y un toque de chile en polvo, para calentar la lengua y la conciencia. Recordad que el deseo no viene en cápsulas, sino en cucharadas, así que no os cortéis con las cantidades.

Y desapareció con la elegancia de quien nunca necesita que la sigan.

Clotilde bajó la voz, aunque no era preciso.

—Lo que pasa, Lía, es que a las mujeres mayores nos convierten en mobiliario. Se nos permite hablar del pasado, de enfermedades y de nietos. Pero si mencionas el placer, el sexo o la seducción, te miran como si hubieras mentado al diablo en una misa. Nos eliminan del juego, como si nuestro cuerpo ya no tuviera permiso para que los toquen, ni nuestras fantasías pudieran existir.

Lía se quedó mirándola, embobada. No había oído una reflexión tan lúcida en mucho tiempo.

—Por eso este retiro me parece revolucionario —siguió Clotilde con la misma calma—. Porque aquí, aunque sea por juego, por

disfraz o por deseo…, nadie me ha preguntado la edad. Solo si quiero participar.

Lía sintió un nudo en la garganta. Esa mujer, con más arrugas que dudas, le acababa de recordar algo esencial: el deseo no es una cuestión de edad, sino de permiso.

—Me alegro de haberme sentado a tu lado —le dijo Lía.

—Yo también. Y más ahora que nuestros batidos huelen a pecado.

Metieron todos los ingredientes y les dieron caña a las batidoras. Entonces, brindaron con los vasos de cristal, densos, humeantes, coronados con una hoja de menta y ese aroma dulce que hacía pensar en piel y en Navidad.

—Por el batido —dijo Clotilde.

—Y por el chinchón —añadió Lía.

—Y por tener derecho a seguir deseando, maldita sea.

Y bebieron como dos brujas en una tregua.

Zulema del Higo se deslizó hasta su mesa con la teatralidad justa entre diva decadente y espía de la Guerra Fría. Se colocó entre ambas como si no quisiera molestar, pero estaba claro que lo hacía con intención. Su chaqueta de lentejuelas se sacudió como si tuviera vida propia, y, con una voz que parecía salida de una canción de jazz, susurró lo bastante alto como para que solo ellas la escucharan:

—Dame un poco de eso.

Clotilde, que removía su batido con el aplomo de una alquimista en su laboratorio, parpadeó un par de veces sin entender.

—¿De batido? —preguntó con esa inocencia de quien nunca ha sido inocente.

—No, querida. —Zulema ladeó la cabeza y arqueó una ceja cual escultura griega en versión Drag Queen—. De lo que estás traficando por debajo de la gabardina.

Clotilde abrió los ojos como si no se lo esperase, pero con esa picardía que señalaba que ya se lo esperaba todo. Con una parsimonia digna de las grandes damas del crimen, sacó la petaca plateada, la sostuvo como un cáliz y se la ofreció a la sacerdotisa del sarcasmo.

Zulema la tomó sin pestañear, le dio un trago corto pero con técnica, hizo una mueca de aprobación que hubiera hecho llorar de emoción a los monjes de un monasterio licorero y, disimulando el estallido interior como una campeona, se limpió el labio inferior con el pulgar enguantado de lentejuelas.

Y con una palmada autoritaria que hizo vibrar las batidoras de media sala, anunció:

—Bien, mentes perversas, sigamos con nuestros batidos. Recordad que el deseo se sirve frío… o en copa de cristal con chile y cardamomo. ¡Vamos a por otro!

Lía y Clotilde intercambiaron una mirada de socias de un crimen recién sellado. Se rieron a carcajada limpia, esa risa que hace comunidad inmediata entre mujeres que no se deben nada más que conocerse con respeto mutuo. Y mientras la batidora zumbaba como un vibrador con complejo de chef, ambas supieron que la tarde no solo iba a ser movidita… Iba a ser de alta velocidad.

Y bien batida.

Lía se tambaleaba con dignidad tras haber mezclado frutas exóticas con chinchón, es decir, no demasiada. Estaba en otro taller, el de «Al ritmo de mi cuerpo», en un estado que oscilaba entre eufórico y peligrosamente suelto, como si en lugar de andar flotara en una nube de ligereza afrodisiaca y dulzona.

Sentía las mejillas calientes, el cuello relajado y una energía que no sabía si venía del batido, del recuerdo de los dedos del Krampus o de la necesidad imperiosa de reconectar con algo más que su móvil.

Clotilde, por su parte, estaba sentada al borde de una colchoneta, abanicándose con una servilleta de papel mientras se deshacía el moño con la resignación elegante de una emperatriz que ha decidido abdicar por voluntad propia. Algunos mechones de pelo blanco se le habían escapado como si también quisieran bailar.

Y entonces apareció Eltroll, con el pelo rubio peinado a la perfección y su look de ingeniero nórdico metido en el cuerpo de un profesor de literatura. Lía alzó el brazo como si lo hubiese reconocido en un festival:

—¡Hola, Troll!

Él se rio con esa elegancia tímida de chico que ha tenido una madre estricta y ha aprendido a gustar sin ofender.

—Descarada. Me vas a traumatizar. ¿De qué taller vienes?

—Del de batidos, obviamente. El mío tenía cardamomo, chinchón y algo que ahora mismo me está hablando desde dentro —contestó ella agitando las manos como si hubiera invocado una energía ancestral.

—Yo vengo de aromaterapia sensual —dijo él con una ceja alzada tratando de parecer más interesante de lo que ya era—. Pero… al

final me he mareado con tanto almizcle.

—¿Almizcle? —Lía frunció el ceño con curiosidad—. ¿A qué huele?

—A cueva de sátiro en celo, a sábanas de hotel caro sin lavar y a arrepentimiento con nota floral —respondió él con precisión—. Es afrodisiaco, sí…, pero más bien para cabras lujuriosas con gustos exigentes.

Lía soltó una carcajada tan sonora que Clotilde, desde su rincón, alzó un pulgar en señal de aprobación.

Fue entonces cuando las luces de la sala bajaron con teatralidad y apareció el profesor. Iba vestido de negro absoluto, con un cuello alto de malla que brillaba sutilmente, pantalones de danza que marcaban hasta los remordimientos y unos zapatos tan flexibles que parecía no pisar el suelo, sino flotar.

—¡Mis cuerpos queridos! —saludó con dramatismo—. Bienvenidos a la ceremonia de la cadera perdida.

Un leve murmullo de risa se elevó. Él alzó una mano fina y elegante, y se presentó:

—Me llamo Lior Candelabro. Maestro de movimiento sensual, bailarín expulsado del Ballet de Praga por exceso de pelvis y fundador de la técnica «seducción por desplazamiento». —La sala se llenó de aplausos espontáneos y Lía se llevó una mano a la boca para no partirse de risa—. Estoy aquí para recordaros que la seducción no se hace con los labios… —Dio un giro teatral para que la capa de gasa ondeara con la exactitud de un ventilador emocional —. Sino con los talones, los hombros, el cuello y… el ombligo.

Se paseó entre los asistentes como si fueran parte de una audición para *Dirty Dancing* versión geriátrica.

—Hubo un tiempo en que el baile no era un entretenimiento, sino una declaración. Cuando los humanos aún sabían usar su cuerpo como carta de presentación y como lenguaje de deseo.

Luego, giró sobre sí mismo con un taconeo leve y extendió los brazos como quien invoca una tormenta de placer.

—Hoy, mis dulces maniquíes sensuales, vais a reconectar con vuestra elegancia animal. Vamos a sacudir las telarañas del pudor y a afilar la danza que seduce sin hablar. Porque el que baila bien… no necesita excusas.

Lía lo miró hipnotizada.

—¿Esto es real? —susurró alucinada con aquella amalgama de profesores atípicos y excéntricos, pero llenos de aura.

Eltroll se encogió de hombros y le tendió la mano con complicidad.

—Por si acaso, mueve algo. Aunque sea una ceja.

Y así comenzó el taller de movimiento sensual, con Lior Candelabro al frente, un salón lleno de adultos con intención de recuperar el ritmo y una Lía cada vez menos anclada a sus prejuicios y cada vez más dispuesta a dejarse llevar por la música, que empezaba a sonar suave como una caricia… y peligrosa como un recuerdo.

Lior había explicado, con esa teatralidad suya que oscilaba entre maestro de danza y sacerdote del deseo, que el baile no era solo una cuestión de caderas bien llevadas o tobillos sabrosos. No. El baile era también mirada, respiración, pausa e intención. Era lenguaje no verbal, código secreto y magnetismo sin palabras. Y un ritmo interno que, si se sabe escuchar, te puede llevar directo a la libertad o al orgasmo, según la pista y la pareja.

Así que allí estaban, como una congregación de almas expuestas mientras esperaban instrucciones bajo las luces tibias de aquel salón perfumado con incienso de jengibre y madera de sándalo. El DJ pinchó «Run Boy Run», y los tambores empezaron a marcar el compás de una guerra imaginaria ancestral. Lior alzó los brazos con una elegancia cruel y gritó:

—¡Ahora! ¡Dejad que el cuerpo hable! ¡Dad gracias por lo que os ha traído hasta aquí, aunque haya sido una ex, una quiebra o una crisis existencial!

Lía tragó saliva. Al principio, como era de esperar, no sabía si reírse, salir corriendo o menear la cabeza como si estuviera espantando ideas oscuras. Pero no tuvo tiempo para dudar. A su alrededor, todos empezaron a soltarse, a moverse, a girar, a agitar los brazos como si estuvieran llamando a las auroras boreales. Unos eran más sensuales que otros, claro, y alguno parecía más un robot con artrosis que un dios de la fertilidad. Pero daba igual.

Ella empezó a moverse. Torpe, al principio, sentía que su cuerpo hubiera sido de otra persona durante años. Pero luego… Luego fue diferente.

La música, las voces, las risas, el chinchón todavía en sangre, el recuerdo de los dedos del Krampus sobre la piel, la certeza de que Arón estaba feliz y la extraña gratitud de estar viva y ser dueña de sí misma provocaron que algo en ella hiciera clic. Lía bailó. Bailó con esa mezcla de libertad y ternura que solo tienen las mujeres que han sobrevivido a mucho. Bailó para celebrar y agradecer. Porque hacía mucho que no se movía así. No, se corrigió mentalmente. Hacía mucho que no bailaba, punto.

Eltroll la tomó de las manos, bendito noruego emocional con gafas, y empezaron a girar como dos personajes escapados de *La casa de la pradera*. Lía se reía, poseída por el azúcar del batido y la fe impía del chinchón de Clotilde. Se dejó llevar. Las luces titilaban como si el Polo Magnético aplaudiera con ellas.

Y entonces, terminó la canción.

El aire quedó suspendido por un segundo largo y lleno de eco. Todos aplaudieron, sudados, desordenados, extasiados y formando un círculo imperfecto de humanidad emocionada.

Lior se metió en el centro del círculo; era la viva imagen de un profeta cansado de ver tanta torpeza.

—Bailáis como el culo, queridos. Esto ha estado bien para romper el hielo, aunque estemos en el Polo Magnético y el hielo sea de verdad. Ahora, recordad que nuestro cuerpo es un arma de seducción. Podéis usarlo para atraer, para fascinar o para matar… con música y movimientos, como las serpientes. De las buenas, las que saben a quién enroscarse.

Y Lía, que ya había perdido toda la vergüenza, sintió que sí, que podía seguir moviéndose y que no quería parar.

Hasta que…

Sintió la sombra.

No fue un sonido ni una voz. Fue esa aplastante energía oscura, poderosa y caliente como el aliento de un dragón, pero fría como su lengua.

Eltroll la miró como si acabara de ver al mismísimo fantasma de las Navidades futuras y dio un paso atrás con cara de «yo aquí no quiero líos»; su rubia existencia no estaba preparada para lidiar con demonios con capa.

Lía se dio la vuelta despacio, consciente de lo que iba a encontrar, pero deseando que no fuera cierto.

Y lo era.

Lord Krampus estaba allí, con gesto imperturbable mientras la observaba. Otra puta vez, con los ojos negros como dos lunas de eclipse, la máscara que lo ocultaba todo menos la intensidad, y esa presencia… esa presencia que no se parecía a nada. Solo a él.

Y de nuevo, el mundo se detuvo un instante. Porque el demonio de la Navidad había vuelto a por ella.

13

Lía se apartó un mechón de pelo castaño oscuro de la frente, con ese gesto instintivo que hacía cuando quería ganar unos segundos antes de decir cualquier estupidez. Pero no había tiempo ni margen, porque él ya había salvado las distancias. Y el aire se había espesado tanto a su alrededor que bien podrían haber estado metidos en una copa de ginebra con hielo.

Lo recorrió con esos ojos verdes cargados de descaro, aunque disimuló —mal, por cierto—, tras una respiración contenida. No era culpa suya, lo sabía. Era ese maldito disfraz de superhéroe oscuro que parecía salido de una película de acción para adultos.

Ni hablar de las manos. No las veía ahora, pero las recordaba con una claridad ofensiva deslizándose por su piel la noche anterior, como si su cuerpo fuera un mapa antiguo, y él, un cartógrafo dispuesto a redescubrirlo todo.

Suspiró.

—Pensaba que solo tenía que estar contigo en los eventos nocturnos —dijo; alzó una ceja y se tragó la mitad del descaro que le brotaba del chinchón.

Sabía que todos los estaban mirando. Todas las miradas femeninas y alguna que otra masculina gravitaban sobre ellos, porque lord Krampus no era solo el rey del retiro. Era el objeto de

deseo colectivo y el adorno más codiciado del árbol de Navidad. Y la había elegido a ella. Maldita sea.

Él observó despacio el vaquero y el jersey de Lía, un envoltorio que tenía que leer con calma antes de desatar el lazo.

—Soy el rey de este mundo, Dama Blanca. Puedo hacer lo que quiera —respondió con esa voz grave y contenida que parecía salir de la mismísima tierra.

Lía bufó por lo bajo y rodó los ojos como si esa afirmación no la hubiese excitado en lo más mínimo. Y sí, era consciente de lo mucho que se estaba engañando.

—Te crees demasiado tu papel.

Él apenas alzó una comisura. Aquello era nuevo. Lía volvía a ser una hermosa insolente. ¿Había algo más delicioso?

—Me alegra ver que estás disfrutando de las actividades… A lo mejor hasta nos das las cinco estrellas en Google.

—A lo mejor… cuando me devuelvan el móvil y dejéis de tenerme secuestrada —contestó entre dientes antes de forzar una sonrisa digna de una ejecutiva en una reunión que dura más de la cuenta.

En ese instante, Lior, el coreógrafo posdramático más improbable del universo conocido, interrumpió la tensión con el desparpajo de un bailarín con *jet lag* emocional.

—¡Parejas, tríos o cuartetos, lo que os dé la gana! Elegid y acercaos. ¡Vamos a bailar! Sin pensar y sin juicio. Y para esta delicia, os dejo con la reina —anunció agitando la mano mientras «Frozen», de Madonna, envolvía el aire con ese ritmo grave, sensorial y casi mágico.

Y entonces, lord Krampus le ofreció la mano con la palma hacia arriba. Sin decir nada. No era una invitación, era una amenaza

deliciosa.

Lía lo miró. Luego echó un vistazo a su alrededor. Todos bailaban ya, entregados a sus propios dramas personales.

—Bah —murmuró—. Estoy demasiado achispada para medir las consecuencias.

Y aceptó la mano. Su palma contra la de él, y la gravedad atrajo su cuerpo. De pronto estuvo ahí, contra ese pecho amplio. La música pulsaba, la piel latía, y Lía… Lía tenía la lengua suelta. Demasiado para su propio bien.

Mientras giraban en el centro de aquella sala rodeada de elfos, luces cálidas y copas con burbujas, Lía sintió que su cuerpo empezaba a moverse solo. Y eso, en cierto modo, la aterraba.

Pero también… también le daba ganas de bailar.

—Estás frustrando a Eltroll. Siempre apareces cuando él está cerca… ¿Es casualidad?

Él se encogió de hombros, pero no le contestó.

—¿No es incómodo ese traje que llevas? ¿Qué pasa si quieres hacer pis o rascarte la rabadilla?

—Es fácil de sacar. No es un mono entero.

—¿Te vistes así fuera del Polo?

Krampus la miró serio.

—Es calentito y térmico. Al menos no paso frío.

El modo en que se lo dijo, tan serio y con humor velado, hizo reír a Lía.

Ella se lo quedó mirando fijamente a los ojos un largo rato.

—Tus ojos no son tus ojos, tu voz no es tu voz…

—¿Es el principio de una poesía? —Le rodeó las caderas con las manos y la acercó más a él. Lía olía siempre tan bien…

—Llevas lentillas, ¿verdad? ¿Eres miope o solo ocultas tu color?

—¿Qué tenían esos batidos que te han soltado tanto la lengua?

—¿Me estás espiando? ¿Me has seguido para asegurarte de que no me escapo?

El Krampus le acarició los laterales de las costillas y después volvió a apoyar las manos en sus caderas.

—Eres una terrorista en potencia. Hay que tenerte controlada.

—Ya… —dijo sin convicción—. Dime, ¿hay algo en ti que sea verdad?

Él se quedó callado unos segundos sin dejar de mirarla. Si ella supiera… Lo más real en él durante años había sido el dolor, seguido de la aceptación y, después, el desdén…

—En la vida casi todo es una ilusión hasta que se nos caen las máscaras.

—No —dijo ella; disfrutaba de provocarlo—. Quiero saber cosas.

—Pregunta y yo veré si te las contesto.

—¿Quién es lord Krampus? ¿Cómo te has convertido en lo que eres?

—¿Quieres la historia oficial? —preguntó él, con una media sonrisa velada tras el antifaz—. ¿La que contamos en los folletos ocultos, en los dosieres llenos de símbolos y letras en relieve?

—Sorpréndeme —dijo Lía, con ese tono de mujer escéptica y retadora que lo desarmaba más de lo que ella sospechaba.

Lord Krampus asintió y aceptó un desafío silencioso, y sin dejar de mover sus cuerpos al compás de la canción, comenzó con voz grave y dejó que el narrador emergiera desde las profundidades de un mito que llevaba siglos guardado:

—Krampus es el hijo bastardo de la Navidad. Nació en las sombras de las campanas de Nochebuena mientras los adultos dormían y los niños soñaban con renos voladores. Era alto, fuerte, oscuro como el carbón, con ojos que no brillaban, sino que absorbían toda luz. Mientras Papá Noel premiaba a los buenos, Krampus se encargaba de los otros…, de los que mentían, deseaban en secreto, se saltaban las normas o no creían en sí mismos. Él no castigaba. Eso era demasiado fácil. Krampus enseñaba. Mostraba las consecuencias del deseo no reconocido, de la pasión reprimida y de la culpa mal digerida.

Lía lo miraba con atención; le daba la sensación de que algo de todo aquello tenía sentido en otro plano, como si no solo hablara de una leyenda…, sino de todos los que, como ella, habían deseado algo en silencio y lo habían escondido bajo montañas de responsabilidad.

—Papá Noel viste de rojo. Es todo dulzura, bondad y pan de jengibre. Pero Krampus… viste de negro. Porque no todos los regalos que uno necesita están envueltos en lazos. Algunos vienen como pruebas. Y los que se atreven a enfrentarse a sus sombras encuentran recompensas que no pueden comprarse en ningún bazar navideño.

—¿Y qué hace Krampus con los que se portan mal? —preguntó Lía, casi en un susurro, como si temiera la respuesta.

—Como te he dicho, no los castiga —repitió él, con una mirada intensa que parecía desnudarle el alma—. Los elige, los pone frente a un espejo y les enseña quiénes son cuando se quitan todos los disfraces. A veces, los mete en bolas de nieve, sí. Pero solo si insisten en mentirse a sí mismos.

Ella soltó una risa baja y nerviosa.

—Pues me parece que yo voy directa al escaparate del salón. Y sin oferta de dos por uno.

Él sonrió.

—Tienes suerte, Dama Blanca. Eres la elegida del Krampus. Y eso no significa que sea un castigo, solo un desafío. Implica que, durante siete días, tendrás que enfrentarte a ti misma, a lo que deseas, a lo que niegas… y a todo lo que ya no puedes fingir que no sientes.

—Qué poético todo… —murmuró Lía, pero lo sintió de forma muy real.

Y aunque no creía aún, había algo en ese cuento oscuro, con tintes de verdad y de metáfora, que la removía por dentro; le recordaba a una verdad vestida de leyenda que venía a despertarla.

Porque quizá, pensó, todas necesitaban un poco menos de Papá Noel… y un poco más de Krampus.

—Y luego los más románticos tienen otra versión —incidió él.

—¿Cuál? —preguntó ella; tragó saliva.

Las luces de la sala se habían vuelto aún más tenues, como si la canción que sonaba en ese momento —«Goodbye», de Madonna—, melancólica, íntima, llena de una tristeza inexplicable, hubiera dictado también la temperatura del aire. Lía estaba más cerca del Krampus de lo que le hubiera gustado reconocer y, sin embargo, no se movía. Él, por su parte, la sujetaba como si no existiera el mundo más allá de sus costillas, su olor y esos ojos inquisitivos que no dejaban de buscar respuestas.

Krampus la miró con un destello apagado de ironía. Después bajó los párpados y dejó que el silencio se colara entre ambos como un

testigo necesario. No movió las manos, pero su tono cambió. Era la voz de un narrador, que no pedía permiso.

—La otra versión es que lord Krampus no siempre fue una leyenda… —empezó sin teatralidad y sin intención de impresionar—. Antes de convertirse en el monstruo de los cuentos, fue un joven sencillo, imprudente, incluso. De esos que creen que pueden salvarse del dolor con un par de sonrisas y un poco de suerte. Era generoso, también. Demasiado. De los que no sabían cuándo guardarse algo para sí.

Lía no dijo nada. Lo escuchaba como si de un secreto antiguo se tratase.

—Un día conoció a alguien. Una chica diferente a todas las demás. Ella no pedía nada, y eso era lo que más lo desarmaba. No lo quería por su nombre ni por su futuro, solo lo miraba como si fuera suficiente. Y él… cayó. Cayó con la brutalidad de los que nunca se han enamorado antes. Le entregó su voluntad, sus planes y su tiempo. Pensaba que estaba construyendo algo real y eterno junto a ella. —No apartó los ojos, aún ocultos por las lentillas oscuras, de los de Lía, que seguía quieta, atrapada por la cadencia de su relato—. Pero los monstruos no nacen. Se hacen. Y lord Krampus se forjó en una noche en la que creyó que todo lo que había soñado se había vuelto en su contra. La chica desapareció sin explicación y él se quedó solo, desnudo y confundido. Con el corazón lleno de preguntas sin respuesta.

Una punzada extraña cruzó el estómago de Lía. No entendía por qué aquel cuento la tocaba en un punto exacto, afilado y profundo, tanto que su propio cuerpo reaccionaba a esa tristeza vestida de fábula.

—Así que decidió dejar de ser humano. Se puso una máscara y una armadura. Y se dijo que jamás volvería a amar de la misma forma. Que la seducción era más segura que el amor, que el juego era más sabio que la entrega y que si el mundo era un tablero…, él, al menos, jugaría con las reglas que entendía. —Derek tragó saliva con suavidad, sin que ella lo notara. Sus palabras eran ciertas. Lo habían sido desde siempre. Pero al decirlas en voz alta, y con ella delante, sentía que se le rompía un poco la coraza, aunque ninguno de los dos supiera en qué lugar exacto del alma estaba esa grieta—. Lord Krampus es el resultado de una herida bien decorada y de una promesa rota convertida en espectáculo. No es un villano —añadió con un atisbo de sonrisa triste—. Solo alguien que aprendió que el amor, a veces, se parece demasiado al invierno, porque te deja helado.

Lía no habló. No sabía qué decir. Solo sintió una ola de calor inexplicable; aquel relato le había removido las cenizas de algo que creía ya frío y congelado.

Y entonces, como si nada, el Krampus le rozó el pelo con una mano enguantada y una delicadeza que no se correspondía con su papel.

—¿Y tú, Dama Blanca? ¿Quién eras antes de venir a esta aldea?

Pero Lía no respondió.

No podía.

Porque mientras lo miraba, con esa música retumbando como una premonición en sus costillas, algo dentro de ella también empezaba a agrietarse. Y aún no sabía si eso era bueno… o muy malo.

El violín acariciaba notas dulces que flotaban entre los cuerpos, pero a Lía le dolía el pecho como si el arco del instrumento la

hubiera rasgado por dentro. Se había dejado llevar, eso estaba claro. Demasiado. Porque el cuerpo, cuando recuerda, no avisa. Solo actúa y saca a flote memorias que una ya había metido en una caja, cerrada con candado y lanzada al fondo de un lago helado que esperaba no volver a cruzar jamás.

Y sin embargo, ahí estaba. Bailando con un hombre cuya piel, cuyo aroma y silencios le provocaban un *déjà vu* tan feroz que por un momento pensó que el aire se le había llenado de salitre y que volvería a escuchar el sonido del mar romper contra la costa de su adolescencia. La bahía. La jodida bahía.

Se apartó con un paso seco y, de inmediato, sintió que los latidos del corazón le galopaban con una fuerza inadecuada al tiempo que la sangre buscaba recordar algo que la mente aún se negaba a procesar. Lord Krampus, siempre el dueño de su puesta en escena, la observaba sin hacer ningún ademán de retenerla. De hecho, no necesitaba moverse para ejercer el control: su sola presencia era una declaración de poder.

—¿Sucede algo, Dama Blanca? —preguntó con esa voz gutural, tan medida, tan artificiosamente masculina, que en otro contexto se le habría antojado ridícula.

Pero ahora no. Ahora era peligrosa. Porque no sabía qué la inquietaba más: si el misterio que lo envolvía… o la certeza creciente de que debajo de ese disfraz había un rostro que una parte de ella conocía mejor que la palma de su mano. Y era una intuición, nada más, un mal presagio que empezaba a sentir más real.

—No. Es solo que el batido no… —se llevó una mano al vientre, con torpeza teatral—, no sé si me ha sentado bien… Lo siento.

Y se marchó. O mejor dicho, huyó sin mirar atrás. Con pasos rápidos, torpes por la prisa, y casi tropezó con una butaca mal ubicada. No sabía si escapaba de él o de sí misma, pero sentía que el lugar se le caía encima y que todas las miradas se le cavaban en la espalda como agujas de hielo.

Lord Krampus no se movió. Solo giró la cabeza una pizca para seguirla con la mirada mientras se abría paso entre los invitados hasta que su silueta desapareció por la puerta. Entonces, muy lentamente, con el aplomo de un rey que sabía que su trono estaba intacto, sonrió con la certeza de que, aunque el contrincante huya del tablero, él decide cuándo acaba la partida.

La grabadora seguía sobre la encimera de la cocina, con la luz roja parpadeando como si registrara el temblor interno de Lía en cada paso, en cada exhalación cargada de ira, ironía y un atisbo de pánico.

«Debi, amiga mía, te voy a meter todos los juguetes que vendes en una sola caja y te la voy a lanzar a la cabeza… ¿Se puede saber qué clase de retiro espiritual incluye capas, bastones, hombres vestidos de cuero y ropa interior que ni Victoria's Secret se atrevería a producir en masa? ¿QUÉ ES ESTO, DEBI? ¿¡QUÉ!?».

Había dejado el aparato a un lado porque necesitaba calmarse. Lord Krampus, ese personaje sacado de un sueño erótico de Tim Burton, le estaba desordenando la cabeza, el cuerpo y, lo que más le jodía…, los recuerdos.

Se dejaba tocar, acariciar y, cuando él la miraba, cuando le rozaba las costillas o le hablaba al oído como si fuera una criatura antigua

del deseo…, Lía se derretía. Así, tal cual. Gelatina. Y no era una metáfora, era una realidad física: sudaba, se estremecía y le temblaban las piernas fruto de una gripe emocional.

La guinda del pastel había llegado cuando, antes de perder del todo la compostura al entrar en la cabaña y después de haber huido de nuevo de las garras de ese hombre, había visto la bolsa con el vestuario del evento de esa noche.

Dios bendito.

Lo que se suponía que tenía que ponerse era una mezcla entre heroína de cómic fetichista y musa gótica de los años ochenta. Y aún no decidía qué le daba más pudor: el escote sin respaldo o las medias con brillitos.

Suspiró, derrotada por sus propios niveles de libido y desconcierto, y se obligó a volver al presente.

Al menos, ya había hecho la llamada nocturna con Arón.

Se lo imaginaba, agotado de todo el día de parranda, dormido sobre la mesa en una escena tan dulce que dolía, con el vaso de leche aún tibio, los párpados cerrados en rendición absoluta y un rastro de chocolate en la comisura de los labios. Tendría el pelo revuelto y las mejillas aún sonrojadas del frío. Le había contado que había hecho un arbolito artesanal de Navidad en el taller, decorado con paciencia infantil y la combinación cromática más bonita del mundo, que es la que se hace con ilusión y pegamento escolar. Y azul, dorado y grana.

Quería cargarlo y llevarlo a la cama, darse cuenta, como cada día, de que era más largo de lo que recordaba, porque los años pasaban también en centímetros, aunque seguía siendo su bebé.

Lo taparía con la manta gruesa de copos blancos y le plantaría una docena de besos en la frente. Cada uno con un deseo. Uno para que durmiera bien. Otro para que nunca dejara de soñar. Otro para que jamás le faltara amor ni valor. Otro… solo por si acaso.

El día había sido largo. El retiro estaba resultando más absorbente de lo que jamás habría imaginado.

Arón le había contado que su equipo se había clasificado en el torneo del Polo y que había comido los espaguetis más largos del mundo.

En cambio, esa noche a Lía le tocaba cumplir con el rol de la Dama Blanca.

Y las damas, al menos las que no se rinden, no huyen. Se visten y van al baile, aunque sea con un demonio disfrazado de deseo.

La Cripta de Hans Trapp era el escenario más inquietante y fascinante del Polo Magnético. Una caverna labrada bajo la superficie del bosque, construida con muros de piedra gris y columnas altas envueltas en enredaderas secas y luces de tono rojizo que palpitaban al ritmo de una música tribal y oscura. El ambiente oscilaba entre lo gótico y lo onírico, como si el mismísimo Dante hubiera diseñado un club nocturno tras una revelación erótica.

La entrada estaba flanqueada por dos esculturas enormes del personaje mitológico que daba nombre a la noche.

Hans Trapp, según los relatos oscuros de la Navidad alsaciana, había sido un noble cruel y codicioso, excomulgado por la Iglesia y condenado a vagar como una sombra entre los bosques. Un devorador de inocencia, castigado por su deseo incontrolado de

poder y carne. En el retiro de la atracción y el deseo, se reinterpretaba como una metáfora de la represión y de lo que no se dice: el deseo que se niega, que se castiga, que se retuerce hasta que se convierte en sombra… y luego regresa para reclamar lo que siempre fue suyo. En su cripta, los participantes debían descender a lo más profundo de sí mismos, liberar sus pasiones retenidas y atreverse a pronunciar aquello que se desea.

La actividad principal de la noche no sería solo física, sino sensorial y simbólica: «Lo que no se dice». En un recorrido por estaciones inmersivas mediante juegos, estímulos y dinámicas íntimas, cada participante enfrentaría, en pareja o en grupo, lo que su cuerpo había callado y su mente reprimido. Oscuridad, deseo y verdad.

La música era envolvente: *beats* lentos, con respiraciones de fondo, gemidos mezclados con los acordes de bajos graves y melodías etéreas. Le daba la sensación de que caminaba dentro de una fantasía. Unas cortinas de terciopelo rojo ocultaban cada estación y las velas y el humo perfumado impregnaban el ambiente. Los anfitriones, una mezcla de elfos góticos y seres disfrazados de penitentes de lujo, recorrían la sala en silencio, con bandejas de cava, bombones y cucharillas de licores especiados.

Y entonces entró ella.

Lía.

Su silueta dominó el umbral. Vestida toda de rojo, con un corsé ceñido que le marcaba la cintura de escándalo y una falda vaporosa de gasa que se abría con cada paso como si flotara sobre brasas. Sus labios eran fuego líquido, rojos como la tentación, y sus ojos verdes estaban enmarcados con un ahumado tan exquisito que

parecía la mismísima Winx de un cuento maldito. Caminaba con seguridad medida al tiempo que se esforzaba por ignorar el temblor que aún sentía en los muslos cada vez que pensaba en las manos de lord Krampus.

Pero esa noche, al menos en apariencia, ella era el fuego y la templanza.

Y así la vieron todos. Clotilde la saludó con su copa de cava en alto, vestida con una túnica granate que no ocultaba su desparpajo.

—¡Chinchín, diosa del averno! —brindó con descaro—. Si tuviera sesenta años menos y las rodillas nuevas…, me cambiaba de acera.

Eltroll apareció, con una máscara metálica y un frac abierto que mostraba su pecho de gimnasio y sus buenos modales.

—Se supone que lord Krampus puede elegir a una compañera distinta cada noche… —insinuó, con su media sonrisa de ángel descarriado.

Clotilde le lanzó una mirada como si le estuviera leyendo la cartilla.

—Olvídate de eso, pimpollo. Vas a tener que cambiar tus objetivos. Esta chica —señaló a Lía sin ningún disimulo— es del demonio de la Navidad.

Clarita, toda de plateado y con una capa de tul que arrastraba por el suelo, añadió con tono soñador:

—Me da a mí que no piensa soltarte…

Lía sonrió, agradecida por su presencia, por sentirse parte de algo que ya no la incomodaba. El ambiente, los olores, los susurros a su alrededor, todo parecía estar diseñado para despertar un lado que había dormido en ella durante demasiado tiempo. Y mientras alzaba su copa de cava, con las burbujas estallando entre sus dedos como

promesas a punto de cumplirse, supo que esa noche no iba a ser como las demás.

Y aún no había visto a lord Krampus. Pero lo sentía. Porque él siempre estaba cerca, como una amenaza deliciosa.

Pero ella tenía un plan. Uno sencillo y eficaz. La mejor manera de contrarrestar una obsesión era mirarla de frente, acariciarla si era necesario y luego, con suerte, verla desvanecerse como el humo de una vela.

Y si lord Krampus se creía el único con capacidad de jugar, Lía iba a demostrarle que ella también sabía moverse por el tablero… incluso cuando no conocía todas las reglas.

El demonio de la Navidad parecía tener como único pasatiempo desestabilizarla. Lo hacía con una precisión incontestable, sin prisa, como si quisiera dejarla en su punto exacto de ternura. Pero Lía no estaba dispuesta a que la devorase sin saber quién era ese hombre que la tocaba como si la conociera y le deshacía el cuerpo como si tuviera el mapa exacto de todos sus deseos más íntimos.

Era evidente que él la deseaba. Lo veía en su modo de acercarse, en cómo esperaba a que ella respirara para hacer coincidir su aliento con el suyo. Estaba en la manera en que se mantenía a la distancia justa para no rozarla, pero lo suficiente para que cada centímetro entre ellos ardiera como un cable pelado. El deseo era mutuo, eso lo sabía, pero necesitaba algo más que su instinto para salir ilesa de esa experiencia. Necesitaba saber.

Y, sobre todo, necesitaba comprobar si su corazón tenía razón para seguir latiendo como lo hacía cada vez que él andaba cerca.

Porque no podía ser. No podía ser que en tan solo dos días, con un masaje y un maldito baile, su cuerpo reaccionase como no lo

había hecho en años, que hubiera despertado sensaciones que creía muertas y temblores que no tenían sentido. No podía ser que un hombre enmascarado, una parodia navideña con voz gutural, con manos que escribían poesía sobre su piel, la removiera hasta ese punto… A menos que…

A menos que su nombre no fuera solo una invención. A menos que aquella boca ya la hubiese besado antes y que sus manos se movieran por territorio conocido.

Y por eso Lía tenía un plan.

Iba a acercarse. Iba a seducirlo si era preciso. Iba a jugar como él. Pero, sobre todo, iba a mirar más allá de la máscara. Porque necesitaba despejar esa niebla que le corroía la razón y confirmarlo o negarlo de una vez por todas.

Porque si estaba en lo cierto, entonces no solo era deseo lo que se había reactivado.

Era la herida abierta. Y las heridas abiertas o se cierran bien… o vuelven a sangrar.

14

Lía quería un beso. El maldito beso. Aquel que la había arruinado y, al mismo tiempo, le había enseñado lo que era volar sin alas. Porque no había droga, batido afrodisiaco ni masajes a la luz de las velas que pudieran igualar el efecto químico de la boca de Derek sobre la suya. Y si había una manera de desenmascarar al demonio que la tenía bailando en círculos de fuego, esa era su boca, porque era su firma. Ella sabría, sin margen de error, si aquel que se hacía llamar lord Krampus era solo un actor… o si era su pasado vestido de cuero y venganza.

Pero justo cuando pensaba en dejarse llevar, cuando los latidos le marcaban un ritmo de tambor chamánico en el pecho, apareció él. Hans Trapp.

La figura que se deslizó hasta el centro de la cripta no era el espectro terrorífico de los cuentos alsacianos. No. Esta era su versión para adultos. Muy adultos. Pelirrojo, con trenzas cuidadas, barba trenzada con cintas negras, ojos azules perfilados de kohl como un pirata de novela gótica y un bozal de cuero sobre la boca que no escondía su sonrisa perversa. Sus pantalones eran de terciopelo rojo oscuro y su torso desnudo estaba cubierto de tatuajes antiguos y símbolos ocultistas.

—Hola, esclavos —dijo tras retirarse el bozal con teatralidad mientras la música bajaba de volumen. Las luces parpadearon. Algunos de los asistentes aplaudieron con entusiasmo. Otros se estremecieron—. Bienvenidos a la noche de los deseos no susurrados —continuó con voz ronca, deliciosa como un buen whisky ahumado—. Esta noche vamos a jugar con lo que os avergüenza. Con lo que escondéis incluso de vosotros mismos. Hoy os entregaréis al lado oscuro de la seducción. Al rincón secreto que nunca habéis dejado salir. Porque, ¿sabéis una cosa?, el saco del castigo de Hans Trapp no recoge a niños malos… sino a adultos cobardes.

A su alrededor, hombres y mujeres de rostros cubiertos con esparadrapos negros bajaron por las escalinatas portando cajas negras marcadas con el logo de Tiéntate.

Cada cofre contenía un tesoro oculto, juguetes del deseo más íntimo: antifaces de satén con sensores de temperatura, plugs vibradores con control remoto, cuerdas de seda negra para juegos de restricción leve, lubricantes con efecto retardante y especiados, una paleta de cuero con la inscripción *«Yes, master»*, un collar de cadena con anilla, juguetes de electroestimulación suave y mordazas de silicona con forma de caramelo navideño.

—Esta noche, los marcados con un círculo en la frente podrán pedir lo que quieran. Nada está prohibido. Y si alguien duda…, que sepa que el precio del deseo reprimido es quedarse a solas con su propia vergüenza.

Lía parpadeó. ¿Cómo había acabado allí? ¿Quién diablos se había inventado aquello? Porque esa mezcla entre teatro, perversión y estética pop la estaba descolocando por completo.

Y entonces empezó a sonar una versión remasterizada, sensual y densa de «Bloody Mary», de Lady Gaga; parecía que la habían compuesto en un sótano barroco lleno de vino caliente y secretos.

En ese momento, la mano enguantada de lord Krampus le tomó la suya sin decirle ni hola. Se movía como un ninja.

Lía ni se dio cuenta. Solo sintió el calor, la presión justa y la manera en que la dominaba sin agresividad, con una seguridad que atravesaba la ropa. Y antes de que pudiera protestar o decir algo coherente, la arrastró con elegancia por los pasillos de la cripta hasta un lugar elevado: un balcón semicircular cubierto de terciopelo con cortinas negras y rojas, donde el aire olía a clavo, canela y misterio.

El balcón no solo tenía la mejor vista…, era el foco. Todos podían verlos desde abajo. Ella, la Dama Blanca. Él, el rey de la Navidad oscura y perversa.

Lía se detuvo, con los labios entreabiertos y el pecho agitado.

—No me gusta exponerme, lord Krampus. No me gusta ver ni que me vean. Me parece una violación de la intimidad y de la esencia personal de cada uno. Una vez que te ven y dejas que lo hagan, tu templo deja de ser sagrado.

La frase quedó suspendida entre ellos, flotando en el aire cálido del reservado como una sentencia ancestral. Él, con su antifaz negro y su gesto tallado en mármol oscuro, apenas asintió con un movimiento mínimo de cabeza, casi imperceptible. En su mirada no había aprobación abierta, pero sí una chispa fugaz que delataba que aquello, viniendo de ella, lo había tocado.

Sin decir nada, alargó la mano hasta un panel invisible y presionó un botón dorado. El balcón en el que se encontraban quedó rodeado

al instante por una cortina circular, rojiza y translúcida como un velo ceremonial. Era lo bastante densa para difuminar las miradas ajenas y lo bastante ligera para que el mundo no desapareciera del todo.

—¿Así te parece bien? —preguntó él con su voz grave de eco cavernoso, que le acariciaba hasta las vértebras.

Lía se sorprendió, aunque no dejó entrever nada. Tenían pensado cada detalle. Todo, absolutamente todo, estaba automatizado, medido y ajustado al milímetro. La teatralidad del lugar no era improvisada. Era lujo con propósito y psicología aplicada al erotismo. Y ella lo estaba sabiendo jugar, o eso quería creer.

—¿Por qué me da que cada sombra de la Navidad tiene un reservado especial para ti?

Él sonrió, y el gesto fue una grieta elegante en la máscara de oscuridad que llevaba por rostro.

—Porque yo soy el rey de la aldea y mando sobre todos. —La respuesta era sencilla y soberbia. El tono, deliciosamente diabólico.

Ella lo miró con fijeza. Con ese antifaz con cuernos retorcidos como los de un fauno barroco, lord Krampus era una escultura del deseo y un personaje de leyenda perversa. Demasiado intimidante y atractivo. Por eso, quizá, lo llamaba Batman en su cabeza. Pero ni siquiera Batman vestía así ni desprendía ese magnetismo tan macabro y elegante. Esto era otra cosa.

En ese momento, una esclava, una actriz espléndida, por supuesto, entró sin llamar. Iba descalza, con un vestido translúcido del mismo rojo que la cortina. En las manos sostenía una bandeja de plata: uvas moradas relucientes y una botella de Moët en una cubitera coronada por hielo seco, que exhalaba un vapor teatral.

—Para mi señor… —murmuró, sin atreverse a sostenerle la mirada.

Lía puso los ojos en blanco y soltó una carcajada espontánea.

—La verdad es que todos son actrices y actores increíbles —ironizó tras volverse hacia él con esa sonrisa afilada que le salía cuando se sentía medio incómoda, medio divertida.

Lord Krampus no respondió. Se acercó a la mesa, descorchó la botella con una precisión ceremoniosa y sirvió las copas sin derramar ni una gota.

—Si ofreces una experiencia de este tipo, tiene que ser la mejor. Y para que lo sea, todos deben meterse en su papel. Hasta el último detalle cuenta.

—¿Como tú? —soltó ella con más seguridad de la que tenía, sabiendo que pisaba hielo fino, pero dispuesta a caminar sobre él.

Él dio un leve respingo, apenas perceptible, pero ella lo vio. La pregunta había sido directa, casi ofensiva en otro contexto, pero aquí… era parte del juego. La tensión se hizo tan espesa como el vapor de la cubitera.

—¿Eres actor? Los dueños de todo esto… —abrió los brazos, englobando la opulencia de la cripta con una sola mirada— te contrataron por lo bien que actúas, ¿verdad?

—Eso es… información confidencial.

Ella soltó otra carcajada suave, escéptica.

—Pero tú lo sabes casi todo de todos, ¿no?

—Debo saberlo. Ellos han comprado la experiencia. Para dársela como merecen, tengo que conocer sus gustos, sus límites y sus deseos ocultos.

Lía entrecerró los ojos, afilados como cuchillas. Lo observó como si intentara leer a través de las lentillas y atravesar el antifaz. Su copa descansaba entre sus dedos a modo de talismán.

—Dime al menos de qué color tienes los ojos, señor Krampus. Ese negro no es natural.

Él negó con la cabeza, suave e imperturbable. Jugaba a la esfinge.

—Si quieres eso, me vas a tener que dar algo a cambio. —Y entonces miró hacia la mesita. Hacia el sobre negro—. ¿Has venido a jugar o a hacerme el tercer grado?

Ella no dudó.

—A jugar —respondió, con una sonrisa fría.

Lía tomó el sobre con una calma medida; sabía que lo que estaba a punto de abrir no era un simple juego, sino una llave hacia algo más. El papel negro satinado estaba sellado con una gota de cera roja en la que se marcaba un símbolo extraño, como una runa antigua mezclada con un copo de nieve fracturado. Lo rompió con un leve crujido y extrajo la tarjeta con la misma delicadeza con la que se desenvuelve una confesión.

—Léelo en voz alta —ordenó él, con la voz revestida de una suavidad implacable.

Lía levantó la mirada, pestañeó una sola vez y alzó la ceja con una expresión de «¿En serio?», aunque ya se lo esperaba. Puso cara de póker, y empezó a leer:

—«Esta es la cripta de los deseos no susurrados. Aquí puedes ser quien siempre fuiste, sin máscaras. Aquí puedes pedir, por primera vez, lo que nunca has podido pronunciar. Esta noche darás una orden y recibirás otra. Primero el Krampus, luego tú. Así es el pacto. Así es el juego».

Guardó silencio. Después soltó con suavidad el aire por la nariz, el vapor de una emoción contenida.

—¿Por qué primero tú? —preguntó, sin dejar de sostener la tarjeta entre los dedos.

—Porque son las reglas —contestó él, sin moverse. La voz era una caricia grave.

—Pfff… —resopló ella, y volvió la mirada hacia la mesa.

—Si te sientes incómoda…

—No me siento incómoda. —Y esa vez sonó auténtica. Sonó como la Lía de siempre, la que había sobrevivido a naufragios emocionales y que ahora estaba allí, rodeada de terciopelo, máscaras y Moët, pero con la cabeza alta.

—¿Se te ha pasado la cogorza del batido de esta tarde? —ironizó él, con un deje de sorna cálida.

—No estaba borracha —replicó; cogió una uva con la delicadeza de quien juega una carta y no le tiembla la mano—. Y da gracias. No quiera este retiro verme borracha nunca. —Se la llevó a la boca y asintió con ligereza, complacida por el dulzor denso y la textura firme—. Todo lo que tenéis aquí está muy rico y es de buena calidad…

—Por supuesto —dijo él con una sonrisa de medio lado—. Son uvas de una finca privada de la Toscana, cultivadas solo en noches de luna llena.

Lía puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

Pero, en el fondo, le gustaba que cada detalle en aquel lugar tuviese un aire de magia absurda y carísima. Todo tenía un precio, y allí lo cobraban con interés. Aun así, su atención ya no estaba en la fruta.

—Pero no me importan las uvas… —dijo él con la voz más baja e íntima—. Quiero pedir ya mi deseo.

Lía le sostuvo la mirada como quien desafía a un león con una copa en la mano. Dio un paso hacia él. Luego otro. Hasta que estuvo lo bastante cerca para oler la mezcla cálida de su perfume a cuero y noche.

—¿Qué pide lord Krampus? —preguntó con una suavidad peligrosa.

Él no titubeó. Ni un instante.

—Quiero que me comas el cuello.

La frase fue un latigazo que le erizó la piel por dentro, una sentencia que no esperaba. Porque era, palabra por palabra, lo que Derek solía pedirle. Esa maldita frase exacta.

Mierda…

El corazón le golpeó una vez, fuerte. Aunque su rostro no la delató. Seguiría en el tablero hasta el final.

Iba a hacer el papel de atrevida y seductora. Él sabía jugar, pero ella también. Y había ido a eso. A jugar y a revelar.

Dio un paso más. Le colocó las manos en el pecho y lo empujó con suavidad hasta sentarlo en la butaca amplia junto a la mesa, que era una especie de trono bajo, acolchado, como todo en aquel mundo de placer diseñado con meticulosidad. Lía, sin romper el contacto visual, se acomodó sobre él, a horcajadas, como una domadora de monstruos.

Apoyó las manos en sus hombros y la falda de gasa se abrió ligeramente sobre sus muslos.

Y él… él ya estaba duro bajo ella. Lo sentía. Y le tembló todo por dentro, aunque no se le movió ni una pestaña.

Ella inclinó la cabeza y dejó que sus labios se acercaran al cuello del enmascarado, justo sobre el punto donde la piel late, y allí, sin besar ni rozarlo aún, susurró:

—Cuidado con lo que deseas, Krampus. Hay deseos que luego no puedes deshacer.

Alzó la mano con la elegancia de una actriz clásica y deslizó con suavidad el dedo índice por el puente de su máscara, desde la frente hasta la punta de su nariz cubierta; lo rozó con una lentitud tan medida que fue más caricia que gesto. El Krampus permaneció inmóvil; el roce lo había petrificado por un instante. Todo su cuerpo se había quedado anclado en ese punto de contacto. Ella sabía que observaba cada uno de sus movimientos con intensidad y, por primera vez en mucho tiempo, sentía el poder del efecto que ejercía.

Entonces, tomó una uva con la otra mano y la sostuvo entre los dedos; jugó con ella, la giró como si fuera una pequeña esfera mágica. Después la llevó con decisión a los labios de él, que se entreabrieron apenas, y le colocó la fruta dentro con una lentitud cargada de intención.

—Mastica —susurró.

Y él lo hizo. Con la mandíbula tensa, los labios húmedos y la mirada fija en la de ella, sintió que el simple acto de morder una uva fuera una promesa velada de cosas más intensas.

Lía inclinó lentamente el rostro hacia su cuello, en ese espacio entre la piel y la máscara donde el Krampus respiraba con descontrol disimulado. Se acercó primero sin tocar, apenas dejando que el calor de su aliento templara la piel que no podía ver. Luego posó los labios despacio, con suavidad, y, al fin, los entreabrió para besar la zona

donde la carótida palpitaba como un tambor sordo. Allí depositó una succión lenta, profunda y húmeda; en esa vena viva tatuó su boca.

Él jadeó apenas, pero no se movió.

—No imaginaba que al Krampus le gustasen este tipo de besos… —susurró, con voz de terciopelo roto, mientras recorría con sus labios el contorno de su cuello, subiendo y ascendiendo como quien escala un templo antiguo.

Atrapó con suavidad el lóbulo de su oreja entre los dientes y lo mordisqueó con una mezcla de ternura y peligro. Era el tipo de mordida que podía desatar un incendio. Y Derek sintió que todo su cuerpo se tensaba como un animal al borde de un ataque. Su pecho subía y bajaba bajo ella mientras sus manos aún no se atrevían a tocarla, pero sus pupilas, tras el antifaz, estaban dilatadas por un deseo contenido que amenazaba con romper todos los diques.

Y Lía lo intuía. Porque su cuerpo lo recordaba. Y sin embargo, aún no lo sabía del todo.

Ella se movía sobre él como si estuviera hecha de música lenta y pulsante; su cuerpo sabía exactamente cómo y dónde presionar para volverlo loco, para torturarlo con la misma suavidad con la que él había estado jugándosela desde que la eligió. Su lengua descendía lenta, insinuante, mientras sus dedos se deslizaban hacia la cremallera del traje, a punto de abrir una caja prohibida con la conciencia exacta de lo que puede encontrar dentro.

Sus labios siguieron el rastro que la tela dejaba al descubrir parte del pecho masculino. Y cuando la piel tibia y tersa quedó expuesta, Lía lamió con determinación, buscando con la boca lo que su mente no se atrevía a formular: el mapa íntimo de la piel que recordaba,

las tres pecas alineadas como una constelación imperfecta, justo ahí, donde el deseo y la memoria se fundían.

Pero antes de que llegara a verlas, antes siquiera de rozarlas, él le sujetó las muñecas. No con fuerza, sino con ese tipo de control elegante y efectivo que más que detenerte te paraliza el pensamiento.

—Suficiente —dijo, como si decretara el fin de un espectáculo.

Lía se quedó con la boca entreabierta, la respiración alterada y las pupilas dilatadas, mirándolo como si se acabara de dar cuenta de que había estado bailando en una cornisa. Sintió rabia. Y lo que más le jodía era que no sabía si era porque él le cortaba el juego o porque sospechaba que la había detenido justo antes de que descubriera lo que no debía: ese triángulo diminuto de pecas que ningún otro hombre que hubiera pasado por su cama tenía.

Él la miraba con esa imperturbable expresión de falsa serenidad que ya empezaba a detestar. Estaba marcando el ritmo de todo aquello.

—Te toca, Dama Blanca —dijo entonces, y meció con suavidad las caderas bajo ella. Fue un roce lento, medido, lleno de intención, y el material tenso de sus pantalones se frotaba contra la tela fina de sus braguitas. El contacto era real, y estaba claro que no era el único que se sentía al borde del colapso.

Lía apretó los dientes con fuerza. No iba a permitir que la dejara a medias después de haberse quedado temblando por dentro, y mucho menos si ese maldito enmascarado resultaba ser el hombre que le había destrozado el alma siete años atrás. Si era Derek, que se preparara. Porque había vuelto a su vida con una máscara, un

contrato y una erección. Pero ella también tenía algo: dignidad y una cuenta pendiente.

Así que le sujetó los hombros con firmeza, apretó con los dedos, marcó territorio y tiró de la capa oscura que siempre lo envolvía con aire de sombra legendaria. Acercó su boca a la de él, sin miedo, sin vergüenza, y con una voz grave que le salió de los recuerdos, sentenció:

—Quiero que me beses.

Ahí estaba su trampa.

Y entonces, él le sujetó la cara con ambas manos, con una seguridad tan controlada que la estremeció por dentro. Sus pulgares rozaron su mandíbula, como si quisiera memorizar cada línea de su rostro, y con la misma parsimonia con la que un coleccionista admira una joya única, bajó el rostro hacia ella.

El beso fue lento y profundo. Su lengua contra la de ella era dulce, pero al mismo tiempo exigente. Le succionó el labio inferior y luego volvió a la carga para internarse en su boca y estimularla como sabía que a ella le gustaba.

Era el tipo de beso que se da con hambre y deseo contenido durante demasiado tiempo. Uno de esos pensados para recordar.

Lía reconoció el estilo, la cadencia y la forma en la que él probaba primero el borde de su labio inferior, pidiendo permiso para entrar, y luego la tomaba sin dudar. Como siempre había hecho Derek.

Lo sintió, porque su cuerpo no mentía. Porque el deseo era más sabio que la razón y, aunque su cabeza gritaba advertencias y preguntas, su cuerpo ya no podía seguir callando.

Se aferró a sus hombros, a la capa, a esa especie de disfraz que poco a poco parecía romperse entre ambos, hasta que dejó de ser

solo un personaje para convertirse en alguien más real. Si eso era verdad, si después de tantos años y mentiras acababa de encontrar a Derek, entonces el retiro sí era de la ley de la atracción y del deseo, porque ella deseaba dar con él, pero para desenmascararlo.

Se movía sin darse cuenta. Se mecía contra él con una cadencia silenciosa e íntima. Su miembro le rozaba la entrepierna, la encendía y la excitaba. La intensidad del beso se convirtió en fuego lento, en una combustión emocional tan pura y contenida que todo su cuerpo respondió y vibró con cada roce, con cada caricia y a cada segundo que pasaba.

En ese momento de olvido absoluto del mundo exterior, Lía se dejó ir. Un estremecimiento interno, una descarga de placer profundo y silencioso la recorrió desde el centro, como una ola que nacía desde muy dentro y se propagaba sin permiso hasta envolverla por completo.

Se quedó con los labios aún entre los de él, la respiración temblorosa y las mejillas encendidas porque acababa de correrse con el Krampus, pero también había lanzado una maldición sobre el hombre que lo interpretaba.

Y lo supo. Lo supo con una certeza tan brutal que casi le dolió.

Era él. Ese hombre era Derek, el cabrón que había arrasado su corazón y luego desapareció como si nunca hubiese existido.

Pero en ese instante exacto, mientras aún lo sentía contra ella, mientras palpitaba en su centro por el orgasmo, su corazón galopaba y su cuerpo se rendía a una verdad que no quería aceptar, Lía también entendió algo más profundo: había una herida abierta que nunca cerró del todo. Y, por algún motivo, acababa de abrirla de nuevo en canal.

Él aún respiraba agitado, con el cuerpo ardiendo y las manos prendidas al calor que ella había dejado sobre su piel cuando lo inesperado sucedió.

No tuvo tiempo ni de prevenirse porque fue justo cuando bajó la guardia. Lía le arrancó la máscara con un movimiento seco y preciso, como si hubiese estado esperando ese instante exacto durante días. Como si ese fuera, en realidad, su verdadero deseo.

Y el mundo pareció detenerse. Porque las máscaras pueden ocultar mucho, pero no borran la memoria. Y ahí estaba él, desnudo de rostro, con el sudor perlándole la frente y los labios aún húmedos por el beso… Y los mismos ojos que ella había amado y odiado a partes iguales.

Lía se quedó en shock apenas un segundo. Solo uno. El resto lo ocupó la furia. La furia más antigua y caliente que jamás había sentido, como si le hubiesen incendiado el alma desde los pies hasta la garganta. Se levantó y dio un paso atrás, con el rostro desencajado y las manos temblorosas.

—Cabrón… Hijo de puta —susurró entre dientes, con una voz que cortaba más que cualquier grito. Y entonces se irguió como una diosa del caos, los ojos verdes encendidos igual que antorchas y el pecho subiendo y bajando con rabia—. ¡Lo sabía! —exclamó, con el corazón galopando en el pecho—. Había algo aquí dentro —se golpeó el estómago—, una punzada que me gritaba que eras tú. Pero ¡eso no podía ser! ¡Porque tú no existes! ¡Desapareciste! Eres un fantasma y un invento de mi juventud.

Cogió un puñado de uvas de la bandeja y empezó a lanzárselas como proyectiles, una a una, como si fueran piedras sagradas de justicia.

—¡Ruin sinvergüenza! ¡Cobarde! ¡Te fuiste! ¡Te largaste como si yo no hubiera importado jamás!

Él no dijo nada. No intentó detenerla ni se puso la máscara. Solo se levantó despacio, con esa manera suya de moverse que ella conocía demasiado bien, y dejó que una sonrisa helada se dibujara en sus labios partidos por el beso.

—Las coincidencias de la vida, ¿eh, Lía?

La frase, dicha con tanta calma, la desarmó. Pero no de la forma que él esperaba. Porque lo que la asaltó de pronto no fue solo la rabia o el dolor. Fue el miedo. Puro y absoluto.

Arón.

El mundo se tambaleó bajo sus pies. La sangre se le heló. Y aunque por fuera seguía pareciendo furiosa, por dentro estaba rota de espanto. Derek tenía acceso a su ficha y a su información, era como el director de todo aquello. Si unía las piezas —y era evidente que no era estúpido—, si de alguna forma intuía, sospechaba o… Dios mío.

Arón tenía su misma mirada.

La angustia fue tan repentina y violenta que la dejó paralizada unos segundos. El color abandonó su rostro y su corazón empezó a latir desbocado, no por deseo esta vez, sino por un instinto salvaje de protección.

Debía largarse. Tenía que pensar y proteger a su hijo. Porque ese contrato firmado la ataba allí. Y Derek… ahora tenía el poder, y ella, otra vez, estaba vendida.

Y entonces no dijo nada más. Simplemente se dio la vuelta con las piernas temblorosas, con las lágrimas amenazando en la línea de los ojos y la dignidad agarrada a la garganta… y echó a correr.

Corrió como quien huye de un incendio.

Como quien sabe que si se queda un segundo más…, se quema.

Y Derek no intentó detenerla, no porque no pudiera ni porque no deseara ir tras ella, sujetarla por los hombros y decirle todo aquello que había callado durante siete años, sino porque se había quedado sin palabras.

Y eso era raro en él. Muy raro. Porque si algo había perfeccionado con el tiempo era el arte del autocontrol, la diplomacia medida y la estrategia precisa. Pero no para ella.

Con ella nunca había estado del todo preparado.

Se mantuvo de pie, con el antifaz a un lado y la marca de sus uñas aún sobre la piel de los hombros. La vio desaparecer entre los cortinajes de terciopelo, como un vendaval de furia y dolor, envuelta en su vestido rojo, majestuosa incluso en la huida. Tragó saliva y respiró hondo. El eco de los pasos de Lía alejándose fue como un campanazo sordo dentro de su pecho.

Tenía el poder y el control.

Poseía el puto contrato con su firma y la amenaza de la sanción. Tenía una estrategia y un guion.

Pero no había previsto el vértigo de volver a mirarla sin máscaras. Y se odiaba por ello.

Porque claro que debería habérselo imaginado. Ella no era cualquier mujer. Nunca lo había sido. Era la única persona que le desmontaba las estructuras con una sola mirada. Y aun después de todo lo que él creyó que había cambiado en él, como su frialdad, su distancia y su visión empresarial sin fisuras, Lía había logrado leerlo.

Como siempre.

Era lista y valiente, y feroz cuando se lo proponía. Y él se sentía… jodidamente descubierto.

Se dejó caer en la silla, aún caliente por el cuerpo de ella, con una mano sobre el rostro y la otra cerrada en un puño. Maldita sea.

Había querido jugar, manipular la situación y tener la sartén por el mango…, pero se le había olvidado que tenía ante él a su mejor contrincante.

Sin embargo, no pensaba compadecerla.

Lía no se merecía compasión, al menos no la suya. Porque si bien era cierto que la seguía deseando con una intensidad que rayaba lo primitivo, también era verdad que aún le dolía el vacío que ella le había dejado cuando lo expulsó de su mundo sin una palabra. Ella se lo había llevado todo y le había devuelto un muro de silencio y una ausencia que le comieron los cimientos. Así que no, no iba a compadecerla.

Lo que haría sería seguir jugando.

Quedaban días de retiro, sombras por descubrir, máscaras aún por usar. Y si Lía quería salir huyendo, adelante. Si quería rabiar, que lo hiciera. Si pretendía fingir que no le afectaba, mejor. Porque él, lord Krampus, el rey oscuro del deseo, el que gobernaba las reglas de ese mundo de hielo, fuego y carne, no había terminado con ella.

Todavía quedaban cartas por voltear, zonas por explorar y secretos que ni ella sabía que guardaba.

Al Krampus le gustaban las almas atormentadas, las que gritaban sin alzar la voz. Las que huían porque ya se sabían atrapadas.

Y Lía estaba atrapada dentro de su bola de cristal, aunque no quisiera admitirlo.

15

La luz suave de la mañana se colaba entre las cortinas nevadas de la cabaña como si no supiera lo que había pasado la noche anterior. Asimismo, el mundo, ajeno y con una cruel indiferencia, parecía querer regalarle a Lía un nuevo día sin que importaran las pesadillas, las máscaras rotas o las verdades que estallaban igual que copos ardientes sobre su conciencia.

Estaba tumbada en la cama, aún vestida con el maldito traje rojo de la Cripta de Hans Trapp, con el corsé semiabierto y la falda arrugada como una flor marchita.

Había dormido fatal. Las pesadillas se le habían amontonado unas encima de otras del mismo modo que mantas húmedas: Derek la desenmascaraba, Arón lloraba, una lluvia negra caía sobre su cabeza mientras ella corría sin avanzar. Sabía que ese delirio mental solo se calmaría cuando hablase con su hijo, el único que le hacía de ancla entre ella y ese retiro de malvados viciosos.

Quería verle la cara. Con esos ojos grises, el pelo negro medio rasurado con un rayito en el lateral, como un quinqui adorable, la mandíbula suave que algún día se afilaría como la de él… Era su fotocopia en miniatura. Pero con más bondad y luz.

Y eso la aterraba.

Se cambió con rapidez, desayunó y se fue directa a la casa central a hacer una llamada al campamento.

Si Arón la hubiese visto vestida como la Bruja Escarlata, habría querido preguntarle por qué, y ella le habría dicho:

—Porque puedo destruir el mundo por ti, cariño. Porque, a veces, las cosas que dan miedo también protegen.

Pero al hablar con Arón, se dio cuenta de que el crío tenía mucha prisa, porque tenía muchas cosas que hacer.

—Mami, no puedo hablar mucho. Hoy tenemos partido y aprendemos a hacer tabletas de chocolate y galletas, y luego tenemos peli… y otra carrera de trineos… Nos enseñan a envolver regalos con papel que brilla y… —empezó a contarle sin pausa, con esa euforia infantil que ni las bombas ni los demonios pueden apagar.

Lía sonrió, lo escuchó con la paciencia de una madre que tiene las orejas más grandes que el lobo.

—Pero ¿me echas de menos o no?

—Claro, mami, siempre. Pero ahora soy un niño ocupado.

Ella dejó ir una risita. Menudo truhan.

Y después, cuando llegó el momento de decirse adiós y colgar, simplemente lo dejó ir. Aunque por dentro se le revolviera el estómago como una lavadora vieja porque los niños, cuando son felices, no se aferran.

Se había acostumbrado a la presencia de su vigilante élfico, y ya ni siquiera le importaba que estuviera ahí.

Le dijo adiós con una sonrisa y él asintió, ya más relajado, al ver que ella no lo mataba con la mirada.

De vuelta a la cabaña, se preparó un café, aunque estaba tan ensimismada que se le acabó enfriando, y el calor de la ansiedad le empezó a subir por la garganta.

No sabía qué iba a hacer con esa aventura después de haber descubierto la verdadera identidad del Krampus.

Se levantó de la silla con desgana, fue hasta el espejo del baño y se quedó mirando su reflejo. Tenía el delineado aún medio intacto de la noche anterior, los ojos rojos de tanto llorar y el cabello desordenado y ondulado como si acabara de salir de un videoclip de Cristina Aguilera en estado de resaca emocional.

Se mojó la cara, se secó con una toalla y respiró hondo.

Derek «trolero» Alemany estaba allí, sí. Y era lord Krampus. El arquitecto del infierno navideño que la tenía atrapada. Y si había algo que Lía sabía hacer bien era anticiparse al desastre.

Mentir no estaba en su ADN, pero proteger a su hijo, sí. Mentiría sin pestañear si él llegaba a sospechar. Le diría que Arón tenía cinco años. Le contaría lo que hiciera falta. Usaría su tono más casual y sonreiría con media cara, como hacen las mentirosas profesionales.

Porque lo único que no podía permitirse era que Derek se acercara a su hijo después de todo lo que no hizo.

Con los vaqueros, una sudadera con capucha y el pelo recogido y mejor peinado que antes, decidió que no pensaba jugar a ningún juego esa mañana. No pensaba sonreír ni usar la seducción como escudo. Tenía que meditar y trazar un plan.

Y al mismo tiempo, se prometió una cosa.

Esa vez, ella sería quien decidiera cuándo acababa el juego.

Derek no había dormido. Pero no era por culpa del insomnio —ni siquiera por la necesidad de controlar hasta el último tornillo del Polo Magnético, como si todo fuera a explotar sin él—, sino por la maldita emoción. Esa que no reconocía como tal, pero que le atravesaba el pecho desde que Lía, con la boca entreabierta y ese maldito olor a recuerdos, se había corrido encima de él. Literalmente.

Si no hubiese tenido el suficiente autocontrol —y los pantalones más caros del universo—, habría dejado una evidencia más pegajosa que la propia confesión de su identidad.

La noche había sido un incendio que le gustaba atizar. Porque no era solo que Lía hubiese regresado a su vida, era que lo había hecho sin saberlo y que él la tenía atrapada en su mundo de hielo, deseo y control absoluto. Y eso era una forma de justicia poética. No sabía si divina, pero sí tan egoísta que le resultaba delicioso.

Estaba abrochándose el abrigo, a punto de salir de la oficina, cuando entró Brenan con la energía de siempre y una bolsa de papel que humeaba con aquello que podría solucionar el mundo: cruasanes recién hechos.

—La cena con los inversores fue una maravilla —anunció como si se tratara del nacimiento del Mesías—. Brindamos con Moët y caviar. Los americanos estaban encantados. La noche de Hans Trapp fue un éxito y el *show* les voló la cabeza. Están babeando por comprarnos en medio mundo.

Derek arqueó una ceja mientras le arrebataba un cruasán sin preguntar.

—Deberías haber venido.

—No podía —respondió Derek con la boca medio llena—. Tenía que asegurarme de que todo saliera bien.

—¿Y de que esa chica te saliera mejor, también?

Su amigo lo miró sin responder. Brenan le sostenía la mirada con una media sonrisa, sabía demasiado y lo soltaba gota a gota solo para molestar.

—Fui con los inversores un poco más tarde —continuó mientras se sentaba en el borde del escritorio como si fuera su trono—. Te vi en el balcón. Bueno, os vi. No se distinguía mucho después de que bajaras la cortina, pero… ¿estaba buena?

Derek asintió con la misma falta de entusiasmo de quien confirma que el cielo es azul.

—Es curioso —siguió Brenan sin perder comba—. Me pareció escuchar que es la misma que elegiste en el Refugio de Grýla. ¿Has repetido acompañante nocturna por alguna razón en particular?

El silencio de Derek fue una respuesta en sí misma. No le debía explicaciones. Ni siquiera a Brenan.

—Puedo elegir a quien quiera —dijo al fin, frío como el hielo—. Si me apetece repetir, repetiré.

—Vaya, vaya —ronroneó su amigo; le dio un mordisco teatral al cruasán—. El libertino más impredecible de Europa repite plato. Eso es inédito. Me pica la curiosidad. ¿Quién es esa mujer que te ha dado la vuelta?

Derek lo miró con expresión pétrea y luego le propinó una colleja amistosa. Era su manera de decirle: «Calla la boca».

—Relájate. Disfruta de esta experiencia. No todo va de contratos.

—Sabes que a mí me excita más el porcentaje de ganancia neta que una orgía de elfas —bufó Brenan con ironía—. Lo que quiero es cerrar el acuerdo con ese tiburón yanqui, introducir nuestra línea inmersiva en los resorts de lujo y que nos saquen en *Forbes* como

los reyes del deseo premium. Si para eso tengo que comerle la polla al CEO de Titanium Holdings cada noche, lo haré.

—Bueno —resopló Derek mientras se dirigía hacia la puerta—, tú sabrás qué te apetece comerte. Yo tengo otras prioridades.

—¿Adónde vas? ¡Te he traído el desayuno, cariño!

—Tengo cosas que hacer.

—Pero ¡si no vas disfrazado…!

—Lo sé. Pero nadie me conoce. Voy a dar una vuelta sin que me adoren ni me teman. A ver si me encuentro a mi víctima favorita —respondió con esa media sonrisa que Brenan ya conocía.

Cerró la puerta tras de sí con suavidad y Brenan se quedó solo, masticando el dulce mientras rumiaba los pensamientos.

—Qué aburrido… —murmuró con una sonrisa torcida mientras se tumbaba sobre la mesa—. Pues más cruasanes para mí.

Lía había estado meditando. No era una mujer que se dejase llevar por los nervios y, además, el café doble cargado y con nata que se había preparado la ayudaba a focalizar. Meditó sobre el retiro, Derek, su vulnerabilidad y la tremenda cagada emocional de la noche anterior. Se había dejado arrastrar por la memoria, por el deseo y por el maldito influjo de un hombre que en su día la dejó rota y con la certeza de que nadie debía tener tanto poder sobre su cuerpo, ni mucho menos sobre su alma. Huir y lanzarle las uvas como si fuera una loca en Nochevieja no había sido inteligente. Le había dado ventaja. Había mostrado el flanco más débil de su fortaleza y eso, para ella, era el equivalente a permitirle entrar hasta la cocina con los pies sucios. No.

Ahora no podía permitírselo porque ya no era una adolescente embelesada. Era una mujer que había parido sola, criado sola y trabajado como una burra sola; si seguía viva y más fuerte que nunca, no era para volverse una bolita de mantequilla por un beso maldito y un orgasmo que, aunque potente, no dejaba de ser una reacción biológica perfectamente prescindible.

Así que se miró al espejo con determinación y la promesa de no llorar más por lo mismo. Luego se puso ropa cómoda, se recogió el pelo en una coleta impecable, se maquilló con naturalidad y se echó unas gotitas de su perfume fresco, elegante y profesional, que no tenía ni una pizca de debilidad en el aroma ni una dulzura innecesaria. Estaba lista para actuar como lo que era: una estratega emocional. Y las estrategas estaban listas para cualquier situación. Si Derek seguía siendo la persona que ella conocía, no la iba a dejar en paz.

Lía Castellanos no iba a huir.

Y no solo eso: iba a jugar mejor que él.

Porque si Derek pensaba seguir chantajeándola con esa actitud de tiburón de terciopelo, se iba a encontrar con una mujer que sabía nadar con los escualos. Fingiría que no le dolía, que todo lo vivido años atrás y la noche anterior no había sido más que un pequeño desliz. Y, sobre todo, protegería a Arón como la loba que era: sin piedad.

Se colocó el gorro de lana negro, respiró hondo y se encaminó hacia la puerta con la frente en alto, dispuesta a encarar el día como si el infierno no hubiese ardido en su cama la noche anterior.

Pero al abrir la puerta, llegó la primera bofetada.

Derek.

No el Krampus ni el personaje con capa, antifaz y voz gutural. No.

Derek Alemany. Aunque a esas alturas de la historia sabía que él no se apellidaba así porque ya se había encargado de buscarlo por todas partes; nunca apareció.

Derek llevaba un abrigo largo de paño caro, unas gafas de sol de firma que no ocultaban el contorno arrogante de su rostro, el pelo al uno, diferente a como lo llevaba cuando se conocieron, pero muy parecido al corte del capullo de su padre, y ese porte de hombre al que todo le ha salido bien en la vida, salvo su humanidad.

Lía no pestañeó. Lo estudió durante una milésima de segundo y luego entornó los ojos con una sonrisa que podría haber cortado acero.

—Vaya… —dijo con la voz suave pero cargada de intención—. El fantasma de las navidades pasadas ha decidido materializarse a plena luz del día.

Y, sin más, se cruzó de brazos y se quedó ahí, delante de él, sin ceder ni un solo centímetro. Porque si había algo que ella ya no iba a volver a hacer era retroceder.

Él creía que la tenía entre sus garras, atrapada en ese universo erótico de luces tenues y máscaras, pero Lía había jugado a juegos mucho más oscuros que los de Tiéntate. Y si Derek pensaba que su poder radicaba en haberla reconocido o en hacerla gemir con ropa en un trono teatral, se equivocaba de plano. La guerra psicológica acababa de comenzar.

Lía apenas parpadeó.

—¿A qué debo esta ingrata sorpresa?

Él la recorrió con la mirada, esa vez gris, y respondió con calma, como si no la hubiese desnudado con las manos y con la voz hacía

menos de veinticuatro horas.

—Supongo que tenemos que hablar, ahora que ya no necesito máscaras para tratar contigo.

—Bueno, ¿a quién quieres engañar? Siempre llevaste puesta una —replicó ella, descruzando los brazos—. ¿A qué has venido, Krampus?

Derek se fijó entonces en el gorro, en el bordado tan característico. Una frikada más, una de esas manías de Lía que lo habían enamorado cuando eran jóvenes. Dios…, seguía llevando cosas otakus. Apretó la mandíbula.

—Quiero saber si estás bien. Es la segunda noche que huyes y escapas, Dama Blanca. Y ayer te vi muy alterada.

—Llámame Lía, Krampus. Lía. Que ya nos conocemos. Y sí, estoy bien. Bueno, lo de huir lo aprendí del mejor escapista. —Sonrió con un filo peligroso—. ¿A ti te llamo Derek o también es mentira, como tu apellido?

Él no contestó. Se limitó a meterse las manos en los bolsillos delanteros, tenso, mientras ella empezaba a bajar los escalones de la cabaña con la misma elegancia con la que se puede pisar un campo minado.

—Solo quiero saber en qué punto estamos.

Ella se detuvo y lo miró como si fuera una mancha en la nieve.

—¿En qué punto estamos de qué? Tú eres un actor con alma de *toy boy*, contratado por algún multimillonario detrás de la marca Tiéntate. Y yo, pues tengo que acatar el contrato que firmé por culpa de Debi.

—¿No vas a echarte atrás?

—¿Permitirías que lo hiciera? ¿Me liberarías? ¿Me perdonarías la deuda? —Arqueó una ceja inquisitiva.

—No.

—Pues eso. Además, ¿qué cambia que seas tú? Lo nuestro sucedió hace muchos años. Soy mayorcita y he accedido a jugar con el Krampus. Me da igual que tu cara esté debajo de la máscara —mintió con la perfección de una actriz consagrada—. Esto no es la vida real, es solo un retiro. Me importa poco lo que pase aquí.

Derek asintió, como si no le sorprendiera… ni le doliera un poco.

—Ayer no parecía que no te importase. Me lanzaste un racimo entero de uvas.

—No me gusta que me tomen el pelo y no es la primera vez que lo haces. Pero ya está. Me pillaste con la guardia baja. Ahora ya sé a qué atenerme.

—Bien. Ahora que ya podemos hablar claro —dijo Derek con tono inquisidor—, ¿qué tal si nos ponemos al día de nuestras vidas? —le soltó de repente.

La pregunta la pilló desprevenida. Lo miró con los ojos muy abiertos, casi se tragó el aire.

—¿Cómo dices?

—¿Pareja? ¿Te has casado? —repitió él—. ¿Tienes hijos?

Lía pestañeó. Se sintió estúpida durante un segundo, pero también agradecida de que Derek, tan brillante a veces, también tuviera sus puntos ciegos y estúpidos.

—Sí…, perruno. Arón —contestó con un carraspeo—. No… no tiene pedigrí. Es… mestizo.

—Lo supuse —dijo, como si hubiese descubierto un planeta con vida inteligente.

—¿Lo de que no tiene pedigrí?

—No. No parece que hayas sido madre. La maternidad es complicada para muchas… Y tú has cambiado…

—Uy…, joder… Comentario frío y superficial, como los de tu madre Marisa de las Tierras Heladas —se burló con inquina.

—No era una crítica. Solo señalaba… que has cambiado. No quería sonar grosero ni superficial.

—Ajá.

Ella dio otro paso y pasó de largo. Y entonces él lanzó la última carta.

—Ya que me lo preguntas —añadió él, sabiendo que ella no le había preguntado nada—, también tengo un hijo perruno. Se llama Slump. Es un husky. Lo he traído conmigo porque no me gusta estar sin él.

Lía se dio la vuelta despacio. Slump. Como el personaje de *Árale*. Las casualidades la atravesaban igual que lanzas. Tragó saliva.

—Qué bien. Tú tampoco parece que hayas tenido hijos. —Pero era una mentira gigantesca. Porque sí lo tuvo.

—¿Adónde vas?

—A hacer mis cosas. Tengo talleres.

—Lía…

El tono no le gustó en absoluto porque anticipaba algo más serio, así que alzó la mano y lo detuvo.

—Vamos a dejar las cosas claras y a evitarnos momentos incómodos. No te esfuerces. No hay nada que decir. Lo que pasó entre nosotros en la bahía, pasó. Hace muchos años de eso y ahora somos adultos. Esto no es la vida real, es solo un retiro. Estoy dispuesta a jugar y nada de eso cambiará.

¿Por qué le hablaba como si él le debiese algo a ella? Eso lo enfurecía y lo enervaba un poco más.

—Bien, porque, aunque me hayas descubierto, no tengo intención de cambiar de pareja. Podría hacerlo.

—De eso no me cabe ninguna duda —dijo sarcástica.

—Además, eres la única que está aquí contra su voluntad. Tengo que vigilarte de cerca. Y mi compañera debería estar conmigo 24/7.

—Perfecto —resopló, pero ni de coña iba a aceptarlo—. Pues acompáñame si quieres. Voy a un *tupper sex*.

Él arqueó una ceja.

Derek no había planeado nada de eso, pero sentía curiosidad por saber en qué tipo de mujer se había convertido Lía.

Y cuanto más de cerca la viera, mejor. Su corazón endurecido podía agrietarse fácil ante su criptonita, pero esa vez él estaría más que preparado para no ser la víctima.

Fueron andando. Sin decir apenas nada. Ni un comentario sobre el clima, ni una mención al itinerario, ni siquiera una observación cínica que pudiera suavizar el silencio tirante que se alargaba entre ellos como un hilo invisible a punto de romperse. El paseo, en condiciones normales, habría sido una delicia: el suelo cubierto por una capa de nieve inmaculada, los árboles nevados, que parecían espolvoreados con azúcar glasé, y el sol, que apenas se filtraba entre las copas y teñía de nácar las sombras del sendero.

Pero entre ellos dos no había magia, solo frialdad. Y a pesar de la belleza blanca de aquel bosque encantado que rodeaba la aldea, el

aire estaba tan cargado de tensión que podía cortarse con una daga de hielo.

Derek caminaba con las manos en los bolsillos del abrigo largo; las gafas oscuras aún le cubrían parte del rostro, como si eso bastara para protegerlo de la vergüenza de ser él mismo. Lía, por su parte, apretaba el paso; sentía que le pesaban las botas o, más bien, las palabras no dichas. Se mordía la lengua con tanta fuerza que no entendía cómo no le sangraba ya. Tenía tantas cosas que decirle. Tantas preguntas… Tantos reproches que le pesaban en la garganta como piedras… pero no los soltaría. No iba a rebajarse ni sería ella la que iniciara ese incendio.

Era tan extraño. Porque hubo un tiempo en que no podían parar de hablar. En que caminaban de la mano por la playa, por la ciudad, por cualquier parte… y no callaban. Se reían hasta llorar, hacían teorías absurdas sobre películas, sobre la vida, sobre cómo sería su futuro juntos. Hablaban hasta dormirse. Se lo contaban todo. Pero eso había sido hacía vidas. Y ahora, después de tanto, eran dos completos desconocidos que compartían el camino en medio del bosque sin saber si matarse o seguir fingiendo.

—¿No tienes miedo de que te reconozcan? —preguntó ella de pronto, sin mirarlo, con la nota justa de ironía para no parecer interesada.

—Nadie sabe que soy el Krampus ni me conoce. Solo los trabajadores lo saben y no dirían nada jamás —respondió él sin emoción.

—Claro…, también los habrás extorsionado con fotos robadas y esas cosas —disparó ella como quien lanza una piedra a un lago helado.

—La extorsión es solo para quien se la merece —replicó él, con esa voz tan neutra que dolía más que cualquier acusación directa.

«Como tú», pensó ella, aunque no lo dijo.

El camino se abría entre árboles blancos, pesados de escarcha, con adornos navideños colgados entre las ramas de manera que la aldea entera parecía una postal intervenida por un artista con delirios de grandeza. Las farolas de hierro forjado, con sus bombillas cálidas de aspecto vintage, se encendían de tanto en tanto para guiar el paso. Más allá, a lo lejos, se escuchaba un coro infantil ensayando villancicos mientras un ciervo se escondía entre los árboles. Era ridículo, exagerado y hermoso. Una obra maestra de lo *kitsch* sofisticado. Pero Lía no disfrutaba nada porque sentía el corazón en la garganta, palpitando como si corriera una maratón emocional invisible.

Derek la observaba de reojo. Y por mucho que se dijera que la odiaba, que lo que sentía por ella era un rencor justificado…, no podía dejar de mirarla. Había algo en su forma de andar, en cómo se calaba el gorro, en esa expresión contenida que no sabía si era dolor o rabia… que lo desarmaba. Y al mismo tiempo, lo irritaba profundamente.

—¿Por qué me has elegido a mí? —preguntó ella de golpe, volviéndose hacia él con los ojos de ese color verde entrecerrados, desafiantes—. Puedes estar con cualquiera de esas *groupies* que se tiran de los pelos y se mojan solo con verte aparecer. Eres la estrella de este lugar, ¿no? Y vas y me eliges a mí.

Derek curvó los labios con una sonrisa breve, casi cruel.

—Supongo que me pareció divertido. El karma es fascinante.

El comentario le encendió la sangre. ¿Karma? ¿El karma era dejar a alguien tirado como a un perro y aparecer siete años después vestido de villano navideño para torturarla por placer?

—Sí —contestó Lía con sarcasmo—, sobre todo si después de creer que tu futuro iba hilado a los prósperos negocios de tu padre, al final te encuentras disfrazado en una villa navideña poniendo cachondo al personal. ¿Cómo es posible que se desviara tanto tu carrera profesional siendo el hijo de quien eres?

—No es como lo pintas. —Qué perra era. Seguía teniendo un puñal en vez de lengua.

—Sí, ya… ¿Cuántos años tiene Slump?

—Siete. Me lo regalaron mis padres. Bueno, lo adoptaron de una perrera… a finales de septiembre, hace siete años.

Y ahí estaba. La cuchilla. La trampa. Lía notó cómo los dientes se le apretaban de forma automática. Hizo los cálculos y quiso vomitar. El verano en que Derek desapareció… Estaban juntos. Planeaban tener una vida en común. Y mientras ella lloraba, él abrazaba un husky nuevo. Qué detalle tan simbólico y repugnante.

—Aquí es donde se hace el *tupper sex* —señaló él, lo que rompió el hilo de su tortura con una naturalidad irritante.

Lía respiró hondo. Dio una palmada suave para ahuyentar los malos pensamiento y sonrió con los dientes apretados.

—Genial. Entremos.

Porque si de algo estaba segura era de que podía con eso y con todo lo que se le viniera encima. Había sobrevivido a cosas peores. Ahora solo tenía que jugar bien.

—Veamos —dijo mientras subían las escaleras del taller—, ¿qué juguetitos nuevos han traído?

Y no lo miró. Porque si lo hacía…, él vería que, en el fondo, ella también sabía interpretar un papel.

La juguetería erótica de los elfos era, sin exagerar, una especie de Disneyland para adultos muy creativos. Lía no supo si echarse a reír o santiguarse. Había estanterías giratorias que exhibían con descaro filas enteras de dildos con formas anatómicas, surrealistas y hasta mitológicas. Consoladores con silueta de bastón de caramelo, bolas chinas con luces de colores, *plugs* que parecían esculturas de Murano y vibradores que podrían pasar por pinceles eléctricos de una escuela de bellas artes. Todo giraba como en una cinta transportadora de sushi erótico, mientras elfos y elfas de orejas puntiagudas, cuerpos fibrados y sonrisas seductoras te atendían con el entusiasmo de quien vende orgasmos en frasquitos.

—Mira, parece un sex Toys'R'Us —murmuró Clarita, que se acercó a Lía por detrás con una copa de cava en la mano.

—O el *backstage* de un espectáculo de magia…, pero para mayores de treinta —añadió Piter, que le guiñó un ojo a Derek.

—¿Quién es tu amigo, Lía? No lo hemos visto por aquí —quiso saber Clotilde, que apareció por detrás de la pareja con naturalidad.

A Lía le gustaba ese grupo y le caían bien.

—Derek, estos son Piter, Clarita y Clotilde —dijo mientras señalaba a su pequeña corte de lo que ya empezaba a considerar «sus aliados».

Derek los saludó con un gesto diplomático y educado; parecía una presentación de accionistas de un fondo de inversión muy subido de tono.

Se sentaron en una de las mesas redondas cubiertas con manteles de terciopelo granate, rodeados por otras parejas o tríos que

cuchicheaban entre risitas mientras los elfos seguían sirviendo lencería invisible y lubricantes como si fueran tapas.

Y entonces apareció la profesora.

—¡Bienvenidas, criaturas! —gritó con una voz que recordaba a una mezcla entre una monitora de yoga en pleno trance y una vedette de revista erótica reconvertida en terapeuta.

Se llamaba Manolas Tintarella, tenía el pelo como un nido de gaviotas teñido de plata y llevaba un conjunto ajustadísimo de licra navideña que mostraba sin pudor sus pechos redondos, además de un cinturón con la hebilla en forma de falo sonriente. Caminaba con un bastón dorado que parecía un micrófono. Sus labios rojos se abrían en una sonrisa que olía a canela, ginebra y anécdotas de tres décadas de juguetería sexual.

—Soy vuestra profe de travesuras sensoriales, y esta noche vamos a hablar de las estrellas de la temporada. Y no, no me refiero a los elfos musculosos. —Guiñó un ojo a uno de ellos, que soltó una carcajada de reno en celo—. Me refiero a los cinco juguetes divinos que harán que olvidéis hasta el nombre de vuestra expareja o de vuestra suegra.

Sacó el primero de una caja acolchada con luces LED.

—¡El Lengüetazo de Yeti! —exclamó—. Vibrador flexible, con textura térmica y movimiento oscilante. Tan potente que una clienta que lo testeó lo usó sin mirar las instrucciones y pensó que la calefacción había explotado. Estuvo cinco días sin poder mirar un plátano a los ojos. —La sala se llenó de risas generales—. El segundo actor es el Silencio de las Elfas. —Sacó un pequeño succionador con forma de muérdago—. Discreto, elegante y mortal.

Perfecto para reuniones familiares donde tú sabes que lo necesitas pero no lo quieres mostrar.

—¿Y este? —preguntó Clotilde, señalando un objeto metálico que parecía salido de un laboratorio futurista.

—El Comandante, querida. Es un anillo para parejas, con sensores inteligentes que sincronizan los latidos del corazón y convierten el movimiento en vibración. Tiene bluetooth, wifi y casi se conecta con la cafetera.

Derek alzó una ceja. Lía tragó saliva.

—El cuarto en discordia es el Trineo Vagabundo. —Levantó una balita vibradora con forma de minitrineo—. Diseñado para llevarlo dentro en eventos… intensos. Y por último, la joya de la corona… El Pepino de Krampus. Solo se fabrica una vez al año. Está hecho con silicona con efecto terciopelo y estimula… todos los puntos cardinales del cuerpo. Hasta el alma si estás receptivo. No os contaré la historia de una mujer que lo probó con un ministro alemán. Pero digamos que dimitió, cambió de sexo y ahora se llama Brigitte. Y es más feliz que nunca.

Los asistentes estallaron en aplausos y carcajadas.

—¿Preguntas? —dijo Manolas con las cejas alzadas, como si esperara a que alguien se atreviera—. ¿Ninguna? Bueno…

Y entonces se acercó a la mesa donde se encontraban. Y eso nunca presagiaba nada tranquilo.

Manolas Tintarella alzó de nuevo el bastón dorado, que ahora Lía juraría que tenía pequeños cascabeles ocultos dentro, porque, con cada movimiento de su dueña, emitía un tintineo de autoridad alegre y perversa. La profesora proclamó con entusiasmo:

—Y si veo alguna pareja que esté indecisa…, si noto que dudan, que se miran divididos entre comprar una batidora o una katana… —dio un paso al frente y sacó una ruleta brillante de lentejuelas rojas de la nada, como una maga de feria erótica—, vendré con mi ruleta. Y que sea el destino, o mi capricho navideño, el que elija los objetos por vosotros.

La ruleta tenía segmentos pintados con nombres como «Lengua de Lava», «Conejo Bipolar», «Pluma Traicionera», «La Pinza de mi Ex», «Oráculo del Clítoris», «Trueno Anal», «Dúo Endemoniado» y «Silencioso pero Mortal». Lía parpadeó, incrédula. Piter ya se reía como un idiota y Clarita le susurraba: «Que nos toque el Conejo Bipolar, por favor, por favor».

Manolas giró sobre sí misma al mismo tiempo que movía la ruleta como si fuera la varita mágica de la perversión divina.

—Aquí hemos venido a descubrir nuestros límites, no a jugar al escondite con nuestros complejos. El deseo necesita juguetes como la Navidad necesita mentiras: inevitables y absolutamente deliciosas.

Se acercó a una pareja que estaba sopesando dos objetos como si fueran dinamita.

—¿Dudáis? —preguntó con una sonrisa ladina—. Perfecto. ¡Ruleta, ruleta, decide tú qué le mete esta pareja al menú!

La sala estalló en aplausos y carcajadas. Y Lía, aunque no quería mirar a Derek, sintió su mirada fija, caliente, y un presentimiento le recorrió la espalda: él ya sabía con qué iba a jugar esa noche. Pero lo que no sabía era que ella también tenía su propio as bajo la manga.

Y si Manolas se acercaba con la ruleta, Lía estaba dispuesta a dejarse llevar. Total…, peor que haberlo montado con ropa y haber

tenido un orgasmo de la vergüenza no podía ser.

Clotilde, con el moño deshecho, las gafas empañadas y el desparpajo de quien ya ha sobrevivido a demasiadas cenas navideñas en familia como para escandalizarse, había cogido un vibrador con hélice giratoria etiquetado como «Trompo del Deseo», y lo observaba igual que si tratase de entender la ingeniería detrás de un dron casero.

—Esto parece un abrelatas del infierno —murmuró.

Y antes de que alguien pudiera advertirle, embadurnó la punta con un generoso chorro de lubricante con aroma de fresa ácida. Clarita, que ya la conocía, la miraba entre los dedos de las manos como quien presiente la tragedia.

—Cloti, no lo enciendas todavía, espera a que…

Pero Clotilde, como buena anciana de la resistencia, ya había apretado el botón. El juguete, en lugar de vibrar con discreción, empezó a girar como un helicóptero fuera de control y la punta lubricada dibujó en el aire una lluvia de gotas que salpicó sin piedad a todos los que estaban cerca. La primera en recibirlo fue una pobre mujer vestida de reno erótico que acabó con un goterón en el pelo a lo *Algo pasa con Mary*. El resto no corrió mejor suerte.

Derek recibió una salpicadura en la mejilla que lo dejó congelado, sin saber si limpiarse o seguir fingiendo compostura, y a Lía le cayó en el labio. En vez de limpiarse, la recogió con el dedo para probar el lubricante y dijo:

—El sabor está muy conseguido.

Piter escupió el cava del susto, y Manolas se limitó a decir, sin inmutarse:

—Esa es la versión *premium* del bautizo sensual. Dicen que si te salpica, tendrás un orgasmo inesperado antes de que acabe la semana.

Lía… no pudo más. Se volvió hacia Derek y cuando vio que el pegote de la mejilla era bastante grande, fue como si una compuerta se abriera. El ataque de risa le vino sin aviso, sin anestesia. Lloraba de risa, con las manos en la barriga, y apoyó el costado sobre Derek, que la miraba entre divertido y desorientado por completo por esa mujer; segundos antes era hielo, y ahora era fuego descontrolado de carcajadas.

Aquel retiro la tenía así: cambiante, imprevisible y con las emociones más a flor de piel que nunca. Lo de Derek era una pesadilla que ni en sus peores momentos habría imaginado, pero ni siquiera él competía con el descubrimiento de que ella aún podía reírse con la panza, vibrar de deseo y sentirse… viva.

Muy viva.

Y más peligrosa y vengativa de lo que jamás se había mostrado.

Lía se secó las lágrimas que aún le corrían por las mejillas, aunque en realidad no sabía si eran todas de risa o había alguna infiltrada que no tenía derecho a estar allí. Se serenó despacio, se recolocó el gorro de lana con cara de monstruito japonés y se fijó que Derek seguía observándola con esa mezcla suya tan irritante de frialdad y entretenimiento. Como si ella fuese su espectáculo favorito.

—Muy bien, Krampus —le dijo con voz calmada pero ácida, bajando el tono lo justo para que solo él pudiera oírla—. Dime, de todos estos juguetes del Abismo de Hell, ¿con cuál se supone que vas a querer torturarme esta noche?

Derek ladeó una ceja, divertido, con esa expresión que siempre tenía cuando iba a decir algo que la haría rabiar.

—¿Estás segura de que vas a querer jugar conmigo otra vez?

Lía le mantuvo la mirada, sin parpadear.

—Sí. Y te lo diré las veces que haga falta: esto es solo un juego. Es placer, reconexión con uno mismo y seducción. Solo sexo, Derek. Tú no significas nada para mí. —Y lo dijo sin temblar. Después, añadió con un tono casi cínico—: Eres un personaje de un retiro de lujo. No eres real. Nada de esto lo es. Así que no tengo nada que perder jugando contigo. —Porque, en realidad, ya lo había perdido todo siete años atrás.

Su voz no sonó dura, sino con una lógica impecable. Su razonamiento no dejaba rendijas y, por una vez, incluso Derek sintió que esa afirmación era tan coherente, tan lúcida, que no había por dónde colarse.

Sonrió como un lobo hambriento, aunque en el fondo sabía que algo en esa frialdad fingida le quemaba.

—En realidad —dijo él, y se apoyó en la mesa, con los dedos extendidos—. Iba a jugar contigo quisieras o no. —Y entonces, alzó una caja negra que tenía cerca—. Quiero que te lo pongas esta noche.

Le mostró unas pinzas para pezones de metal oscuro con detalles en terciopelo rojo. Eran elegantes, discretas… y muy intimidantes. Lía tragó saliva. Nunca había usado nada parecido. Ella no jugaba con juguetes, pinzas ni con hombres enmascarados con aspecto de traumas no resueltos del pasado. Pero su pulso no tembló. Caminó entre las vitrinas de cristal que exhibían maravillas y monstruos del

placer como si buscara una reliquia hasta que encontró algo que le devolviera el control.

Unas esposas de cuero negro forradas de pelo rojo. Suaves al tacto, pero firmes. Exactamente como ella quería estar: amable en la superficie, pero lista para defenderse.

—Tú llevarás esto —dijo al darse la vuelta y mostrarle el par de esposas con una sonrisa afilada.

Derek las tomó y las miró con una ceja alzada. Le parecían ridículas, casi cómicas, hasta que entendió el mensaje oculto: Lía le iba a prohibir tocarla. Lo ataría. Le limitaría los movimientos. Ella se preparaba para controlar lo que él podía hacerle…, pero Derek iba un paso por delante. Sabía que podía ponerla a prueba de otras formas, más eficaces y peligrosas.

No le importaba. No necesitaba las manos. Usaría todo lo demás.

Y mientras Lía se daba la vuelta para devolver la copa vacía a una bandeja, él pensó que, en el fondo, ya no le quedaba nada de respeto por ella. Pero sí atracción, porque eso no había desaparecido con el tiempo, y ahora ella era el blanco perfecto para su revancha.

Y parecía, aunque se vistiera con una piel nueva, que en el fondo no había cambiado nada.

16

La mesa estaba rodeada de paneles de papel de arroz con dibujos de renos minimalistas, y unos farolillos rojos con motivos navideños flotaban en el aire con una elegancia silenciosa. Del techo colgaban mil grullas de origami que se mecían con la leve corriente de aire. Era hermoso. Demasiado para lo que ella sentía por dentro.

Lía caminó tras Derek sin decir palabra. Aquel restaurante japonés temático, fusionado con motivos navideños del Lejano Oriente, era otra de las joyas de la aldea. Lo sabía. Lo había leído en el dosier. Se llamaba Yuki no Santa y rendía homenaje a Hoteiosho, el equivalente japonés de Papá Noel, con sus menús delicados y estéticamente impecables, y una experiencia gastronómica pensada para alimentar los cinco sentidos.

Pero Lía no tenía hambre. Tenía el estómago anudado, el corazón endurecido y una acidez creciente que ni el mejor té verde del mundo lograría calmar. Sin embargo, debía probarle tanto a él como a sí misma que no le afectaba y que no se iba a tomar en serio nada en absoluto de lo que tuviera que ver con él.

—No entiendo por qué quieres comer aquí —murmuró al entrar cuando vio a una geisha con cuernos de reno hacerles una reverencia. Su primera cita como novios fue en un japonés, y aquello

se le antojaba una broma de mal gusto. Parecía que Derek quería embarrar lo poco que ella recordaba con cariño de su relación.

—Es comida, ¿no? —contestó él con tono neutro. Se quitó las gafas de sol y las dejó en la mesa del reservado. Su rostro mostraba una serenidad implacable, y su abrigo, caro parecía hecho a medida para intimidar. Se despojó de él con una calma que a Lía le pareció ofensiva.

Se sentó frente a él y se quitó las prendas de abrigo, excepto el gorro porque aún tenía frío en la cabeza. Abrió la carta como si de un escudo se tratase, aunque sabía que no iba a leer ni una palabra. Las letras se mezclaban con los recuerdos de la noche anterior, con la cara del Krampus y la de Derek fundidas como un mal sueño.

—¿Qué pasa, Dama Blanca? ¿No te interesa saber cómo preparan el ramen de castaña y canela? —preguntó él con ironía mientras el camarero les servía un pequeño aperitivo de gyozas de trufa en forma de estrella.

—Lo que me interesa no está en esta carta —respondió ella sin levantar la vista—. Pero gracias por la invitación. Es encantador cenar con el hombre que ha decidido extorsionarme sexualmente en un parque temático erótico de Navidad.

Él se inclinó un poco hacia ella, con esa media sonrisa que la había vuelto loca antaño.

—No te estoy extorsionando, te estoy dando una experiencia trescientos sesenta. Tú aceptaste jugar. Y lo estás haciendo bastante bien, por cierto.

Ella se rio por lo bajo con una risa amarga.

—Claro. Dame un Oscar.

—Si tienes los mismos gustos que cuando te conocí, reconoce que esto no está tan mal. —La miró con intensidad.

Y en ese instante, Lía sintió que el mundo entero se le venía encima. El sonido lejano del shamisen, la calidez de la sala, el aroma dulce del miso con jengibre… Todo la abrumó. Porque no era solo una comida, era una herida abierta disfrazada de experiencia exclusiva y él le echaba sal al gusto.

Y la peor parte es que ella había aceptado. Estaba loca. No era tan fuerte como creía.

—Siempre te encantó lo japonés, como a mí. Pensé que esto te gustaría y estaríamos más cómodos… —Parecía que lo decía de verdad y que estaba incómodo con su repentina sinceridad—. No todo tiene que ser una tensión constante.

Ella apretó las manos sobre las rodillas, contuvo el temblor del mentón y levantó la barbilla.

—¿A ti te sigue gustando lo mismo que hace siete años?

La frase se quedó flotando entre los dos, envuelta en el vapor del té caliente que alguien acababa de dejar sobre otra mesa. Lía lo observó, con esa mirada suya que a veces lo acariciaba y otras lo diseccionaba como un bisturí.

—Unas cosas sí y otras no.

Supo que no le mentía o, al menos, no del todo. Esa media verdad sabía a evasión. Y ella la reconocía bien, porque había aprendido a mentirse durante años para sobrevivir.

—Ya, ahora te gustan el cuero, las capas y las máscaras de Marvel…

Él alzó las cejas como si no tuviera nada que ocultar, pero no dijo nada. Solo bebió de su taza con ese gesto medido que parecía un

ensayo para una escena que no sabían si era drama o comedia.

Lía soltó un suspiró que no fue tan teatral: era un suspiro de esos que bajan por dentro como un ascensor sin frenos. Se tocó el pelo, suelto y brillante, y desvió la mirada hacia una decoración absurda: un tanuki con gorro de Navidad y un bastón de caramelo en vez de la hoja de bambú. «Qué mundo más raro», pensó. Qué extraño era todo. Y aún más lo era estar sentada frente al hombre que le rompió el corazón y que ahora, por alguna broma cósmica, quería jugar con ella en un parque temático de deseo.

—Sí tengo preguntas que hacerte —dijo entonces, más para sí misma que para él—. Quiero entender en qué momento te convertiste en esto. ¿Cómo has acabado aquí cuando eras un niño de papá? ¿Qué te dijo tu padre cuando le contaste que querías ser un actor seductor para interpretar al Krampus en un retiro inmersivo y sexual? Debieron de caérsele los huevos al suelo, con lo recto y lo elitista que era… —Lía habló con voz ácida; lanzó la frase igual que un dardo envenenado, tan medida como cruel, tan suya como su escudo de sarcasmo.

Derek ni parpadeó. Solo bajó la mirada hacia la carta del restaurante, del mismo modo que si leyera algo interesante, aunque conocía al dedillo lo que había. Se tomó su tiempo, tal vez para no contestarle con la misma daga, tal vez porque no le salía la réplica fácil. O porque dolía.

—Pues no sé lo que diría —murmuró al fin, sin apartar la vista del menú—. Murió hace un año. Un aneurisma.

El mundo pareció detenerse un segundo. Lía, que acababa de preparar su siguiente frase venenosa, se quedó congelada con los palillos entre los dedos. Cerró la boca con un clic casi audible y bajó

lentamente las manos para dejar los palillos sobre la servilleta. Seguía con la espalda recta, pero ya no tenía la misma altivez.

—Lo siento mucho. Perdón…, no lo sabía —dijo en voz más baja, sin esa arrogancia suya tan bien cultivada. Se quitó el gorro de lana con torpeza y lo dejó sobre la mesa; necesitaba hacer espacio para el remordimiento. Se peinó con los dedos, ese pelo que llevaba suelto ahora como una corona indómita.

Derek asintió. No le dio las gracias. Solo miró un punto invisible del aire con la mandíbula tensa y los labios apretados. Su dolor, incluso a estas alturas, era algo que no compartía con facilidad.

—Ya sabes que no me llevaba demasiado bien con él —añadió al cabo de un rato—. Y eso no cambió ni con los años ni con la distancia que tomé de él ni… con la muerte.

Lía tragó saliva, sin saber si debía preguntar más o dejar el tema morir, como el padre de Derek.

—¿Desde cuándo te interesa la interpretación? —cambió de rumbo, quizá para salvarlos a ambos y recuperar el terreno firme de lo superficial.

—¿Interpretación? —repitió él, y alzó la cabeza hacia ella por primera vez en minutos, con una leve sonrisa irónica—. No me interesa la interpretación, Lía. Solo superviso que el funcionamiento del negocio y los roles de los trabajadores sean los adecuados.

—Pero tú participas en la experiencia inmersiva. No solo supervisas. No sé si es ético.

—La inmersión es para todos —replicó Derek con esa tranquilidad ambigua que tanto podía significarlo todo como nada. Sus palabras, igual que siempre, iban vestidas de pulcritud, pero dejaban traslucir

un subtexto turbio, como si él supiera jugar con los márgenes de las normas sin quebrarlas nunca del todo.

—No creo que le haga gracia a tu prometida, ¿cómo se llamaba? ¿Prudence? Tal vez ahora sea tu esposa, ¿no? Los ricos se toman muy en serio los enlaces entre patrimonios… Aunque a lo mejor sois muy liberales y a ella le importa poco con quién te acuestes o a quién beses mientras vuestro matrimonio siga en pie. Al fin y al cabo, el matrimonio de tus padres era así, ¿no?

La alusión fue certera como una daga bien templada. Derek alzó la vista despacio; procesar aquellas palabras le costó más que de costumbre. La mirada que le clavó fue gélida, dura y cargada de una incomprensión que parecía sinceramente incrédula. No entendía nada, ¿cómo sabía lo de Prudence? Cuando la conoció, Lía era una muchacha con la piel porosa de curiosidad, pero ingenua en su forma de amar. Y ahora… ahora era una mujer que sabía golpear en la boca del estómago.

—¿De dónde has sacado eso?

No había duda en su voz. Solo peligro.

El efecto de su comentario anterior hacía eco en su conciencia. Se pasó una mano por la melena y se la peinó con los dedos mientras le sostenía la mirada.

—La bahía no era gigante, Derek. Puede que fuera tonta y te rieras de mí, pero sabía dónde vivías y recordaba bien el camino —respondió sin más; dejó que la frase se deslizara entre ellos a modo de confesión tardía y sin rastro de sentimentalismo—. Me encontré a tu madre un día que pasaba por allí —dijo con teatralidad, sin mencionar que fue el día que se le rompió el corazón después de

que fuese a buscarlo desesperada —. Me comentó algo, pero no le dio demasiada importancia. En fin, cosas del pasado…

En ese instante, el camarero apareció. Un chico bellísimo, estilo K-pop, con el pelo azulado recogido en un moñito, y una sonrisa entrenada.

—¿Qué desean comer?

—Yo quiero el ramen vegetal con miso blanco y tofu, alga wakame y huevo —dijo Lía sin dudar—. Y un té matcha frío, sin azúcar.

Derek ojeó la carta y pidió sin mirarla.

—Un yakimeshi con tataki de atún y jengibre. Y agua con gas, gracias.

Cuando el camarero desapareció entre los biombos nipones, Lía dijo, rápida como un parpadeo:

—No tienes que contestarme a lo que te he dicho: es tu vida. No me importa.

Él soltó una risa seca, sin rastro de alegría.

—Los años te han cambiado. Te han vuelto indiferente y con poco tacto. Pero te recuerdo que mi padre y yo éramos polos opuestos y, gracias a Dios, seguimos siéndolo. Y por contestar a tu pregunta: si tuviera pareja, mujer o estuviera enamorado…, nunca tocaría a otra ni jugaría con ella. No soy él.

Eso la desarmó. No porque creyera en sus palabras, sino por lo que le provocaron: una punzada de alivio, otra de dolor y un calor vergonzoso que le subió desde el estómago al pecho. No lo entendía. Asintió, y la saliva le supo amarga, luego desvió la mirada hacia la ventana, donde unos copos lentos se asentaban sobre las ramas decoradas del Polo.

—Y no tenía prometida entonces ni la tengo ahora.

Lía se rio incrédula.

—Por favor, Derek… —le echó en cara.

En ese momento, empezó a llegar la comida. El aroma envolvente del miso y el jengibre pareció poner un tampón en la tensión que crecía. Se hizo un silencio pesado, casi doloroso.

Derek endureció la mandíbula. Por un segundo estuvo a punto de decir algo que no revelaría nunca. Pero se contuvo. Lía lo había buscado. Eso no se lo habían contado y ahora estaba confundido.

—¿Y tú tienes pareja? —preguntó con una sorna medida—. ¿O lo cínica que te has vuelto hace que creas que lo más leal y obediente que vas a conseguir es a tu perro?

Lía alzó la vista sin vacilar, con los palillos sujetos como un arma.

—Si tuviera pareja, vendría a un retiro como este con él. Y con mi perro. —Pausó un instante—. Pero sí, los animales son leales, nobles, jamás te abandonan cuando más los necesitas. No se avergüenzan de ti ni se esconden cuando las cosas se tuercen. Los perros… nunca hacen *ghosting*.

Esa última palabra le rebotó a Derek en el pecho. No era una indirecta, era un misil.

La tensión volvió a subir, esa vez como una bruma espesa que ninguno quiso dispersar. Pero justo entonces sonó el móvil de Derek. Un pitido seco, prohibido.

—Vaya, pensaba que no se podían llevar móviles encima. Ojito, que te multan con un dineral… —dijo Lía, mordaz.

Derek consultó la pantalla con el ceño fruncido. Su rostro se endureció de inmediato y se levantó sin responder.

—Ya te he dicho que no soy un trabajador cualquiera. Me tengo que ir.

—¿Ahora? —Lía miró la mesa llena de comida, aún caliente—. Pero…

—Ha surgido una emergencia —dijo con urgencia sincera.

Lía se irguió.

—¿Qué ha pasado?

—Aún no lo tengo claro… Puedes comerte todo esto o venir conmigo, pero tengo prisa.

Ella se quedó un segundo en blanco. Miró el ramen. Luego a él y empezó a ponerse el gorro y el abrigo.

—Te acompaño —respondió, como quien acepta un reto. Aunque no supiera cuál era.

Y salieron juntos. Con demasiadas preguntas no formuladas entre ellos, pero con la ansiedad de Derek a flor de piel.

Había sucedido algo con lo que no contaba.

La nieve crujía bajo las orugas de la moto mientras la negra silueta de aquel vehículo se deslizaba como una sombra siniestra sobre el paisaje inmaculado. En cada local y restaurante de la aldea había motos de nieve, quads y cuatro por cuatro para uso de los de seguridad y también de los trabajadores. A Lía le impresionaba que tuvieran las llaves puestas porque cualquiera podía robarlos. Pero Derek le dijo que allí nadie robaba nada y que esos vehículos debían estar accesibles en todos los puntos para cualquier emergencia. Que las entradas a esos garajes solo las conocía el personal. «Y ahora, yo», pensó Lía.

Derek había tomado una moto y conducían a través de la nieve.

Lía, sujeta con fuerza a la cintura de Derek, sentía el latido apretado de su pecho y el látigo helado del viento en la cara. El casco le cubría la cabeza, pero aun así podía oír el ulular del bosque, los susurros de los árboles, que parecían murmurar secretos antiguos. Se dio cuenta de la magnitud del retiro y de lo aislado que estaba todo. Un refugio de ensueño para unos podía ser una trampa de oro para otros.

Al llegar al lugar del accidente, se encontraron con trineos volcados, un reno con las patas manchadas de sangre sobre la nieve, un hombre al borde del camino con un brazo ensangrentado y varios tipos vestidos con trajes técnicos de nieve, elegantísimos, pero aún con copas de cava en la mano, que se reían a carcajadas, como si acabaran de sobrevivir a una película de acción.

Lía se bajó con cuidado de la moto y observó la escena con la incredulidad contenida de quien ya no sabe si se encuentra en una experiencia de alto *standing* o en un capítulo de *Black Mirror*.

Derek fue directo al conductor herido. Su tono cambió, se volvió más firme, más profesional y humano.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, sí… Solo tengo un rasguño —contestó el hombre, apretando un paño contra su brazo—. Es que no hemos visto que en el camino estaban enterradas esas cosas con pinchos… Zarzas metálicas, como las de los cotos de caza. La nieve las tapaba…

Derek entornó los ojos y analizó el perímetro con su mirada gris, con precisión de halcón.

—Todo el terreno se revisó antes de abrir la zona —dijo con frialdad quirúrgica—. Tal vez el temporal ha arrastrado los restos desde alguna zona no autorizada… o los pinchos llevaban años

enterrados y la nieve los ha mantenido ocultos. Lo revisaré con el equipo técnico.

Se volvió hacia el grupo de inversores con una media sonrisa diplomática. Aquellos hombres eran ricos, poderosos y estaban peligrosamente ebrios, pero también eran los mismos que debían firmar contratos multimillonarios al final del retiro.

—*Gentlemen, I'm terribly sorry* —dijo con calma y en un inglés perfecto.

Les explicó que creía que las nevadas habían dejado algunas viejas trampas al descubierto de lo que debía de haber sido un coto de caza, lo que había provocado el accidente. Se disculpó con ellos y les aseguró que se encargaría de revisar la zona y de cualquier atención veterinaria que necesitase el animal

Lía escuchaba cada palabra. Qué fácil le resultaba mentir con voz pausada, qué natural le salía manipular la narrativa. Así había hecho con ella, con su corazón y su amor juvenil. Con la diferencia de que ahora Derek jugaba en ligas mayores.

Los inversores asintieron, algunos seguían riendo y otros fingían preocupación. Uno incluso se atrevió a hacer una broma sobre que el reno era más resistente que su cuñado. Pero Derek los contenía a todos como si fueran piezas de ajedrez. Era inteligente y tan eficaz que rozaba el peligro.

Lía se agachó despacio junto al animal, que yacía sobre la nieve como una criatura caída del cielo, herido pero aún orgulloso. Tenía la respiración pausada y los ojos oscuros, brillantes y asustados. La herida no parecía profunda, pero el contraste del rojo sobre el blanco hacía que el paisaje pareciera una postal navideña manchada de verdad.

Derek ya estaba allí, con una rodilla en el suelo, acariciando con firmeza la piel espesa y caliente del lomo del animal. Había una ternura innegable en el gesto, una que Lía conocía demasiado bien. Esa mano, esa precisión, esa contención… ¿Cuántas veces la había acariciado a ella de esa forma que podía calmar tormentas?

—Se pondrá bien —le aseguró el conductor del trineo; respiraba de forma entrecortada mientras mantenía la presión sobre el brazo herido.

Derek asintió sin levantar la mirada del reno.

—Asegúrate de que lo curen bien en el establo. Quiero que esta noche los veterinarios revisen a todos los renos y que les den lo mejor para cenar. Nada de pienso rancio. Y sin prisas. Mimadlos. —Su tono era autoritario pero sereno. No cabía réplica.

—Sí, señor —respondió el hombre, agradecido. Parecía haber olvidado que sangraba.

—Y tú —añadió Derek tras levantar la mirada hacia él— no vuelvas a conducir con ese corte. Ya he llamado a alguien para que venga a sustituirte. Hoy te tomas el día libre. Ve a que le echen un vistazo a esa herida, no quiero estupideces.

—Gracias…, de verdad. Gracias.

Lía no dijo nada. Observaba. Lo veía moverse con soltura, dar órdenes con naturalidad al tiempo que lo escuchaban y obedecían. La autoridad no era una máscara en él, dado que la llevaba incorporada en el cuerpo, en la postura y en el tono de voz. Era el jefe, aunque no lo gritase a los cuatro vientos.

Y ella, mientras ayudaban a que todo recobrase la normalidad y esperaban hasta que el último trineo se fuera, intentaba recolocar sus emociones. Porque no contemplaba al Derek que la abandonó,

sino a un hombre que, a pesar de todo, sabía liderar, proteger… y cuidar.

Eso era, en cierto modo, más desconcertante que todo lo demás.

—Vamos, Lía, te dejaré donde quieras, pero yo ya no te puedo acompañar. Aquí tenemos cosas que hacer —dijo Derek. La tomó del brazo con suavidad para apartarla de aquel pequeño caos ya solucionado.

—Está bien —asumió ella, y volvió a subirse a la moto de nieve. Segundos después, ya abandonaban el lugar del accidente, pero llegaban los de seguridad en sus vehículos para revisar la zona y asegurarse de que no había más zarzas metálicas.

17

La cabaña olía al chocolate caliente que acababa de prepararse. Su mente divagaba, atrapada entre la ternura de la conversación telefónica que acababa de tener con Arón y el recuerdo del día que había medio compartido con Derek. Lo había visto actuar, y todos lo trataban allí como al responsable, no solo como a un actor. Y Lía, aunque lo había intentado, no podía olvidar sus miradas ni el roce de unas manos que jamás debieron volver a tocarla.

Estaba trastornada, muerta de miedo por estar allí y hecha un lío porque no lo odiaba como quería.

—Mañana los papis de los niños deben participar en nuestra yincana —le había contado Arón por teléfono—. Pero como mi papi se perdió en Nunca Jamás, tienes que venir tú.

Lía parpadeó. Esa frase, con toda su inocencia, la golpeó como un dardo en el pecho. Arón seguía con su tono entusiasmado, como si no acabara de invocar sin querer al fantasma que ella había tratado de exorcizar con años de silencio.

—¿Que los papis tienen que ir mañana? —preguntó con naturalidad fingida mientras tragaba saliva.

—Sí. Así que vas a tener que venir tú, a no ser que le pida un papá a Papá Noel. Pero eso llega el 25 y no nos da tiempo.

—Arón, ¿crees que te hace falta un papá?

—No. Yo soy muy feliz contigo, mami —respondió sin titubeos—. Pero ¿tú no quieres tener un novio?

—¿Qué?

—Muchas mamás del cole tienen maridos o novios.

—O los dos a la vez… —murmuró Lía en voz baja, y contuvo una carcajada amarga.

—Algunas parecen felices y otras no.

Ahí sí que no pudo contener la risa. Rio con ganas. Qué clarividente era ese niño. Arón tenía una visión simplificada y certera de las cosas; no necesitaba muchas vueltas para entender lo esencial. Y quizá eso era lo que más le dolía: que Derek no lo conociera, que no supiera la maravilla de niño que habían tenido juntos. Que no lo hubiera visto crecer ni le hubiera escuchado decir cosas así, tan sencillas y sabias.

—Arón, ¿te he dicho alguna vez que eres maravilloso?

—Siempre, mami —contestó él.

Lía lo manifestó en su cabeza. El parecido con Derek era imposible de negar. Y ahí estaba el elefante en la habitación: el hombre que más la había marcado, el padre de ese niño que adoraba y al que tenía que ocultárselo. No podía arriesgarse a que lo descubriera, porque el mundo podía tambalearse si él llegaba a saberlo.

Pero no, ella ya no era aquella chica ilusionada de la bahía. Ahora era una mujer que trabajaba como una fiera, que cuidaba sola, que firmaba contratos millonarios. Había dejado de ser la perdedora de hacía años. Y sin embargo, estar cerca de Derek removía lo que creía enterrado. Le estaba costando mantener la indiferencia y no mostrar que, aunque el deseo había vuelto como un torrente, también lo había hecho la rabia.

—Por supuesto que iré mañana —dijo al fin. No sabía cómo se lo iba a montar, pero el campamento no estaba muy lejos de Tiéntate, solo a unos sesenta kilómetros. Lo había buscado a conciencia, así que se las arreglaría para ir como fuera, porque no pensaba dejar a Arón solo, y sus padres no estaban para hacer viajecitos al norte y participar en yincanas. Las caderas no les daban para tanto—. Y ganaremos la yincana. No lo dudes.

Arón la creyó, como si nada de lo que ella dijese pudiera salir mal.

Si Derek supiera… Si alguna vez se atrevía a mirarlo bien…

En su cabeza, de pronto, una frase de Debi le estalló como una bengala:

«La única manera de exorcizar a tu ex es volverte a acostar con él para saber que ya no sientes nada de lo que sentías».

—¿Qué dices, loca? —recordaba haberle dicho entre risas—. ¿Debería acostarme con ese hijo de perra para olvidarlo?

—Sí. Te sorprendería lo idealizadas que tenemos a algunas personas y lo rápido que se cae el morbo al acostarte de nuevo con ellas y darte cuenta de la realidad.

Y ahí estaba, con el alma hecha un lío, el cuerpo encendido y el corazón en modo defensivo.

¿Sería la propuesta de Debi la mejor solución a sus problemas?

¿Debía acostarse con su ex para exorcizarlo?

La cabaña estaba en penumbra, iluminada solo por la luz cálida que salía de la lámpara del tocador y el reflejo plateado que se colaba por la ventana, tras la que la nieve seguía cayendo con la serenidad con la que se derrumban los silencios.

Lía llevaba media hora frente al espejo de cuerpo entero, estudiando con atención cada ángulo, curva y sombra de su figura.

Llevaba un vestido negro con transparencias estratégicas. Una malla sutil de tul opaco cubría lo esencial: el pecho y la entrepierna. El resto era piel expuesta al tacto del aire. El vestido no era vulgar ni gratuito: era una declaración de poder. Una prenda para reinar.

La tela ceñía con elegancia su silueta definida. Su cuerpo, esbelto pero pleno de feminidad, parecía esculpido a base de constancia y sudor. Desde hacía cuatro años seguía una tabla de entrenamiento con la misma disciplina con la que otros seguían la misa. Tenía hombros torneados, vientre plano, muslos firmes y un trasero que habría hecho llorar a más de una influencer que ha pasado por el bisturí. Y sin embargo, no era eso lo que más resaltaba. Era su actitud frente al espejo. Una mezcla de desafío, belleza y propósito.

Esa noche no pensaba permitir que Derek la desarmara ni un milímetro más. No iba a dejar que la mirara como si aún pudiera leerle el alma. El deseo era ahora su herramienta, y el control, su objetivo. Si la atracción seguía viva entre ellos, iba a usarla como un cuchillo afilado para seducirlo, provocarlo y que fuera él quien implorara. Que el Krampus se arrodillara.

Se había maquillado con esmero: pómulos marcados, labios de un rojo oscuro casi carnal y ojos ahumados, como si llevara fuego en la mirada. El cabello le caía suelto por los hombros con la promesa de algo que no se puede atrapar. Y en los pies, unas botas altas de cuero negro que, además de darle fuerza y altura, la protegían del frío. Por mucho que estuvieran en mitad del Polo Magnético, ella no pensaba temblar por nada ni por nadie.

La festividad de los Trece Yule Lads había llegado. Lo sabía porque lo había leído en el dosier. Eran las trece criaturas traviesas del folclore islandés, hijos de la temida bruja Grýla, y cada uno aparecía una noche distinta antes de Navidad. Algunos robaban comida, unos espiaban por las ventanas y otros simplemente molestaban a la gente con juegos perversos. Pero en el retiro de Tiéntate, los trece *yule lads* no eran niños feos ni criaturas deformes, sino encarnaciones de travesuras sexuales y desafíos eróticos dispuestos a tentar, confundir y encender a los participantes. Aquella noche no habría reglas fijas. Solo una consigna: déjate tentar… o serás tentado.

Y ella iba a tentar, no para enamorar. Ni para volver atrás.

Sino para dejar claro que Lía Castellanos ya no era la chica que se deshacía con una caricia de Derek.

Esa noche mandaría ella.

La sala de la celebración era un delirio nórdico tejido con perversidad y lujo. Un salón inmenso, multifacético. Una villa encantada construida con madera envejecida, techos altísimos adornados con lámparas de hierro forjado y ramas de abeto, y paredes cubiertas de tapices escandinavos con escenas que mezclaban erotismo y mito. Unas cortinas de terciopelo negro colgaban como telones teatrales para ocultar pasillos secretos, puertas falsas y estancias privadas a las que solo se accedía superando retos, pistas o deseos.

El aire olía a cedro, a cuero, a piel caliente y a algo especiado. La nieve artificial caía con sutileza desde una rendija en el techo, lo que

creaba la sensación de estar en una aldea olvidada entre montañas donde todo podía suceder y nadie estaba a salvo del deseo.

Los *yule lads*, vestidos con pieles negras, cuero ceñido y los rostros parcialmente cubiertos con antifaces rúnicos, se paseaban entre los invitados como felinos en un banquete. Eran apuestos, provocadores, y cada uno encarnaba una tentación diferente: desde la lujuria más explícita hasta el fetiche más delicado. Podían intervenir, jugar, elegirte o solo observarte. Su poder era ese: que desearas o temieras que te eligieran.

Lía, sentada en un reservado semicircular tapizado en terciopelo gris, observaba con atención la pantalla central. Su nombre apareció escrito en letras plateadas acompañado de un número:

«Caja n.º 13. Lía Castellanos. Centro de la Tierra».

—No me jodas… —murmuró, alzando las cejas exasperada mientras se abrochaba con discreción una hebilla de la bota de cuero.

Se removió un poco en su asiento. Los aros para los pezones que Derek le había hecho prometer que llevaría empezaban a molestarle. No eran dolorosos, pero sí lo bastante perceptibles como para recordar que esa noche no asistiría a una cena elegante, sino a una cacería. Y ella era la presa… o quizá la cazadora. Aún no lo sabía.

Lo buscó con la mirada por todo el salón. La gente danzaba con lentitud al ritmo de una música tribal que parecía salida de una tundra erótica. Cuerpos negros, gasas, transparencias, risas, susurros… Pero no había ni rastro del Krampus.

¿Iba a dejarla tirada? ¿Después de haberle hecho chantaje emocional y físico? ¿Después de haberse filtrado como un veneno en

su sangre, solo para desaparecer cuando ella estaba lista para el juego?

—Cobarde —susurró.

Un gong ceremonial marcó el inicio del juego.

Las luces se atenuaron aún más. La pantalla central empezó a girar con nombres y números, como una tómbola de lujo. Las parejas se lanzaban a los pasillos entre risas y carreras contenidas. Los *yule lads* también se activaron. Uno de ellos desapareció con una pareja hacia una trampilla, otro levantó a una mujer en brazos y se la llevó como un mito vikingo al lecho del Valhalla.

Lía volvió a mirar la pantalla: «Caja 13. Centro de la Tierra».

—Genial —murmuró mientras se ponía en pie—. ¿Dónde demonios está Julio Verne cuando lo necesitas?

Miró alrededor. Si había una estancia inspirada en un centro de la Tierra simbólico, conociendo a los diseñadores de Tiéntate, debía de ser o una biblioteca o una cava secreta. Así que empezó a caminar entre las cortinas negras, los pasadizos, las alfombras de piel y los suspiros escondidos… hasta que vio una señal con letras doradas:

«No hay nada más atractivo que sostener un buen libro entre las manos».

—Suena lo bastante pedante como para esconder algo —dijo entre dientes, con una sonrisa torcida.

Y se dirigió hacia allí, con paso firme y ese temblor secreto en el pecho por no saber si iba a encontrar una caja… o al diablo.

La frase estaba grabada sobre un arco de madera oscura que daba acceso a una antigua biblioteca encantada. Por supuesto, Julio Verne

estaría allí dentro esperándola, con su viaje al centro de la Tierra. No hacía falta ser un genio para seguir ese hilo.

El ambiente era una mezcla entre un laberinto sensorial y una yincana de deseo. Las luces eran tenues, doradas, como si cada bombilla fuese una luciérnaga vigilante. A lo lejos se oían risas distorsionadas y gritos de gozo entremezclados con la percusión tribal que envolvía el salón. Sonaba a versión nórdica del carnaval de los sentidos. Hombres y mujeres corrían entre cortinas, chocaban entre sí, se escondían o se dejaban atrapar.

Una mujer resbaló justo frente a Lía, riendo a carcajadas, mientras un *yule lad* semidesnudo la perseguía con una vara de plumas y un antifaz decorado con runas. Detrás, un grupo de fans se estampaba contra una puerta cerrada al creer que era una salida secreta. Era como un parque temático donde los monstruos estaban buenísimos y llevaban juguetes sexuales en la mano como si fueran cetros de poder.

Lía avanzaba más rápido. Sentía los pezones tensos por culpa de las pinzas ocultas bajo el vestido, y esa excitación contenida le recorría la espalda como un escalofrío líquido. Y Derek no aparecía. Aquella era su primera noche sola en la experiencia y solo ahora entendía lo mucho que su presencia la había envuelto y protegido. Estaba sola. Y vulnerable. Y eso no le gustaba.

Y entonces, sucedió lo inesperado.

Un hombre alto, disfrazado con pieles negras y una máscara roja con un rictus burlón, se interpuso en su camino. Tenía la mirada encendida por el juego, por el ambiente y por la impunidad disfrazada de inmersión. Le sujetó los hombros y la empujó contra la pared con una sonrisa torcida y obscena. La tensión fue inmediata.

—Pero mira lo que ha traído Papá Noel… —murmuró, y acercó su rostro al de ella.

Lía tragó saliva, pero no perdió la compostura. Sonrió nerviosa mientras medía sus palabras.

—Te estás confundiendo. Yo no tengo ninguna marca. —Se señaló la frente con un gesto seco—. No estoy aquí para jugar así.

—Los *yule lads* pueden hacer lo que se les antoje —replicó él, arrogante—. Y si estás aquí, puedo hacer lo que quiera contigo, ¿no? Eres un bocadito delicioso…, pequeñita, con ese vestido y esa cara…

Lía sintió el corazón encogerse. El tipo apestaba a testosterona y a ego, pero no a placer consensuado.

—No puedes tocarme. Soy del Krampus —dijo con firmeza.

Y se odió un poco por decirlo. Años de feminismo, de autonomía, de fuerza… y allí estaba, invocando el nombre de un hombre para sentirse a salvo. Pero necesitaba protegerse, y ese era su salvoconducto.

El desconocido se quedó congelado. Sus ojos se abrieron apenas un poco. Como si acabara de ver un fantasma o recordar algo. La soltó y dio un paso atrás, nervioso.

Y entonces, una sombra se materializó a su espalda, negra como la noche y demoniaca. Estaba imponente con los cuernos que le sobresalían del antifaz; parecía que la oscuridad misma se hubiera condensado en carne. Derek.

Pero ya no era lord Krampus disfrazado. Era Derek. Sin lentillas. Con sus ojos grises intactos como cuchillas suaves, como espejos antiguos. Y en cuanto sus miradas se cruzaron, Lía supo que lo había visto todo.

No necesitó levantar la voz.

—Largo, duende —ordenó con una autoridad que cambió el aire—. Ve a molestar a quien quiera que la molestes. Pero a ella no.

El otro bajó la cabeza. No se atrevió a replicar. Hizo una reverencia y desapareció entre los pasillos, engullido por el juego como un pecador expulsado del infierno.

Lía, que todavía respiraba de forma entrecortada, sintió algo que la desarmó: alivio.

Y no sabía si odiarse más por ello.

Derek le tomó la mano sin preguntar, con esa firmeza que aún sabía usar.

—Vamos —dijo simplemente.

Y juntos cruzaron la entrada de la biblioteca, una puerta de madera tallada con dragones, lunas y tentaciones.

Y mientras los pasillos quedaban atrás, mientras la música se desvanecía al entrar en ese nuevo espacio más íntimo y cargado de papel antiguo, Lía no sabía si acababa de ser rescatada por un héroe… o por su verdugo favorito.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Lía en voz baja, con ese tono que no quería confesar alivio, pero que lo exhalaba en cada sílaba. No apartó la mano cuando Derek, o el Krampus, o lo que fuera ahora, se la sujetó. Es más: se permitió el gesto de enredar con suavidad los dedos entre los suyos. No porque quisiera, sino porque necesitaba no sentir miedo.

—Quería asegurarme de que todo estaba bien y funcionaba de manera correcta —respondió él, sin soltarla—. No quiero más sorpresas como la de esta tarde con los trineos. Cada edificio de la

Aldea de las Siete Sombras tiene mecanismos precisos. Si uno falla, todo colapsa. Solo estaba revisando.

Lía asintió. No dijo nada más. Era difícil hacerlo cuando una parte de ella empezaba a admirar a quien había jurado no volver a mirar con respeto.

Él controlaba todo aquello. Y aunque eso fuera también una forma de manipulación, había algo terriblemente seductor en esa capacidad para organizar el caos.

Caminaron juntos por el pasillo alfombrado que conducía a la biblioteca. La estancia era un lugar de ensueño: paredes cubiertas de estanterías, lámparas de araña que parecían hechas de cristales de nieve, y una luz cálida, tenue, como si el tiempo allí se hubiese suspendido a propósito. Casi todos los libros eran falsos: atrezo meticuloso, lomos dorados y encuadernaciones antiguas. Solo unos pocos eran reales y abrían puertas.

Y allí, en una repisa algo más baja, *Viaje al centro de la Tierra* brillaba bajo el foco indirecto de una de las lámparas colgantes.

—Aquí —dijo Lía con voz baja y decidida. Se puso de puntillas, estiró el brazo y lo alcanzó.

Derek se quedó a su lado, sin decir nada, mientras la observaba sostener el volumen con reverencia. El lomo era grueso, la tapa rígida y, al abrirlo…, había una llave y un sobre con un mensaje.

Lía leyó en voz alta:

—«Esta noche no eres tú. Ninguno de los dos lo sois.

»Los *yule lads* representan los deseos y los pecados, los errores y las victorias, lo manifestado y lo conseguido… Esta noche disfruta solo con la compañía del otro y recuerda lo maravilloso que es tocar y que te toquen, el sexo con aceptación y con diversión, aunque sea

con un desconocido o un conocido. Puedes ser quien tú quieras, ya que mañana nada de esto habrá pasado. Porque lo que sucede en la sala de los *yule lads*, aquí se queda para siempre».

Cerró el libro con un gesto lento. Su rostro era una máscara de serenidad, pero por dentro… era una tormenta. Aquello era justo lo que necesitaba, lo que le daba permiso para exorcizar la sombra de Derek a través de la piel, para quemar lo que quedaba de ilusión con un acto cuerpo a cuerpo.

Dentro de la caja, junto a la llave, también había una tarjeta:

«Busca a Andersen. Recuerda: detrás de sus cuentos no había fantasías. Solo pesadillas».

Lía entendió la metáfora. Lo entendió todo.

Avanzó por el pasillo hasta la sección dedicada a Hans Christian Andersen. No fue difícil encontrarla: la estantería estaba decorada con pequeñas figuras de hojalata y cisnes de cristal. Allí, al lado de *La pequeña cerillera*, encontró una cerradura oculta. Metió la llave, la giró y la pared se abrió con un chasquido y un gemido de madera antigua.

Dentro esperaba un reservado envuelto en terciopelo negro y vino tinto, con una cama alta flanqueada por dos columnas talladas como si fuesen fragmentos de un cuento gótico. El cabecero era una jaula dorada con barras para sujetarse, atarse y jugar. En las esquinas, velas eléctricas simulaban una luz parpadeante que iluminaba los bordes del deseo. Olía a vainilla especiada, a sándalo y a algo más… Almizcle, tal vez. El olor del sexo contenido.

Lía no titubeó.

Agarró a Derek de la capa, lo arrastró dentro y empujó la puerta con la pierna hasta cerrarla con un clic sordo. Él no dijo nada.

Apenas le dio tiempo.

Lo acorraló contra la madera con el mismo ímpetu con el que antes se había sentido salvada por él. Pero ahora no era la rescatada. Ahora era ella la que tenía el poder. Y sin avisar, se aplastó contra su cuerpo, le clavó los ojos con hambre de castigo y lo besó.

Le dio un beso brutal que se sintió como un asalto.

No era ternura ni amor.

Era la guerra. Su guerra interna.

El beso no fue un tanteo suave ni progresivo. Fue una declaración de intenciones húmeda y voraz, con las bocas buscándose con ansiedad después de haber pasado hambre durante años; al fin tenían el manjar frente a ellos.

Lía lo besó con todo su cuerpo, no solo con los labios. Sus caderas se amoldaron al vaivén firme del cuerpo de él, y sus pechos, apenas cubiertos por el vestido de transparencias, rozaron su pecho aún cubierto, generando una descarga que le recorrió la columna. El calor se acumulaba entre los dos como si la habitación respirara con ellos.

Derek no la detuvo. Al contrario. Respondió con la misma intensidad: la sujetó de la cintura, de los muslos, de la nuca, buscó el control incluso cuando lo estaba perdiendo.

Deslizó un muslo firme entre las piernas de ella y la sintió estremecerse contra él. Lía se aferró a su cuello y luego, con la misma urgencia con la que lo besaba, le arrancó la máscara con una

sola mano; quería ver su rostro, sus ojos grises y su expresión de deseo sin filtros.

—¿Hoy no titubeas? ¿No vas a huir? —murmuró él, con voz grave y contenida, como si temiera romper un hechizo que llevaba siete años cocinándose.

Pero no quería que se detuviera. No podía. Deseaba a Lía con una mezcla incontrolable de deseo pasado y rencor actual, una combinación peligrosa a la par que embriagadora. Esa mujer encima de él no era la misma joven de la bahía. Era una diosa vestida de sombras y seducción, una loba con los ojos brillantes de decisión.

—Te dije que iba a jugar —respondió, con la voz ronca de deseo —. Y que esto no sea real no tiene importancia.

Entonces lo volvió a besar, más lento esa vez; jugó con su lengua, marcó el ritmo con los labios; no pensaba darle tregua ni respiro. El vaivén de sus caderas contra su muslo se volvió más notorio, más descarado y suyo.

Le agarró la capa con ambas manos y tiró de ella con firmeza para guiarlo hacia la cama.

Derek, que siempre había creído que su papel era el de dominar, cedió sin oponer resistencia. Había algo en esa Lía madura, segura y sensual que le resultaba absolutamente irresistible. Y por primera vez no sintió la necesidad de controlar. Solo de tenerla.

Se sentó en el borde del colchón y, cuando fue a quitarse la ropa, ella lo detuvo. Entrelazó los dedos con los de él y los llevó por encima de su cabeza mientras se colocaba a horcajadas sobre su pelvis y lo montaba con suavidad, sintiendo toda su dureza a través de las capas de ropa.

—¿Qué haces? —preguntó él, al notar el tintinear metálico en su oído.

Pero no le dio tiempo a reaccionar.

Con un gesto ágil, Lía sacó las esposas de cuero y pelo rojo que había elegido en la juguetería de los elfos y las enganchó con firmeza a las barras del cabecero.

Clic. Clic.

Derek se quedó inmóvil, con los brazos estirados por encima de la cabeza, las gruesas muñecas apresadas y los ojos abiertos como si no diera crédito.

Y Lía, sentada sobre él con aquel vestido negro que revelaba más de lo que cubría, sonrió como una reina segura de su trono.

—Hoy empiezo y termino yo —susurró.

Y su sonrisa era la de una mujer que, por fin, había entendido que el deseo también podía ser poder.

18

Lía lo tenía a su merced.

Y por primera vez en años, se sentía indestructible. Sentía que el poder le vibraba bajo la piel, ese que no nace del rencor, sino del dominio absoluto sobre uno mismo. Allí estaba él, el hombre que más daño le había hecho, el mismo que un día desapareció como un cobarde, ese al que ella había llorado con rabia y con culpa por creerse insuficiente. Y ahora… lo tenía esposado a una cama, mirándola como si fuera un milagro erótico. Debi tenía razón: a veces, para desmitificar a un fantasma, había que tocarlo.

Sonrió. Y se humedeció los labios lento, saboreando el instante cual fruta prohibida. Se inclinó sobre él, con la melena suelta cayendo como una cortina de terciopelo castaño entre ambos. Los ojos de Derek estaban fijos en los suyos y, por un segundo, la rabia, los años y las heridas desaparecieron. Solo quedaban ellos, latiendo bajo la luz titilante de las velas artificiales, con esa tensión que parecía sacada de una vieja canción que aún no sabían terminar.

—Se suponía que debíamos jugar con los juguetes… —dijo despacio, con voz sensual, mientras tiraba con suavidad de las esposas—. Funcionan bien.

—¿Es la primera vez que las pruebas?

Sí, era la primera vez que iba a probar muchas cosas, sobre todo a sí misma en el sexo con el peor hombre de todos, pero no le contestó.

Él tragó saliva, y Lía sintió el cambio inmediato en su cuerpo. Su erección se hizo más grande, más firme, como si el deseo fuera el único idioma que todavía compartían. Y con una pequeña sonrisa que rozó la crueldad, se frotó suavemente contra él.

—Sigues reaccionando igual que hace años. Esto no miente nunca, ¿eh?

Y mientras lo decía, guio sus dedos, esos que aún estaban entrelazados arriba con los suyos, presos, hasta la pretina del pantalón negro. Lo rozó con las uñas con apenas una caricia, pero bastó para que el aire se volviera denso y cargado.

—Eso siempre ha sido sincero —respondió él con la voz ronca.

—Lo único, ¿verdad?

Iba a contestar, pero ella no le dio tiempo. Se contoneó con lentitud encima de él, marcando el vaivén de sus caderas con una cadencia que era puro control. Y entonces, sin teatralidad, se quitó el vestido de una sola pieza, que se deslizó por su cuerpo como si se quita una piel vieja. Lo dejó a un lado con indiferencia.

Y ahí estaba. Con un diminuto tanga negro de hilo que no dejaba margen para la imaginación y los pechos erguidos, redondos, decorados con los aros metálicos que él mismo había elegido. Brillaban bajo la luz cálida como joyas preciosas. Lía sabía que era hermosa, nunca había fingido no creérselo, pero ahora también sabía que era poderosa.

—Estás… —dijo él, incapaz de hilar una frase. Sus ojos lo decían todo. Se le hacía la boca agua porque era una obsesión que volvía a

prenderle la sangre.

Ella vio el gesto inconsciente de Derek, cómo movía las caderas al verla; su cuerpo ya sabía lo que quería, se imaginaba dentro de ella. Y entonces Lía le cubrió la boca con la mano, con los dedos abiertos y suaves, apenas una caricia que lo mandaba callar.

—Esto va de fantasías —murmuró con voz grave y baja, pegada a su oído—. Y prefiero que estés callado, no vaya a ser que lo estropees.

Derek obedeció. Porque la obediencia también puede ser un acto de rendición cuando se sabe que se ha perdido. Y Lía lo sabía. Tenía fuego en la mirada y calma en los gestos, y lo estaba desarmando.

Él creyó que iba a desnudarlo por completo. Que se inclinaría para quitarle el resto de la ropa, que se arrastraría por su cuerpo como un río cálido… Pero no. Lía tenía otros planes. Le bajó los pantalones lo justo, con la determinación medida de quien abre un regalo y sabe lo que hay dentro. Lo suficiente para dejar su erección al descubierto, tensa y expectante.

Lo contempló fijamente. Lo recorrió con la mirada, sin pudor, mientras evaluaba su recuerdo con ojos nuevos. Era el mismo de entonces, grande e imponente, aunque ahora ya no la intimidaba.

Ahora sabía lo que quería.

Había una cajita discreta en la mesita de noche, negra con letras doradas. Lía la abrió con la misma naturalidad con la que se hubiera servido una copa de vino. Estaba llenas de preservativos cuidadosamente alineados como pequeños soldados de látex esperando a que los llamaran al frente.

Se inclinó, alargó el brazo y cogió uno.

—Ya somos adultos. No somos unos niños —dijo sin emoción, pero con firmeza.

—No lo somos —repitió él, con los ojos clavados en cada movimiento suyo. Su voz sonó más grave de lo habitual. Quizá era la mezcla entre la tensión y el deseo lo que hacía que incluso las palabras se le atascaran en la garganta.

—Y esto no es una bahía. Está muy lejos de serlo.

Derek tragó saliva de forma audible. La nuez se le movió hacia arriba y hacia abajo como un péndulo, igual que si algo en él supiera que aquella noche no iba a ser como las otras. Que esa vez no era el recuerdo quien lo tocaba, sino ella misma.

Lía. Distinta e inquebrantable.

Le colocó el preservativo con seguridad y destreza, un gesto aprendido de memoria, pero sin perder la elegancia. Se aseguró de que no quedara aire, de que se ajustara a su tamaño, uno que no era precisamente sencillo, y lo hizo sin vergüenza. Con ese aplomo nuevo que la convertía en una diosa sobre su altar.

—Os falta un curso para aprender a poner un preservativo y hacer unos buenos preliminares —ironizó ella con un deje divertido mientras manipulaba su erección con naturalidad.

—Ese se da mañana —gruñó él, entre dientes, sin dejar de observar fascinado cada uno de sus movimientos. Era como ver a alguien pasar una berenjena por caja. Rápido, certero y con una mirada que lo decía todo menos lo evidente.

Una vez que se lo hubo puesto, Lía apoyó las manos sobre la almohada; le rodeó el rostro con los brazos y lo cercó con el cuerpo. La habitación se estrechó hasta que solo quedaron ellos, envueltos

por el olor a afrodisiaco del ambiente, la tenue luz de las velas eléctricas y el sonido de sus respiraciones cada vez más rápidas.

—¿Te has imaginado esto alguna vez? —susurró ella con un hilo de voz—. ¿O una vez que me dejaste atrás ya no volviste a pensar en mí?

Derek parpadeó. No esperaba que rompiese el juego con una pregunta así que era una daga envuelta en caricias.

—Más bien eso tendría que preguntártelo yo…

Lía sonrió, pero fue un gesto desganado. Era un cínico. Y lo odiaba cuando ponía esa cara de no saber de lo que le estaba hablando.

—¿Has pensado en mí alguna vez?

—Me he imaginado haciéndote cosas que no te hice.

—Dímelas.

—Quiero comerte —dijo él, como un disparo al corazón del momento.

Pero ella fue más rápida. Más hábil.

Le colocó uno de sus pechos, decorado con aquella pinza que potenciaba el dolor y el placer como dos caras de la misma moneda, sobre la boca. Derek no dijo ni una palabra. Lo tomó con los labios y lo trabajó con mimo, con el hambre de quien recuerda a la perfección ese sabor y lo echa de menos.

Después se deslizó hacia el otro, y ella dejó escapar un gemido pequeño y elegante. Era exquisita. Derek la tenía encima, temblando y dominando. Y él, por una vez, poseído.

Cuando no soportó más la estimulación, cuando la lengua y los labios de él se convirtieron en demasiado, Lía se apartó. Jadeaba y

su centro de placer palpitaba con una humedad entre sus piernas que lo decía todo.

—Quiero probarte entre las piernas —dijo Derek, casi sin voz—. Quiero tocarte con mi lengua y lamerte profundamente, Lía.

Ella se sonrojó un poco y un brillo de desafío cruzó sus ojos.

—No seas mandón.

—Esto va de los deseos de ambos —replicó, mirándola con los ojos grises encendidos.

—No. Yo soy la clienta —susurró con ironía, y le rozó la barbilla con un dedo—. Y la clienta siempre lleva la razón. Y la batuta.

Pero incluso la mejor directora de orquesta puede dejarse llevar por su propia melodía.

Así que se dejó caer con suavidad sobre su pecho, reptó hasta colocarse bien, con las rodillas abiertas a ambos lados de su cabeza, y bajó con lentitud, acomodando su centro justo sobre su boca.

Abrió bien las piernas porque también lo deseaba y él sabía cómo tocarla. Porque estaba decidida a quemar ese recuerdo con su propia piel.

Y Derek… Derek cerró los ojos y empezó a tocar el infierno con la lengua.

Y entonces, comenzó la tortura.

Una dulce y despiadada tortura.

Lía no sabía que alguien podía entregarse a ese arte con tanta devoción; cada movimiento de lengua, cada succión, cada caricia con los labios no era solo deseo, sino también venganza, redención y necesidad.

Derek estaba debajo de ella, inmóvil salvo por la boca, pero tan vivo y ardiente que su aliento la quemaba. La tocaba con la punta de

la lengua y hacía presión para entrar en su interior. Y después la succionaba con los labios e incluso sentía que la mordisqueaba con suavidad. Era de locos.

Lía echó la cabeza hacia atrás y después la bajó de nuevo, mientras cabalgaba su boca húmeda y abierta, para fijar sus ojos verdes en los de él, que también la miraba como si se estuviera quemando.

Derek era una bestia sexual limitada de movimientos.

Sus ojos verdes, dilatados por la excitación, ahondaron en los suyos, y lo que vio en ellos no fue deseo, sino fiebre. Una fiebre que los consumía a ambos, que no pedía permiso ni daba tregua.

Y sin embargo, aquel contacto visual era demasiado íntimo y honesto.

Así que se apartó, bajó de su boca para deshacerse del hechizo y volvió a posicionarse sobre su cuerpo. Tenía la piel cálida, los músculos tensos y esa rigidez imposible de ignorar que se alzaba para recibirla.

En esa posición tan erótica y explícita, fue como si se vieran por primera vez, sin máscaras ni disfraces. Entonces encajó los muslos alrededor de sus caderas y le sujetó el miembro para empalarse lentamente en él.

Estaba muy lubricada y húmeda para que Derek entrase.

Hizo presión hasta que la gruesa carne se abrió paso en su cavidad: la ensanchaba despacio, desaparecía muy poco a poco dentro de ella.

—Ah…, joder —gruñó Derek, y echó el cuello hacia atrás.

Sintió que él la llenaba, cómo su cuerpo la reconocía y cada fibra recordaba lo que había intentado olvidar durante años.

Derek dejó escapar un gruñido contenido con la cabeza hacia atrás y las manos aún esposadas sobre el cabecero. Era una visión poderosa y terriblemente sexy.

—¿Qué pasa, Krampus? —susurró ella. Se movía sobre él y dibujaba círculos lentos y torturantes con las caderas—. ¿Te duele algo?

El gemido que se le escapó a Derek de la garganta no fue una respuesta, sino una rendición. Entonces se dejó caer sobre él, lo sintió más profundo, más dentro, y fue como si el mundo se apagara.

—Oh… Lía, me vas a matar…

El vaivén comenzó, cadencioso, medido y eléctrico. Lía no buscaba ternura ni promesas, ni siquiera una conexión. Buscaba el olvido. Y Derek era el único capaz de ofrecérselo y…, al mismo tiempo, el único del que jamás podría escapar del todo.

Y empezó a cabalgarlo. El sexo podía ser sucio, duro, suave, bestia, sin emociones… Lo que fuera, si era consentido. Y así fue, porque ambos habían decidido jugar. Ahora ninguno de los dos sabía lo que surgiría después o cómo quedarían.

Lía sentía la fricción tan adentro y la estimulación con el vello de Derek en el clítoris tan intensa que pronto estuvo en la cresta de la ola.

Él la sacudía por dentro, llegaba tan profundo que Lía tuvo cuidado para no hacerse daño.

Cuando alcanzó el clímax, lo hizo temblando, aferrada a las barras del cabecero y con la frente apoyada en la almohada, junto a la mejilla de él.

No gritó. Solo exhaló, como si su cuerpo se vaciara de todo lo que dolía. Fue un orgasmo silencioso y demoledor.

Dios mío… ¿Qué demonios había sido todo eso? Y supo justo después que no era más fuerte. Que no lo había vencido y que todavía podía destruirla.

Por eso se desclavó de él y se bajó de la cama con determinación.

Él seguía ahí, atemporal, irresistible y esposado.

Se quedó de pie, desnuda, al lado de la cama, mirándolo como una reina vengativa que había conseguido lo que quería.

No lo había exorcizado y debía asumir que ese hombre sí estuvo a punto de destruirla, pero que solo era eso, un hombre. Y ella había sobrevivido sola a su ausencia y a su indiferencia. Y por mucho placer que le diera, no volvería a pasar por eso jamás.

Darle el gusto a él era más de lo que estaba dispuesta a ofrecer, y no se lo pondría en bandeja. Así que se quitó los aros de los pezones con un suave quejido y se los lanzó a la cara. Sin mirarlo, cogió el vestido negro y se lo colocó por la cabeza con dignidad.

—¿Lía? ¿Qué haces?

—Irme.

—Pero… hemos dicho que somos adultos. Yo he dejado a un lado el pasado para jugar contigo ahora, ¿tú no puedes? —Tiró de las esposas con fuerza—. Confiar en ti es siempre una mala idea…

Ella se pasó las manos por la melena para peinársela como pudo y le lanzó una mirada de advertencia.

—No insultes a mi paciencia, Derek. Es en ti en quien no se puede confiar.

—No me dejes así. —Miró su propia desnudez y su erección.

Él estaba con el miembro erecto, el preservativo puesto y vacío, y, además, inmóvil. Pero, al menos, Lía tuvo un detalle con él y le lanzó la capa para taparle la entrepierna.

—¿Lo vas a hacer otra vez? ¿Te vas a largar? ¿Vas a desaparecer? —gruñó él, y volvió a tirar de las esposas con los músculos marcados por la tensión—. Ni se te ocurra.

Ella lo miró con frialdad sin reflejar un ápice de ternura ni una grieta en su rictus.

—No pasa nada por que te quedes así. Estoy segura de que sabrás encontrar una llave para las esposas. Pareces el director de esto, lo controlas todo, ¿recuerdas?

Y con eso, se marchó.

No corrió, ya no temblaba. Tampoco tenía lágrimas en los ojos.

Se fue caminando, con la cabeza alta, como una mujer que se ha hundido hasta el fondo y ha aprendido a nadar en su propio barro.

Cuando cerró la puerta tras ella, Derek se quedó solo, mirando el techo con la respiración entrecortada a sabiendas de que había cruzado una línea sin retorno.

Lo que había hecho con ella, atraerla de nuevo y encerrarla en un juego tan peligroso, podía costarle mucho más que el orgullo.

Eso lo había empeorado todo y ahora estaba muy confundido. Había tardado años en olvidarla y en creer lo que le habían contado sus padres y Brenan de ella. Sin embargo, había personas que siempre tendrían poder sobre las emociones y el corazón de otros.

Y Lía era una de esas que podían costarle el alma, porque no era solo una mujer: era la cicatriz abierta que aún sangraba.

19

La voz de Lía resonaba por la cabaña como una confesión clandestina mientras grababa, entre suspiros, el drama y el colapso nervioso.

—Así que, querida Debi, tu teoría de follarte al ex para darte cuenta de que ya no significa nada para ti es una soberana mierda y trola a la altura del «Entra, que no te voy a pegar» de tu madre, ¿me has entendido? —Se llevó una mano a la frente en un intento de apretarse los pensamientos con los dedos. Estaba tumbada en el sofá, envuelta en una manta que olía a suavizante y dignidad malherida, con el pelo aún revuelto y el cuerpo entumecido por una noche que no había servido para lo que debía—. Que estamos a jueves, Debi. A jueves. —Miró a la grabadora como si la tuviera a ella delante—. Y esta locura acaba el domingo. Me he tirado al padre de Arón por despecho. Y ni siquiera lo sabe. Esto es un despropósito. Soy lo peor. Lo peor. —Se llevó la grabadora al pecho, aunque deseó que fuera una petaca de whisky como la que tenía Clotilde y la apretó contra el corazón—. Y encima tengo una yincana esta tarde con Arón. Porque, claro, como su padre está ausente —pronunció eso último con toda la sorna que pudo reunir—, pues voy yo. En fin… —Suspiró como si expulsara siete años de carga emocional acumulada—. Creo que tendré que volver a terapia con

Becca, porque todo esto me está activando la ansiedad. Esa que te da cuando sales a por pan y terminas atrapada en un retiro sexual con tu ex y el fruto de su semen correteando a menos de una hora de distancia sin que él lo sepa. Una fantasía, vamos.

Hizo una pausa dramática y alzó los ojos hacia el techo como si esperara que este se abriera y cayera sobre ella un manual de *Cómo sobrevivir a un retiro inmersivo con el cabrón de tu ex*.

—Lo mejor sería elegir a otro compañero. Fingir que soy una de esas mujeres desprejuiciadas y muy libertinas, que no lo soy ni me sale, pero oye, igual se me da bien. Lo importante es dejar de estar atada al Krampus. —Y luego susurró, como si el demonio pudiera oírla—: No me suelta ni con agua bendita. Cambio y corto, Debi. Cuando te vea, te mato.

El botón de la grabadora parpadeó una última vez antes de apagarse, y la cabaña se sumió en un silencio doméstico, roto solo por el viento que silbaba en el exterior y por el eco del propio juicio interno de Lía.

Sabía que Derek no tardaría.

Sabía que iría.

Y conociéndolo, estaría cabreado, porque ella lo había dejado esposado, con el cuerpo temblando, el ego herido y, probablemente, con los dientes apretados de deseo y de rabia.

Lo peor de todo era que no se arrepentía. Ni por un segundo.

—Felicidades —se dijo en voz baja, con una leve sonrisa amarga —. Te has convertido en toda una zorra empoderada.

Pero no era tan sencillo.

Porque, por mucho que quisiera enterrarlo, Derek no era un recuerdo.

Era un hombre y estaba ahí, la miraba con esos ojos grises que la noche anterior parecieron leerle el alma y desnudarla más que sus manos.

Pero el retiro no esperaba a nadie, ni siquiera a una mujer emocionalmente agotada, con el corazón desordenado y los pezones todavía sensibles. Así que Lía se levantó, respiró hondo y se dijo, con voz firme:

—Nada de esto me va a matar.

Derek no podía dejar de pensar en Lía.

Era un pensamiento constante, voraz, de esos que no te sueltan ni aunque estés rodeado de montañas nevadas, con la agenda repleta de reuniones con inversores, juguetes sexuales con inteligencia artificial y un ejército de elfos que harían cualquier cosa por ti. Ella estaba en su cabeza como una nota disonante cada vez más fuerte.

Fuera, el sol pálido del Polo brillaba sobre la nieve como si quisiera convencer al mundo de que ahí no pasaba nada. Dentro de su suite privada, con vistas de postal y en un silencio absoluto, Derek estaba sentado tras el escritorio, absorto. Pero no en los números ni en los informes ni en la ficha de los nuevos invitados VIP que llegarían en la siguiente rotación.

No.

Miraba una mierdecilla rosa.

Sí. Una figurita de Árale, con esa cara entre imbécil y feliz, que le había regalado Lía años atrás, en la bahía. El plástico estaba algo desgastado, pero seguía igual de absurda y encantadora. Siempre la

dejaba sobre la mesita de noche a modo de amuleto privado que lo conectaba a algo que no terminaba de comprender del todo.

Recordaba a la perfección lo que Lía le había dicho cuando se la entregó entre risas:

—A los días de mierda, dedícales una sonrisa de mierda.

Y vaya si había tenido días de mierda. Años, incluso.

Pero la noche anterior no lo fue. Por mucho que se despertara esposado a un cabecero y tuviera que rescatarlo la señora de la limpieza, con las cejas arqueadas y esa sonrisita de «he visto cosas peores», no lo fue.

Porque la tuvo a ella. A Lía. Sobre él.

Con esos gemidos suaves que no quería dejar escapar, con la piel ardiente, la mirada entrecerrada que lo desarmaba, con ese cuerpo que ahora conocía mejor que antes y que había vuelto a encender cada centímetro de su memoria táctil. Estaba ahí. Grabada en sus palmas y en su lengua.

Había deseado verla humillada y vulnerable.

Y en cambio, fue ella la que lo dejó esposado, desnudo y empalmado. Se había marchado sin titubear, sin mirar atrás, y lo dejó como a un aprendiz.

Y lo peor no era eso. Lo peor era que no podía odiarla, porque la deseaba más que nunca. Pero lo peor de lo peor era que necesitaba una maldita explicación.

Porque, aunque le jodiera reconocerlo, había creído en esa historia. Había creído en Lía. La había querido como un idiota cree en el amor absoluto, como un niño rico que por primera vez pensó que tenía algo que no se podía comprar.

Y aunque lo obligaron a irse de la bahía, aunque todo se torció y su padre y Brenan se encargaron de llenarle la cabeza de sospechas, razones y distancia, él nunca se deshizo de esa figurita rosa ni de la herida.

Ahora la tenía de nuevo cerca. Cada vez que pensaba en ella, en sus movimientos, en la forma en que lo usó, como si no le importara, se le encendía algo entre las costillas. Una mezcla de rabia, hambre y desorientación. Una suerte de droga tóxica que no sabía cómo erradicar.

Pero eso tenía que cambiar.

Se levantó. Se ajustó el reloj y respiró hondo.

Era el dueño y el director de ese retiro. Era lord Krampus por la noche.

Pero durante el día también podía ser el hombre que pusiera a esa mujer en su lugar.

Porque Lía no podía seguir viéndolo como un juguete.

Iba a encontrarla.

«Voy a seguir jugando».

Derek llegó temprano a la oficina esa mañana. No había dormido más de tres horas, pero el insomnio no era nuevo. Estaba acostumbrado a funcionar con poco descanso, especialmente cuando tenía mil cosas en la cabeza que resolver.

Encendió la pantalla táctil y desplegó el panel de control del retiro. Vio todos los QR activos, los chips de localización funcionaban y habían reforzado los protocolos de seguridad forestal después del incidente con los renos.

Dio instrucciones rápidas por intercomunicador a los responsables de mantenimiento de los caminos nevados y comprobó los reportes de la noche anterior: todo estaba limpio y aparentemente en orden.

Excepto ella.

Buscó el nombre Lía Castellanos en el panel, por rutina y por necesidad. El punto rojo seguía en la cabaña. Sonrió con un gesto torcido porque quizá dormía. Tal vez pensaba en él. O en cómo matarlo.

—Krampus —interrumpió una voz suave desde la puerta—, le traigo su café.

Sara, una de las chicas del equipo, disfrazada de elfa como dictaba el uniforme, le ofrecía una taza con la familiaridad de saber cómo le gustaba: fuerte, sin azúcar y sin tonterías.

—Gracias, Sara —dijo Derek mientras se incorporaba y tomaba la taza entre las manos.

—El señor Brenan está aquí. ¿Quiere que pase?

Derek asintió. Se acercó a la percha para coger el abrigo de cuero negro, ese que usaba cuando necesitaba parecer más impasible de lo que se sentía, aunque no llegó a ponérselo.

Brenan entró como siempre, sin pedir permiso.

—¿Cuándo pensabas decirme que Lía Castellanos está aquí? ¿Y que has decidido jugar con ella? ¿De qué va todo esto?

Derek no titubeó. Ni siquiera pestañeó.

—Ha sido una desafortunada casualidad. Eso es todo. Y cuando la descubrí, quise hacerle pasar un mal rato. ¿Hay algún problema con eso?

—¿Y eso es todo? ¿Tengo que recordarte lo mal que lo pasamos todos por culpa de ella? ¿Lo hecho polvo que estabas? Esa chica

jugó contigo, Derek. ¡Contigo! —Levantó una ceja—. ¿Lo has olvidado?

—No me he olvidado de nada. —Derek bebió un sorbo de café y lo dejó con calma sobre la mesa—. Resulta que Debi tiene un Tiéntate en propiedad. Al ser una de las mejores vendedoras, la premiaron con una plaza en este retiro y decidió regalársela a Lía, que apareció aquí sin tener idea de qué tipo de experiencia era.

—¿Y tú te lo crees? —Brenan soltó una carcajada irónica—. Por favor, esas casualidades no existen, tío.

Derek lo miró con una serenidad peligrosa.

—¿Tú sabes que Edgar Allan Poe escribió una historia idéntica a un naufragio que ocurrió años después de su muerte, con los mismos nombres y detalles? ¿O que dos hermanos gemelos murieron atropellados por el mismo taxi, con una hora de diferencia y en el mismo sitio? ¿De verdad quieres hablar de casualidades?

Brenan lo miró frustrado. Tenía razón, maldita sea.

—Esa tía va a hacerte el lío otra vez. Siempre has sido demasiado blando con ella. Y, además, ¿la has visto? ¡¿Cómo ha cambiado tanto?! ¿Qué se ha hecho?

—Lía siempre fue guapa —replicó Derek con sequedad.

—Y gorda.

—Tenemos ideas distintas de lo que eso significa. Para ti, que no tengan una 36 es estar gorda. Para mí, eso me la suda.

—Ahora sí tiene una 36. O una 38… —gruñó Brenan.

—Tío, madura. Hablas como mi madre hace unos años. —Derek negó con la cabeza.

—¡Joder con Lía! Está… buenísima. ¿Qué sabemos de ella ahora?

Derek no contestó. Porque la verdad era que no sabía nada de ella. Ni dónde vivía ni a qué se dedicaba. Solo conocía lo esencial: que lo estaba volviendo loco, más que antes, y que ahora tenía más carácter que cuando la conoció.

—Sabemos que está aquí a la fuerza. Y que así seguirá hasta que a mí me dé la gana.

Brenan lo miró un segundo en silencio… y luego sonrió.

—Le vas a dar de su propia medicina, ¿eh? —Derek se colocó la chaqueta sin responder—. Sea como sea, no te fíes, Derek. Las mujeres son un problema. Y Lía no se llama así por casualidad, aunque tú quieras creer que sí.

Derek chasqueó la lengua.

—Sé lo que me hago. ¿Te vienes a uno de los talleres? —preguntó, sabiendo a la perfección que Brenan solo asistía a lo nocturno, lo VIP y lo financiable.

—No. Tengo que entretener a los inversores de Canadá que llegan hoy. Y a los influencers que no saben distinguir un orgasmo de un filtro de TikTok. Hay que tratarlos bien.

—Para eso estás tú. —Le dio dos palmadas en el vientre y Brenan se encogió como si le hubiese tocado el ego—. Pon tu mejor cara de niño bueno y tráeme esa inversión. Vamos a revalorizar y a lanzar Tiéntate a bolsa por todo lo alto.

—Sí, señor. Y tú guarda el pajarito con esa gata, porque como te descuides, te despluma otra vez, pipiolo.

Derek le enseñó el dedo corazón sin decir una palabra y salió de la oficina con una media sonrisa en los labios.

Lo cierto era que, aunque quería a Brenan, su tono lo cabreaba. No le gustaba que hablara así de Lía, porque lo que Derek no iba a

admitir en voz alta era que ella seguía siendo su punto débil.

El taller se llamaba «Las cicatrices también son tuyas, y son bellas», y Vontra, la terapeuta con nombre de emperatriz de telenovela turca, no decepcionaba. Vestía una túnica de terciopelo magenta con estampados de lunas y constelaciones mal cosidas, y tenía el don de hablar como si fuera la hija secreta de Charo Reina y Bertín Osborne después de un retiro de tantra.

Lía estaba tumbada en su esterilla, con la manta sobre las piernas y los ojos cerrados. Intentaba respirar como Vontra decía:

—Inhalad como si vuestra exsuegra os oliera a distancia y exhalad como si por fin le dijerais todo lo que pensáis sin filtro.

A su lado, Clarita rompió a llorar de pronto. Era un llanto de esos que vienen del fondo, sin previo aviso, como un aguacero emocional.

Lía se sobresaltó, giró un poco el cuello sin abrir los ojos y murmuró:

—¿Clari? ¿Qué te pasa? —Iba a moverse, pero Vontra la detuvo sin mirarla siquiera; solo alzó una mano de uñas flúor.

—Quieta, niña, que esto es como la Ouija emocional: si rompes el círculo, se va el espíritu.

La terapeuta se acercó con sus chancletas acolchadas de yoga *deluxe* y se agachó al lado de Clarita, que se tapaba la cara con las manos. No le pidió permiso al apartarle con suavidad los dedos del rostro antes de preguntarle en voz bajita pero teatral:

—A ver, ser de luz, ¿qué herida llevas guardada entre el ombligo y el coño?

Lía ahogó una carcajada. ¿Acababa de decir eso tal cual?

Clarita sorbió con fuerza y, entre hipidos, se explicó:

—Siempre he sido grande. Siempre. Desde pequeña. Me decían «la gorda feliz» y yo… me lo creí. Me hice la payasa, la simpática, la que siempre está de buen humor, para que nadie mirara más allá del chiste. Y luego vino Piter, y fue tan bueno, tan adorable… que me dio miedo. Pensé: «Si algún día me deja, ¿quién más me va a querer así?». Y lo sigo pensando. Me da miedo que algún día piense que ya no le gusto o que se fije en otra más delgada que yo.

Lía parpadeó conmocionada. No porque no supiera que Clarita tenía un pasado, sino porque acababa de escuchar la verdad oculta tras su alegría contagiosa. Vontra la abrazó, envuelta en incienso.

—Amor mío, tú no eres la gorda feliz. Eres la valiente disfrazada de fiesta. Te escondiste detrás del humor para sobrevivir, y eso tiene más mérito que cualquier dieta. Y si Piter te quiere, que te quiera bien. Y si no, que se vaya a inflar globos con los codos.

Clarita rio entre lágrimas y Lía sintió que se le encogía algo por dentro. No todas las cicatrices se veían.

Vontra se levantó y miró al grupo con el aplomo de una diosa del caos emocional:

—Las cicatrices no se borran. Se honran. Así que, a partir de ahora, cuando os miréis al espejo, decid: «Aquí estoy. Y soy suficiente. Con lo que fui, con lo que dolió y con lo que vino después».

Lía cerró los ojos de nuevo. Aquella mañana no había querido salir de la cama y había tardado más en ponerse en movimiento. Pero estar allí, rodeada de mujeres que, como ella, habían sobrevivido a cosas que no se contaban en Instagram, empezaba a parecerle un acto de amor propio.

Incluso aunque le doliera.

Después Vontra las envolvió a todas en una manta térmica similar a un trozo de papel Albal para almas remendadas. Pero allí estaba. No solo por el taller, sino porque intuía que necesitaba más esa sesión de lo que quería admitir.

Escuchaba los testimonios de las mujeres como si fueran mantras. Algunas hablaban de la vergüenza por sus cuerpos, del miedo a dejar de gustar, del dolor de no gustarse nunca. Una lloró porque su marido la dejó tras la menopausia, otra porque creía que su valía se había quedado pegada a las fotos de cuando pesaba veinte kilos menos. Se oían sollozos, resoplidos y suspiros. Clarita volvió a llorar de emoción con cada relato.

Pero Lía no derramaba ni una lágrima. Se contenía como quien tapa una grieta con el dedo a sabiendas de que el agua llegará.

Y entonces, llegó el turno de una mujer que hablaba como si viniera de otro tiempo. Elegante, suave, con una voz que no pedía permiso. Todas seguían tumbadas, mirando el techo a modo de cielo interior, así que Lía no la veía. Eso sí, algo en aquella voz le hizo contener la respiración.

Vontra, como siempre teatral, se acuclilló junto a ella, le palpó el pecho con una mano llena de anillos y dijo:

—Aquí hay hielo, cariño. Hielo como en *Frozen*. A ver, cuéntame, ¿qué mierda han hecho contigo?

La mujer tardó un poco en responder. Luego habló con lentitud; no necesitaba que la creyesen, porque por fin había entendido su verdad.

—Siempre fui una mujer entregada a las formas del poder. Lo entendí así desde pequeña. Mi entorno y mi educación…, todo me

preparó para eso. Me enamoré muy joven. Y me casé pensando que ese hombre era mi paraíso. Pero pronto descubrí que se acostaba con todas… menos conmigo. —Hubo un murmullo silencioso de empatía a su alrededor—. Y cuando le pregunté por qué, me culpó a mí. A mis arrugas, a mi edad y a mi cuerpo, que me esforzaba en cuidar. Me dijo que ya no le despertaba deseo…, que debía conformarme con la estabilidad. —Vontra apretó la mano de la mujer sin interrumpirla—. Durante años me creí que era poco y que eso era suficiente. Que había caducado. Que el amor se marchita con el tiempo y que lo natural era que te reemplazaran. Y me volví de hielo. Fría y perfecta. Impecable. No me permití desear, llorar, sentir. Fui como una estatua, con el corazón encerrado en una caja fuerte. Y en ese proceso… dañé a otros, mucho más de lo que imaginaba. Me volví cínica e insensible porque pensé que era la única forma de sobrevivir.

Hubo un silencio. De esos que pesan y que aprietan el pecho. Lía tenía los ojos muy abiertos. No quería emocionarse, pero la voz de esa mujer le arañaba algo por dentro. Algo que no tenía nombre pero que ardía.

—Y ahora —continuó la mujer— quiero aprender a ser otra vez quien fui. Quiero recordar cómo era amar sin miedo y llorar sin vergüenza. Quiero volver a tocar a alguien y no sentirme de mármol. Porque me lo debo.

Entonces, como si supiera con exactitud qué hacer con ese tipo de confesiones, Vontra la miró de reojo y sentenció:

—Reina, lo que tú necesitas es que alguien te empotre contra tus propias barreras emocionales. No hablo de sexo, sino de corazón.

Que te folle el alma y te diga que el hielo no sirve para nada más que para enfriar cubatas.

El grupo entero soltó una carcajada entre lágrimas. Fue tan absurdo, tan inesperado y tan maravillosamente catártico que todas rompieron en risa y soltaron por fin todo lo que se había quedado atrapado entre las costillas.

Lía se rio también. Porque sí. Porque tenía ganas. Necesitaba ese momento de liberación, aunque no entendiera del todo qué estaba soltando.

Y lo que más miedo le daba a Lía era que, durante un segundo, esa mujer que hablaba de hielo le recordó a otra… A una que conocía muy bien. Aunque no era momento de pensarlo.

—¿Y a esta jovencita de aquí?

La voz de Vontra sonó entre risueña y solemne, como si estuviera a punto de sacar una carta del tarot y anunciar el fin del mundo o el inicio de una nueva era. Revoloteó alrededor de Lía como una bruja buena con monos brillantes en los pendientes y la energía de una médium deslenguada mezclada con la de una terapeuta emocional con diez másteres en desahogo femenino.

Se agachó hasta tocarle las rodillas y la miró de abajo arriba con un gesto inquisitivo.

—Tú no te has hecho muy amiga del sexo, ¿eh? Hay un colapso general en el vientre, en tu chakra más íntimo… Te faltan tres en uno: lubricación, oxigenación y meneo. ¿Qué ha pasado? ¿Tienes muchos bloqueos, chiquita? Cuéntaselo a la tía Vontra, que tiene poca vergüenza y muchas pistolas.

Lía soltó una carcajada inevitable, pero no le llegó al estómago. Se le quedó en la garganta, medio enganchada con la vergüenza. ¿Qué

iba a decir? ¿Que la habían dejado destrozada y embarazada, y que desde entonces la intimidad era como caminar descalza por un campo minado?

Pero Vontra no necesitaba respuesta. Cerró los ojos y le colocó la mano sobre el vientre con tanta delicadeza que Lía no tuvo ni tiempo de tensarse.

—Tienes el corazón roto —dijo simplemente, como si lo hubiera leído en braille en su piel—. Y noto —añadió bajando la voz— que te has cargado de responsabilidades que no pediste. Te has cerrado al amor porque algo te hizo sufrir hasta el punto de enfermar…, aunque no te lo permitiste.

Y entonces, sucedió.

Lía sintió que algo se abría como una presa vieja. No fue un sollozo ni un lamento. Fueron lágrimas mudas, gruesas, que se derramaron como si llevaran años esperando. Le caían por las comisuras de los ojos, resbalaban hasta sus sienes y empapaban la esterilla. No eran escandalosas, eran lágrimas antiguas, de esas que vienen desde las tripas.

Vontra no dijo nada. Solo le acarició el vientre con ternura y luego le pasó un pañuelo con dibujos de sirenas.

—Suéltalo, pajarito. No puedes quedarte con lo que te hace daño. Tienes que soltar.

Lía se humedeció los labios. Sentía que si hablaba, se rompería en mil pedazos. Pero algo en el ambiente, en aquella sala y en las otras mujeres que escuchaban en silencio, le dio permiso para hablar. Como si su voz por fin tuviera un lugar.

—Hace años me rompieron el corazón. Me lo partieron en mil pedazos —dijo con un hilo de voz—. Cuando ese hombre

desapareció. Y me dejó un regalo que nació nueve meses después. Nunca se puso en contacto conmigo, así que fui mamá sola—. Escuchó un suspiro entre las esterillas y el sonido de un nudo colectivo al deshacerse—. Mi cuerpo después del embarazo no estaba bien. Me esforcé mucho en recuperarme. En volver a gustarme, aunque nunca lo hice del todo. Tenía estigmas mentales desde la adolescencia, porque no era escuálida y arrastraba miedos e inseguridades. Y después, sola con mi hijo, tuve que sacarlo todo adelante… El trabajo, la casa, la crianza, la autoestima… Y no me quedó tiempo para enamorarme, confiar ni para buscar sexo. Solo el justo para no volver a ser virgen —ironizó con tristeza—. Pero sin emociones. Sin nada que recalcar.

Vontra, que la escuchaba como si leyera un poema, le secó las mejillas con suavidad y le acarició el cabello.

—A veces somos muy duras con nosotras mismas, ¿verdad? Nos dan un palazo de jovencitas y encima tenemos que crecer rápido. Madurar por culpa de la polla de un gilipollas… y cargar con responsabilidades que no nos pertenecen—. Se puso de pie como una actriz antes de su monólogo estelar, al tiempo que extendía los brazos con teatralidad y echaba a andar entre las esterillas—. ¡Y encima tenemos que estar guapas! ¡Ser madres excelentes! ¡Tener la casa como si viniera Netflix a grabar! ¡Ser económicamente independientes, emocionalmente autosuficientes y sexualmente disponibles…, pero sin pasarnos! ¡Y solas! Porque ya no queremos apoyarnos en nadie que nos decepcione. ¡Normal que nuestros chakras se escondan como tortugas! Pero escuchadme bien, diosas en paro emocional: nuestros cuerpos merecen que los toquen, los quieran y veneren. Merecen mimos. Y un buen saqueo también. —

Las mujeres rieron entre lágrimas. Algunas aplaudieron sin hacer ruido—. No es incompatible querer placer y paz. El sexo no es sucio y el deseo no es indigno. Tenemos derecho a que nos follen, a follar, a que nos quieran y querer. A ser diosas y putas. A reír, a llorar. A vivir enteras. Porque lo que no se vive… se enquista en el alma y en el cuerpo. Y no quiero que ninguna de vosotras viva a medias.

La sala se llenó de un silencio reverente. Como si todas acabaran de recibir una absolución emocional.

Lía se quedó tumbada, mirando el techo, y respiró hondo. El nudo en su pecho seguía ahí, pero más pequeño y manejable. No sabía si estaba preparada para sanar del todo, pero al menos, por primera vez, sintió que no estaba sola en la trinchera y que, como ella, muchas habían atravesado si no lo mismo, cosas igual de difíciles.

Todas acarreaban culpas y pasados dañinos que debían afrontar. Y aquel retiro, por increíble que sonase, las había expuesto a todo eso.

20

Había salido del taller corriendo. Estaba frágil y no se veía capaz de un abrazo grupal, aunque lo necesitara.

Lía caminaba sola entre los senderos nevados del retiro mientras las botas se le hundían con suavidad en la alfombra blanca que lo envolvía todo. El frío le enrojecía las mejillas, pero no era nada comparado con la marea que llevaba dentro. La tía Vontra, a la que desde hoy medio adoraba y medio temía, le había abierto una compuerta interna que llevaba años sellada con hormigón emocional y una sonrisa funcional.

Había soltado lo que jamás se había permitido ni siquiera recoger en su diario de notas de voz para Debi. En voz alta, en un jodido retiro controlado por Derek.

Lo dejó ir todo: lo que había callado entre entrevistas, presupuestos y reuniones. Lo que había disfrazado con humor ácido, ropa bonita y frases del tipo: «Estoy bien, no me hace falta nadie».

Pero ahora sabía que eso no era cierto. Había sobrevivido, sí, y había sido fuerte, mucho más de lo que jamás imaginó que podría ser. Había creado su propia empresa, la había hecho crecer mientras criaba a Arón, le había dado una vida preciosa y un entorno lleno de amor, y eso era un logro que ninguna maldita cicatriz le arrebataría. Pero en el camino, algo en ella se había congelado. Algo que, al

reencontrarse con Derek, no solo se había derretido… sino que se había incendiado.

Porque él no era solo un ex. No era «un chico con el que salió una vez». Era su gran amor, el gran dolor, el principio y el fin de muchas cosas. El detonante de su oscuridad, el primer beso en la bahía y la primera vez que se sintió deseada por alguien que la hacía sentir única. Y también el primero en romperle el corazón con un silencio tan atronador que aún retumbaba cuando lo veía sonreír con esa media mueca cínica y segura que la atraía tanto como la sacaba de quicio.

Por eso se había blindado. Por eso había creado una versión de sí misma eficiente e incuestionable. Porque si se lo curraba, si lo hacía todo bien, nadie podría volver a desarmarla. Nadie volvería a decidir que no era suficiente y desaparecer dejándola con una vida creciendo dentro del vientre y una pregunta en el pecho: ¿por qué?

Pero Derek estaba ahí. Y era tan guapo, tan magnético, tan cabrón… Tan igual y distinto que verse a ella misma perder el control era como contemplar a una desconocida reflejada en el espejo. Y sin embargo, allí estaba, temblando de emoción después de un taller de chakras porque una mujer disfrazada de arcoíris le había tocado el vientre y le había dicho: «Tienes el corazón roto».

Se abrazó a sí misma tratando de tapar con los brazos el agujero que aún tenía dentro, y después se recolocó el gorro en la cabeza.

Pensó en Arón, en su risa, en sus rizos oscuros, en su manera de llamarla «Bruja Escarlata». Por él había tenido que convertirse en la mujer que era hoy. Y lo haría mil veces más. Pero por primera vez en mucho tiempo, se permitió llorar un poco más no por debilidad, sino por haber aguantado tanto en silencio.

Lo que no sabía Arón era que su madre escondía una historia mucho más oscura y poderosa que cualquier hechizo de cómic. Como la historia de la Bruja Escarlata.

Porque en el fondo, Lía sí la conocía bien, desde antes de descubrir que tendría un hijo y desde mucho antes de saber cuánto amor podía caberle en el pecho. La Bruja Escarlata no era solo una heroína incomprendida, era una madre rota. Una mujer que, en una dimensión de ficción, renunciaba a sus hijos para darles la oportunidad de vivir sin su dolor, lejos de su caos. Los entregaba a una vida mejor, aunque eso implicase desaparecer de la suya. Era el sacrificio supremo, el de una madre que lo da todo por amor.

Pero Lía, por mucho que se disfrazara, no era Wanda Maximoff. No podía ni quería renunciar a Arón. No iba a sacrificarlo para que viviera una vida sin ella, aunque esa fuera la decisión más heroica según algunos cuentos. Porque Arón era su mayor verdad. Le había dado la mejor versión de sí misma, aunque a veces solo tuviera trozos para repartir. Él era el motivo de cada batalla y de cada paso hacia delante y por eso protegerlo de Derek se había convertido en algo visceral.

No podía enterarse. No debía. Porque Derek era el pasado sin resolver. Y aunque Lía no estaba segura de muchas cosas, sí sabía una con certeza: no pondría a su hijo en peligro. No permitiría que Arón se viera envuelto en una historia que no le pertenecía y que rompería su inocencia.

Así que tomó la peor decisión de todas, pero la que mejor la hacía sentir en ese momento, inmersa en un pequeño ataque de desesperación y pánico: quería estar con Arón y formar parte de su yincana, y estaba cansada de sentir que vivía en un encierro.

Ella era una chica observadora, sabía dónde se guardaban los quads y los cuatro por cuatro que usaban los trabajadores para moverse por el retiro. Solo tenía que acceder a uno de ellos y darle al acelerador.

Las rutas estaban tan bien señalizadas que no le costaría nada encontrar la puerta de salida.

Ni se le pasaba por la cabeza filtrar nada o usar la información que tenía en contra de Derek. Solo quería estar con su hijo y no fallarle.

¿Era eso un delito? ¿La castigarían por eso?

Se coló en el garaje de donde Derek había sacado la moto de nieve y comprobó que, como esperaba, los vehículos tenían las llaves puestas.

Derek podía confiar en su personal al cien por cien. Pero ella no trabajaba para él y, además, era por un tema de fuerza mayor.

A sesenta kilómetros del mundo Tiéntate, se encontraba el Polo Infantil, el campamento navideño en el que Lía había dejado a Arón pasar los días más movidos y entusiastas de su vida mientras a ella le reconectaban todos los chakras del cuerpo.

Llegó mucho antes de la yincana para comer con él. Y al entrar en el complejo, lo vio reír con una elfa mientras practicaba para la carrera de trineos.

Lía lo miraba a lo lejos con el alma encogida y la determinación encendida. Dios, había cometido una locura y estaba allí, fuera del mundo de Tiéntate, sin permiso, pero con la ansiedad ya mucho más controlada.

El taller la había removido tanto que la puso frente a un espejo. Puede que ella hubiese fallado en muchas cosas, pero no en su papel de madre. Nunca en eso. Y por él sería capaz de mentir, de escaparse de una cárcel y de fingir. Porque no era una bruja trágica ni una heroína rota. Era una madre. Y su magia era proteger lo que más amaba, aunque eso la destrozara en silencio.

El frío la envolvía, pero ya no le molestaba. El dolor, por primera vez, tampoco. Porque al fin, gracias a Vontra, había puesto palabras a su herida. Y quizá, solo quizá, eso era el principio de empezar a sanar.

La sorpresa que se llevó Arón al verla allí mereció cada lágrima de ansiedad de la mañana. Lía no había previsto cuánto la sanaría ese abrazo ni en un millón de años.

—¡Maaamiii! —gritó Arón, y echó a correr con los brazos extendidos, corriendo las botas llenas de nieve y la sonrisa resplandeciente.

Ella se agachó justo a tiempo para recibirlo y abrazarlo fuerte. Tanto que, por un momento, el mundo se detuvo. Arón le rodeó el cuello con los brazos y la llenó de besos sin preocuparse de quién miraba, porque era de esos niños puros, sin filtros emocionales, que abrazaban cuando lo sentían y decían «te quiero» sin miedo a parecer cursis.

Sonia, la niñera al cargo, saludó amable a Lía y la volvió a felicitar por el hijo tan estupendo que tenía.

—Gracias por cuidar tan bien de él —dijo Lía.

Sonia sonrió y los dejó a solas.

—¡Hicimos un muñeco de nieve, mami! Pero tenía cara de simio… —empezó a contar sin respiro—. ¡Y después hicimos una carrera de trineos con las elfas y gané! ¡Y me dieron esto! —Levantó un trofeo brillante y absurdo con forma de reno saltarín—. ¿A que mola?

—Es el mejor trofeo del mundo —dijo Lía, fingiendo que no se le empañaban los ojos ni el alma.

—¿Vas a venir a la yincana conmigo? —preguntó con esa emoción que no se compra ni se entrena.

—Claro que sí. Por eso estoy aquí.

—Pero has venido antes…

—Así comemos juntos, ¿te parece?

—¿Podemos ir a la hamburguesería de Navidad que hay fuera del campamento?

—¿Dónde si no? —Ya la había visto al aparcar el cuatro por cuatro y, aunque había sentido muchos nervios al huir del complejo, tenía el apetito tan abierto como el de Arón.

—¡Eh! ¡Ella es mi mamá! ¡Juega a la Play, gana carreras de sacos y hace los mejores espaguetis del mundo!

Lía soltó una carcajada sin poder evitarlo. Le removió el pelo con ternura. Le daba igual no estar en los juegos sexuales del retiro o perderse los discursos de diosas del placer…, aquello era lo más puro y feliz que podía experimentar.

Tomó su manita cálida y caminaron hacia el local de hamburguesas infantiles con decoración navideña, donde los menús felices venían con galletas de jengibre y pegatinas de elfos.

Pero justo antes de entrar en el local, el destino, con su humor negro, decidió volver a jugar con ella.

Se chocó de frente, literalmente, con Derek.

O, como lo llamó en su mente, el Demonio.

Y no estaba solo. Sujetaba con la correa a un imponente husky de pelaje gris plateado y mirada serena. Derek la miró… y se quedó petrificado. Por su aspecto, parecía que se le hubiera parado el corazón por un segundo. El perro llevaba en la boca un juguete, un chupete de goma gigante que hizo la escena aún más ridícula e insoportablemente simbólica.

Lía sintió cómo se le contraía el estómago y la sangre se le congelaba en las venas. Arón, inocente, no soltaba su mano. Estaba a punto de entrar al paraíso de las hamburguesas… y se topaban con el mismísimo infierno.

Derek miró al niño. Y al instante algo se tensó en su expresión. El parecido era evidente. Era como mirarse a sí mismo en versión miniatura. Los rizos oscuros y cortos, la nariz, el gesto valiente de los ojos grises… La mandíbula le tembló apenas, pero de sus labios no salió nada.

¿Derek la había seguido hasta allí?

—Tu pulsera tiene un localizador, ¿lo habías olvidado? Y los vehículos del retiro también —dijo con voz más helada que el Polo—. Te has saltado casi todos los límites de velocidad de la autopista.

Mierda. La había estado controlando en todo momento. Debió imaginarse que podía suceder eso, pero en su neblina mental provocada por los nervios no creyó que fuera capaz de seguirla. Lía notó que el miedo, la inseguridad y el caos le invadían las costillas. El cuerpo le pedía huir y no volver. En cambio, apretó la mano de Arón con más fuerza.

Y entonces, como si no fuera suficiente, apareció ella.

Marisa.

—Llevo siguiéndote con el coche todo el trayecto. ¿Por qué no me coges las llamadas? —decía la mujer mientras se acercaba hasta ellos—. ¿Y por qué diantres corres tanto por la autopista? Tenemos que hablar, Derek… —Iba vestida con un chándal de cachemir blanco, gafas de sol de montura dorada y un gorro de lana de marca que costaría lo mismo que un mes de alquiler en el centro de cualquier capital. Y entonces, al verlos, se quedó callada unos segundos hasta que dijo—: Pero ¿qué tenemos aquí…? —preguntó con una sonrisa que parecía sacada de una pasarela helada.

Y en ese momento, a Lía se le encogió el alma. La voz era la misma que había escuchado tumbada sobre la esterilla del taller. La mujer que habló de su marido infiel, de su corazón congelado, de su arrepentimiento… Aquella confesión que le había resultado tan familiar… era de Marisa, por eso le parecía una voz conocida.

El mundo giró como un carrusel, porque ella también se había desnudado emocionalmente delante de ella y de veinte mujeres más. Dios santo.

Lía tragó saliva. ¿Cómo podía ser tan desgraciada?

Se quedó quieta, pegada a su hijo.

La mirada de Derek ya no era fría, sino que estaba atravesada por una tormenta.

Marisa se quedó observando con atención de cirujana.

El perro gruñó bajo.

Y Lía sintió que estaba a punto de estallar algo tan grande… que ni las luces navideñas podrían disimularlo.

El frío parecía intensificarse alrededor de Lía mientras Arón, con la inocencia como único abrigo, señalaba al enorme husky gris con una sonrisa de asombro.

—Eh, mami, ese perro lleva chupete —dijo con total naturalidad, lo que provocó una leve carcajada de Marisa y una contracción en el párpado izquierdo de Lía.

—Chist, Arón —le dijo ella.

Ahí estaba. Derek. Con el perro más intimidante y adorable del universo. Y Marisa, la gran señora de las Tierras Heladas. Las dos personas que, en tiempos diferentes, habían logrado erosionarla hasta los huesos.

Y sin embargo, Marisa no parecía esa arpía elegante de costumbre. No tenía un rictus de desprecio ni una sonrisa gélida. Se quitó las gafas de sol, modelo «diosa nórdica en vacaciones», y miró fijamente a Lía, a Arón y a Derek. A Lía otra vez. Y de nuevo a Arón. Cada vez más tiempo. La mirada cada vez más profunda. Y carraspeó como si fuera a decir algo, pero no lo hizo. Se tragó lo que fuera y, en su lugar, solo reinó un silencio que cortaba la respiración.

Habría sido cómico si no hubiera sido porque Lía estaba segura de que su vida entera podía explotar como una bomba de relojería.

Ella y Marisa se observaron largo y tendido, como si supieran lo que había en el corazón de la otra, porque ahora sí lo sabían. Después de aquel taller donde ambas habían sangrado desde la voz, ya no eran dos extrañas.

Pero Derek… Derek era un ignorante en ese triángulo. Y aún no sabía la profundidad del agujero en el que estaba cayendo.

—Tu perro, Lía, tiene cuerpo de niño —soltó Derek con torpeza, mirando a Arón como si necesitara convencerse de que no estaba

viendo lo que veía.

—Yo no soy un perro. Soy un niño. Pero yo no llevo chupete —replicó este con desparpajo, y lo miró como si fuera el tonto de la clase.

Lía tragó saliva.

—¿Te llamas Arón? —preguntó Derek, con una voz más suave y baja.

—Sí —contestó él, levantando el mentón con valentía.

—Arón, cariño —intervino Lía con rapidez; sentía el calor ascenderle al cuello—. Ve adentro y mira qué juguetes tienen los Happy Meals, ¿vale? Mami entra ahora.

El niño vaciló. No quería irse, pero obedeció. Y antes de hacerlo, acarició la cabeza del perro con naturalidad. El animal gimoteó, agitando la cola.

—No muerde, ¿no? —preguntó Lía, sin apartar la vista del animal.

—¿Slump? No —respondió Derek.

—¿Slump? —repitió Arón, iluminándose—. ¡Como el inventor de Árale Chan, mami!

Lía cerró los ojos; sentía que se le partía una ceja de puro estrés.

Derek hizo una mueca extraña. Un gesto que mezclaba asombro, ternura y culpa. Parecía que una parte de él quisiera reír, otra llorar y la tercera buscar un rincón donde esconderse.

Y Marisa… estaba llorando. O al borde del llanto, porque tenía los ojos empañados y el maquillaje perfecto a punto de fallar.

—Arón, ve adentro —ordenó Lía una vez más, esa vez sin réplica.

—Vaaale… —masculló el niño con un último vistazo al perro.

Lía soltó el aire contenido como si acabara de salir de una piscina demasiado profunda.

—Señora Alemany, aunque todos sabemos ya que no se llama así —dijo con voz seca, mirándola a los ojos—. Cuánto tiempo.

—S-sí —contestó Marisa, sorprendida por no recomponerse con rapidez—. Mucho tiempo…

—Mejor la llamo señora Krampus, ¿no? —añadió Lía sin sarcasmo, solo con una ironía que pinchaba como alfileres.

Derek seguía inmóvil. Aún con la mirada fija en la puerta por donde había entrado Arón, como si el mundo acabara de desmoronarse.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Lía, por fin.

—Reconectar. Ver a mi hijo… y trabajar —respondió la mujer con una voz que intentaba sonar segura, pero que tenía la textura de una hoja de papel mojado.

Lía la observó, le recordó a un edificio que ya se derrumbó una vez y no tenía intención de volver a pasar cerca de él. No la creía. Pero después del taller…, no sabía si debía hacerlo del todo. El alma de esa mujer estaba tan rota como la suya. Quizá más.

—¿Tienes un hijo, Lía? —soltó Derek herido, con una mezcla de sorpresa e incredulidad. Fue como una bomba.

Lía volvió a respirar hondo.

—Sí, ya ves —respondió sin adornos—. El crío que anda y habla no es una galleta navideña de jengibre.

—¿Y qué haces tú aquí? —quiso saber Marisa, sin ser exigente.

—Lía estaba en el retiro y ha incumplido las normas; ha robado uno de nuestros cuatro por cuatro, sin más, y ha huido —le explicó Derek a su madre, sin apartar la mirada helada de Lía—. Por eso la he seguido.

Marisa agrandó los ojos con sorpresa, estudiando la situación, y añadió:

—Oh…, vaya. Bueno…, una razón de peso habrá tenido. —Clavó la mirada en la hamburguesería donde estaba Arón—. ¿Y qué haces tú en el retiro? ¿Tienes un Tiéntate?

Lía sonrió. Ni con dulzura ni humildad. Ya no necesitaba que la validasen, ni mucho menos que la aprobasen. Marisa se pensaba que ella solo podía estar ahí por eso, no por la parte de inversores ni mucho menos por la de influencers y famosos.

—¿Quiere la verdad, señora Krampus? —respondió; el título le dejó un sabor metálico en la lengua.

—Eh…, sí, claro —dijo Marisa, con ese deje casi ofensivo de incredulidad elegante.

—Mi amiga Debi, que usted recordará…, ya sabe, otra pobre diabla cazafortunas como yo —dijo sin quitarle los ojos de encima—, me regaló el retiro de la Ley de la Atracción. Lo que no sabía era que me llevaría al mismísimo Krampus, que resultó ser su hijo, el director de los juegos de este maravilloso y sugerente invento. —Marisa frunció los labios con incomodidad—. Y su hijo —continuó Lía, con esa calma de quien ya no se inmuta al apretar el gatillo— me ha retenido en contra de mi voluntad. Me obliga a jugar con él o me multa con un millón de euros por infringir el contrato. Así que…, sí, señora Krampus, lo ha educado usted estupendamente. Y no, no pienso moverme de aquí hasta que no participe en la yincana con mi hijo. Se lo he prometido. Y es lo que voy a hacer —dijo alzando la barbilla, sin inflexiones.

Ese último comentario fue un disparo certero. Un tiro a bocajarro que hizo que Marisa se quedara sin aire y bajara un instante la

mirada. Porque recordaba a la perfección lo que le dijo a Lía aquella vez en la bahía y cómo participó en su desaparición. Ahora tenerla frente a frente, erguida, brillante y con un hijo, era algo que no entraba en sus cálculos y la llenaba de vergüenza y arrepentimiento.

—Entiendo… —murmuró, con la boca seca y la dignidad abollada.

Derek miraba a una y otra como si no entendiera en qué escena había aterrizado. O peor, como si su guion se hubiera roto por la mitad.

—¿Por qué me ocultaste que tenías un hijo? —exigió él todavía con ese tono incrédulo que delataba que estaba empezando a perder el control.

—No sé qué replicas. Según tus propias palabras y lo que insinuaste, yo no tenía «aspecto de madre» —le recordó, con voz afilada—. Así que no me hizo falta perder el tiempo para explicarte nada más.

Derek entreabrió los labios, como si fuera a defenderse, pero no encontró argumento que no lo dejara peor de lo que ya estaba.

Marisa cerró los ojos. Recordaba a la perfección esa arrogancia de su hijo porque era la misma que, años atrás, ella alimentó como quien cría a un emperador sin corona. Ahora estaba ahí, delante del fruto de sus errores.

—Pero… ¿cuándo? ¿Cómo? —balbuceó Derek con la expresión rota. Le acababan de cambiar todas las piezas del puzle.

Lía lo miró con la furia de una mujer que ha sobrevivido a un naufragio. No dijo nada. No hacía falta, porque sus ojos verdes eran más elocuentes que cualquier respuesta.

Fue entonces cuando Marisa lo sujetó del brazo.

—Derek —dijo con firmeza, bajando la voz—. Eso es cosa de Lía. De su vida. No insistas.

—¡Claro que insisto! ¡Se ha fugado del retiro y ha robado un coche!

—Yo no he robado nada —se defendió ella—. Las barreras de entrada y salida del retiro se han abierto en cuanto me han visto.

—¡Porque ahí nadie roba nada! ¡Se habrán pensado que eras una trabajadora!

—Bueno. Pues ahí lo tienes, en perfecto estado. Solo lo he tomado prestado.

—Pero…

—Vamos a comer, ¿te parece? —añadió Marisa con esa suavidad diplomática que solo usan las mujeres que siempre han mandado sin parecer que mandan—. Ya tendrás tiempo de hablar con ella de esto. Ahora no.

Y no sin dificultad, se llevó a su hijo a otra parte. Así, en un visto y no visto.

Y Lía se quedó allí, plantada, viendo cómo se alejaban. giró la cabeza para mirar por última vez hacia la puerta de la hamburguesería donde estaba Arón.

Comer era un buen remedio para asimilar los golpes. Derek y Marisa estaban en un restaurante cercano de comida mediterránea. El entorno era impecable: decoración en blanco roto, paredes con detalles de madera clara, fuentes de agua y platos dispuestos con el mismo cuidado que en una casa de campo italiana. Pero ninguno tenía hambre. Solo el protocolo los había llevado hasta allí.

Derek no tocaba su lubina. Jugaba con el cuchillo, hundía el tenedor en las patatas, como si las interrogara, pero su mente estaba lejos, clavada en una imagen: la de Lía, plantada con aquel chándal Juicy oscuro, sosteniendo de la mano a un niño. Un niño cuyos ojos y sonrisa recordaba. Un niño que tenía su sangre, aunque él aún no pudiera creerlo.

Marisa tampoco comía. Revolvía la ensalada sin orden ni propósito, tratando de ocultar la incomodidad entre los brotes verdes.

—Lía Castellanos ha cambiado… —susurró al fin, como si la frase se le hubiera escapado sin querer.

Derek levantó la vista con lentitud, pero no hacia ella; la dejó clavada en el vino, buscando respuestas en su copa.

—La gente cambia, mamá. Crece. Se llama evolución. No se puede juzgar a una persona por cómo era cuando aún se estaba formando. —La miró ahora, sin hostilidad pero con firmeza—. Tú y tus prejuicios, los de la familia… Siempre os habéis empeñado en clasificar a la gente como si fueran productos del supermercado.

Marisa suspiró hondo porque sabía que había cargado con una mochila invisible llena de malos credos y dogmas.

—Tienes razón —admitió. Su voz sonaba vieja y cansada; parecía que por fin se daba permiso para rendirse—. Si pudiera volver atrás, hay cosas que… haría de otro modo.

Derek hizo una mueca. Cortó un trozo pequeño de lubina, lo observó como si no supiera qué era y luego lo devolvió al plato, intacto.

—¿Por qué la has obligado a jugar contigo? —preguntó su madre, bajando la voz—. ¿Ha sido por venganza?

Él no contestó enseguida. Se recostó ligeramente en la silla, se pasó una mano por la nuca rapada y respiró hondo.

—Puede ser —dijo al fin, con honestidad cruda.

Eso dolió. Les dolió a ambos por lo que significaba.

—Han pasado siete años. Ha sido madre, está distinta, más guapa que nunca y, para colmo… nunca, jamás, pensó en mí —añadió él con una mezcla de despecho y resignación—. ¡Y encima roba coches!

Marisa lo observó. A veces no reconocía a su hijo. Otras lo reconocía demasiado. Y era eso lo que más le dolía, porque era su reflejo. Y porque ella misma había sido la artífice del primer gran desencuentro de Derek con la felicidad.

—Bueno, se puede entender su postura. Es madre y una hace lo que sea por su hijo. Además, en siete años pueden pasar muchas cosas, Derek —murmuró—. Creo que tienes que hablar con ella. Y no está bien obligarla a nada. No como tú lo estás haciendo.

—Yo no la obligo. Ella también juega, mamá —replicó él, con enfado contenido—. Y juega de más —aseguró al recordar que lo había dejado esposado y en bolas en la cama—. Pero me dijo que no tenía pareja, que…

—Quizá no la tiene —intervino Marisa, ya que temía que él llegara a una conclusión irreversible.

—¿Y ese niño? —Le tembló un poco la voz.

—Tal vez se casó joven y está divorciada, o a lo mejor habrá sido madre soltera —respondió ella sin pestañear, con una mentira a medias; sabía que esa excusa no iba a sostenerse por mucho más tiempo.

Derek apretó los puños sobre la mesa.

—¿Cuántos años crees que tiene?

—Cinco o seis, ¿no?

Derek hizo cálculos y, cuantas más vueltas le daba, más nervioso y furioso se ponía.

—Estoy harto, harto —gruñó—. Esa mujer me va a comer la cabeza siempre. Pensaba que al tenerla aquí podía desquitarme. Que si la hacía jugar, si me vengaba, todo sería más fácil. Pero no. Es peor el remedio que la enfermedad.

Marisa bajó la mirada a su copa de vino. Sabía que eso no era venganza. Sabía que su hijo aún la quería. Que, en el fondo, Derek solo buscaba una explicación para el abandono que lo rompió.

—Me dijo que sabía que yo estaba comprometido con Prudence…, ¿puedes creerlo? Ahora va a poner eso de excusa para hacer lo que hizo cuando nunca estuve comprometido con nadie.

—Bueno…

—No, mamá. ¡No! Tú y papá me presentabais a esas chicas por interés, por herencias y sus apellidos. Pero yo nunca quise eso. Y tú lo sabías.

Por un momento, se quedó callado mientras una sospechaba empezaba a tomar forma en su mente. Miró a su madre con el ceño fruncido.

—No malmeterías con ella, ¿verdad? No le hiciste pensar que en realidad estaba comprometido con otra.

Ella tardó en contestar, con los ojos cerrados.

—Yo solo le dije lo que podía pasar cuando regresaras a tu vida con todas las responsabilidades que iban a recaer en ti como el futuro heredero. Solo eso. Pensé que era lo mejor…

—Pensaste tantas veces y de manera equivocada que lo que hacías y decías era lo mejor para ti y para mí, ¿verdad? —le echó en cara.

Marisa calló, arrepentida.

—Eso lo he aprendido ahora —reconoció.

—En fin… —dijo Derek, y se dejó caer contra el respaldo, con el alma al borde del colapso—. Eso ya no importa. Fue hace mucho tiempo y hemos perdido nuestra oportunidad. No quiero obsesionarme más. Esta noche la dejaré libre. Haré que pase rápido la semana, porque tengo que centrarme en el retiro y en el lanzamiento. Dejar de pensar en ella.

Guardaron silencio hasta que Derek dijo, en voz más baja:

—Pero antes de dejarla ir, hablaré con ella. Nos debemos una conversación.

Marisa le cogió la mano. Se la apretó y le acarició el dorso como si no lo hubiera hecho en años.

—Haz lo que consideres, hijo. Pero sé comprensivo. Y no seas duro con ella, ninguno de los dos os lo merecéis.

Derek la miró con asombro; no reconocía a su madre en esa mujer.

—Has cambiado mucho, mamá.

—Estaba rodeada de malas influencias —confesó. Como su marido, su matrimonio y la versión de sí misma que creó para sobrevivir en ese mundo de máscaras.

Él sonrió con tristeza.

—Pues me gusta el cambio. Ya te lo dije.

—Gracias, hijo —dijo ella emocionada—. A mí también.

Pero mientras se marchaban de ese restaurante sin probar bocado, Marisa sabía que cuando Derek supiera toda la verdad, esa paz que habían empezado a construir, ese cambio al que se aferraban… podía romperse para siempre.

Lía había almorzado con Arón en la hamburguesería donde todo era rojo, blanco y sonaba música de villancicos modernos. A su alrededor, los niños correteaban con coronas de cartón y bigotes de chocolate. Pero a ella ni el olor dulzón de los batidos de leche merengada y canela que servían de postre ni las risas infantiles lograban disiparle el nudo que tenía clavado en el estómago.

No recordaba ni qué había pedido. Masticó por obligación y tragó por instinto. Porque Arón hablaba sin parar y merecía al menos que su madre aparentase presencia, si no entera, sí funcional. Le contaba cosas sobre los renos, sobre el niño que se llamaba igual que él pero con «h» y sobre Sonia, que corría como una gacela y era buenísima echando carreras. Lía asentía, sonreía por fuera, pero por dentro… estaba en otra parte.

Porque cada vez que lo miraba, no podía evitar pensar en Marisa. En esos ojos que habían contemplado a su hijo con demasiada claridad. En ese gesto silencioso, sin juicio, pero tampoco ingenuo. Porque Marisa no era tonta, era de esas mujeres que habían nacido para detectar la mentira en el aire. Y había visto la verdad en la cara de Arón. Y Derek… Dios, Derek. ¿Qué pensaría él? ¿Había sospechado ya? ¿Habría atado cabos? ¿Estaría sacando cuentas? Y si no lo hacía, ¿acaso no estaba siendo igual de cruel al no preguntar?

Ahora mismo, lo de haber escapado momentáneamente de Tiéntate, era lo menos grave.

No quería saberlo. No quería imaginarlo. Solo quería que aquel maldito retiro se terminase y salir de allí sin más daño, aunque tenía claro que ya estaba rota en más de un sitio que no quería mirar.

Después de comer, llegó la esperada yincana a la que ella había prometido ir, además de pasar soberanamente de cualquier otro taller.

Al menos, iba con ropa deportiva con ese chándal Juicy de color negro que le quedaba tan bien, y de la mano de su hijo, con una sonrisa impostada. Porque si algo no iba a hacer era arruinarle a Arón lo que para él estaba siendo la experiencia de su vida.

La actividad consistía en un circuito por el bosque nevado. Pruebas tradicionales adaptadas a la estética alpina y absurda del retiro: carreras de sacos sobre nieve, hacer equilibrio con cucharas que llevaban huevos de mentira, lanzamientos de pelotas a muñecos de nieve con dianas y, por supuesto, la carrera de carretillas humanas. Todo muy para Instagram, que no podían usar.

Lía se obligó a leer el panfleto de actividades y a tomar aire. Estaba lista, en buena forma y podía competir con su hijo. Pero como el universo tiene un humor cruel, en la primera prueba, justo en el salto más idiota con el saco, cayó con torpeza sobre la nieve helada. Fue una torcedura seca, punzante, que la hizo caer de culo mientras soltaba un grito ahogado.

—¡Mami! —Arón corrió hacia ella, dentro del saquito, con la cara desencajada de pánico.

—Estoy bien, estoy bien —mintió, aunque le dolía como mil demonios. Trató de incorporarse, pero, al apoyar el pie, un latigazo

le subió hasta la rodilla—. Solo me lo he torcido, no es nada. Me ha pasado otras veces.

—¿Ya no vas a caminar nunca más? —preguntó Arón con un hilo de voz, tan serio como si le hubieran anunciado el apocalipsis—. ¿Te van a cortar la pierna?

Lía esbozó una sonrisa para calmarlo, aunque tenía ganas de llorar porque sabía que no se le pasaría el dolor hasta después de un rato. Se sentó en un banco improvisado de madera mientras uno de los organizadores llevaba hielo envuelto en una tela navideña con pingüinos.

Y entonces, sin fanfarria ni anuncio, apareció el que no debía estar ahí. Caminaba con calma, con ese aire suyo entre impasible y peligroso, como si todo el bosque le perteneciera, y se plantó frente a ellos.

Arón lo miró con sorpresa, y Derek bajó la vista hasta encontrarse con los ojos grises del niño, y luego con los de Lía, que se clavaban en él como dagas.

—Yo puedo competir con tu husky —dijo de pronto, sin más, como si aquello fuera la frase más lógica del mundo.

Lía lo miró sin saber si reírse o gritarle. El corazón se le desbocó. Arón abrió los ojos, entusiasmado.

—No. Ni hablar —contestó ella.

—¿Yo soy el husky? —dijo Arón.

—Arón, si quieres, yo juego contigo. Tu mamá no va a poder correr ahora. —Derek se agachó hasta quedar a su altura.

—Es mejor que no… —empezó a decir Lía nerviosa.

—Sí, mami, sí. ¡Seguro que ganamos con él! —exclamó emocionado.

Lía lo observó entre la incredulidad y el agotamiento. No sabía qué le molestaba más: que jugase a ser el héroe o que, en el fondo, la conmoviera que quisiera intentarlo.

—Está bien —dijo ella al fin, con la voz más serena de lo que se sentía.

—Pero después, cuando esto acabe, tú y Arón volveréis al retiro.

—No es buena idea. Iré yo sola.

—Es un favor que te hago —aclaró él—. Imagino que habías pensado salir a ver a tu hijo más veces, pero el encierro del retiro no te lo ha permitido. El crío puede quedarse contigo lo que queda de la experiencia. No te preocupes, tenemos un kinder un poco más alejado de todo el meollo —le explicó muy serio—. Hay clientes de Tiéntate que son papás y no pueden dejar a los niños con nadie. Hemos pensado en todo para que no os preocupéis.

Lía no se esperaba aquel acto de deferencia y consideración hacia ella, así que solo salió un tímido:

—Gracias.

Derek sonrió con un gesto ladino pero sin burla, y después miró a Arón.

—Vamos a darles una paliza a esos mocosos y a sus padres —le susurró.

Y Arón se echó a reír y gritó:

—¡Sí, vamos!

Derek no era un hombre que se dejara llevar por el impulso… salvo cuando se trataba de ella. De Lía.

Se había dicho a sí mismo que solo quería verla en su faceta de madre. Que lo hacía por curiosidad, por completar el puzle, pero la verdad era otra: quería espiarla, ver cómo se movía, cómo sonreía, cómo hablaba con ese niño que, en su interior, removía algo muy suyo.

Había activado el sistema de rastreo del QR y la ubicación lo había llevado hasta la zona del bosque donde se celebraba la yincana infantil. Se colocó entre los árboles, fuera del circuito visual, como un espectador invisible. Y entonces, la vio.

Ese chándal negro le quedaba demasiado bien y el gorro también. Despertaba la admiración y las miradas indiscretas de los padres y reía mucho con Arón. Él era un niño lleno de luz que no dejaba de correr, de saltar, de buscar su mano y de mirarla como si fuera el mismísimo sol.

La imagen lo descolocó.

Ella parecía plena. Radiante. El tipo de madre que todos los niños merecían tener. Lo abrazaba con fuerza, lo regañaba con dulzura y se reía con él como si fueran compañeros de travesuras. La escena tenía una calidez que le dolía en el pecho.

Y ahí estaba la trampa: era una estampa perfecta. De esas que uno se lleva al infierno de sus pensamientos por las noches.

Pero Lía se cayó al poco de empezar. Fue una mala pisada, una torcedura. Derek se tensó y salió del escondite sin pensarlo. Aquel niño no podía quedarse sin su madre ni sin compañero. No si él podía evitarlo.

Se acercó sin pedir permiso, como solía hacer con todo.

—Yo puedo competir con tu husky —anunció, con una media sonrisa dirigida a Arón.

Y lo que ocurrió después fue… inesperado.

Hicieron equipo. Y funcionaron como si se conocieran desde siempre.

La carrera de sacos fue un caos de gritos y nieve; Arón casi se cae tres veces, pero Derek lo sostuvo al vuelo con una agilidad que ni él sabía que tenía. En el tiro con arco, el niño apuntó con el ceño fruncido, como un profesional, mientras Derek lo ayudaba a mantener el equilibrio. En la carrera de carretillas, los dos se reían tanto que parecían padre e hijo de toda la vida, incluso cuando Derek volcó y ambos acabaron rodando por la nieve.

Ganaron. Por goleada.

Arón alzó la copa como si fuera la Champions, y Derek, sudado y con las mejillas sonrojadas por el frío y la euforia, alzó los brazos en señal de victoria.

Lía les aplaudía desde el banco donde se había quedado sentada, con el tobillo apoyado sobre un cojín improvisado y una sonrisa que no supo contener, aunque su mirada no fue solo de alegría.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de Derek, hubo algo más. Una conversación silenciosa y una corriente eléctrica que intentó mantener bajo control, pero fracasó, porque supo que él lo había entendido.

Él no pensaba quitarle a su hijo. No lo necesitaba para castigarla ni para redimirse. Pero sí necesitaba una conversación, una de verdad. Porque ya no podía verlos juntos y hacerse el ciego. Ya no.

Desde el podio, Arón agitaba la copa y señalaba a su madre:

—¡¡Mami, mami!! ¡¡Hemos ganado!! ¿¿Lo viste??

Y Lía, con el alma encogida y los ojos húmedos, le respondió:

—¡Claro que lo vi, campeón! ¡Eres el mejor!

Y en su pecho, el miedo palpitaba. Porque algo estaba a punto de cambiar de manera irremediable.

21

Lía nunca, jamás, había imaginado una escena como aquella. No porque no lo hubiera deseado en algún rincón remoto de su corazón roto, sino porque le parecía imposible. Pura ciencia ficción emocional y una fantasía cruel.

Bajo el mismo techo de su cabaña, una vez ya de vuelta al retiro, estaba con el amor romántico de su vida, o al menos al que creyó que lo era; el hombre que le había partido el alma en mil trozos irreparables… y con el hijo de ambos. Arón. El mismo que ahora hablaba animado con Derek como si fueran viejos amigos y no existiera una historia marcada por la ausencia, la herida y el abandono, ya que no sabía que era hijo de ese hombre.

Después, Arón fue a cambiarse de ropa a la habitación contigua, siguiendo las instrucciones que ella le había dado con esa autoridad maternal que, a pesar de su voz dulce, no admitía réplica.

Lía tenía una bolsa de hielo en el tobillo, sentada en el sofá, mientras trataba de no mirar demasiado a Derek, que inspeccionaba la cabaña con aires de quien visita una antigua propiedad olvidada. Al menos, ya no le dolía y podía apoyar el pie en el suelo.

—La elfa Sabri está a punto de recogerlo —murmuró ella, un comentario irrelevante para justificar el silencio incómodo—. Apenas

tienen tiempo de ducharse y cambiarse para ir al cine nocturno. Parece que aquí también llevan una vida social muy activa.

—Es para que los adultos puedan hacer sus cosas —respondió Derek, distraído, mientras observaba un frasco de cristal repleto de galletas gigantes—. No recuerdo que se pusieran galletas tan grandes en las cabañas…

—¡Las hace mami! —gritó Arón desde dentro; luego asomó la cabeza con esa sonrisa mellada, el rostro lleno de orgullo—. No son galletas malas. Ella es una cocinera buenísima. ¡También hace magdalenas! Cuando está nerviosa, se pone a cocinar.

Lía cerró los ojos un instante. Sentía el tic en el ojo izquierdo a punto de regresar. Derek abrió el frasco con total naturalidad, como si todavía tuviera algún derecho sobre su vida, sobre sus cosas, y se llevó una galleta a la boca sin pedirle permiso. Masticó despacio, sin apartar la mirada de ella.

—¿Por qué no son malas?

—Porque son saludables —dijo ella sin devolverle la mirada, aún con el hielo en el tobillo—. Creo que ya estoy bien… Gracias por acompañarme y por haber sido el compañero de Arón en la yincana. Y también por no multarme y no llevarme a prisión por haber tomado prestado uno de tus coches…

—Eso aún tengo que valorarlo —contestó él con una pizca de humor.

—Ya, bueno —se incorporó despacio, con el gesto aún tenso—, la cuestión es que ya te puedes ir…

Pero él no se movió. Siguió comiendo a modo de excusa para quedarse, y sin dejar de observarla.

—Galletas saludables… Están muy ricas. ¿Llevan azúcar?

—No llevan nada que contribuya a los picos de glucemia muy altos o a un cerebro de pan —respondió ella con cansancio.

—¿Un cerebro de pan? ¿Quién tiene cerebro de pan?

Lía lo miró con fijeza y contestó con ironía.

—Te recomiendo que leas un poco al respecto. Igual te va bien…

—Mmm. —Derek se la terminó en tres bocados y, sin mediar palabra, sacó otra del frasco. La misma boca que ella recordaba. El mismo descaro. La misma capacidad para atravesarla como una daga sin decir casi nada.

Y el silencio fue espeso. Uno de esos que tienen historia y vienen con facturas sin pagar.

—Creo recordar que querías estudiar algo de microbiología de los alimentos y nutrición. ¿Puede ser?

A Lía se le encogió el corazón. Aquella frase la llevó de vuelta a otro tiempo, a las noches sin dormir, a los apuntes llenos de grasa y leche materna, y al portátil viejo sobre la mesa mientras Arón lloraba en la cuna. También a la soledad salvaje de criar sin ayuda, sin consuelo.

—Sí. La carrera se llama Nutrición Clínica y Ciencias Gastronómicas Aplicadas a la Salud.

—Pues si te enseñaron a hornear galletas, lo haces muy bien.

—Eso no es parte del temario, pero gracias, supongo.

—Mamá es la jefa de…

—Arón. —Lía lo frenó con la mirada. Una mirada afilada, dura y protectora. El niño entendió el mensaje y se hizo la cremallera en los labios.

Y en ese preciso momento, sonó el timbre.

Lía se levantó, fue hasta la puerta cojeando con esfuerzo, y abrió. Sabri, vestida con su habitual disfraz de elfa hiperventilada, se quedó pasmada al ver a Derek allí. Parpadeó como si lo viera a contraluz y no creyese que ese hombre tan guapo estuviera en la cabaña.

Lía, harta, puso los ojos en blanco.

—Cariño, sal, Sabri ya está aquí. ¿Les daréis de cenar allí?

—Sí, señorita. Hoy los niños comen en el cine —respondió la elfa, con voz temblorosa, aún embobada por la presencia de Derek.

—¿Qué van a ver?

—¡Derek me ha dicho que ponen *El Grinch*! —dijo Arón, que salió disparado vestido con un pijama navideño y el abrigo puesto, y fue a saludar a Sabri con alegría.

—Mamá, perdón por enfadarme cuando me has sacado del campamento —reconoció el niño dándole un abrazo—. No sabía que me ibas a traer a un sitio aún mejor.

Lía resopló y miró al techo mientras le devolvía el abrazo. El pobre no sabía que lo había llevado al mismísimo infierno.

—Nos vemos después —le dijo el niño.

Lía le dio un beso en la frente, como siempre hacía, y le revolvió los rizos con ternura.

—Pórtate bien.

—Tú también, mami —contestó él, y corrió hacia el sendero iluminado de la mano de Sabri.

Cuando cerró la puerta, el aire de la cabaña cambió. Derek ya no sujetaba el frasco entre las manos y solo tenía la mirada fija en ella.

Lía sintió que la contemplaba de la misma manera que alguien intenta descifrar una constelación. Como si acabara de ver una

verdad demasiado grande para asimilarla.

Ella tragó saliva. Notó el corazón en la garganta. No podía huir. Pero tampoco podía hablar.

Y Derek… Derek parecía a punto de abrir la boca.

—¿Cuántos años tiene Arón? —preguntó de forma directa, sin preámbulos ni máscaras.

Lía, sorprendida por el atrevimiento, contestó con una mentira enorme, porque veía la intuición de Derek en sus ojos y ni de coña iba a darle la razón ni ese poder:

—Cinco.

La cifra flotó en el aire como una bomba de relojería. Y explotó de inmediato en la mente de Derek. Pero después, de pronto, su cerebro le empezó a ir a mil, como una máquina imparable haciendo cálculos: cinco años atrás. Eso había sido muy rápido. ¿Cuándo…? ¿Dónde…?

Y ahí estaba, con los ojos apagados por la decepción. Lía se dio cuenta en un segundo: él ya no sospechaba nada. No se le había encendido ninguna alarma. Había hecho números sin la más mínima intuición, había apartado la posibilidad en su cabeza de que aquel niño pudiera ser suyo. Porque claro, como lo habían hecho solo una vez con preservativo, ¿cómo iba a ser posible?

—¿Dónde está el padre? —preguntó, sin emoción tras una pausa.

—No está —respondió ella, seca, y se cruzó de brazos como quien se abriga con una coraza.

—¿Estás separada? ¿Divorciada? ¿*In vitro* o… solo fue un desliz?

El silencio de Lía fue tan afilado como una hoja. No tenía por qué responder a aquello. No quería.

—Hubo una época en que podíamos hablar de todo —dijo Derek; se creía que apelar al pasado le daba algún derecho.

—No me vengas con esas… —espetó Lía; sentía que el sarcasmo era el único modo de sostenerse en pie sin romperse.

Él la miró entonces como si tratara de comprenderla, como si intentara encajarla en una versión mental que no terminaba de cuadrarle. Y se pasó la lengua por los dientes con esa expresión suya tan característica que mezclaba análisis con juicio.

—Sea como sea, elegiste mal —dijo al fin—. Pero supongo que eso ya lo sabes.

Y ahí recibió el latigazo humillante. El juicio disfrazado de obviedad. Lía lo sintió como una bofetada, pero respondió con veneno envuelto en seda:

—Elegí la peor opción, sin duda —le dijo, con una media sonrisa. Porque sí, hablaba de él—. Pero de todo se aprende.

Derek frunció el ceño, no entendía del todo el golpe.

—No sé a qué viene esta conversación personal ni qué pretendes con esto, Derek, pero…

Dio un paso hacia ella. Estaba a medio metro. Ni demasiado cerca para tocarla ni tan lejos como para evitar el impacto de su mirada.

—Lo sé —dijo con voz más grave, más templada—. Sé que después de siete años no tengo derecho a remover ciertas mierdas. No conocía tu situación y… ha debido de ser muy duro criar a un hijo sola. Para mí, esto lo cambia todo.

—¿Qué es lo que cambia?

—Eres mamá.

—Sí. Soy mamá —respondió ella, alzando la barbilla con una dignidad que casi se podía tocar—. ¿Y qué? ¿Me tienes más respeto

ahora?

—Los años nos han puesto a cada uno en su lugar —continuó él, con voz de leer un manifiesto—. Somos responsables de nuestras decisiones y de cómo afectan a nuestras vidas. Ahora entiendo que no tiene sentido buscar culpables en nuestra historia porque creo que cada uno tenemos lo que nos merecemos.

Ella le sonrió con cinismo. ¿Insinuaba que había salido perdiendo en la toma de decisiones? ¿Cómo se atrevía a hablarle así? ¡Era un gilipollas! ¿Estaba insinuando que había hecho bien en abandonarla? Pero ¡si el hijo era suyo, hijo de la gran puta! Como Lía veía que iba a perder los nervios y no quería darle más poder sobre ella, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta para abrirla.

Y entonces le dijo:

—Largo. —Hizo un gesto con la cabeza—. Me está entrando migraña de escucharte, Derek.

—No te estoy hablando mal ni quiero ofenderte…

—Tu condescendencia me ofende.

Lía lo miró entonces como si acabara de confesar un crimen. ¿Eso era? ¿Esa era la conclusión filosófica a la que había llegado después de siete años? ¿Que no tenía sentido buscar culpables? ¿Después de dejarla sola, embarazada, ignorada y partida en dos?

Él bajó la vista un instante, tenía aspecto de buscar en el suelo una explicación mejor que la que tenía.

—Creo que es mejor que nos quedemos con lo bueno.

—¿Cómo dices? —Lía abrió los ojos con incredulidad. Ella era la engañada y la afectada—. Eso tendría que decidirlo yo, ¿no crees?

—Decide lo que quieras —respondió Derek con un encogimiento de hombros—. Pero he tomado una decisión. Esta noche no eres mi

pareja. Te libero. No hace falta que vengas a la fiesta. Para ti, el juego ha acabado. Nadie te va a multar por no jugar.

Lía apretó los labios y contuvo el temblor que la recorría por dentro. Claro. Ahora que ya la había exprimido sí podía soltarla sin consecuencias.

—¿Ya nadie me va a multar? —repitió con sarcasmo—. Qué considerado…

—Puedes irte cuando quieras. Eso sí —añadió con un tono repentinamente más frío—, no filtres ni digas nada en absoluto de lo que sucede en este retiro. Porque entonces sí que irás a juicio.

Y sonrió con esa sonrisa que alguna vez fue caricia y ahora era amenaza.

Pero entonces sus ojos se ablandaron, como si quisiera dejarla con algo menos áspero.

—Has hecho un buen trabajo con Arón —dijo, con una sinceridad que dolía más que cualquier mentira—. Debió de ser demasiado duro madurar tan rápido. Pero es un niño muy bueno. Muy listo y educado. El padre tuvo que ser un gilipollas para no quedarse con vosotros, pero siempre somos víctimas de nuestras decisiones —repitió.

Lía sintió un temblor en las manos y el estómago anudado, junto a esa presión en el pecho que anunciaba que, si no se controlaba, iba a llorar delante de él. Y no. No se lo iba a permitir.

—Adiós, Lía. Al menos, esta vez sí puedo despedirme.

Derek se dio la vuelta y salió de la cabaña con paso firme, dejándola con la última palabra… y el último nudo en la garganta. Se quedó allí, sola, con el hielo para el tobillo derretido y el alma a punto de estallar.

Y lo peor no era el cabreo. No. Lo peor era que se sentía más rota ahora que cuando la dejó en la bahía. Porque entonces al menos era una ingenua. Ahora, en cambio, sabía demasiado.

Pero ni de coña eso iba a acabar ahí.

Ni en sueños. No iba a terminar con un «te libero» dicho con voz grave y el gesto magnánimo de un caballero medieval que le concedía la libertad a su prisionera favorita.

¿Quién se creía que era? ¿El amo del universo? ¿El patriarca emocional que dictaba cuándo tenía ella permiso para quedarse, irse, sentir o callar?

No. Lía notó que se le tensaba el cuello y los pómulos le vibraban de rabia contenida.

Su paciencia tenía límites, y su decoro, también. Incluso ese miedo sordo a que se volviera a abrir aquella herida bien cosida que había arrastrado durante años… Todo eso había quedado atrás. Ya no estaba dispuesta a agachar la cabeza ni a tragarse su dolor como si fuera culpa suya. Ese tiempo se había terminado.

Porque, si alguien había destrozado algo, había sido él.

Él fue quien la dejó. Él fue quien se borró del mapa sin dar una sola explicación.

Él fue quien desapareció cuando más lo necesitaba, y ahora venía con ese tono de hombre bueno que se despide con educación, como si ella tuviera que agradecerle algo. ¿Perdón? ¿Qué clase de broma perversa era?

Encima había tenido la osadía de mirarla a los ojos y decirle que «era una buena madre», como si eso fuera un premio de consolación por su abandono.

Pues sí. Era una buena madre. Porque se había dejado la piel en ello. Porque había construido sola una vida hermosa, con ayuda de sus padres, y sin necesitar ni un centavo ni una caricia de nadie.

Y Arón era un niño feliz, noble, empático y brillante.

El mejor niño del mundo.

Y eso era mérito suyo. Solo suyo.

Si Derek estaba tan ciego como para no darse cuenta de que ese niño era su vivo reflejo, a pesar de que ella le había mentido, entonces más valía que siguiera lejos. Porque Arón no necesitaba a un gilipollas así. Y ella tampoco.

Pero antes… Antes se lo iba a decir. Todo.

Se lo iba a lanzar a la cara.

Ya no era la niña asustada de la bahía.

Y esa versión de Lía no se arrastraba.

Esa versión respondía.

Así que se dirigió al escritorio, cogió el dosier del retiro y lo hojeó con determinación para buscar la cita clave: «La noche del Krampus».

Una de las veladas más intensas del retiro se celebraba esa misma noche. Se trataba de un juego que mezclaba seducción, oscuridad y verdad.

Donde todo podía pasar… y todo pasaba.

Se frotó las sienes, respiró hondo y fue directa a su habitación.

Sobre la cama, cuidadosamente desplegado, estaba el atuendo que los organizadores le habían dejado para cumplir con el *dress code* nocturno.

Abrió la caja y se quedó boquiabierta.

Una sonrisa lenta, casi maligna, le subió por la comisura de los labios.

La tela. El corte. El estilo. La intención… Ese vestido no era una prenda: era una declaración de guerra y de poder sin culpa.

Lo sostuvo entre las manos, lo midió con la mirada y susurró con voz seca, satisfecha:

—Que se prepare el Krampus.

La música retumbaba como un corazón desbocado y marcaba el pulso de esa noche de lujuria y entrega.

Desde lo alto del trono tallado en ébano, con relieves que evocaban antiguos pecados y sombras mitológicas, Derek observaba el espectáculo con una mezcla de desapego y frustración.

Era lord Krampus, rey y verdugo de los deseos contenidos, amo del retiro y de sus reglas. Pero no sentía nada. Ni poder, ni placer, ni redención.

Solo una punzada constante en el centro del pecho.

El Antro resplandecía con su opulencia habitual: paredes de terciopelo negro, columnas revestidas de espejos ahumados, candiles colgantes con velas artificiales que imitaban llamas temblorosas, cadenas suspendidas del techo y jaulas donde enormes pajaritos sexis se contoneaban cantando a su libertad.

A su alrededor, los asistentes reían, bebían, bailaban y coqueteaban sin vergüenza. Esa noche todo estaba permitido.

Los esclavos del Krampus, hombres y mujeres semidesnudos con cuerpos perfectos, cuernos dorados y antifaces brillantes, danzaban entre los invitados como serpientes domadas. Ofrecían bandejas con

juguetes eróticos de diseño, cucharillas de chocolate con licor, lubricantes de sabores exóticos, esposas, aceites esenciales para masajes que acababan siempre en otra cosa.

Y junto a ellos, las copas rebosaban de ponche especiado con fruta macerada y un punto exacto de desenfreno.

Derek no tenía interés en participar en nada de eso.

Podía haber escogido a cualquiera. Había mujeres espectaculares aquella noche, bellísimas y misteriosas. Algunas ya lo miraban con descaro desde abajo, en la pista central, esperando a que las eligiera con ese gesto que tantos deseaban recibir.

Pero él no alzó la mano ni el bastón.

No había nadie que pudiera competir con la silueta que no dejaba de reproducirse en su mente: Lía, con el gorro de lana ladeado, el niño agarrado a su abrigo, los ojos llenos de miedo al verlo a él y, al mismo tiempo, esa maldita dignidad que jamás se le había ido.

La había liberado.

Porque era lo que correspondía hacer. Porque no era un cabrón, aunque en ocasiones le gustara parecerlo.

Y aun así, se sentía igual de jodido que siete años atrás, cuando le dijeron que Lía ya no lo esperaba. Que se había ido con otro. Que tenía una vida nueva.

Una vida sin él.

Se había montado su película. Lo había visto todo claro: ella se cansó de esperarlo. Encontró a alguien más, se enamoró y, en un desliz, tuvo un hijo.

Y ese hombre le falló como él nunca lo habría hecho.

Derek apretó la mandíbula. ¿Por qué nadie era suficiente para borrarla? Con la cantidad de mujeres increíbles que había conocido

en esos años… y, sin embargo, su cuerpo y su puta memoria seguían grabados con el nombre de Lía Castellanos como si fuera una maldición.

Una canción nueva empezó a sonar. Una de Sia, intensa, etérea y vibrante.

La pista se volvió roja y dio paso a un ambiente más denso y pecador.

Y él, lord Krampus, con la capa de terciopelo negro cayéndole por los hombros y el sonido de las botas en el suelo pulido, se levantó del trono sin pronunciar una palabra.

Un gesto con la mano bastó para que todos entendieran que no elegiría esa vez, y la bola de cristal de su bastón, que no se iluminó, lo confirmó.

Bajó, dramático y ofuscado, a perderse en algún rincón del Antro, a meterse en una celda oscura o a emborracharse hasta quedarse sin sentido por el ponche.

Pero justo cuando alcanzaba la zona de las fuentes de chocolate y las columnas cubiertas de musgo negro sintético, un movimiento sutil y una vibración en el aire lo detuvieron.

Por el rabillo del ojo detectó una sombra. Una figura femenina, esbelta y elegante, se movía entre la multitud con un andar sigiloso y decidido, vestida como si la noche le perteneciera.

La vio solo un segundo. Y luego desapareció entre los cuerpos danzantes.

Derek parpadeó. Sabía que no podía ser Lía.

Ella se habría ido. Se habría quedado descansando, feliz de haberse librado de él.

Seguramente estaría bebiendo té, sonriendo al saber que, por fin, se había zafado del Krampus.

Pero algo… algo en su estómago se contrajo.

Agarró una botella de ponche recién preparada, con trozos de granada y manzana flotando como joyas en un lago rojo, y se largó de allí con los dientes apretados.

Lía llevaba unos tacones de vértigo, pero ni siquiera eso parecía quitarle aplomo al caminar. Su paso era firme, felino e imparable, como si el Antro entero le perteneciera. No era una más entre el público; esa noche, caminaba para ser la estrella indiscutible del *show*.

El corsé negro le ceñía la cintura como una armadura de guerra, y la minifalda con cola flotaba a su paso como un fantasma elegante. El antifaz cubría sus ojos verdes y los hacía más misteriosos, más afilados, y sus labios rojos brillaban con descaro. Llevaba el cabello medio recogido en un estudiado peinado deshecho que dejaba caer mechones ondulados sobre los hombros desnudos. Esa noche se había vestido no solo para entrar en escena, sino para tomar el escenario por asalto.

Porque si iba a enfrentarse a Derek Krampus, lo haría como arremeten las mujeres que ya no tienen nada que perder: con toda la artillería emocional, estética y moral que poseen.

—¿Lía? —La detuvo una voz.

Se dio la vuelta y vio a Clotilde con un ojo rojo como un faro de emergencia y una copa de champán en la mano.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó, frenando su ímpetu con un gesto de preocupación.

—¡Ay, hija! —dijo Clotilde, riéndose como una loca y sujetándose las costillas—. Que el lubricante del consolador helicóptero… me entró en el ojo. ¡Soy alérgica al lubricante de fresa ácida! ¡Alérgica!

—¿En el ojo? —Lía alzó una ceja, incrédula.

—Un accidente de los que no cotizan. Pero mira, ¡no me pienso perder la fiesta! —Alzó la copa—. ¿Y tú? ¿A quién vas a destruir esta noche, guapa? Porque ese Krampus bajó del trono con cara de querer quemar el Polo entero.

—Pues… justo a él. —Lía sonrió enigmática.

Y entonces apareció Clarita, que, envuelta en brillos y con un sujetador de lentejuelas, parecía a punto de explotar de entusiasmo.

—¡Mi preciosa Dama Blanca! —gritó, abrazándola por detrás—. Un consejo. ¿Ves esos bombones de chocolate negro al lado de la cascada de fresas?

—Sí, los veo.

—Pues no te los lleves a la boca… Son bolas chinas —Se levantó el labio superior, le enseñó una mella y se rio con una carcajada que hizo temblar su escote como una batidora descontrolada.

—¿Acabas de perder un diente? —Lía no se lo podía creer.

Clotilde se dobló de risa.

—¡Clarita, por favor!

Piter, disfrazado de algo entre fauno y electricista con fusta, apareció para brindar con ellas.

—¿Adónde va esta reina de la caza? —dijo, señalando a Lía con admiración.

—A por flechas —les contestó, y les guiñó un ojo.

Los miró con ternura. No podía quedarse porque no podía perder más tiempo. Esa noche tenía un propósito y no era bailar. Ni siquiera quería vengarse.

Pretendía mirarlo a los ojos y decírselo todo, con todas las letras y silencios. Con todas las heridas abiertas y con la dignidad cosida a mano.

—Pasadlo bien esta noche —les dijo, suave, y empezó a alejarse entre la niebla artificial que flotaba sobre el suelo del antro.

La sala parecía cambiar al verla pasar. Las luces rojas la acariciaban, la música se modulaba con sus pasos y más de una mirada se giraba a contemplarla. Pero ella no los veía. Solo sentía el rugido dentro del pecho y la certeza de que estaba a punto de hacer algo que iba a cambiarlo todo.

Avanzó hasta la galería semicircular que bordeaba las celdas privadas. Cada una tenía una reja decorada, números romanos, antorchas eléctricas a los lados. Y en la última se hallaba la celda del Krampus, iluminada con una tenue luz azulada desde dentro.

Lía inspiró hondo sin una pizca de duda.

Entró y cerró la reja metálica tras de sí con un estruendo seco. El clic del cerrojo fue como un disparo.

La celda era grande, con paredes tapizadas, un sofá negro de cuero, un espejo antiguo en el fondo y una lámpara de araña baja que colgaba sobre una mesa con dos copas a medio servir. Era un santuario oscuro y sensual, el escondite del rey.

Derek se dio la vuelta al instante, aún con la botella de ponche en la mano y el antifaz sobre la frente. Al verla…, se quedó congelado.

No pudo ni pestañear.

Solo la miró como si acabara de ver a un espectro.

Y Lía, con una expresión entre desafiante y serena, pronunció su sentencia en voz baja:

—Me voy a largar de este retiro, pero no sin antes soltarte todo lo que me ha apetecido decirte en estos siete años.

22

Lía avanzó envuelta en su atuendo oscuro, como una aparición hecha de rabia contenida y determinación. El corsé le dibujaba el torso esculpido con precisión milimétrica, la falda con cola se arrastraba como una promesa vengativa y el antifaz le enmarcaba el rostro con una intensidad brutal. Cada paso era el preludio de una tormenta.

Y estalló.

—¿Cómo te atreves a hablarme así y a insinuar que la vida que me merezco es esta, como si no valiese nada? —soltó con voz temblorosa pero firme; lo señaló con un dedo que acusaba más que mil jueces—. ¡¿Cómo te atreves a hablarme como si yo fuera la culpable y tú la víctima?! ¡¿Víctima de qué, niño rico?!

Derek dio un paso atrás, no por miedo físico, sino por el vendaval que le acababa de sacudir el alma. Lía no le hablaba: le desgarraba.

—¡Siete años! ¡Siete, Derek! ¡Ese verano en la bahía creí que me había enamorado del hombre de mi vida, porque era tonta y creía en esas cosas! ¡Pero te largaste corriendo porque tu abuelo había muerto! ¡Desapareciste de la noche a la mañana! —Y entonces se arrancó el antifaz con furia, como si se tratase de una venda inútil, y se lo lanzó a la cara. Le rozó la mejilla y cayó al suelo con el peso de una sentencia—. ¡Y descubrí que estabas prometido y que no te

llamabas Derek Alemany, porque te busqué por todas partes para intentar contactar contigo y no existías! Removí cielo y tierra para encontrarte, joder… Pero ¡tu teléfono dejó de funcionar, y no había manera de hablarte o de escribirte! ¡Eras un fantasma!

Derek tragó saliva. El pecho se le agitaba, pero no podía ni moverse. Solo escuchaba.

—¡Llevo años preguntándome si lo que viví fue real, y menos mal que Debi y Brenan estaban conmigo, aunque luego él también desapareció! —La voz de Lía se quebró un breve instante, pero enseguida recuperó el control con una furia helada—. Y ahora llego aquí y te encuentro convertido en un actor que vende seducción y deseo disfrazado de… de mojabragas en un lugar que parece… una dimensión de *Doctor Who.* —Lía se acercó un paso más, con la barbilla alzada y el orgullo latiendo bajo su piel—. ¡Y encima me extorsionas para que juegue contigo sabiendo que pocos tienen ese dinero para pagar la multa por incumplir un contrato que yo no entendí ni leí! ¡Vete a la mierda, Derek como te llames! ¡Métete la superioridad y la condescendencia moral por donde te quepan!

Los ojos de él empezaban a enrojecerse. No por rabia. Por algo que no sabía nombrar todavía.

—No voy a seguir jugando, pero sí te voy a decir esto: ¡eres un mentiroso, un manipulador y un sinvergüenza! Todo lo que eres y significas es falso. Eres una mentira. Y me alegra que el destino haya sido tan cretino como para que nos encontremos aquí, porque al menos puedo decirte esto por fin a la cara. ¡Y espero no verte jamás en la vida real! ¡Capullo!

Y entonces, la rabia dio paso al cuerpo. Lía dio media vuelta, con lágrimas en los ojos y respirando de forma entrecortada, con la

adrenalina como un vendaval recorriéndole la espalda. Fue hasta la salida, decidida a salir con el aire de una reina que se ha permitido la humillación de compartir espacio con el traidor. Pero la puerta no se abrió.

Hizo fuerza dos veces. Nada. Solo se oía el sonido ridículo del hierro que no cede y la frustración creciente como lava en su estómago.

—Nos has encerrado aquí. Yo no tengo las llaves para abrirla… —dijo Derek al fin.

—No me jodas… —susurró ella, y apoyó la frente contra la fría reja metálica, completamente abatida. Las lágrimas estaban ya a punto de romper en serio.

Derek avanzó un par de pasos. La rabia se le había quedado clavada como una astilla en el pecho, y la culpa también.

Le dio la vuelta con manos firmes, pero sin violencia. La apoyó con suavidad contra la puerta; no quería que se cayera por el peso de todo aquello que acababa de soltar.

—Pero mejor así. Porque yo también tengo cosas que decirte.

Y en ese instante, el silencio que nació entre ellos fue más denso que la oscuridad misma.

—Mi madre malmetió con lo de Prudence.

La voz de Derek cortó el aire como una daga oxidada, cargada de furia contenida, de incredulidad. Lía lo miró de frente; los ojos le ardían, sentía el pecho oprimido con un peso que no era nuevo.

—¡Ya te lo dije! Fui a buscarte ese día porque habíamos quedado, pero, al ver que no aparecías y que no me contestabas a los mensajes, fui a tu casa. Tu madre fue muy clara. Me dijo muy

concisa que yo no valía para ti y que tú ya estabas prometido con Prudence.

Derek gruñó. Bajó la cabeza para contener el vómito de rabia que le subía por el estómago. Apretó la mandíbula hasta que crujió.

—No estaba prometido —le aclaró con un hilo de voz; parecía que lo decía para convencerse también a sí mismo—. Eso no era verdad.

—Es que ya da igual lo que me digas, no quiero remover más el pasado, solo quiero irme…

Pero él no la dejó moverse. Dio un paso al frente y la encerró entre su cuerpo y las rejas metálicas de la celda. Lía retrocedió un poco, de forma instintiva, aunque no por miedo. Por dignidad.

—Mi madre quería prometerme con la hija de uno de los mayores constructores del país, pero… pero a mí nunca me interesó. ¿Por eso te acostaste con otro a los dos días de que me hubiera ido?

La frase cayó como una piedra en mitad del pecho de Lía. Su rostro palideció, y no supo si el mareo que sentía era rabia, incredulidad o las dos cosas.

—¿Qué?

—Brenan me lo dijo, me contó que te estabas liando con media bahía…

El horror en su cara fue inmediato y se transformó en un temblor que le recorrió los labios, la voz y los hombros.

—¿Que Brenan te dijo eso? —preguntó, con la garganta apretada —. ¡Es mentira!

—¿Por qué iban a mentirme Brenan y mi madre sobre ello?

—¿Tu madre también se sumó a esa patraña?

—Sí, joder…

—Brenan me dijo que no entendía tu postura de no escribirme ni que hubieras desaparecido, y que él ya sabía que estabas prometido. Que lo único que hacías era jugar conmigo e intentar que pasara por la piedra… —Lía ya no podía más—. ¡¿Por qué no intentaste contactar conmigo para hablarme?! ¡Tenías mis redes sociales para escribirme, Derek! Podías encontrarme porque yo sí te di mi nombre y mi apellido reales.

Derek apretó los dedos alrededor de las rejas, capaz de desgarrar el hierro. Sus nudillos se pusieron blancos.

—Cuando salí con mi padre para preparar el entierro de mi abuelo, perdí el móvil en el viaje, y con él todos los contactos. Pero luego, al saber lo que estabas haciendo después de que yo me hubiera ido, se me quitaron las ganas de escribirte o de buscarte. Para mí ya no existías. Quería volver a la bahía para verte, quería que mantuviéramos una relación, pero…

—¡¿Por qué los creíste a ellos en vez de a mí?!

—¿Por qué razón debería creerte a ti y no a ellos en aquel entonces?

Lía retrocedió medio paso. Sintió que le había golpeado en la cara. Como si la bofetada de la desconfianza todavía doliera.

—Porque era yo —murmuró, con la barbilla temblándole—. Y porque eran unos clasistas amargados, tal vez. Lo peor es que sigues creyéndolos…

—Si los creo o no, ya no importa, eso es el pasado. Pero no te voy a mentir ahora, Lía. —Y con ese gesto que cambió el rumbo de todo, Derek se arrancó la máscara de Krampus de la cabeza. Sus ojos, desnudos, humanos y ardiendo, se clavaron en los de ella—. No sé qué sucedió en el pasado para que tú y yo no estemos juntos ni sé

lo que has hecho estos siete años… Somos personas distintas y tenemos nuestras experiencias. Pero sí sé algo.

—¡¿El qué?!

—Que sigues provocándome esto siempre que te tengo cerca…

Y entonces lo hizo. Sin darle tiempo a huir, sin permitirle ni una réplica, la sujetó con fuerza. Le tomó la barbilla con decisión, sin dureza pero con urgencia, y la besó. Le dio un beso castigador, lleno de rabia, de deseo y de una verdad que ninguno de los dos había podido decir en voz alta.

Ella se resistió. Al principio, solo con el cuerpo, con esa dignidad que seguía protegiéndola. Sin embargo, la boca de Derek era el eco del pasado que aún ardía y la llama que nunca se apagó. Y cuando al fin se rindió, fue como si se deshiciera una cuerda en su pecho que llevaba años apretada.

El beso supo a lo que fueron, y a todo lo que no habían podido ser.

Y entonces, todo lo que enmudecieron sus labios los devoró a los dos.

Lía ya no era la misma mujer que había llegado a ese retiro con la mochila emocional cargada de rencor, miedo y desconfianza. El Polo Magnético la había trastocado por dentro, con sus pruebas absurdas, sus reglas grotescas y sus juegos de poder…, pero, sobre todo, él. Derek. O quien fuera ese hombre con máscara y pasado borroso que había reabierto, con una simple mirada, una caja de emociones que ella llevaba años fingiendo haber enterrado.

Porque por mucho que se hubiera dicho a sí misma que el deseo era algo prescindible, como una distracción inservible para una madre soltera, para una mujer fuerte, autosuficiente, invencible…, la verdad, brutal y luminosa, es que no lo era. Lo había silenciado, sí. Lo había relegado a un rincón. Pero no lo había perdido. Y ahora, con él delante, con su cuerpo imponente, los ojos llenos de rabia, de deseo y de preguntas, ese deseo le ardía como nunca.

Ella también lo quería. No al hombre de ahora ni al de entonces, sino al que existía solo en ese momento, entre esas paredes. Sin contexto ni etiquetas. Solo carne, furia y necesidad.

Lo sujetó de las mejillas con decisión, le sostuvo la mirada un instante que fue electricidad pura y se alzó sobre las puntas de los pies para devorarle la boca en un beso urgente, hambriento, sin concesiones. Un beso de los que buscan herir y curar al mismo tiempo.

Derek gruñó, sorprendido, pero no tardó en responder de nuevo. Porque si algo compartían era esa combustión inevitable que los convertía en llamas.

Y entonces dio el paso siguiente de un ritual que llevaban años esperando: la alzó en brazos con brutalidad contenida. La sostuvo como si pesara aire, sin dejar de besarla, y la apoyó, con una precisión instintiva, sobre el brazo del sofá de cuero oscuro que presidía la celda. Bocabajo. Sometida a la mirada que le recordaba que él había sido el primero en verla entera. El primer hombre que la vio desnuda fue él. Y ahora lo hacía de nuevo.

Derek no le pidió permiso. Lo tomó sin más, como ella le ofrecía sin palabras. Le bajó la falda con un solo gesto y se detuvo a admirarla.

Su espalda curvada, el talle estrecho y los muslos torneados, tensos y preciosos le hacían la boca agua. Todo en ella era una contradicción entre fuerza y vulnerabilidad. Una mujer capaz de enfrentarse a cualquier cosa, pero que aún podía temblar bajo la caricia de quien la conocía en lo más profundo.

Se agachó tras ella, lento, con reverencia. Le retiró la ropa interior con delicadeza, porque sabía que lo salvaje empieza con lo sutil. Y comenzó a besarla allí, entre las piernas, en ese lugar íntimo, inesperado, donde nunca nadie había llegado con tanta hambre y cuidado.

Lía cerró los ojos. Y por la manera en que soltó el aire, parecía que se le escapara el alma.

Jamás se había permitido sentir sin calcular, sin pensar. Pero lo que sentía ahora no era vergüenza ni culpa. Era fuego. Y aceptación. Era su cuerpo diciéndole que estaba viva. Que también tenía derecho a ser deseada, adorada… y desarmada.

Después de saborearla, lamerla y prepararla, Derek se irguió de nuevo con las manos aún en sus caderas. Se bajó los pantalones sin prisa pero sin pausa. Sacó el condón del bolsillo trasero y se lo colocó con una habilidad automática y la promesa de no volver a fallar.

Esa noche no habría máscaras. Solo ellos.

Y lo que vendría después sería un acto de rendición física y emocional en el que no ganarían ni perderían. Solo se quemarían juntos.

Derek no la soltó ni un segundo. La observó desde arriba y pensó que todo en ella estaba hecho para él. El arco de su espalda, el

temblor leve en sus muslos, la forma en que sus manos se aferraban al cuero oscuro como si le fuera la vida en ello.

Entonces, con una mezcla de ansia y dominio, le dio un leve tirón del cabello para que se inclinase hacia atrás y se abriera más para él. Lía arqueó el cuello con los ojos cerrados, entregada al gesto sin oponer resistencia, porque sabía lo que vendría después. Lo había sentido vibrar contra su piel. Lo esperaba. Lo deseaba.

Y fue entonces cuando Derek la tomó. Sin avisar y sin palabras, con una embestida seca, honda y profunda; necesitaba estar dentro de ella para poder respirar. Lía ahogó un grito y se aferró con más fuerza al respaldo del sofá, que crujió bajo la presión de ambos cuerpos.

Cada movimiento era una declaración y una respuesta no dicha a todos los años de rabia y deseo acumulado.

—¿Te duele? —A Lía el brazo del sofá le presionaba el vientre, y él la notaba muy estrecha en esa posición, pero era maravillosa.

Lía pensó que claro que dolía, pero otras cosas lo hacían mucho más, y aquello enseguida se volvió muy caliente y desesperado.

El sofá se bamboleaba bajo ellos como un navío en medio de la tormenta, zarandeado por cada nueva arremetida de Derek, que no aflojaba el ritmo.

Lía lo sentía todo: el calor salvaje de su cuerpo, el sonido húmedo y carnoso del encuentro, el sudor que le resbalaba por la espalda y las manos que no dejaban de agarrarla para que no escapase.

Pero no iba a hacerlo.

Él se inclinó aún más sobre ella hasta cubrirla por completo como un domo oscuro, casi protector, mientras seguía cabalgándola sin descanso. Cada embestida era más profunda que la anterior, más

poderosa y perfecta. Lía tenía la boca abierta sobre el cuero y mordió el borde del sofá como si eso pudiera atenuar el placer doloroso que la desgarraba por dentro. El placer sucio y brillante que solo él sabía despertarle. El placer que ninguna de sus otras experiencias había rozado jamás.

Sus cuerpos brillaban por la humedad compartida, por el sudor acumulado en la curva de los omóplatos, en los costados, en el hueco de sus caderas encajadas. El ruido que hacían juntos era sucio y hermoso como el chasquido de la piel al encontrarse, los gemidos contenidos y la respiración rota de él sobre su oído. La boca de Derek le rozaba el cuello y la nuca mientras seguía golpeando con una fuerza que le sacudía el alma.

Y entonces, entre jadeos, gruñó:

—Me estás apretando mucho. Estás muy cerca, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza como si pudiera resistirse, pero su cuerpo la traicionó. Un espasmo la atravesó como un rayo vertical, le subió desde la pelvis hasta la garganta, le cerró los ojos y le arqueó el cuerpo hasta que dejó de pensar. Gritó. Gritó con fuerza, sin pudor y sin miedo. El gemido no fue de rendición, sino de liberación. El orgasmo la sacudió con violencia, con belleza, con una intensidad que la rompió y la salvó al mismo tiempo.

Y Derek… Derek la siguió en aquel destino inevitable. La embistió una vez más, se enterró hasta el fondo y rugió su propio final en la curva de su cuello mientras la sentía contraerse a su alrededor como un puño caliente y perfecto. La explosión lo dejó temblando, con los músculos tensos y los ojos apretados por el exceso de todo: de deseo, de rabia y de amor callado.

Se quedó sobre ella, cubriéndola con su peso, respirando junto a su oído y con el corazón desbocado. Era un domo de carne, de calor y de emociones inconfesables. Lía, con las mejillas empapadas por las lágrimas, ni siquiera sabía si de placer, de tristeza o de furia contenida, no se sintió vencida. Al contrario. Se sintió más viva que nunca. Más mujer que nunca. Y aunque su cuerpo temblaba por lo que acababan de compartir, no estaba satisfecha.

Lo quería otra vez.

Porque esa era la mejor manera de vengarse el uno del otro: fundirse hasta destruirse.

Se dio media vuelta con un punto entre los muslos que aún ardía y, con una mano firme en el pecho de Derek, lo empujó hacia atrás, sin palabras, solo con fuego en la mirada.

Él cedió sin oponer resistencia, la respiración agitada, el cuerpo semidesnudo y húmedo, el preservativo que aún lo ceñía. Su pecho subía y bajaba con una mezcla de ansiedad y veneración.

Sin hablarse, sin buscar más justificación que esa conexión encendida, Lía lo ayudó a quitarse la capa del Krampus, a despojarse de la camiseta negra que formaba parte de otro personaje, uno que en ese momento ya no tenía poder sobre ellos. Solo eran un hombre y una mujer devorándose con los ojos tras haberse dado cuenta de que ya era tarde para arrepentirse. Derek se deshizo de las botas con decisión y las dejó a un lado; se quedó completamente desnudo ante ella.

Lía tragó saliva al contemplarlo. Era más grande, más hombre, más fuerte que el recuerdo que llevaba tatuado en la memoria. Todo en él parecía un nuevo idioma que, sin embargo, reconocía al tacto.

Y lo peor era que le gustaba. Mucho más que antes. Estaba perdida y le daba igual.

Derek dio un paso hacia ella y, de nuevo, la giró suavemente para dejar su espalda contra su pecho. Con ternura mezclada con necesidad, le fue desabrochando el corsé mientras le besaba la garganta, dejando huellas en su piel que no se borrarían con facilidad. Las manos grandes y seguras le acariciaron los senos, le rozaron los pezones, que se erizaban con cada aliento. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y Lía se estremeció por completo.

Con una sonrisa trémula, se quitó las botas con un movimiento ágil y se quedó completamente desnuda ante él. Cara a cara. Cuerpo a cuerpo. Piel contra piel.

El deseo ya no era un juego: era una sentencia.

Lía lo miró como si fuera su enemigo y su único refugio. Lo agarró con decisión por los hombros y lo empujó con fuerza hasta hacerlo sentarse en el sofá de cuero, como si el trono ya no le perteneciera. Ahora mandaba ella.

Se sentó a horcajadas encima de él, con la seguridad de quien no pedía permiso, sino que tomaba lo que era suyo. Abrió las piernas sin pudor y lo guio con la mano hasta su interior. Y volvió a suceder la guerra santa.

Volvieron a poseerse con una urgencia que no admitía suavidades. Él la llenó por completo y ella gimió contra su cuello, encajada como si la hubieran creado para aquel momento. Derek arremetía con fuerza, ritmo y precisión, abrazándola con miedo a que se evaporase. Como si cada embestida fuera un castigo por los años perdidos y también un perdón susurrado en el lenguaje del cuerpo.

Lía lo sentía profundo, detrás del ombligo, allí donde ningún otro hombre había llegado. No era solo sexo. Era una liberación feroz.

Se aferró a él como si el sofá pudiera desaparecer bajo sus pies. Con las uñas en su cuello y las manos en su cabeza, lo abrazó mientras la penetraba con rudeza, con el pecho contra el suyo, con el alma al borde del abismo. Derek hundió el rostro en su cuello y gruñó; necesitaba meterse debajo de su piel.

No dijeron nada, pero con cada jadeo, con cada gemido reprimido, se lo decían todo.

El ritmo se volvió menos frenético, más acompasado. No perdieron la intensidad, pero algo cambió. Algo se dulcificó en medio de la brutalidad. Entonces, él sostuvo su rostro con una mano, le rodeó la nuca y la atrajo para besarla.

Ella no quería, no debía… y no pudo evitarlo. Era demasiado. Su lengua, su boca, su cuerpo… Derek era un maldito hechizo, y ella estaba atrapada.

De repente, el ritmo volvió a crecer. Las caderas se encontraron de nuevo con ansia renovada, la fricción se volvió urgente y desesperada. Estaban muy cerca y lo sabían.

Ella intentó resistirse, pero su cuerpo ya no obedecía. Y entonces, se desató.

Se corrió con un espasmo que le arqueó el cuerpo, con un grito contenido que se ahogó en el pecho de él. La ola de placer fue tan intensa, tan devastadora, que se desmoronó sobre su torso, temblando sin poder controlar el cuerpo.

Y él… él la siguió en el mismo segundo. Rugió su nombre entre dientes, se enterró lo más profundo que pudo y la abrazó con desesperación para llenarla en su entrega.

Durante unos segundos, solo se oyó el temblor de sus respiraciones entrecortadas, el crujido suave del cuero bajo ellos y el eco húmedo de sus cuerpos, aún unidos.

Derek no se separó. La cubría como un escudo, con la frente apoyada en su clavícula, mientras ella respiraba con dificultad, con lágrimas en los ojos y el alma en carne viva.

—No sé qué estoy haciendo… —murmuró Lía, rota, con la frente apoyada en su hombro.

—Yo tampoco —confesó él, y la abrazó más fuerte—. No pensemos en eso —añadió, con la voz más baja, casi grave—. Estás en el Antro del Krampus. Mañana volveremos a la realidad. Pero esta noche… —Se movió de nuevo dentro de ella, con una lentitud dolorosa, hundiéndose otra vez—. Esta noche, Lía, eres suya.

No dijo «mía». Porque no lo era. No podía serlo. Pero en ese instante él habría vendido su alma para que lo fuera.

Derek cerró los ojos. Pensó que quizá, solo quizá, podía dejar atrás el pasado, las mentiras y todo. Tal vez, solo tal vez, si los deseos navideños eran reales, podía pedir ese: una segunda oportunidad.

Pero él era el Krampus. A él no le concedían milagros. Solo encerraba deseos ajenos en bolas de cristal.

Así que mientras la tenía ahí, ardiente y temblando bajo sus manos…, empezó a hacerle el amor de nuevo.

23

Habían pasado cinco horas.

Cinco horas en las que el tiempo se disolvió entre cuerpos entrelazados, jadeos sin pausa y una lujuria tan profunda que había hecho desaparecer el mundo. Lía y Derek estaban sudorosos, desnudos y agotados.

Ella yacía tumbada sobre la alfombra mullida, con las piernas abiertas, los muslos perlados por el calor, mientras Derek tenía la cabeza hundida entre ellas, aún empeñado en saborearla, como si no quisiera perder ni una gota más de ella.

Lía había perdido la cuenta de las veces que lo habían hecho, de cuántos orgasmos la habían sacudido hasta lo más íntimo. También lo había tomado en su boca, con hambre de venganza y deseo, y se había sorprendido a sí misma al disfrutar cada gesto, cada expresión y gemido que él no podía controlar. La forma en la que Derek apretaba los dientes o la mirada turbia que tenía cuando estaba al borde del clímax… Aquello la había hecho sentirse poderosa.

Le gustaba la textura áspera del cabello tan corto de Derek bajo sus dedos, como una lija suave, mientras él la lamía con devoción carnal, incansable. Fuera, más allá de los muros de esa celda convertida en templo de castigo y placer, se oían risas, carcajadas

distendidas de los demás huéspedes al salir de sus propias celdas después de haber jugado toda la noche con sus fantasías.

La música seguía sonando de fondo, como si el deseo no tuviera fin. Como si todavía quedara algo por hacer.

Y entonces, en un gesto inesperado, Derek alzó ambas manos y le pinzó los pezones con suavidad pero firmeza, mientras su lengua le seguía azotando con precisión los labios inferiores. La combinación fue letal.

Lía gritó, con la voz ya ronca, y arqueó las caderas para entregarse con el alma a ese nuevo orgasmo, la respiración cortada, las pupilas dilatadas y la piel erizada de placer.

Minutos después, se cubría el rostro con el antebrazo, jadeando, mientras recuperaba el aliento. Derek, aún desnudo, se deslizaba por su cuerpo hasta encajarse entre sus piernas, aunque sin llegar a penetrarla.

—No tengo más condones… —confesó él con la voz ronca antes de desplomarse sobre su pecho, agotado tras un juego eterno.

—Alabado sea el Señor —bromeó ella sin fuerzas—. No puedo más, Derek.

Pero él no se rendía. Con una osadía descarada, bajó la mano entre sus muslos, encontró el camino húmedo y la invadió con dos dedos, acariciando por dentro como si fuera su casa.

—Es que estás tan caliente y se está tan bien aquí… —susurró, como un niño caprichoso sin su golosina favorita.

—No, de verdad… Tengo que descansar —rio Lía, aunque lo miró con ternura mientras le sujetaba la muñeca para retirarle la mano. No obstante, Derek se llevó los dedos a la boca y los lamió, saboreándola como si fuera un manjar divino.

—¿Cuándo te has vuelto tan… caliente y exigente? —murmuró ella.

—¿Y tú? —replicó él sin apartarse de su cuerpo—. Voy a estar empalmado pensando en esta noche muchísimo tiempo…

—¿Te dará para siete años más? —lo dijo con un deje irónico, sin malicia, pero sin ocultar la historia que les pesaba.

—Creo que pensaré en esta noche toda mi vida —confesó él con una sinceridad tan desnuda como sus cuerpos.

Lía guardó silencio. La frase quedó flotando entre ambos como un eco que dolía. Él la miraba con esos ojos que tanto daño le habían hecho, pero también con un deseo que parecía suplicante. Y entonces, ella alzó una mano para cubrirle la cara, para tapar esa mirada que aún le hacía temblar.

—No tienes derecho a hablarme ni a mirarme así —dijo con voz baja, pero firme.

—¿Ah, no? ¿Y a qué tengo derecho? —preguntó él, y le mordió la palma con suavidad, sin romper el contacto visual—. ¿Puedo preguntarte cosas?

—Depende.

—Cuéntame algo sobre ti…, algo que conozcamos los dos y no nos enfrente.

—¿Como qué?

—Tus padres —dijo con voz conciliadora—. ¿Están bien? Los recuerdo con mucho cariño. Eran muy buenos. Siempre me trataron muy bien.

—Y todavía lo son. Los dos están bien y siguen teniendo la torre de la bahía y su casa en el centro. ¿Puedo jugar yo también?

—Claro.

—¿Es verdad que no tienes pareja ni estás prometido con nadie por sorpresa, o es otra mentira infame del Krampus?

—Es verdad. Estoy solo —sentenció sin rodeos—. He tenido mucho trabajo como para tener una relación con nadie. ¿Y Debi?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Tiene novio o sigue siendo una cabra loca?

—No tiene novio. Sigue estando loca, pero tiene el Tiéntate más próspero de todos. Es la mejor.

—Debe de serlo —asintió con una sonrisa leve y nostálgica. Sería divertido volver a verla, sobre todo, si no lo asesinaba por su historia con Lía.

—Tu padre… ¿mejoró en algo vuestra relación antes de que muriera?

Derek se ensombreció.

—No. Era un mezquino y siguió siéndolo hasta su último día. La que sí cambió fue mi madre. Se dio cuenta de muchas cosas…

Lía resopló escéptica.

—Deja que lo dude…

Derek no insistió. Sabía perfectamente lo que ella pensaba de Marisa y, en parte, no se lo reprochaba.

—¿Qué sabes del padre de Arón? ¿Y cómo pudo dejarte sola?

La sonrisa de Lía se congeló. El frío se coló como un cuchillo entre su piel sudada.

—No, no voy a hablarte ni de eso ni de Arón. Ya has dejado muy claro que mis decisiones en la vida han hecho que salga perdiendo —contestó con una frialdad que ocultaba una herida abierta.

—No me he explicado bien… No quería ofenderte.

—Da igual. Ese tema está vedado y solo lo hablo con la gente que me quiere y que me respeta de verdad.

Derek quería replicar, pero no encontró el coraje necesario. ¿Quién era él para exigirle ahora ninguna verdad?

—Entonces…, dime a qué te dedicas, por ejemplo…

—Tengo una empresa de comida saludable. Que, por cierto, no vendría nada mal en tu producto inmersivo. Yo porque no he comido mucho por culpa de la ansiedad que me has provocado, pero con esas comidas que servís se corre el riesgo de salir rodando de aquí.

Él se incorporó ligeramente, con los codos apoyados en el suelo, interesado.

—¿Tienes una empresa?

—Sí.

—¿De comida saludable?

—Sí. ¿Te has tragado un repetidor?

—No —sonrió—. Sigue contándome.

—Hago servicios de catering privados y colaboro con marcas.

—¿Cómo se llama tu empresa?

—SanaSana.

Derek arqueó las cejas con asombro real. Su rostro reflejaba una admiración contenida.

—¿Qué tipo de negocio es?

—Pues con pequeños locales de comida saludable repartidos por varias localidades, gente que trabaja para mí y… —Se calló de pronto. No iba a hablar del Metropolitan. No quería presumir, y menos con él.

—¿Tienes redes sociales?

—Sí, Derek. Tiene todo lo que una infraestructura así debe tener.

Él volvió a mirarla como si fuera un hallazgo.

—¿Y tu cambio físico?

—No he cambiado tanto, solo es una recomposición corporal.

—A mí me gustas de las dos maneras —dijo él, acariciándole el muslo con suavidad—. Pero es que ahora… —Sacudió la cabeza con media sonrisa y apoyó su mejilla rasposa en su hombro—. Eres una especie de arma letal.

—Simplemente lo reconduje todo: buena alimentación, deporte, muchas horas de trabajo, estudio y de hacerme cargo de Arón. Ya está.

—No te quites méritos. Debió de ser muy duro. Y has demostrado que has podido con todo.

Lía no quería su admiración. No la necesitaba. Porque él era el padre del hijo que había criado sola. Y cuanto más lo pensaba, más incómoda se sentía con tanta intimidad repentina.

—Salte de encima, anda —le pidió. Se incorporó con brusquedad y empezó a recoger su ropa—. Tengo que estar en la cabaña antes de que Arón se despierte. ¿Qué hora es?

—Son las cinco de la mañana. ¿Crees que seguiríamos juntos si yo no me hubiese ido tras la muerte de mi abuelo?

La pregunta quedó suspendida en el aire mientras ella se colocaba el vestido con esa cola larga que le daba aspecto de novia de la oscuridad a la fuga del altar equivocado.

—Creo que, si no te hubieras creído las mentiras de quienes, claramente, nos querían separar, habríamos tenido una oportunidad. Pero eso ya no importa. No importa lo que yo crea.

Lía hablaba con los labios apretados y una frialdad digna de una reina herida. Se puso la segunda bota con fuerza, sin mirarlo, con

movimientos bruscos, tratando de recomponer su dignidad antes de que se deslizara del todo por el suelo de aquella celda.

Derek, aún tumbado desnudo sobre la alfombra, con el torso cubierto de marcas de uñas y sudor tibio, la miraba desde abajo, con las cejas fruncidas y la mandíbula apretada, sin saber muy bien cómo desmontar el juicio que acababa de recibir.

—Es tu palabra contra la de mi madre y mi socio y mejor amigo, Lía —respondió con voz ronca—. ¿De verdad debo creer que tenían tantas ganas de separarnos como para mentirme así?

Ella giró sobre sí misma con una mueca que era mitad pena mitad desprecio. Su pelo enmarañado por el sexo parecía una corona oscura, una medusa vibrante.

—Tu madre era una clasista que te quería emparejar con una aristócrata, Derek —espetó sin adornos, con la voz cortante—. Tu padre era un hombre que quería a cualquier mujer menos a tu madre, pero al que le importaban mucho las apariencias y el poder, y al que estaba claro que le interesaba que el heredero se formase lo antes posible, ¿no? No querría distracciones para ti. Y yo le sobraba. —Le lanzó una mirada encendida de reproche, y luego una sonrisa amarga que no llegaba a los ojos—. Y Brenan…, no sé por qué entró en ese juego de ellos, pero… es un hijo de puta mentiroso. Aunque, quién sabe…, tal vez quiso agradar al papaíto de Derek para que lo colocase en su empresa…, ¿no? —Lo miró con una ironía tan bien medida que a Derek le dolió en el pecho—. Pero tranquilo, no pienses demasiado en ello… El problema no es que mientan. Es que tú te creyeras sus mentiras y no te esforzases por encontrarme, contactarme y saber la verdad. ¿En serio te crees que un día después de haber perdido la virginidad contigo me puse a

tirarme a chicos de la bahía? —Se incorporó y lo contempló desde arriba, con la piel erizada, las pupilas encendidas y la voz firme de quien lleva años ensayando ese momento—. Da igual, no contestes. Quiero saber tu apellido. El real. ¿Me lo vas a decir? Y quiero saber por qué me dijiste otro. ¿Para protegerte de locas como yo que después intentaran buscarte? ¿Porque hay que salvaguardar el honor familiar por encima de todo?

Derek la miró durante unos segundos, con el ceño fruncido y el cuerpo desnudo aún; la realidad por fin le pesaba sobre los hombros.

Se incorporó con lentitud, se puso los pantalones con resignación y le sostuvo la mirada.

—Me llamo Derek von Austerlitz. Mi padre era alemán y mi madre es española. Nos cambiamos el apellido para pasar desapercibidos, porque está asociado a…

Pero no llegó a concluir la frase. El sonido metálico de una llave girando en el cerrojo de la celda los sobresaltó. Lía se tensó al instante y Derek se irguió con la espalda recta, alerta.

La puerta se abrió con un chirrido y allí apareció Brenan, acompañado de dos miembros de seguridad del retiro, vestidos de negro y con el logo del Polo Magnético bordado en rojo en las chaquetas.

Derek dio un paso al frente, descolocado.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué entráis en una celda privada?

Brenan clavó los ojos en Lía, y sus palabras fueron un disparo seco:

—Esto es grave, Derek.

—¿El qué?

—Tenemos motivos para creer que se ha violado la seguridad del retiro. Alguien ha filtrado imágenes, datos y perfiles de los participantes al exterior. Información delicada y privada. Se ha rastreado una señal desde un rúter externo. La IP coincide con una localización interna de la aldea.

Derek parpadeó. Se dio la vuelta despacio hacia Lía.

—Eso es imposible —masculló—. Aquí no hay móviles. Todos están en cajas fuertes con códigos cifrados. No hay wifi conectados al exterior ni internet.

Brenan alzó una ceja, como si ya hubiera anticipado esa defensa.

—Precisamente. Pero han descubierto una señal activa. Una IP externa que emite desde el interior del complejo. Y la localización exacta es… la cabaña de Lía.

El silencio fue brutal.

Lía palideció. El corazón le dio un vuelco, no de culpa, sino de horror ante la acusación absurda que acababa de caer sobre ella. Trató de procesar lo que había oído. Su mirada iba de Brenan a Derek, incrédula.

—No. Un momento… —Su voz se quebró—. Eso es mentira. Brenan… Ya me han dicho que te inventaste bulos sobre mí. Y ahora vuelves a mentir.

—¿Bulos? Ninguno —replicó este con una sonrisa arrogante—. Yo mismo vi cómo te follabas al hijo del presidente de la bahía dos días después de que Derek se fuera. Eres tú la que miente.

Lía abrió la boca en un gesto de pasmo absoluto. La indignación la dejó sin palabras por un momento.

—¿A ti qué te pasa? ¿Te medicas o algo para inventarte esas cosas? —escupió al fin, con desprecio.

—No son inventos. Y esto tampoco. La señal viene de tu cabaña. Y tú llevas aquí varios días, Lía.

Derek se había mantenido en silencio, pero su rostro se endureció como una losa. Volvió a mirarla, esa vez con una mezcla de decepción, duda y algo más… Algo que dolía.

—Entonces… —dijo despacio, como si las palabras fueran piedras —. ¿No te importará que vayamos a la cabaña a comprobarlo?

Lía lo miró con los ojos empañados por la rabia y la tristeza. Estaba desilusionada. Él los había creído a todos menos a ella. Como siempre.

—Claro que no me importa. No tengo nada que ocultar.

Y la tensión se extendió como un sudario sobre los cuatro, justo antes de que la puerta de la celda volviera a cerrarse tras ellos, con un nuevo crujido, como el preludio de una verdad que aún estaba por estallar.

La atmósfera en la cabaña era irrespirable. Lía apenas contenía el temblor de sus manos mientras Arón, asustado, confuso y recién despierto, se apretaba contra su costado. Lo abrazaba con fuerza, con una mezcla de instinto maternal y necesidad desesperada de anclarse a algo real.

El niño miraba a Derek de reojo, sin entender por qué el hombre que hasta hacía unas horas lo había hecho reír ahora tenía el rostro endurecido, sin una pizca de calidez.

Derek, de pie junto a su amigo, no podía disimular el gesto de decepción que le ensombrecía los ojos. Brenan cruzó el umbral de la cabaña seguido de dos guardias de seguridad vestidos de negro, con

las armas reglamentarias visibles en sus cinturones. Uno de ellos ya escaneaba el espacio con mirada calculadora. El otro, sin decir palabra, se dirigió a los cajones de la cómoda del salón con parsimonia profesional; sabía exactamente lo que buscaba.

Y lo encontró.

Con dedos enguantados, extrajo un móvil desconocido, distinto del que Lía había entregado al comienzo del retiro, y un pequeño rúter externo, del tamaño de una pastilla de jabón, envuelto en un pañuelo de tela que parecía sacado de la ropa de cama. Brenan cruzó los brazos sin necesidad de decir nada. Su expresión lo decía todo: lo sabía. Siempre lo supo.

A Lía se le desfiguró el rostro. La incredulidad se le transformó en una ola helada que le subió desde el estómago hasta la garganta. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Eso no es mío —dijo con voz ronca, apenas un susurro entre el miedo y la indignación—. Alguien lo ha metido ahí, pero te juro que eso no es mío.

—Vaya, qué casualidad… —masculló Brenan con sarcasmo, y le lanzó una mirada fugaz a Derek.

—Desbloquea el móvil, Lía —ordenó este último con voz grave; a duras penas contenía la rabia.

Lía lo miró con la barbilla alzada, aún temblorosa pero digna.

—Te estoy diciendo que eso no es mío. No sé cuál es la clave.

—¡Desbloquéalo! —rugió él entonces, incapaz de contener más la frustración, como si con ese grito pudiera arrancarse de encima el miedo a haber sido, otra vez, un ingenuo.

Brenan intervino con rapidez. Tomó el móvil y el rúter y los entregó a los guardias.

—Lo desbloquearemos y veremos lo que se envió desde aquí. Te lo dije, Derek —añadió, con ese tono entre compasivo y resignado que utilizan los que creen tener razón—. No era casualidad que ella estuviera aquí. Tal vez descubrió de algún modo quién eras y tu relación con Tiéntate, y vino al retiro para jodernos y destaparlo todo.

Lía soltó una carcajada amarga, apenas creíble, que resonó como un eco cruel en la cabaña.

—Serías un guionista buenísimo de telenovelas —le espetó sin vacilar—. ¿De verdad vas a creer lo que dice, Derek? No tenía ni puñetera idea de quién eras.

—Tú sí que no tienes ni idea de lo que has hecho —intervino Brenan con los labios apretados—. Esto va a hacer que perdamos el respeto de los inversores, y nuestro producto y marca se van a ir a la mierda.

—No sé qué juego es este, pero yo no miento —dijo ella; clavó los talones en el suelo, tan firme como una columna bajo la tormenta.

—Bueno, ya me has demostrado otras veces que eres buena actriz —cortó Derek con un tono seco, casi despreciativo—. He estado a esto, a esto —juntó el índice y pulgar— de creer tu versión y de pedirte perdón de rodillas por haber actuado así en el pasado. Pero ¿cómo voy a creerte ahora? Antes me has dicho que Brenan mentía, pero la verdad es que, seguramente, te faltó tiempo para ir a por otro niño rico cuando yo me fui, y cuando uno no te sirvió, te buscaste a otro, ¿no? Brenan me dijo que querías dar un braguetazo con alguno, porque mirabas por ti y por tu futuro. Pero el braguetazo te lo dieron a ti. Normal que no quieras hablar de quién es el padre de Arón, si a lo mejor ni siquiera lo sabes.

Y Lía no se lo pensó dos veces. Lo abofeteó. Sonó como una sentencia.

Fue un golpe limpio, furioso y del todo necesario. Los guardias se tensaron, pero no intervinieron. Derek se quedó quieto, con la mejilla enrojecida. La miró, atrapado entre la humillación y una culpa feroz que le ardía en la garganta.

—No vuelvas a hablarme así nunca más, y menos delante de mi hijo —dijo ella con la voz quebrada, pero firme, con los ojos arrasados de lágrimas.

Derek se sintió miserable. Se odió por haberse dejado arrastrar por la sospecha, por haberla juzgado sin pruebas. Pero no podía creer que ella fuera inocente. No ahora. Sería demasiado injusto consigo mismo.

Lía sintió que todo se volvía a romper. Era como estar de nuevo en aquella vieja bahía, sola y traicionada, cuando le dio la espalda. Lo peor no era que dudaran de ella. Lo peor era que lo hiciera él.

—Va a pasar otra vez y lo vas a permitir —le dijo con la garganta hecha un nudo—. La puerta que has intentado abrir se va a cerrar definitivamente. —Y sus ojos ya no tenían tristeza, sino determinación—. Se te cayó la máscara por completo, y lo agradezco.

Derek no respondió. Solo la observó con la mandíbula tensa, aunque no fue capaz de sostenerle la mirada demasiado tiempo.

—No vas a moverte de aquí hasta que aclaremos esto —le ordenó con voz seca.

—Tranquilo, aclara lo que necesites —dijo ella, alzando a Arón en brazos y sentándose en el sofá con él—. De todos modos, ya me tenías aquí en contra de mi voluntad.

—Mamá… ¿Derek es malo? —preguntó el niño en voz baja, con los ojos grandes como lunas, mirando los cinturones de los guardias donde descansaban las pistolas.

A Derek se le cayó el alma al suelo. No le gustaba perder la confianza de ese pequeño. Hasta tenía el tic de abrir y cerrar los ojos rápido, como él cuando era niño.

Lía lo abrazó y le acarició el pelo con ternura.

—Solo es un tonto que deja que los malos salgan ganando —dijo, lo bastante alto como para que Derek la oyera.

Él se envaró, herido, pero no respondió. No podía. El veneno ya estaba echado. Se dio la vuelta con brusquedad, sin mirar atrás, y salió de la cabaña acompañado de Brenan.

Antes de marcharse, no obstante, se volvió hacia los guardias y dijo con voz de mando:

—No os mováis de aquí y vigiladla.

—Sí, señor —contestaron al unísono.

La puerta se cerró con un golpe sordo y Lía se acomodó en el sofá, aún abrazando a Arón. El niño se acurrucó en su regazo, con los ojos abiertos como platos, aferrado a su madre, como si pudiera desvanecerse en cualquier momento. Ella temblaba de impotencia y rabia, pero no lloraba por ella.

Lloraba por él. Por su hijo.

Y entonces lo vio.

El peluche de Mike Wazowski, ese que Arón se dejaba por todas partes, estaba justo encima de la barra americana de la cocina. Lo había dejado ahí al volver de la fiesta del cine. Lía lo miró y, pese a todo, sonrió.

Una sonrisa suave, triste y cargada de significado.

No tenía motivos para hacerlo. Pero eso lo cambiaba todo.

Ese muñeco verde de un solo ojo, tan tonto en apariencia como indispensable para Arón y también para ella, se había convertido de pronto en una pieza clave, en el peón silencioso de una partida que jamás pensó jugar. Su hijo se había aferrado a él como si de una extensión de su propio corazón se tratara: Mike Wazowski no solo lo acompañaba al dormir, también era su confidente en los días solitarios, su narrador nocturno y su interlocutor en los trayectos largos. Pero lo que el niño no sabía, y lo que Lía acababa de recordar en medio de la tormenta emocional en la que vivía, era que ese muñeco adorable era también un artefacto de alta tecnología.

Lo había comprado hacía más de un año, en uno de esos días en que sentía que su hijo merecía lo mejor, incluso en forma de capricho. Era una edición especial con inteligencia artificial de respuesta emocional, batería solar de larga duración y capacidad para activarse con estímulos como la voz, el movimiento o la temperatura. Un juguete creado para interactuar y acompañar, pero también, sin que muchos lo supieran, capaz de registrar audios y vídeos cortos cuando algo lo «despertaba» del modo reposo.

Y Lía lo había configurado. No por paranoia ni por control, sino porque en su fuero interno, y aunque no sabía explicar del todo por qué, siempre había tenido miedo. Miedo a que alguien, algún día, quisiera arrebatarle su mundo. Así que lo había programado para enviarle notificaciones silenciosas al móvil cada vez que algo anómalo activaba al muñeco y para almacenar de manera local breves clips que podían consultarse desde cualquier dispositivo emparejado con la app, aunque el teléfono estuviera en desuso.

El problema era que, desde su llegada al retiro, Lía no había podido acceder a su móvil. Se lo habían requisado todo. Las notificaciones estaban mudas, y las pruebas, dormidas. Pero no destruidas.

Y ahora, después de que la acusación le hubiera caído encima como una tormenta de plomo, con Derek dándole la espalda una vez más y Brenan señalándola con sus mentiras, esa sonrisa tenue que asomó en su rostro mientras acunaba a Arón no era de felicidad ni de resignación. Era de preparación y de estrategia. La de una mujer que ha aprendido a no fiarse de nadie, pero a confiar profundamente en sí misma.

Porque el ojo que todo lo veía no era de un dios mitológico ni de una cámara de seguridad. Era de un peluche con voz chillona, escondido entre cojines y cuentos, que quizá, solo quizá… había captado justo lo que necesitaba. El instante en que alguien, quien fuera, metía un segundo móvil y un rúter en su cabaña. Mike daría con la mano culpable y el cuerpo invasor. Con la verdad.

Y si eso estaba ahí, dormido en el interior del muñeco, entonces no era ella quien estaba atrapada.

Era la mentira. Y acabaría expuesta.

24

La tensión era tan densa en la sala de control como el aire viciado que salía del portátil abierto frente a Derek. Las imágenes hablaban por sí solas: capturas nítidas, primeros planos de rostros conocidos, cuerpos disfrazados de deseo, juegos de rol y miradas que, fuera del contexto de Tiéntate, podían arruinar reputaciones construidas con cuidado. Había también vídeos, grabados en ángulos que sugerían una cámara camuflada, clips lo bastante comprometedores como para hundir todo lo que habían levantado tras años de desarrollo.

Derek, sentado primero, luego de pie, después caminando en círculos como una fiera herida, no conseguía creérselo. La aplicación de hackeo que Brenan manejaba con habilidad había accedido al contenido del teléfono encontrado en la cómoda de la cabaña de Lía. Un móvil sin código conocido, con acceso oculto a una red privada, enlazado a un blog de chismorreos donde ya se habían comenzado a subir fragmentos. La filtración era real, y el daño, potencialmente irreversible.

—No puede ser… —murmuró Derek con la mandíbula apretada y la toalla aún colgando del cuello tras la ducha rápida que se había dado porque creía que así procesaría mejor la situación. Sin embargo, seguía empapado en sudor, más por la decepción que por el calor.

Fue entonces cuando la puerta se abrió y entró su madre, Marisa, con una ráfaga elegante de perfume caro y urgencia contenida.

Había oído rumores sobre la filtración y algo en su instinto la había empujado a intervenir.

—Derek…, ¿qué ha pasado?

—Lía ha hecho volar la experiencia inmersiva —escupió él, sin disimular su rabia—. Ha filtrado datos de inversores e imágenes íntimas de los clientes. Mira esto.

Marisa se acercó y contempló la pantalla con una expresión cada vez más grave. No era ingenua: comprendía la magnitud de ese tipo de exposición, aunque en su rostro se fue esculpiendo una sospecha distinta mientras Brenan se mantenía tras el ordenador, sin apartar la vista del monitor.

—¿Qué pruebas tenéis de que ha sido ella? —preguntó calibrando cada palabra.

—El móvil. El rúter portátil. Todo estaba en la cómoda del salón de su cabaña —dijo Derek, derrotado, sin quitar la vista del contenido del blog.

—Lleva un Starlink, la chica. Es lista —añadió Brenan con una sonrisa ladeada, casi satisfecho.

Marisa lo miró fijamente, como tanteando una verdad que no se atrevía a decir. Pero Brenan la esquivó. Esa evasión, aunque leve, no pasó desapercibida.

—¿Qué ha dicho?

—Que no ha sido ella, claro —respondió Derek—. También ha negado haber estado con nadie después de que me fuera de la bahía. Dice que tú y Brenan le mentisteis. Que tú, mamá, le dijiste

que yo estaba prometido con Prudence. Y que Brenan… no lo negó. Ya da igual; ahora, viendo esto, sé que era verdad lo que decíais.

El rostro de Marisa se descompuso. Una grieta muy vieja y mal tapada se abrió al fin. Lía decía la verdad. Marisa lo supo con un frío que le recorrió el cuerpo por la culpa instalada hacía años. Esa chica no solo había sufrido, sino que la habían empujado al vacío los mismos que ahora volvían a acusarla.

—¿Dónde está?

—En su cabaña, custodiada por la seguridad del recinto. Voy a llamar a las autoridades —informó Derek, con los puños cerrados.

—No. Lo que tienes que averiguar es quién puso algo en el ponche.

Él se volvió hacia ella con brusquedad, sin entender.

—¿De qué estás hablando?

—Tengo un gran amigo entre los participantes —dijo Marisa con firmeza—. Es químico. Lo invité yo. Me buscó para advertirme. Detectó una sustancia afrodisiaca y alucinógena en el ponche. Lo que ha pasado esta noche… ha estado alterado desde el principio. Que no haya habido consecuencias más graves ha sido un milagro. La seguridad no es tan buena como creemos si alguien ha metido drogas en las bebidas.

Brenan se incorporó, tenso.

—¿Te parece poco lo que ya ha pasado? ¿La filtración? ¿Los datos? ¿Las imágenes?

—No. No me parece poco —replicó Marisa con la voz firme—. Pero antes de hacer que arresten a una madre delante de su hijo, más vale que estéis seguros de lo que estáis haciendo. No la veo haciendo esto.

—Lía me odia —bufó Derek—. Siempre ha querido destruirme.

—No te odia. Odia el dolor que le causaste.

—¿Yo? —preguntó él, desconcertado, como si no entendiera el alcance de sus propias decisiones.

Brenan se metió en medio:

—Todos sabemos lo que hizo en la bahía. Mírala ahora, tuvo un hijo al poco tiempo de que tú te fueras.

—Haz el favor de callarte, Brenan —lo interrumpió Marisa, con una calma helada—. Y deja de ser tan machista y cruel.

Se hizo el silencio. Uno cargado de fantasmas y decisiones cobardes. Marisa respiró hondo y contuvo aquello que aún no estaba lista para revelar. Aunque ya había tomado una decisión.

—Mamá… —intentó Derek—. Déjanos trabajar. Tenemos que cuantificar el alcance de esta filtración antes de actuar. Ya decidiré después qué hacer con Lía.

Ella asintió sin fiarse de él, y mucho menos de Brenan. Su mirada, al irse, fue un proyectil gélido que se clavó en ambos.

Nadie más le haría daño a esa mujer sin que ella interviniera. Porque Derek podía ser muchas cosas, pero jamás había sido como su padre. No merecía volver a destruirse por algo que, cada vez más, olía a trampa.

Y esa vez, ella haría lo correcto. Aunque fuera lo último que hiciera.

El timbre resonó en la cabaña, un eco extraño y repentino que rasgó el silencio denso que llenaba el aire. Lía, sentada en el sofá con Arón

abrazado contra su pecho, se tensó. El corazón le dio un vuelco. No esperaba visitas, y menos a esas horas ni bajo esas circunstancias.

Lo que no se imaginaba, ni en sus más retorcidos pensamientos, era que quien apareciera al otro lado de la puerta fuera ella.

Marisa.

Impecable como siempre, con su abrigo blanco como la escarcha, el moño perfectamente pulido y los labios pintados en un tono neutro que no ocultaba la rigidez del juicio. Sin embargo, algo en su mirada había cambiado. Un titileo extraño, como de tristeza, como si hubiera ido no a dictar sentencia…, sino a ofrecer paz.

—Soy la madre de lord Krampus —dijo con voz firme, pero sin arrogancia—. Quiero que me dejéis pasar para hablar a solas con la chica.

Los guardias de seguridad, tan duros como de costumbre, intercambiaron una mirada rápida entre ellos. Pero en presencia de Marisa von Austerlitz no se tomaban decisiones. Se acataban órdenes. Así que, sin objeciones, se apartaron.

Cuando la mujer cruzó el umbral, Lía se irguió con cautela. Sostenía aún a Arón con fuerza, como si pudiera protegerlo con su sola respiración.

—Antes de que me digas nada —dijo Marisa al detenerse frente a ella—, ya sé que no quieres que esté aquí.

—Muy avispada —respondió Lía con tono seco, sin molestarse en disimular el sarcasmo.

La mujer bajó la vista un instante. Arón, curioso, asomó la cabeza desde el pecho de su madre para mirar a la recién llegada.

—Debes de pensar tantas cosas horribles de mí… —musitó, aunque sus ojos no se apartaban de Arón. Lo observaba como si

fuera una fotografía antigua; parecía que ese niño representara algo que había perdido hace años y que, sin saberlo, había estado buscando desde entonces.

—Arón, ve a tu cuarto un momento —le pidió Lía con suavidad.

—Hola, mamá de Derek… —dijo el niño con su voz dulce e inocente, desarmante.

—Arón —lo reprendió Lía con un gesto más firme.

—Hola, cariño… —murmuró Marisa con una ternura que descolocó incluso a Lía—. Me llamo Marisa. ¿Te han despertado estos hombretones? —Arón aún tenía el pijama puesto y los pies descalzos.

—Sí. Han hecho mucho ruido.

—Pobrecito… —La mujer se derretía.

—Cariño, hazme caso y ve a la habitación un rato, que tengo que hablar con Marisa.

Cuando el niño se retiró obediente, la habitación se quedó cargada de la misma tensión después de apagarse la música en mitad de una fiesta.

—¿Vienes a culparme? ¿También estás en el invento de Brenan? Porque te aseguro que no he hecho nada —soltó Lía, con voz afilada.

Marisa tragó saliva. Y algo cambió en su expresión. La altivez habitual se desmoronó, sustituida por una vulnerabilidad rara en alguien como ella.

—¿Me … me puedo sentar?

La reina de las tierras heladas, rubia y poderosa, estaba ante ella pidiéndole permiso, y Lía aceptó sin más con un gesto de la cabeza.

—Estoy aquí porque ambas somos mujeres y porque creo que te debo una grandísima disculpa por el pasado. Ahora que eres madre, tal vez me entiendas.

—Ser madre no convierte a una en una bruja. —La hostia se oyó hasta en Singapur.

Marisa carraspeó y no pudo rebatirla.

—Tienes todo el derecho del mundo a odiarme. Te… te escuché en el taller y me conmoviste, aunque no sabía que eras tú. Pero luego, cuando te vi en aquel campamento…, fue una gran bofetada para mí darme cuenta de que esa mujer llena de resiliencia, superación y un par de ovarios era la chica a la que yo maltraté en la bahía. Quiero que sepas que mis prejuicios me han jugado muy malas pasadas y, aunque no me quito responsabilidad, sé que estaba influida por el elitismo de mi difunto marido y por todo lo malo y feo que despertaba en mí. Él creía que la gente rica debe vivir con gente rica, y que por encima de todo están el nombre y la reputación. Me llenó la cabeza de esas tonterías y… Para colmo, ya estaba amargada y era infeliz en mi matrimonio, como mujer. Me comporté mal contigo. Pensé en Derek, en todo lo que tenía por delante y que tú le podías arrebatar, porque estaba tan loco por ti… Y junto con Brenan, urdimos una narrativa para que se centrase solo en la empresa y te olvidase.

Lía se quedó tiesa y se le empañaron los ojos de lágrimas.

—Así que le contasteis lo peor sobre mí…

—Sí, Lía, y me avergüenzo mucho. Me veo como una mujer amargada, una villana que no era feliz y que inconscientemente provocó que su hijo tampoco lo fuera. Quería protegerlo, no quería que nadie jugara con él ni lo usara como su padre me utilizaba a mí.

—Marisa agachó la cabeza y sorbió por la nariz—. No he venido aquí a darte pena.

—En realidad, no me la das.

—Lo sé —rio, aceptaba su frialdad—. Quiero que sepas que Derek quedó destrozado y muy mal después de eso. Le hice mucho daño. Os hice mucho daño —corrigió—. Su padre fue quien le cogió el móvil y lo desconectó durante el viaje. Derek creyó que lo había perdido, pero no fue así. Estaba deseando llamarte y ponerse en contacto contigo para explicarte lo sucedido, pero se lo impedimos.

—Y a mí me dijisteis que él estaba prometido cuando no era verdad… —entendió ella.

—Sí, así fue. Mira, tengo muchas cosas que arreglar, y llevo años tratando de encontrarme y de ser la mujer y la madre que siempre he querido ser. La muerte de mi marido me ayudó a liberarme, porque su sombra dejó de ser tan alargada…

—¿Qué quieres arreglar ahora, Marisa? Ya nada de esto tiene remedio…

—Lía. —Marisa, desesperada, le puso una mano sobre la suya—. Siempre se pueden arreglar las cosas si hay voluntad.

—Tu hijo ha vuelto a creer al malnacido de Brenan y está a punto de llamar a la policía para que me enchironen… Créeme, no voy a pasar por eso.

—Lo sé. Pero… no quiero que os quiten nada más. No os pueden arrebatar más tiempo.

Lía frunció el ceño.

—Arón es el vivo reflejo de Derek cuando era niño. Y ya he oído tu historia… ¿Él es… es mi nieto? —Marisa se acongojó ante la idea de

tener un nieto al que no había podido malcriar por sus errores—. ¿Es el hijo de Derek?

—Marisa. —Lía se tensó y su voz sonó cortante—. No es nada de él ni tuyo. Es mío. Os encargasteis de alejarnos, ahora no… —A Lía los ojos también se le aguaron.

—Por favor, no te pongas nerviosa —le pidió, preocupada por ella —. No estoy aquí para amenazarte ni para coaccionarte. Sé lo que ven mis ojos y que ese niño es mi nieto…, pero no quiero obligarte a nada… Es solo que… Es solo —cogió aire— que me encantaría poder ayudaros en todo lo que necesitéis y tener contacto. No tiene que ser ahora ni… Y será siempre como tú desees, Lía, pero… soy abuela, ¿verdad? Ojalá algún día me dejéis acercarme a vosotros y también se lo permitas a Derek…

—Estás pidiendo demasiado. Y Derek está ciego y prefiere creer que el hijo es de otro; como os encargasteis de hacerle pensar que yo era un poco más que una puta cazafortunas…

Marisa no podía decir mucho más, porque Lía tenía razón en todo.

—Quiero ayudarte. Voy a aclarar todo esto y a contarle a mi hijo la verdad sobre lo que pasó en la bahía y sobre lo que sé.

Pero Lía ya no quería nada de eso. No quería más enfrentamientos, acusaciones ni decepciones. Solo quería llorar e irse de ahí.

—No quiero que os acerquéis ninguno de los dos. Arón y yo estamos muy bien solos.

—No voy a presionarte, no quiero que te asustes, Lía… Te pido perdón por todo el daño que te he causado y ojalá me des la oportunidad de redimirme y de arreglarlo. Ahora, quiero sacaros a

Arón y a ti de aquí. Mi hijo está demasiado influido por el pasado para ver la verdad, pero yo sí la veo.

—No puedo largarme de aquí. Ahora se creen que yo he filtrado esas cosas, aunque tengo pruebas de que no he sido yo.

Marisa arqueó las cejas rubias con interés.

—¿En serio?

—Sí. Pero la verdad es que… —Lía se puso a temblar y se rompió frente a Marisa—, ya me da igual demostrarle nada a Derek. Solo quiero alejarme de él y volver a mi vida… Él nunca me ha creído y ya estoy cansada. Lo del retiro ha podido conmigo. —Se cubrió la cara con las manos.

Marisa conectó con ella de inmediato.

—Vamos a hacer una cosa: quédate tranquila, porque nadie te va a multar ni vas a tener que pagar nada por irte antes.

—¿Cómo estás tan segura? Derek me ha dicho…

—Tengo el cuarenta por ciento de las acciones de esta empresa, y Derek tiene el otro sesenta. Créeme, nadie va a hacerte pagar nada.

Lía se descubrió la cara y la miró de hito en hito.

—¿Derek es el dueño de esto?

—Sí, los dos lo somos.

—¿También de las tiendas Tiéntate y los juguetes…? —Ella pensaba que solo ejercía de director, aunque no le cuadraba nada.

Marisa sonrió y asintió.

Lía ya no sabía cómo sentirse al respecto. Estaba demasiado nerviosa como para pensar qué hacer, pero sabía que le había vuelto a mentir.

—Voy a sacaros de aquí para llevarte a casa y que te sientas mejor y más segura… No tenemos mucho tiempo; ellos no tardarán

en llegar y tú —la ayudó a levantarse y le limpió las lágrimas de la cara— vas a explicarme qué son esas pruebas que demuestran que no has hecho nada. Confía en que voy a arreglar todo esto. Sé que no quieres, pero deja que te ayude, ¿vale?

Lía se lo pensó un largo rato hasta que al final asintió, porque vio en Marisa que no había segundas intenciones y que estaba desesperada para que ella y su hijo se entendieran de nuevo, por Arón y para ser abuela.

—Está bien. Pero necesito mi móvil, que está en la caja fuerte.

Marisa sonrió con sinceridad y dijo:

—Perfecto, vamos a por él. —Y acto seguido, llamó a los dos de seguridad y los mandó a abrir la caja fuerte. Iba a ayudar a Lía, y tal vez podría recuperarla con el tiempo, porque Marisa siempre había querido tener una nuera valiente e independiente, y ella representaba todo eso.

Pero, sobre todo, había querido ser abuela joven. Tal vez no había sido tan mala y por fin la Navidad le traía lo que más deseaba.

Y, quizá, solo quizá, podría ganarse algún día el derecho a que la llamasen abuela.

Dos horas después, Derek ascendía los peldaños de la cabaña de Lía con el lastre de una losa a cada paso. Le pesaban los pies, los hombros y el corazón. La noche anterior había creído rozar algo parecido a la redención, a una segunda oportunidad…, pero no. Lía, una vez más, le había mentido. Y esa vez había ido demasiado lejos.

El móvil hallado en la cómoda del salón, junto al rúter portátil, hablaba por sí solo. Las pruebas parecían irrefutables. Brenan,

siempre un paso detrás de él, siempre tan servicial, tan solidario, tan fiel, lo seguía como la sombra de su conciencia.

Era él quien lo había ayudado a abrir el contenido, a revisar los datos y a identificar las imágenes filtradas. Era él quien había levantado el teléfono para avisar a la policía.

Y ahora, con los nervios a flor de piel, subían juntos a la cabaña para culminar el desastre.

Derek no podía dejar de pensar en lo mismo: el daño estaba hecho. Los vídeos, los documentos, las identidades comprometidas… Y lo peor de todo era esa sensación, una vez más, de que lo hubieran traicionado justo cuando había bajado la guardia.

Pero lo que no esperaban al entrar, ni él ni Brenan, era encontrarse con una escena completamente insólita.

Allí, en la barra americana que separaba la cocina del salón, estaba sentada Marisa, elegante y serena, mordisqueando una de las galletas saludables que Lía horneaba para su empresa. Su abrigo descansaba doblado a la perfección sobre el respaldo de una silla y, con expresión casi maternal, acariciaba la cabeza redonda y verde de un peluche de Mike Wazowski que tenía al lado.

—Oh…, esta chica tiene una mano increíble para la cocina —comentó con total naturalidad, con una sonrisa irónica bailándole en los labios—. Tienen un sabor riquísimo.

Derek se quedó de piedra.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí? —preguntó en voz baja, como si temiera alterar algún equilibrio invisible. Miró alrededor con ansiedad, con los ojos grises enrojecidos y hundidos—. ¿Dónde está Lía? ¿Y el crío?

Marisa tragó el último trozo de galleta con calma y se limpió los dedos con una servilleta de tela.

—Ah… Bueno, los he enviado con mi jet a su casa, antes de que hagamos el ridículo y se nos caiga el pelo por meter en la cárcel a una chica que no ha hecho nada.

La frase, pronunciada con esa mezcla de elegancia y firmeza que solo ella sabía usar, fue como un puñetazo en el estómago de Derek. Notó el frío subirle por la espalda y se le helaron las manos.

—¿¡Cómo que no ha hecho nada!? —exclamó Brenan, que entró tras él agitado, casi fuera de sí—. ¡¿Y qué crees que es esto?! —rugió, levantando el rúter y el móvil como si fueran la cabeza de Medusa. El rubio estaba desquiciado por completo.

Marisa no perdió la compostura. Apoyó los codos sobre la barra, entrelazó los dedos y ladeó una sonrisa gélida.

—No lo sé, Brenan. Dímelo tú. ¿Por qué no le cuentas la verdad a mi hijo?

Derek frunció el ceño. Su mirada iba de uno a otro, buscando sentido y respuestas.

—¿Qué verdad? —preguntó con voz grave y la tensión de un cable eléctrico a punto de romperse.

—¿Qué verdad? —repitió Brenan, claramente desconcertado, y retrocedió un paso.

Marisa se levantó despacio con el porte de una reina de hielo que no necesita alzar la voz para imponer su voluntad.

—No sé, la que prefieras —dijo, sin apartar la vista de él—. Puedes empezar por la del pasado… o por la del presente.

—No sé de qué me hablas —respondió Brenan; intentaba mantener la compostura, pero su tono ya no sonaba tan seguro.

—¿Ah, no? Bueno —suspiró ella—. Pues empecemos por la de ahora. La del pasado ya se la contaré yo.

Se acercó a Derek, que parecía una estatua, y le extendió el móvil.

En la pantalla, el vídeo era claro y nítido. Se trataba de un archivo que Lía le había enviado minutos antes a Marisa, grabado por el muñeco de Mike Wazowski, esa especie de vigía inocente de ojo verde que el crío había dejado en la cocina al llegar a la cabaña.

La imagen mostraba cómo Brenan entraba en la cabaña en plena madrugada. En silencio y con sigilo, se dirigía al cajón de la cómoda del salón. En la mano llevaba el rúter y el móvil, y los colocaba con cuidado; miró hacia todos lados y, después, se fue como si nada.

Derek tragó saliva. El rostro se le había ido endureciendo segundo a segundo. Giró la cabeza lentamente hacia Brenan. El gris de sus ojos se volvió acero líquido. Cuando avanzó hacia él, lo hizo como un animal al que han herido una vez más en el mismo sitio.

Lo agarró del cuello de la chaqueta y lo alzó un poco.

—¿Qué coño significa esto?

Brenan palideció de inmediato. Se quedó sin aliento, sin excusas ni palabras. Y en un arranque de instinto, se zafó de Derek con un manotazo y echó a correr. Desapareció por la puerta sin mirar atrás.

Marisa recogió el móvil con calma y miró a su hijo con una serenidad extraña.

—Ve a por él —dijo con tono firme, casi maternal—. Después hablaremos tú y yo.

Derek no se movió al principio. Su respiración era pesada, y su rostro, un mapa del desconcierto. Pero luego, sin decir nada, echó a

andar hacia la puerta, con el fuego del arrepentimiento comiéndole los talones.

Y Marisa, sola en la cabaña, volvió a mirar el peluche sobre la barra, ese que había cambiado el rumbo de todo.

Y sonrió. Después tomó otra galleta y la saboreó antes de decir:

—¿Qué llevan? ¿Es… jengibre? —Los guardias de seguridad no entendían nada y la miraban atónitos, sin saber qué hacer—. En quince minutos salís a buscarlos, no quiero que mi hijo lo mate.

Ellos asintieron y miraron hacia el exterior, esperando el momento de impedir que el jefe Derek von Austerlitz cometiera un homicidio.

La nieve le golpeaba el rostro con furia, como si también ella quisiera castigarlo. Derek corría colina abajo, jadeando, con el pecho ardiendo y el corazón hecho trizas. La traición ardía más que el frío.

Su mejor amigo y confidente, el hombre que había estado a su lado en los peores y mejores momentos… le había clavado un puñal por la espalda.

¿Por qué, Brenan?

¿Por qué colgarle un muerto así a Lía?

¿Por qué joder la experiencia inmersiva de Tiéntate justo cuando estaba a punto de despegar?

¿Por qué traicionar todo eso por lo que habían trabajado juntos?

Lo alcanzó a doscientos metros de distancia. Brenan era rápido, pero Derek corría con la rabia de quien acaba de perder su mundo.

—¡Eh! —gritó, y en una embestida brutal lo derribó contra el suelo helado.

Ambos cayeron con fuerza y, antes de que Brenan pudiera reaccionar, Derek ya lo tenía debajo y le clavaba los puños en la cara. Uno. Otro. Otro más. La nieve se teñía de rojo.

Derek entrenaba duro, cada día. No solo por estética, sino por disciplina y autocontrol. Pero esa vez no había control alguno. Solo furia. Y cada golpe llevaba la carga de siete años de mentiras y desencuentros.

Le retorció el brazo con una llave dolorosa que lo hizo gritar.

—¿De qué va todo esto? —bufó con la cara desencajada—. ¿¡Por qué lo has hecho!?

—Me haces daño… —jadeó Brenan; la sangre se le escurría por la comisura de los labios abiertos.

—Me la trae floja —espetó Derek, y apretó aún más la articulación hasta que crujió peligrosamente—. Voy a romperte el brazo si no me contestas, rata traidora. ¿Por qué has filtrado el proyecto?

Brenan se revolvió bajo él, con el rostro contraído por el dolor.

—Tú te has traicionado al verte de nuevo involucrado con Lía… como en el pasado. ¿Es que no aprendiste la primera vez?

Derek apretó más. Le dolía tanto el alma que no le temblaría el pulso para destruir el hueso.

—¿Y por eso has querido culpabilizarla de algo que has hecho tú? —le gruñó.

Brenan soltó un chillido, un aullido casi animal.

—¡Esa chica te nubla la mente! Ya lo hizo en la bahía. ¡Querías largarte con ella y dejarlo todo! ¡Tu padre te ofreció un imperio, Derek! ¡Y tú eras tan nenaza que no sabías qué hacer con él…!

—¡Era mi decisión! ¡No la tuya! —bramó, y su voz retumbó entre los árboles—. ¡¿Por qué has filtrado todo eso?! ¡¿Te has vuelto loco?!

—No tengo nada que decirte, Derek —masculló Brenan con los dientes apretados.

Eso lo enfureció más. Le clavó la rodilla en el pecho y, sin avisar, le dislocó el hombro con un movimiento seco y certero.

Brenan chilló con un espanto que rompió el silencio del bosque.

—¡Tienes mucho que decirme! —escupió Derek con los dientes apretados—. Y me lo vas a contar todo. ¡Habla o te rompo el otro brazo! —Lo agarró del antebrazo derecho.

Brenan respiraba con dificultad, pálido como la nieve que lo rodeaba. El miedo lo invadía por dentro.

—¡Para! ¡Para! Tenía una idea mejor que la tuya para las experiencias inmersivas… —balbuceó con la voz quebrada—. Pero no me escuchabas. Nunca lo hacías. Así que desarrollé un proyecto propio. Mismo concepto, pero conmigo como único jefe. Si Tiéntate fallaba…, los inversores mirarían hacia mí. Invertirían en mí.

Derek sintió náuseas. Había intentado hacerle la cama. Y encima, había encontrado un chivo expiatorio perfecto en Lía porque sabía que su nombre ya venía manchado del pasado. Era perfecto. Demasiado perfecto.

—¿Has tenido algo que ver con los accidentes de la carrera de renos? ¿Y con la sustancia afrodisiaca que encontró el químico amigo de mi madre en el ponche? —La mirada de Derek era fuego vivo—. ¡Dímelo o te rompo el brazo!

Brenan temblaba, sudoroso y derrotado.

—No quería echar tanto… —confesó con la voz quebrada—. Se me fue de las manos, solo quería que la noche se saliera un poco de control para demostrarles a los inversores que tu proyecto no era tan seguro como creían. ¡Y lo de los renos también!

Derek no pudo más. Le soltó un bofetón en la cabeza que lo tiró de lado, con el hombro dislocado colgando y la cara empapada de lágrimas y sangre.

—Te has vanagloriado todos estos años de haber descubierto que Lía no me respetó —le lanzó con un asco visceral—. Te has jactado de ser mi mejor amigo. De ser el ojito derecho de mi padre…

—¡Él me hubiera elegido a mí antes que a ti! —escupió Brenan, humillado pero todavía altivo.

—Pues no es algo de lo que debas sentirte orgulloso, Brenan. —Derek se incorporó, con el cuerpo igual de tenso que un muelle—. Mi padre era un cretino déspota, como tú. Por eso hacíais tan buenas migas.

—Él me dijo que te ayudase —bufó Brenan, con los dientes apretados—. Pero me cansé de ser tu canguro.

—¡Yo nunca quise un canguro! ¡Creía que tenía un amigo!

Unos pasos en la nieve crujieron detrás de ellos. Dos guardias de seguridad aparecieron corriendo colina arriba.

—¿Qué quiere que hagamos, señor?

Derek se pasó una mano por el rostro, cubierto de sudor, rabia y decepción.

—Que se haga cargo la policía cuando llegue. No dejéis que se mueva.

—Sí, señor.

Derek se dio la vuelta sin mirar atrás. El viento le escocía en los ojos grises, pero no eran lágrimas del frío. Era todo lo demás.

Cuando volvió a la cabaña, parecía otro hombre. Su mirada estaba vacía. Tenía las manos heladas y el alma hecha añicos. Marisa lo

observaba desde el sofá, con el peluche de Mike Wazowski en el regazo, como si fuera un tesoro.

—Espero que siga vivo —dijo con un suspiro.

—No soy tan inconsciente, mamá. Aunque ganas no me han faltado —respondió Derek con voz ronca—. Es increíble… Brenan. Pensaba que era mi amigo.

—En realidad, quería ser más amigo de tu padre que tuyo —dijo ella con una frialdad certera—. Era su perro faldero. Y cuando tu padre murió, ya no encontró motivos para estar a tu lado.

—Ahora lo sé —susurró Derek, bajando la mirada—. Y ahora me arrepiento de muchas cosas…

Marisa dio unas palmaditas con suavidad el sofá, a su lado.

—Siéntate, hijo. Es hora de que sepas la verdad del pasado. Una verdad que me avergüenza y me da miedo por las consecuencias que pueda traer… Pero serás tú quien decida qué hacer después con todo.

Derek se sentó a su lado con las manos en los muslos y el cuerpo aún tembloroso.

—Me estás asustando más de lo que ya lo estoy.

Marisa lo miró largo rato y luego le acarició la mejilla, como solía hacer años atrás.

—A mí también me da miedo contártelo. Pero es lo que debo hacer. Es mi segundo paso para redimirme.

—¿Cuál ha sido el primero? —preguntó con voz rota.

—Darle a Lía la oportunidad que siempre se ha merecido.

Derek tragó saliva con dificultad. Algo muy profundo se rompía en él.

Marisa lo tomó de la mano.

La verdad llegaba siete años tarde, pero llegaba.

25

Tres días después

El retiro había sido un torbellino, una bomba emocional, una historia de villanos y redenciones, de máscaras rotas y verdades que dolían como heridas abiertas. Pero también había sido un milagro.

A pesar del caos, de las acusaciones, de los vídeos, de la policía a punto de aparecer… acabó siendo un éxito abrumador.

Con una astucia que ni él mismo sabía que tenía, Derek, con ayuda de su madre y de algunos creativos brillantes de su equipo, había convertido el escándalo en una oportunidad. La página web a la que se habían subido las imágenes, aquella que en su momento los había aterrorizado, resultó ser un blog sencillo, cutre en diseño, pero con potencial para generar misterio. Lo había creado Brenan. Era suyo, desde el dominio hasta el servidor, que usaba reverso de *proxy* y *firewalls* de aplicaciones web para protegerse. Y usaba CDN con *cloudfare* como escudos para la IP. Aunque no había llegado a difundir en masa el contenido, la intención estaba ahí: manipular, sembrar la duda y, luego, usar esa notoriedad para levantar su propia marca.

Pero como todo buen traidor, no fue lo suficientemente listo para borrar sus huellas.

Y lo que parecía una pesadilla, acabó siendo una narrativa aprovechable: «Alguien filtró imágenes del retiro más exclusivo de Europa…, pero ahora todos quieren saber qué ocurre dentro». Fue un golpe de suerte retorcido. La experiencia inmersiva se volvió un objeto de deseo. Los inversores compraron. Los americanos apostaron por él, sobre todo porque la líder del grupo de Estados Unidos era nada más y nada menos que Clotilde, que quiso vivir la experiencia desde el anonimato desde el principio, y había quedado tan encantada que no dudó en soltar el dinero. Incluso se habló de un futuro parque temático de Tiéntate basado en la dualidad del deseo y la contención, lo lúdico y lo emocional, lo erótico y lo espiritual.

El escándalo generó expectación y el misterio vendió. Y Tiéntate se convirtió en una marca con alma y futuro.

Derek caminaba por la avenida central de la ciudad con la bufanda gris bien enrollada al cuello; la parca larga y oscura ondeaba con el viento y las botas marcaban un ritmo lento pero constante sobre la acera mojada. Era tarde, hacía frío, pero ya no era el Krampus.

Había dejado de serlo en cuanto comprendió la magnitud de su ceguera.

Pasó junto a un escaparate lleno de duendes navideños, luces titilantes y turrones apilados en cajas doradas. Se detuvo, no por el escaparate, sino por lo que le vino a la cabeza. La conversación con su madre y todo lo que le había confesado. Las mentiras que ella misma tejió con un hilo de miedo y orgullo, los silencios, las manipulaciones… Y luego, la redención. Ambos habían llorado. Ambos habían pedido perdón. Y al final, había agradecido que ella hubiese ayudado a Lía a irse de allí.

Y a estar a salvo. No solo de Brenan, sino de él.

Porque Derek había sido quien más daño le hizo.

La verdad, cuando llegó, fue como un torniquete emocional: duro, intenso, pero salvador. Una suerte de tirita gigante que cerraba las heridas del pasado y restauró algo en él: la confianza en Lía. El amor que aún vivía debajo de todas las capas de rencor se avivó como si alguien le hubiese echado gasolina a una llama.

Sin embargo, había algo que pesaba más que todo eso: el arrepentimiento.

Porque cuando uno ama de verdad, hay algo más importante que todo: creer. Creer en esa persona incluso cuando todo parece desmoronarse.

Y él no lo hizo.

Había intentado matarla con rabia y enterrarla con decepción. Pero ella siempre resucitaba en sus recuerdos y en su piel. Y ahora que ya no tenía a quién culpar, se culpaba a sí mismo. Por no haberla escuchado ni protegido. Por no haberla creído.

Su madre le había dicho algo antes de que se marchara:

—Si es ella la mujer que amas, no descanses hasta que lo sepa. Ve a por ella, Derek. Y cuando la mires a los ojos, haz que te diga la verdad que guarda. Oblígala a ser sincera. Como tú lo vas a ser con ella.

Y lo haría.

No quería perderla una tercera vez. No quería vivir sabiendo que no lo había intentado con todo. Que se había rendido.

Y sí, tenía un presentimiento. Un nudo en el pecho que le decía que Lía no solo se había ido con miedo, sino que guardaba algo grande que cambiaría su mundo. Lo intuía y le dolía imaginarlo. Pero

también lo deseaba, porque si ese secreto era lo que creía…, lo explicaba todo.

Y, de alguna manera, también lo completaba.

Respiró hondo y el aire le cortó los labios.

Estaba a dos calles de, posiblemente, verla.

La ciudad olía a Navidad.

Y por primera vez, no deseaba huir de ella.

22 de diciembre

Lía había regresado a casa hacía tres días. Tres días intensos y extraños. Aún sentía en el cuerpo los estragos de un torbellino físico llamado Derek, pero, sobre todo, era su alma la que trataba de recolocarse.

Necesitaba curarse por dentro y por fuera.

Las noches no eran silenciosas: cada vez que cerraba los ojos, revivía el calor de su aliento, el peso de su cuerpo sobre el suyo, el jadeo contenido y la mirada gris de tormenta que la devoraba. Y luego la traición, la humillación y la acusación sin sentido.

Era un cóctel explosivo de emociones que iban entre el deseo, la rabia, la ternura y la decepción. Y, por desgracia, también el amor.

Porque sí, a pesar de todo, Lía no podía dejar de quererlo.

Y ahora que sabía, por boca de Marisa, que él había estado enamorado de verdad, que había sufrido, que no había sido una invención adolescente, sino una historia truncada por los intereses de otros; todo eso se le removía como un mar antiguo en el fondo del pecho.

No había sido en vano. Ella no se había roto sola.

Como Romeo y Julieta modernos, habían estado atrapados en un tablero de ajedrez donde otros movían las piezas y los habían separado. Ahora lo sabía, pero aquello no hacía que doliese menos.

Porque también tenía la certeza de que él nunca la había buscado y que nunca había peleado por ella. Y eso, aunque supiera que lo

habían manipulado, le hacía un daño insoportable.

El retiro, ese Polo Magnético donde su brújula interna había enloquecido durante cinco días, no solo la había sacudido físicamente; también la había ayudado a reencontrarse con su fuerza y amor propio.

Con la Lía que se levantó sola y que construyó un imperio propio mientras se deshacía por dentro.

Y ahora que lo había tenido de nuevo, que lo había probado y amado otra vez con rabia, no sabía cómo iba a seguir adelante. Pero lo haría.

Por Arón.

Siempre por Arón.

Debi le había pedido perdón una y otra vez, con esa torpeza dulce de quien no supo ver lo que tramaba el destino. Ella no sabía que Derek estaría en el retiro, ni siquiera sabía que él era el dueño de la marca Tiéntate, del imperio gigante del deseo. Pero su regalo… la había cambiado y sanado, aunque hubiera sido a costa de reabrir todas sus heridas.

Y entonces, ese mismo día, mientras terminaba las propuestas de menú para el Metropolitan, aunque no tenía obligación de entregarlas hasta enero —trabajar la serenaba y le devolvía el orden mental—, saltó la noticia.

Tiéntate salía a bolsa.

Los datos eran desorbitados: acciones que se disparaban, fondos internacionales que querían entrar en el capital, medios americanos que se hacían eco del «imperio del deseo» más rentable de Europa. Y por último… se desveló el misterio.

El apellido von Austerlitz.

Marisa y Derek.

Una fotografía en *prime time*, madre e hijo, frente a las cámaras. Altos, elegantes, indestructibles, la nueva cara de un negocio erótico multimillonario que hasta la fecha había sido anónimo.

Y verlos así, en televisión, como parte de ese mundo tan lejano y frío, le contrajo el estómago.

Ahora conocía su historia y sabía la verdad.

Aunque también sabía que estaban en todas partes.

Y ella… Ella estaba sola mientras recogía los pedazos de algo que pudo ser, pero no fue.

Las imágenes del retiro, que en su momento pensó que arruinarían el negocio, se habían vuelto un arma de marketing. El escándalo vendía, el misterio atraía y el morbo era oro.

Y Derek, como siempre, sabía usar hasta el infierno como combustible para volar más alto.

—Mamá, ¿ya nos vamos? —La voz de Arón la sacó de su espiral.

El niño estaba sentado en su pequeña silla en la oficina, coloreando con paciencia. Y al lado, una caja con merchandising de Marvel: iba con un puño de Hulk que abarcaba toda su mano.

—Sí, vamos, cielo.

Salieron juntos. La nieve comenzaba a caer con suavidad y las luces navideñas brillaban como cuentos antiguos en la avenida principal. El sonido de los villancicos se mezclaba con el paso de los coches, las bolsas llenas de regalos y las bufandas ceñidas al cuello.

Lía caminaba con la mano de su hijo bien sujeta. Amaba esas fechas. Le recordaban a la infancia, a su abuelo, a todo lo cálido y familiar que se le había roto por dentro.

Pero Derek… Derek había conseguido arruinar también eso.

Verano e invierno a la mierda por su culpa. Su salud mental y su estabilidad emocional, todo patas arriba.

Y lo peor: no estaban juntos porque él nunca la creyó.

Punto final.

Y justo entonces…

Como si el universo hubiera decidido darle una bofetada irónica y si sus pensamientos fueran conjuro, apareció.

Derek estaba plantado a dos metros de distancia, alto y oscuro, con la parca larga, las botas manchadas de nieve y la mirada clavada en ella.

Y Lía sintió, sin poder evitarlo, que le dolía el corazón, porque era su debilidad.

Y su herida más honda.

Derek estaba plantado frente a ella como una estatua de carne y culpa, con el abrigo largo cubriéndole hasta las rodillas y las manos hundidas en los bolsillos. No podía quitarle la vista de encima. Ni a ella ni al niño.

Arón.

Pequeño, serio, con los rizos escondidos bajo un gorro de Spiderman y el puño de Hulk apretado entre los dedos, tan parecido a él que se le encogió el alma. Ahora podía reconocerlo sin miedo. Lo había querido negar, pero la verdad era demasiado franca y visible.

Lía no dijo nada al principio. Lo observó con una mezcla de incredulidad, a la defensiva, y ese temblor interno que conocía

demasiado bien. El corazón, otra vez, le estaba jugando malas pasadas.

Y él… él estaba igual de desarmado.

Pero fue ella quien, finalmente, habló.

—Derek…, ¿qué haces aquí?

—Quería verte. —Se encogió de hombros con sinceridad.

—¿Cómo has sabido…?

—Debi. La he llamado y le he dicho que si no me decía dónde encontrarte, iba a quitarle la licencia del Tiéntate.

Ella entreabrió la boca ofendida.

—No has sido capaz de decirle eso, ¿no?

Él ni lo negó ni lo afirmó.

—Estás muy guapa, Lía. Quiero hablar conti…

Pero ella lo cortó de inmediato.

—Siento lo de Brenan. Bueno, en realidad no lo siento porque así ves la alimaña que has tenido cerca todo este tiempo. Pero siento el varapalo que te has llevado. Es duro darte cuenta de que te traicionan aquellos en los que más confías.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tu madre me lo ha explicado todo…

Su voz sonaba firme, pero con una grieta que se adivinaba debajo, como una cuerda demasiado tensa.

Derek asintió despacio, necesitaba procesar lo que acababa de oír.

—¿Mi madre? —preguntó con un hilo de voz. Le resultaba extraño, casi desconcertante, que Marisa hablase con Lía… y no con él.

—Sí.

—¿Te escribes con ella?

—Más bien ella me escribe a mí. Es muy insistente.

La madre de Derek le escribía todos los días; sabía que ella no le iba a responder, pero igualmente lo hacía. Deseaba que ella y Arón siempre estuvieran bien y tenía la esperanza de que algún día le contestase.

El golpe fue seco y silencioso, una punzada en el estómago. Derek bajó un poco la mirada y cuando la alzó de nuevo, Lía ya sujetaba con más fuerza la mano de Arón para protegerlo con su cuerpo, interponiéndose como una muralla sutil que nadie había pedido, pero que él se había ganado.

—En fin…, me tengo que ir —dijo ella, sin moverse.

Derek tragó saliva. El frío no era nada comparado con el nudo que llevaba en el pecho.

—Siento… haber descubierto tarde que no era la primera vez que Brenan mentía sobre ti.

Las palabras flotaron en el aire como cristales. Dolían.

Lía carraspeó, necesitaba despejarse por dentro, pero tenía la garganta cerrada y no quería hablar de nada de eso delante de Arón.

—No entiendo cómo habéis decidido que se revelase vuestro apellido y que os dierais a conocer —dijo al recordar los carteles que aún colgaban en marquesinas y pantallas—. Después de tantos años ocultándolo…

Derek dio un paso hacia ella, pero no más. No se atrevía.

—Porque ya no tengo nada que esconder. Ni de lo que avergonzarme. Mi padre creía que el dinero lo justificaba todo y que había que callar de dónde venía. Yo no. ¿Crees que después de haber estado en el retiro… hay algo de lo que avergonzarse? —preguntó mirándola fijamente a los ojos.

—No.

Derek sonrió con una mezcla de orgullo y gratitud.

—No hay nada vergonzoso en lo que ofrecéis —continuó ella—. Solo he visto a gente muy feliz por liberarse… y quitarse las corazas.

Él sonrió de manera más abierta, y por un segundo fue el chico de la bahía, el que la hacía reír con sus teorías raras sobre la atracción y la química del deseo.

Pero ya no eran los mismos.

Estaban nerviosos, con las palabras en los labios y la historia entre los dedos, pero incapaces de tocarla.

Y entonces, Arón, que no comprendía bien qué ocurría pero sí sentía esa energía rara entre ellos, levantó la vista y preguntó con total naturalidad:

—¿Quieres venir con nosotros al museo de Marvel?

Lía se quedó inmóvil y maldijo por dentro porque su hijo, sin saberlo, le acababa de arrancar el alma.

Derek se agachó un poco para quedar a la altura de sus ojos, y su voz fue suave, cálida.

—Nada me gustaría más, Arón. Pero que lo decida tu mamá.

Y entonces, sin miramientos y sin anestesia, ella respondió:

—Su mamá dice que no.

El tono era neutro, pero, dentro de sí, Lía se sentía desbordada e insegura.

No confiaba en él, no sabía qué quería ni qué podía esperar de él; ya la había decepcionado demasiadas veces.

Derek asintió lentamente, sin reproches. Le dolía, pero lo entendía.

Entonces, sacó del bolsillo interior de su abrigo una tarjeta. Su número. Y se la ofreció con timidez resignada, porque no quería rogar, pero necesitaba intentarlo.

—Estaré en la ciudad un par de días. Espero que decidas hablar conmigo un día —le dijo, tendiéndosela con cuidado—. No la tires…, por favor.

Lía no respondió. Solo la tomó y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Eso bastó para que a Derek se le encendiera una llama minúscula en el pecho.

Un «tal vez».

—Bueno, me pillas en mal momento, tenemos que irnos ya —dijo ella, casi en un suspiro.

—Sí…, está bien. No os quiero entretener.

Los vio alejarse. Ella con paso firme y Arón con las botas manchadas de nieve y el puño verde de Hulk balanceándose.

Derek se quedó quieto, congelado en medio de la calle, con las manos en los bolsillos y el corazón dando tumbos.

Tenía unas ganas locas de unirse a ellos, formar parte de esa pequeña estampa de madre e hijo y no ser el extraño, el error, el que había llegado tarde a todo.

Pero no podía.

23 de diciembre

Lía no había pegado ojo. Se había dado la vuelta en la cama más veces de las que podía contar, se arropaba y se destapaba, con el pecho en carne viva y la mente como una película en bucle.

Derek estaba allí. En la ciudad.

Y por cómo la había mirado, lo supo: había ido por ella.

Y no iba a parar hasta conseguir lo que quería.

Al día siguiente, como si la noche le hubiese dejado ampollas en el alma, fue directa a la tienda de Debi. Necesitaba hablar, vaciarse y poner orden en su cabeza antes de hacer cualquier estupidez.

—Derek está aquí —soltó apenas cruzó la puerta—. Y creo que sabe que Arón es su hijo, porque se lo conté a su madre y se lo habrá dicho…

Debi, que estaba ordenando unas cajas con adornos vintage navideños, alzó la mirada con calma, como si la hubiera presentido.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a dejar que tenga contacto?

—Necesito equilibrio mental en mi vida, Debi —respondió Lía, que se dejó caer en el sillón junto al mostrador—. Y Derek no me lo da. No quiero que se acerquen a Arón si es para hacerle daño.

—¿Tú crees que lo harían? —preguntó la otra, cruzada de brazos —. Son una abuela y un padre queriendo recuperar a las personas que les interesan, Lía. No creo que vayan a hacerle daño.

Lía clavó la mirada en el suelo, con los labios fruncidos.

—No quiero que piensen ni por un segundo que tienen algún derecho sobre Arón.

—Con lo poco que he hablado con Derek, a mí me da la impresión de que ahora mismo sabe que no tiene derecho sobre nadie. Y menos sobre ti. Está muy arrepentido, Lía…

—En el retiro tuvo a su hijo delante —susurró con amargura—. Y prefirió pensar que era de otro hombre, Debi. Lleva tanto tiempo equivocado…

—¿Y qué vas a hacer? —le dijo su amiga con voz firme—. ¿Seguir alargando esta agonía? Tienes lo que siempre quisiste, ¿y vas a cerrarle la puerta? ¡Lía, Derek está arrepentido, dispuesto a todo por recuperarte! Y ahora… ¿vas a decirle que no?

—Eso de que quiera recuperarme lo estás diciendo tú.

—Sí, claro. Follasteis como locos en el retiro porque no le interesas en absoluto —ironizó con sarcasmo.

Lía desvió la mirada, dolida. No quería ni pensar que, en el fondo, sí lo deseaba.

Pero Derek… era dolor y miedo.

Y no estaba segura de que fuera capaz de sobrevivir a otra decepción.

Horas después, Derek empujó la puerta acristalada de SanaSana con el corazón en un puño y las manos sudadas pese al frío. La ciudad estaba envuelta en una calma navideña que contrastaba con el vértigo que sentía por dentro. Debi le había dicho que si Lía no contestaba los mensajes, como era habitual cuando estaba herida o

abrumada, podía encontrarla allí, en su refugio, en su trinchera. Y no se había equivocado.

Desde la entrada de aquella impresionante oficina, vio su silueta al fondo del local, vestida con su chaquetita blanca de chef. Estaba inclinada sobre una encimera metálica y se movía con la precisión de quien domina un arte sagrado. La luz cálida del lugar bañaba su perfil y, en ese momento, a Derek le pareció una escena detenida en el tiempo. Lía estaba sola, inmersa en su mundo, en su vocación, ajena a que alguien la observaba con el pecho a punto de estallar.

Aquello no era una simple cocina ni un estudio cualquiera. Era su reino. Un espacio construido con esfuerzo, renuncias y con fe ciega en su talento. SanaSana olía a lavanda, a cardamomo y a algo dulce recién horneado que él no supo identificar, pero que le revolvió el alma de nostalgia.

Sobre la encimera, había recetarios con anotaciones a mano, frascos de especias con etiquetas elegantes y un plato decorado con esmero que delataba que ella no solo cocinaba: Lía narraba historias con la comida.

Él sabía lo que costaba levantar algo así. Por eso, verla allí, en su elemento, al mando de todo, lo llenó de un orgullo que le punzó en la garganta. Había creado un imperio a su medida, sin apoyos, sin favores y sin aprovecharse de nadie. Con su propia inteligencia y su rabia transformada en propósito.

Y luego estaba lo del Metropolitan. La noticia del acuerdo de SanaSana con el Metropolitan había salido en medios escritos, y Derek, después de leer concienzudamente, había entendido enseguida que no se trataba solo de un encargo: era un

reconocimiento. Una forma de consagrarla entre los grandes. Lía Castellanos no solo había sobrevivido. Se había elevado.

En ese instante, lo único que Derek deseó fue tocarla, pero se sentía torpe y pequeño frente a ella. Como si su presencia allí fuera una invasión o una audacia que no merecía.

Pensó en proponerle una colaboración con los retiros de Tiéntate, en ofrecerle dirigir el área de nutrición consciente, en integrar su filosofía de bienestar emocional en los programas sensoriales que él y su equipo desarrollaban… Pero ¿cómo empezar? ¿Cómo no parecer oportunista ahora que ella brillaba con luz propia?

La verdad era otra. Estaba allí no solo porque admiraba su trabajo, sino porque la extrañaba. Porque la quería. La deseaba como no había deseado nada en años y no podía seguir respirando en un mundo donde ella no formara parte de su aire.

Y sin embargo, de pie junto a la puerta, la bufanda aún al cuello y el abrigo abierto, Derek no dijo nada. Solo la miró y, por dentro, se prometió una sola cosa: no se iría de allí sin intentarlo de verdad.

Lía estaba en su cocina de la oficina, con las manos en la masa, literalmente. Preparaba nuevas recetas para el catering, con la música baja y las mangas de la chaquetilla blanca de chef remangadas, una mancha de cúrcuma en el borde del delantal y el cabello recogido en una coleta alta que dejaba al descubierto su cuello.

No esperaba que la puerta se abriera.

Y cuando alzó la mirada, lo primero que vio fue a Derek.

Plantado en el centro del despacho como un recuerdo que no sabía si era bendición o castigo.

Estaba desvelado, ojeroso, pero… Maldita sea, seguía tan guapo que dolía.

—Derek… —murmuró ella, como si aún necesitara confirmar que era real.

—He venido a verte.

—¿Quién te ha dejado entrar? —dijo sin comprender—. Las oficinas tienen portero y en esta planta solo estoy yo y…

—El portero. Me ha preguntado que si soy el que ha salido por la tele… El de Tiéntate: Van Helsing.

Lía arqueó una ceja, sorprendida. Se le escapó una leve sonrisa, rápida, pero él la vio. Y para Derek fue como un amanecer en medio del invierno.

—Le he dicho que sí, y que quería venir a visitarte. Me ha preguntado: «¿A la señorita Castellanos?», y me ha dejado pasar.

—Ya hablaré yo con él —dijo ella, recuperando el tono de hielo.

—Y yo quiero hablar contigo.

Derek comenzó a acercarse. Rodeó la gran mesa metálica donde Lía solía preparar sus platos, pero bastó una mirada suya para detenerlo.

—No estás en el retiro y no eres el Krampus —le advirtió con firmeza—. Así que mantén la distancia de seguridad. Por favor.

Él se detuvo en seco y asintió.

—¿De qué quieres hablar, Derek?

Se arremangó con suavidad y él se quedó sin aire. Estaba preciosa y tan fuerte que lo fascinaba.

—De todo.

—¿De cómo me extorsionaste cuando tú eras el dueño de todo? ¿De cómo me mentiste? ¿De cómo no me creíste cuando te dije que yo no tenía nada que ver con las filtraciones? ¿De acusarme de ser una fresca por tener un hijo sola? ¿De qué, Derek? Porque la lista es larga.

Él tragó saliva, dolido por cada palabra. Pero no podía huir más.

—Lo del apellido lo he hecho siempre… Lo de mentir y ocultarlo… Lo hemos hecho siempre, hasta ayer. Eran las reglas de mi padre y de la familia, mantener siempre el anonimato. Te mentí y usé lo de la multa porque no quería que te fueras. Esa es la verdad. Pensé que si te hacía creer que había jefes estrictos, que había normas duras…, te quedarías. Y ahora… sé que no sirve de nada, pero siento haber creído a Brenan. Lo he hecho otras veces… y siempre me he equivocado. Igual que creí a mi madre. Y siento lo que eso te hizo.

Lía no dijo nada, pero el temblor de su barbilla lo delató todo.

—Y siento… mucho haber estado delante de Arón… y no haber reconocido que era hijo mío.

Lía se irguió, tensa. Maldición. Reaccionó rápido.

—No es hijo tuyo. Eres solo un donante.

—No me lo podía creer, Lía. Solo lo hicimos una vez… y con preservativo. ¿Cómo iba a imaginar que…?

—Porque a veces basta una vez, Derek. A veces la vida no te pregunta si estás listo —dijo ella con voz serena—. Te pone a prueba. Yo también pensé que era imposible. Pero Arón es la mejor cosa imposible que me ha pasado.

Derek se llevó la mano a la boca y respiró hondo. Estaba acongojado, pero también… emocionado. Y aliviado.

—No voy a exigirte nada —le dijo—. No tengo ningún derecho. Solo quería que supieras que estoy aquí. Que mandarás tú, siempre. No habrá guerras y no pienso cometer más errores contigo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Lía, no he dejado de quererte. Nunca. Ni en siete años. Incluso cuando te maldecía…, te quería. No he encontrado a nadie como tú. Solo quiero saber si hay una posibilidad de que volvamos a empezar. De que me conozcas de nuevo. Y que me dejes disfrutar de Arón… solo si tú lo permites.

Ella se rompió. Las lágrimas brotaron sin permiso y él, incapaz de resistirse, la tomó del rostro con ambas manos y la besó.

Fue un beso desesperado. Doloroso y lleno de historias pasadas. Pero Lía, temblando, lo apartó con suavidad.

—Por favor…, no hagas esto. Vete. —Se secó las lágrimas con el antebrazo, como una niña que no quiere llorar más.

—Lía…

—Ya sé que piensas que me has hecho daño.

—No lo pienso. Te lo he hecho —admitió él con un hilo de voz.

—Y también me lo hice yo a mí misma por volver a creerte —añadió ella.

—Tú también creíste a mi madre cuando te dijo que yo estaba prometido. Y a Brenan. ¿No es eso lo mismo?

—Yo me pasé meses intentando encontrarte —respondió con la voz rota—. Tú… tú no lo hiciste. Me dejaste atrás sin más.

La sentencia cayó como un hachazo. Derek bajó la mirada y asintió.

—Solo te pido que no ignores al destino dos veces… Como en ese anime que tanto nos gustaba… *Your Name*.

Ella se llevó una mano al pecho, donde el recuerdo dolía. Es que lo odiaba por todo lo que sabía de ella.

—Vete, Derek. Déjame sola.

Y él, rendido y consciente de que ella cerraba la puerta de nuevo, se fue.

Tan destrozado como ella.

24 de diciembre

Lía despertó con la calidez del cuerpecito de Arón pegado al suyo. Aquella noche era Nochebuena. El niño, todavía con la voz adormilada y los rizos desordenados, le agitaba una hoja de papel delante del rostro con emoción contenida.

—Mami, mira… Es mi carta para Papá Noel.

Ella, agotada y ojerosa, aún sentía la punzada de la noche anterior en el pecho. No había dormido. La cara de Derek al marcharse seguía tatuada en su memoria como un reproche callado y constante. Su cuerpo entero vibraba con esa inquietud que deja el deseo insatisfecho y la ternura interrumpida.

Había dejado que se marchara cuando lo que en realidad quería era comérselo a besos. Pero no podía. Su dignidad tenía cicatrices demasiado profundas.

—Déjame ver esa carta, gorila —dijo tratando de mantener la voz firme.

—Nooo…, es privada. Solo es para Papá Noel.

Ella se lo quedó mirando con una ceja arqueada y una sonrisa ladeada.

—¿Sabes que los niños que no enseñan la carta a sus madres tienen menos posibilidades de que les traigan lo que piden?

Arón, después de una pausa dramática, suspiró como un pequeño adulto, resignado a la extorsión emocional de su madre.

—Vale…, pero no te rías.

Lía tomó la hoja entre los dedos. Y lo que leyó la desarmó por completo.

> Querido Papá Noel: No quiero juguetes este año. Solo quiero que mi mami no esté sola nunca más. Quiero que un hombre bueno la quiera mucho. Y que si puede, me quiera a mí también. Y que viva con nosotros y sea mi papá. Porque yo nunca he tenido uno.

Una lágrima cayó sobre la hoja antes de que pudiera evitarlo. Se limpió el rostro rápidamente con la manga del pijama. Así de fácil lo decía, y ella se moría por dentro.

—Ay, se me ha metido una carta en el ojo —dijo, sonriendo entre el llanto.

—¡Mami, eres una torpe! —exclamó Arón. Se rio y echó a correr por la casa como si no hubiera dejado una bomba emocional detrás.

Lía se quedó allí, con la hoja arrugada entre las manos y el corazón devastado.

Esa noche, más que nunca, supo que tenía que hacer algo.

Durante el día buscó la tarjeta que Derek le había dado, pero parecía haber desaparecido como se evaporan las segundas oportunidades mal aprovechadas. Como siete años atrás. Como todo lo que no se dice a tiempo.

Estuvo arrastrando una tristeza inexplicable todo el día.

Era Nochebuena, su noche favorita y la de Aron. Pero Derek se le aparecía en cada silencio y en cada melodía navideña. Aunque le hubiese hecho daño, aunque le hubiese destrozado el corazón…, ella lo seguía queriendo. Y eso, al final, lo cambiaba todo.

No era un tóxico, no era un hombre malo, simplemente se había equivocado, como ella al creer que todo ese tiempo había sido un

juego para él.

Pero Lía había aprendido que el rencor era una cárcel decorada con orgullo. Que decir «no volveré con quien me hirió» cuando la herida no era mortal ni atentaba contra el honor físico o mental, sonaba muy bien hasta que te dabas cuenta de que la vida era demasiado corta para no abrazar lo que de verdad deseas. Y ella, en el fondo, había deseado a Derek todos esos años y había fantaseado con la idea de verlo aparecer un día para pedirle perdón.

Nunca había dejado de amar a Derek. Solo se había obligado a dejar de esperarlo.

Por la tarde, ya en casa de sus padres, mientras el árbol se iluminaba y su madre colocaba con discreción los regalos en su base para que no los viera Arón, el móvil sonó.

—¿Lía? —era Debi—. Por favor, necesito que vengas a la tienda de Tiéntate. Es importante.

—Pero… ¿estás bien?

—Sí, sí, es que me ha pasado algo que te tengo que contar.

Lía se fue hacia allí con el vestido ajustado de falda corta y mangas largas, las botas altas y la gabardina beige.

Cuando llegó al *sex shop*, le recordó un poco al retiro y el corazón le palpitó a traición.

—¿Debi? —En la mesa de la entrada había una carta roja con purpurina y letras negras:

> Querida Lía:
>
> Te envié a traición a un retiro del deseo y la atracción para que allí te encontraras al hombre que más daño te ha hecho. Todos somos libres de decidir si perdonamos o no, si seguimos a alguien o no, pero yo, al menos,

como un duende de la Navidad, quiero arreglar lo que estropeé. Y esta es mi manera de hacerlo.

A Lía se le aceleró el corazón y miró a la puerta que llevaba a la dependencia privada y al almacén de Debi. Cuando la abrió, ya sabía que no se iba a encontrar con su mejor amiga.

Sino con Derek.

Estaba sentado en un trono increíble de Papá Noel, caracterizado como el Krampus, pero sin máscara y sin lentillas, solo él, envuelto en luces titilantes, rodeado de velas y con una mirada que la abrasó desde lejos.

Lía se detuvo, tragó saliva y el corazón le bailó en las costillas.

—En el retiro, la última noche era el trono de Papá Noel. Y te la perdiste.

Ella tragó saliva y lo miró de arriba abajo.

—¿Y Debi? —oteó su alrededor.

—Me ha cedido su espacio. Me ha dicho que cierres tú esta vez, para que yo tenga unos minutos contigo.

—¿Para qué?

Él estaba imponente en ese trono. Con la postura relajada, las manos sobre los reposabrazos, la mirada fija en ella y, en el suelo, el bastón con esa bola de nieve que Lía pensó que no volvería a ver. Habló en voz baja, cálida, pero también dolida.

—Este es el trono de Papá Noel. Y aquí se pide lo que más se desea en el mundo. Si lo concede…, entonces es un nuevo comienzo.

Lía no se atrevía ni a hablar; esa vez prefería que lo hiciese él. Verlo era justo lo que quería, y eso le hizo comprender lo mucho que lo echaba de menos, desde hacía años.

Pero tenía tanto miedo… No sabía qué hacer. Si Derek estaba ahí para recuperarla, la decisión solo la tenía ella.

—¿Y tú qué deseas, Derek?

—¿Yo? —Se inclinó ligeramente hacia delante con los ojos brillantes—. Deseo tantas cosas…

—No las sé.

Él se armó de valor y contestó lo que sentía desde hacía tiempo:

—Te deseo a ti, Lía. Más que a nada ni a nadie. Deseo reparar lo que rompí al no creerte y al dejarte de lado. Deseo enmendarlo todo y prometerte que jamás me volveré a marchar. Deseo cuidar a Arón y ser lo que no he podido ser para él. Quiero ayudarte y quererte. Deseo que puedas confiar en mí otra vez. Ya sé que no puedes mirarme como antes, pero quiero que nos descubramos como somos ahora, sin miedos y sin máscaras. Solo tú, yo y ese niño maravilloso. Deseo que me dejes intentarlo… todos los días de mi vida. Te quiero, Lía y nunca he dejado de hacerlo.

Ella casi no podía ni hablar.

—Si te digo que no, ¿me dejarás en paz y te irás? —preguntó con voz temblorosa. El tiempo parecía haber quedado suspendido entre ellos.

—No. No pienso irme nunca más. Ya te he dicho que quiero estar aquí para ti. Quiero que vuelvas a enamorarte de mí.

Lía se acercó despacio, con las rodillas temblorosas; sentía que la calidez de aquel lugar preparado para ella la envolvía como un susurro. Las velas encendidas dibujaban sombras doradas en el rostro de Derek, que la miraba desde el trono de Papá Noel con una mezcla de ternura, deseo y una súplica muda que a Lía le desgarró las defensas que tanto tiempo había mantenido erguidas.

Él extendió las manos hacia ella con una delicadeza reverente, como si tocarla fuera la respuesta a todos los anhelos que lo habían quemado por dentro durante años. Y cuando Lía, al fin, se sentó sobre sus piernas, los dos se quedaron así, inmóviles, respirando el mismo aire y temblando por lo que estaban a punto de hacer.

Derek la tomó por las caderas con cuidado, como si todavía temiera que ella cambiara de opinión, que esa oportunidad se deshiciera como el hielo entre los dedos. Pero Lía no se apartó. Al contrario, colocó las manos sobre el rostro de él y se lo quedó mirando largo y tendido, con los ojos llenos de lágrimas contenidas y un fuego profundo que renacía.

El problema no era que no estuviera enamorada. Lo estaba hasta la médula y siempre lo había estado. El problema era el miedo a que la volviera a destruir. Pero por miedo, muchos perdían lo mejor de su vida… y ella ya había decidido hacía años que no iba a ser una perdedora, que sería una ganadora.

—Esto no es fácil para mí… —reconoció.

—Lo sé —dijo Derek—, pero si me das la oportunidad, te prometo que no te vas a arrepentir.

—Quiero darte la oportunidad, Derek… Y quiero que nos la demos los dos —susurró ella, con la voz rota de emoción—. Nunca he dejado de quererte. Pero en el retiro he aprendido algo: que tampoco he dejado de desearte. Quiero conocerte en todas tus formas… como hombre, como pareja y como padre. Pero esto último hay que hacerlo con calma. Quiero descubrir si el amor también sabe perdonar y si puede empezar otra vez. Y quiero que seas mío.

Derek apretó los ojos y respiró hondo, como si esas palabras fueran un golpe de amor en el pecho.

—Soy tuyo, Lía —dijo con voz grave, desesperada y dulce a la vez —. Soy tuyo ahora y lo he sido siempre. Por favor, vuelve conmigo.

Y entonces, sin pedir permiso, como dos personas que ya se han esperado demasiado, se fundieron en un beso.

Fue lento y profundo, lleno de verdad. No fue un beso de reencuentro ni de impulso, sino una rendición.

Sus bocas se buscaron con hambre, pero también con reverencia. Lía entrelazó los dedos en el cabello corto de Derek, y él la atrajo más fuerte, como si por fin el tiempo y el dolor no tuvieran ninguna importancia. Solo ellos y ese instante.

Todo temblaba entre sus labios: las heridas, la ternura, el deseo acumulado y el miedo que dejaba de existir. Porque sabían que este solo sirve para paralizar el mundo y que ellos, después de tanta distancia y silencio, querían exactamente lo contrario: moverse juntos, avanzar y construir.

Cuando se separaron, no se despegaron del todo. Frente con frente y aliento con aliento. Lía le sonrió con una dulzura frágil.

—¿Tienes plan para esta Nochebuena? ¿Te apetece venir a cenar a casa, conmigo, con mis padres y con Arón?

La propuesta iluminó los ojos de Derek y este sonrió abiertamente y feliz; parecía que su deseo más profundo se hubiera cumplido.

—Yo voy donde tú me dejes estar.

—Bien… —Ella le acarició la mejilla rasposa—. ¿Sabes? —dijo—. A lo mejor Papá Noel sí existe.

—A lo mejor —susurró él.

—Feliz Navidad —murmuró Lía contra sus labios.

—Dulce y caliente Navidad, amor —repitió él, besándola de nuevo.

En aquel trono, abrazados, entre besos y empezando a quitarse la ropa para sentirse piel con piel y sellar aquella promesa del mejor modo posible, entendieron que el amor verdadero no necesita milagros, únicamente verdades dichas a tiempo.

Y a veces, lo que se rompe con mentiras… puede coserse con perdón, con valentía y con un poco de deseo sin culpa, y esa era la mejor manera de abrazar la Navidad y de cerrar el año.

Con el corazón en paz, con la familia encontrada y la certeza de que todo, absolutamente todo, había valido la pena.

Porque a veces las historias no empiezan donde uno cree. No empiezan cuando alguien llama a la puerta disfrazado de Krampus, ni cuando una madre te dice que el pasado fue un engaño.

A veces empiezan mucho antes. En el momento exacto en que una herida se abre y uno decide no volver a creer, en ese preciso instante en que se aprende a vivir con el corazón blindado porque uno no se puede permitir volver a romperse.

La historia de Lía Castellanos empezó así: con una mujer que había dejado de pedir deseos porque pensaba que nadie los escuchaba. Con una madre que construyó su vida sola, con dignidad, con coraje y la convicción de que proteger a su hijo también significaba protegerse a sí misma del amor. Porque este, lo sabía bien, era un lujo peligroso para quienes ya habían perdido demasiado.

Pero los deseos no se rinden, se esconden, se duermen y se transforman en silencios o en cartas que los niños escriben por nosotros.

Y un día, cuando ya no los esperas, se cumplen.

El retiro navideño, que parecía una parodia del espíritu festivo, se convirtió en una trampa hermosa del destino.

Una excusa para reunir verdades que llevaban años atrapadas.

Para que Derek volviera a mirar de frente su historia, su dolor y aquello que había dejado atrás sin entender qué ocurrió.

Para que Marisa encontrara el valor de hablar, de enmendar su error y sostener.

Y para que Lía, con su ironía brillante y su sensibilidad intacta, descubriera que sí se puede volver a amar si el otro también se ha roto y se ha reconstruido por dentro.

El amor verdadero, que resiste el tiempo y las mentiras, no es solo deseo. Es voluntad, elección, mirar al otro y decirle: «Me hiciste daño, pero aun así quiero ver qué hay después del daño porque te sigo queriendo a ti».

Y en una Nochebuena distinta, bajo las luces cálidas de una tienda que parecía un mundo mágico en miniatura, lo que nació fue eso: un amor elegido y sin máscaras. Un amor con testigo, ese niño de rizos rebeldes que solo pedía un padre bueno para su madre.

Al final, quizá la Navidad no va de renos, de luces ni de galletas de jengibre. Quizá va de permitirnos creer otra vez y darnos permiso para pedir lo que más anhelamos, aunque nos dé miedo.

Tal vez se trate de mirar al pasado y entenderlo sin dejar que nos gobierne. De no ignorar los milagros pequeños, los que llegan en forma de abrazo y de perdón.

Y sobre todo, de recordar que los sueños, emocionales o físicos, no tienen fecha de caducidad. Que el amor no siempre llega cuando lo llamas, pero cuando vuelve… hay que abrirle la puerta.

Porque en ciertas ocasiones, únicamente a veces, el deseo más profundo de tu corazón te está esperando en el trono de Papá Noel con lágrimas en los ojos… y los brazos abiertos.

Agradecimientos

Gracias a Toni y a todo el equipo de Grijalbo por la confianza vertida en mí y la propuesta de hacer un libro de Navidad único y que muchas desearían leer y releer cada año.

Me siento muy agradecida de poder escribir tanto como escribo, de disfrutar tanto de mis historias, de no aburrirme ni repetirme y de llegar a tantos lectores y tener una fuente inagotable de ideas.

Y por último, pero no menos importante: gracias a toda la legión de lectores que me acompañan desde el primer libro que publiqué y que confían en mí para sentirse mejor y para aprender y crecer. Sois los mejores.

Que viva el amor.

Que vivan los libros.

Que viva el amor por los libros.

Y que viva el amor en los libros.

Querida alma magnética:
Has sido seleccionada para formar parte del retiro más
revelador y transformador de la temporada.



Hace ya mucho que Lía dejó de creer en los para siempre. Madre soltera y con un trabajo que le apasiona, tampoco es que tenga tiempo para fantasear con el amor. La última vez que lo intentó fue un desastre que todavía no ha olvidado.

Todo cambia cuando recibe una invitación a un exclusivo evento navideño. Ella cree que se trata de un retiro de bienestar, pero la realidad será muy diferente. En un entorno de cuento donde se anima a los invitados a explorar sus fantasías más prohibidas, Lía descubrirá que hay muchas formas de festejar la época más mágica

del año y que, a veces, es bueno dejarse llevar para dar rienda suelta al placer.

Lo que sin duda no espera es encontrarse con su propio pasado, ni enfrentarse a su deseo más íntimo y reprimido: volver a caer en el amor.

La reina del romance erótico nos regala la Navidad más ardiente que nos atrevamos a imaginar.

Lena Valenti (Badalona, 1979) se dedica a la escritura profesional desde hace más de una década y ha publicado más de ochenta novelas de género romántico adulto y de subgéneros como la mitología, la fantasía urbana o el thriller erótico y paranormal. Además, ha vendido los derechos audiovisuales de varias de sus sagas y sus libros han sido publicados en España, México, Argentina, Italia, Alemania, Brasil y Bulgaria. Muchas de sus creaciones son consideradas obras de culto por sus legiones de seguidores en todo el mundo.



Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Lena Valenti
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: © Tyler Rood (@tylerevelynrood)
Fotografía de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Depositphotos y © Freepik

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7162-2

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Dulce y caliente Navidad

Siete años atrás

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3

Siete años después

- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Lena Valenti

Créditos